

Araucaria

de Chile



araucaria

de Chile

N° 24 · 1983



Director: Volodia Teitelboim. **Secretario de redacción:** Carlos Orellana. **Comité de redacción:** Luis Bocaz, Leonardo Cáceres, Armando Cisternas, Osvaldo Fernández, Omar Lara, Luis Alberto Mansilla y Alberto Martínez. **Diseño gráfico:** Fernando Orellana. **Gerencia y administración (correspondencia, suscripciones y ventas, recepción de valores):** Ediciones Michay.

EDICIONES MICHAY.
Arlabán, 7. Tel. 232-47-58.
Madrid, 14, España. **Dirección Postal:** Apartado de Correos 5056, Madrid, 5 - España.

ISBN: 84-85272-27-7.
ISSN: 0210-4717.
Depósito legal:
M. 20.111-1978.
Catálogo de la Biblioteca del Congreso de Washington, N.º 80-642682.
Impresores:
Graficinfo, S. A.
Eduardo Torroja, 8.
Fuenlabrada, Madrid.

sumario

A los lectores	5
De los lectores	6

cartas de Chile

<i>Las jornadas de protesta o los tesoros de las cuevas de Aladino</i> (Carlos Ossandón) . . .	7
--	---

aniversarios

<i>Los héroes no están cansados</i> (Virginia Vidal: Neruda, evocación de su muerte, p. 11 / Volodia Teitelboim: Salvador Allende, presencia en la ausencia, p. 19 / Joan Jara: Víctor Jara, un canto inconcluso)	24
---	----

nuestro tiempo

Mario Benedetti: <i>Nicaragua, un porfiado ritual de agresiones</i>	39
---	----

exámenes

M. Eugenia Horvitz: <i>La transición al capitalismo en Chile. Problemas metodológicos e históricos</i>	49
Alfonso Calderón: <i>La cultura en Chile: las ventajas de la mala fe (1973-1983)</i>	67

la historia vivida

Sergio Villegas: <i>Memoria dispersa de un ejercicio radial</i>	77
---	----

conversaciones

Ligeia Balladares: <i>Conversación con Edgardo Enríquez</i>	97
---	----

temas

Carlos H. León: <i>El muralismo chileno. Comunicación y arte populares</i>	109
Osvaldo Rodríguez: <i>Gardel, el tango y los peregrinos del exilio</i>	119

textos

Miriam Bergholz: <i>Naufragio</i>	131
Eugenia Echeverría: <i>Como si mi corazón tuviera una ventana rota</i>	137
Orlando Jimeno-Grandi: <i>Elegía a Claudio Jimeno</i>	142
Julio Moncada: <i>Poemas</i>	144

tribuna

<i>La mujer en cuestión</i> . Contiene: Sobre el origen de la subordinación de la mujer (Cecilia Salinas), p. 153 / <i>El MEMCH, un capítulo del militantismo femenino chileno</i> (Olga Poblete), p. 160 / <i>Conversando con Margaret Randall</i> (Noemí Baeza), p. 168 / <i>Hablemos de mujeres</i> (Eugenia Neves), p. 171 / <i>Mujeres de fantasía</i> (Valentina Vega), p. 173 / <i>Mujeres del campo</i> (Mercedes Valdivieso), p. 175 / <i>Una mujer en la revolución</i> (María Montaner)	177
--	-----

los libros

<i>El precio de la traición y del poder</i> (Gilberto Linares), p. 182 / <i>Teatro chileno de la década reciente</i> (Osvaldo Obregón)	185
--	-----

crónica

<i>El profesor Lipschütz</i> (Guy Santibáñez), p. 34 / <i>Aspectos de la Constitución pinochetista</i> (Sergio Insunza Barrios), p. 43 / <i>Julio Moncada, poeta muerto en el destierro</i> (Carlos Orellana), p. 148 / <i>Mujeres en la plástica chilena</i> (Luis Bocaz), p. 180 / <i>Grigulievich-Lavretski o la formación de un académico</i> (José Miguel Varas), p. 191 / <i>Correo de la poesía</i> (Omar Lara), p. 196 / <i>Varia intención</i> (Plástica chilena en el setiembre europeo - La "ardiente paciencia" de Neruda y Skármeta - Las guitarras de Dávalos y Cherubito / Un premio que resume arquitectura y humanismo)	199
--	-----

notas de lectura

<i>Prontuario de un agitador / Lo barroco y lo real maravilloso en la obra de Alejo Carpentier / Chile in the Nitrate Era / Literatura chilena en Canadá / Valparaíso a sotavento / Hondo Sur</i>	209
---	-----

notas de discos

<i>La revolución y las estrellas</i>	218
--	-----

En las portadas se reproducen dos detalles del gran fresco pintado en los años de la Unidad Popular en el muro norte del río Mapocho. Las fotos son de Rudolf Lequin, bioquímico holandés, quien fotografió la totalidad del mural a fines de 1979.

Las fotos interiores son de Juan Vicente Araya, Enrique Cerda, René Dávila, Patricio Estay, Fernando Orellana, Luis Pueller, Alvaro Yáñez y Jean Louis Young, integrantes todos ellos de la Asociación de Fotógrafos Independientes de Chile, AFI.

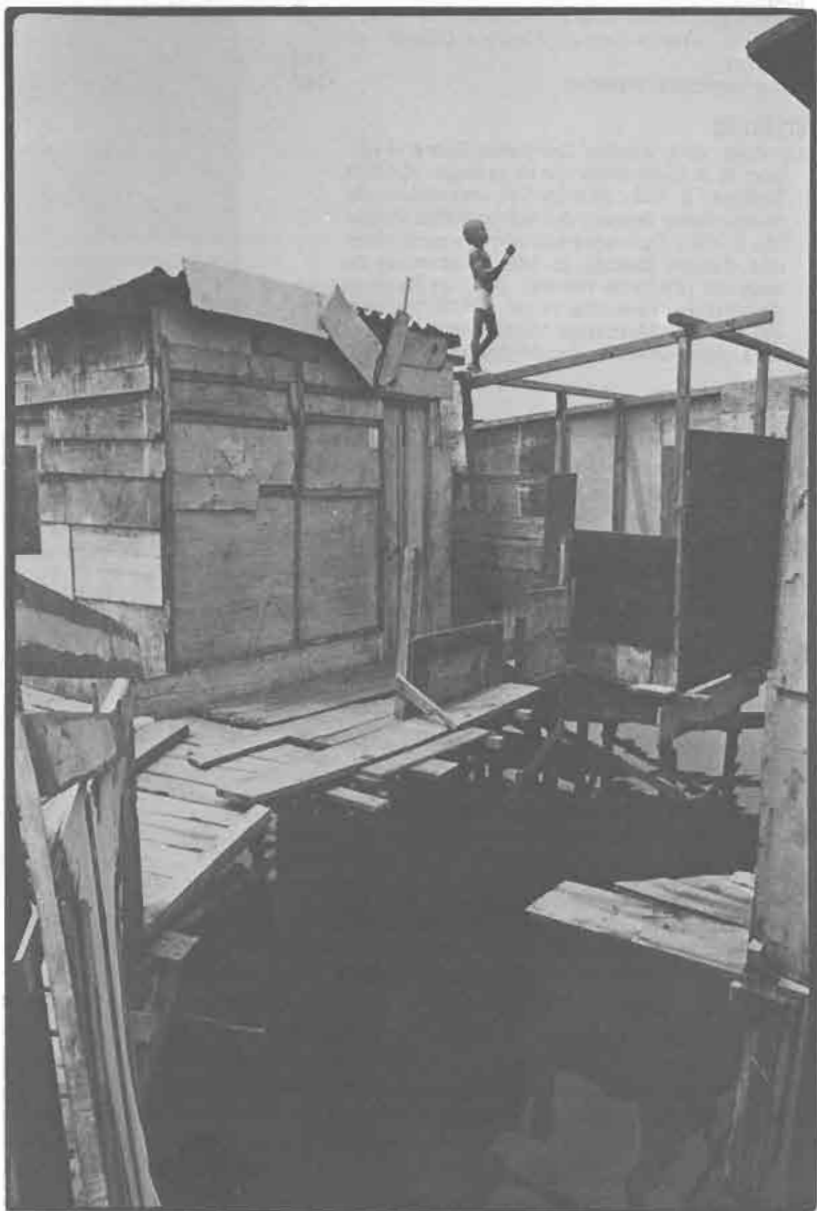


Foto PATRICIO ESTAY

Un frío aliento de muerte estremece a la humanidad al acercarse el fin del año. Quince mil infantes de marina, a bordo de setenta aviones y diez poderosos barcos de guerra, plantaron la bandera norteamericana en las playas de Granada, uno de los estados más pequeños del Caribe, y con menos población que Rancagua. La operación fue calificada de "absolutamente soberbia" por el vice-almirante Metcalf, quien iba al mando de las columnas invasoras, que dejaron pálida la parafernalia bélica de *Apocalipsis Now*. Entre tanto, el exiliado pueblo palestino se desangra al parecer irremediablemente, luchando hasta la muerte por el derecho a vivir en su propia tierra. En Europa comienza la instalación de los misiles con cabeza nuclear, apuntados contra el Este y contra el corazón de todos los seres vivos. Y mientras, el peligroso galán hollywoodense, calificado sin ambages por *The New York Times* como "matón paranoico", hace gala de su discutible valor hablando a las tropas norteamericanas apostadas en Corea de su responsabilidad en "la primera línea de la libertad".

Amargo y difícil fin de siglo estamos preparando en Occidente. Pese a todo, la lucha de los pueblos del Tercer Mundo abre caminos al futuro.

Como el ave fénix mitológico, los combativos murales que salen a la luz en los muros del río Mapocho, son el símbolo de un combate que se acerca ya a la victoria sobre los hombros de los obreros, campesinos, jóvenes y mujeres de Chile.

En esta edición incluimos un análisis sobre la pintura mural chilena, aliento de victoria de la vida sobre el odio. Y le invitamos también a leer con atención un dossier inevitablemente incompleto y parcial, que analiza entre otros temas el papel de la mujer en el fragoroso avance hacia la justicia.

Es imposible, al hablar de la mujer y de sus luchas, omitir una referencia a las ya legendarias madres de la Plaza de Mayo; ellas siguen levantando su voz en la hermana Argentina que aún festeja el retorno de la democracia. Su consigna "los queremos con vida" ha saltado por sobre las barreras doctrinarias, para pasar a la historia de la dignidad de los pueblos de América, del Tercer Mundo y de toda la humanidad.

Les confieso con toda sinceridad que la revista me gusta cada día más. Los felicito, porque considero que es una verdadera proeza haber sostenido durante casi ya seis años una calidad que habla muy bien del nivel y madurez alcanzado por los chilenos (de dentro y de fuera) que piensan y escriben.

Me parece muy acertada la idea de ilustrar algunos números con material fotográfico, como es el caso del N.º 23, que contiene algunas fotos que considero notables. Quiero decirles, sí, que no entiendo esa especie de avaricia que muestran a veces para dar información sobre los contenidos del material gráfico que publican. Por ejemplo, la fotografía de la portada me parece muy buena, pero ¿no habría sido aconsejable indicar su procedencia, es decir, el lugar y fecha en que se tomó? Todo eso ayuda a entender y apreciar mejor algunos trabajos.

M. C. (Perugia, Italia)

Tiene razón el lector. No siempre cuidamos estos detalles, aunque esta vez no fue nuestra culpa, sino de un duende de talleres, que nos birló las líneas que indicaban el origen de la foto de la portada del N.º 23 de la revista. Fuera de ser muy hermosa, la fotografía puede calificarse de histórica, ya que se trata de un acto realizado en homenaje a las víctimas de Lonquén, en el mismo sitio donde fueron descubiertos los cuerpos. En la página 6 puede verse, también, otra vista de la misma asamblea, aunque tomada por un fotógrafo distinto. Poco después, como se sabe, los restos del antiguo horno fueron dinamitados para borrar toda traza del crimen. Cosa que no lograron, entre otras razones, por los testimonios gráficos que han quedado, éstos entre ellos.

Eché de menos en el último número de **Araucaria** algún material alusivo a los diez años de la muerte de Pablo Neruda. ¿No se proponen publicar algo?

René Díaz (Guayaquil, Ecuador)

Justamente en este número se aborda el tema. Nuestra intención, sin embargo, es ocuparnos de Neruda principalmente con motivo de los 80 años de su nacimiento, que se cumplen en junio del próximo año. A este propósito, dedicaremos la mayor parte del N.º 26 al gran poeta nacional.

CARLOS OSSANDON B.

Las jornadas de protesta o los tesoros de las cuevas de Aladino

El pueblo es el último, penúltimo, definitivo, poeta.

(Ariel Dorfman, *Mensaje*, N.º 318)

Se creyó que la colectividad ya no existía, que se había dislocado. Que, como en *La autopista del sur* de Cortázar, "el grupo se había disuelto irrevocablemente". Que la atomización, que la desidentificación, que la pérdida del sentido de comunidad, eran el resultado inevitable del término del embotellamiento de vehículos. Que, en reemplazo de los encuentros y de los rituales, se había instaurado una ficción fuertemente desarticuladora, una cotidianidad preñada de engaños y autoengaños. Los más acomodaticios creyeron que "no se podía hacer otra cosa que abandonarse a la marcha, adaptarse mecánicamente a la velocidad de los autos que lo(s) rodeaban, no pensar". Inmersos en este desorden, entre desconocidos, los símbolos efectivamente se empobrecieron y los sistemas de reconocimiento se debilitaron. A algunos los embargó una sensación de destrucción, de vacío, de nada. También el miedo sentó sus reales entre nosotros.

Con todo, las señales no desaparecieron nunca completamente. La realidad presentó siempre una doble faceta: la una aparental, fenoménica y en medida importante engañosa; la otra latente, oculta y, en los recodos,

actuante. En estos casi 10 años, este universo profundo, algo maltrecho, tuvo ocasiones de mostrar su vigencia. Me refiero particularmente a la manifestación de aquellos remanentes constitutivos y sociales que están en el origen de la cultura. Estos factores "invisibles" constituyeron, cuando lograron ocasionalmente irrumpir, la resistencia soterrada a aquellos otros factores de disolución. A pesar del zafarrancho, el pueblo no pudo ser cabalmente inmolado.

Así fue refundándose la complicidad. Los pequeños encuentros y las miradas furtivas, la misa y el funeral, el canto y el sindicato, sirvieron para ello. De este modo las soledades dormidas y heridas pudieron volver a encontrarse. Y en este empeño de reconstrucción social y cultural, las Jornadas de Protesta jugaron (y quizá sigan jugando) un papel decisivo. Además de su contenido político, representaron la ceremonia de recomposición del colectivo, siendo la tentativa más importante, aunque todavía incompleta, de afirmación tribal. De aquí que estas Jornadas no tuvieran solamente una connotación cronológica, sino también "mítica" o "religiosa", al volver a atar o ligar, siquiera

momentáneamente, a los manifestantes. Sin quererlo, los cacerolazos y los bocinazos fueron "mágicos".

La dirección sindical desempeñó, entonces, la función de *mistagogo*, iniciando a la masa en los misterios que lleva dentro de sí, por medio de un día y una noche encantados. Esta dirección (¿seguirán todavía algunos hablando de la "jibarización de la clase obrera"?), al invocar el secreto, creó las condiciones para el restablecimiento de la unidad perdida y para el conjuro del miedo y de la cotidianidad engañosa. Bajo esta invocación, el colectivo fue capaz de reanudar, en forma no vista hasta ahora, su propio esfuerzo de constitución y recreación social. Y en este reencuentro de las miradas, el peligro no estuvo ausente. Una parte importante del pueblo volvió festivamente a sentirse miembro de una comunidad, enfrentando al "guanaco" en el centro de Santiago, a

las hondas en Providencia y a las tanquetas en los barrios populares. Fue en este ambiente que se tuvo la sensación que se desplegaban las señales propias, profundamente ignoradas o negadas por el orden.

Hasta la vivencia del tiempo cambió. El descubrimiento de lo abisal acentuó la percepción de la fragilidad del tiempo presente. Asimismo, este descubrimiento abrió la mirada al futuro, a la exploración de la utopía posible. Esta *adumbratio* o premonición saltó, paradójicamente, sobre el suelo de lo originario y fundante. Así, "pasado" y futuro pudieron unirse simpáticamente, coludidos contra un presente extraño, opresivo y, en definitiva, fugaz. Las Jornadas de Protesta comenzaron entonces, ahora masivamente, a desenmascarar el falaz velo de Maya.

Santiago, julio de 1983

LA JUSTICIA TARDA

Las hijas del general Carlos Prats... volvieron hace pocos días desde Estados Unidos, donde asistieron a las dos sesiones en las cuales se trató el pedido de extradición solicitado por la justicia argentina contra Townley, el cual fue denegado.

Angélica y Sofía dijeron que, aparte de fotografías, nunca habían visto antes a Michael Townley. En las sesiones tuvieron la oportunidad de verlo en persona. Y fue impactante. "Es difícil describirlo. Es una emoción fuerte. Pensar que ese ser humano, según pruebas técnicas, científicas, judiciales, era el autor de la muerte de nuestros padres es terrible".

Las hermanas Prats aseguran que el juicio de extradición se perdió por acuerdos previos de la justicia norteamericana vinculados a Chile. Agregaron que "lo otro impresionante fue ver a Townley defendido por los mejores abogados de Washington, pertenecientes al staff de la oficina de Seymour Glazer". ¿Quién paga a estos abogados?, preguntaron ellas en Estados Unidos. Y en la propia Corte, uno o dos fiscales conocidos, respondieron: "Los amigos de Townley".

(Extractos de "Hijas de Prats relatan su experiencia en el juicio", crónica de *La Segunda*, 4-VIII-83).

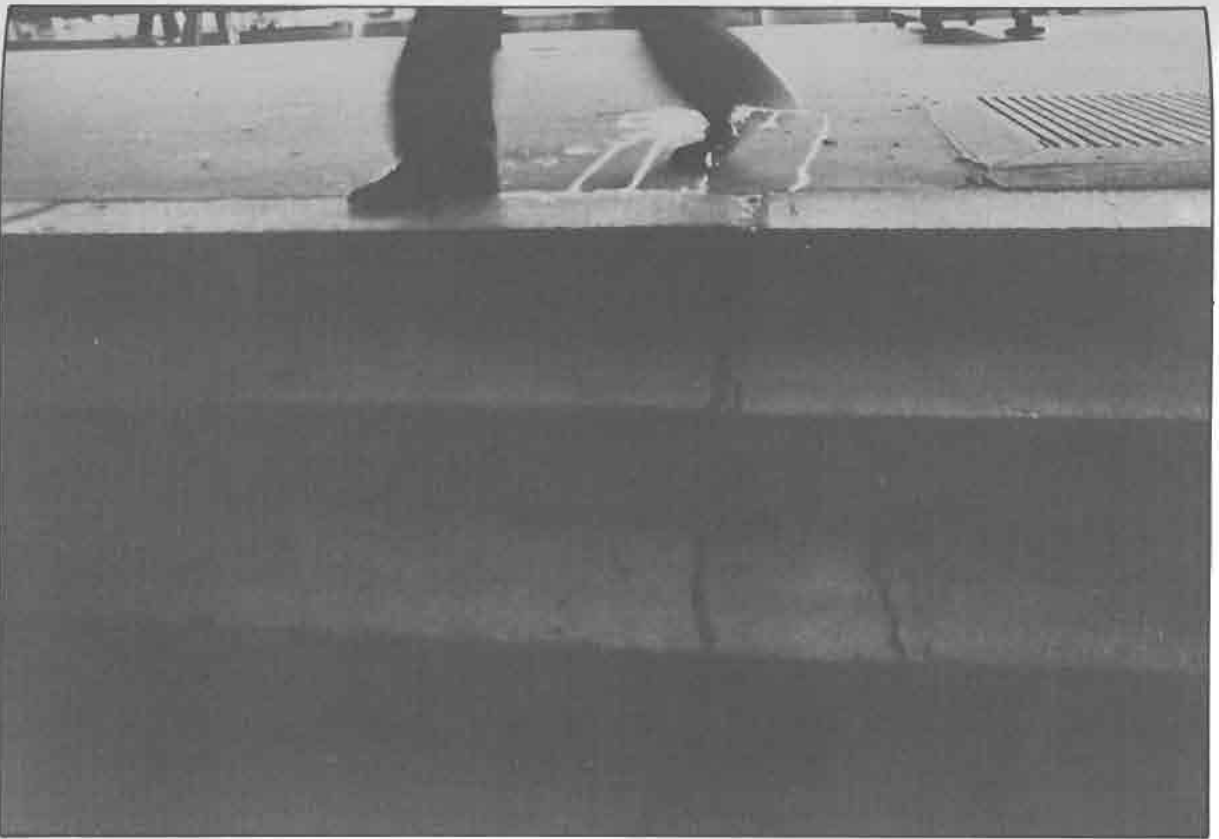


Foto RENE DAVILA



Foto LUIS PUELLER

Los héroes no están cansados

Pablo Neruda. Salvador Allende. Víctor Jara

No están cansados. Ni ausentes. No son únicamente mártires, ni sólo símbolos o puramente recuerdos. Su poder va infinitamente más lejos de lo que jamás pudieron imaginar sus victimarios. Su fuerza no ha cesado de crecer en esta década. Reunen el vigor de la Historia y del Mito. Son los signos, el anuncio del fin de la tormenta, el puerto, la Utopía. Lo marcaron todo con sus vidas y si algo dejaron en suspenso, porque algo o alguien se interpuso, lo completaron con sus muertes.

Nada de lo que ahora vaya a ocurrir en Chile puede serles ajeno. Será diciendo versos y cantando que transitaremos por las anchas alamedas que se abrirán cuando cese el tiempo del naufragio.

Neruda: evocación de su muerte

VIRGINIA VIDAL

Esa mañana, cuando llegué a "La Chascona", la casa junto al cerro San Cristóbal, me pareció oír la voz de Pablo: "*Generales traidores / mirad mi casa muerta...*" Pisando vidrios, metiéndome en el lodazal, me detuve ante un montón humeante: un colchón roto, destrozado un arco de medio punto, gran abanico de madera con antiguas tarjetas postales, espejitos, vidrios de colores —uno de esos objetos bellos, producto de la fantasía de Pablo— libros, pedazos de cerámica, vidrio, porcelana.

Subí la escalera que lleva al living. Matilde, de palidez severa, los inmensos ojos desolados, junto al ataúd. La abracé en silencio. (No la veía desde los felices días cuando Pablo recibió el Premio Nobel en

Estocolmo. Cómo olvidar su bajada del avión junto a él. Periodistas ávidos lo rodearon y empezaron a ametrallarlo con preguntas. El, sobrio, canchero, sereno. "¿Cuál es su objeto predilecto? —Los zapatos viejos. ¿Qué va a hacer con la plata del premio? —Eso pregunté a mi mujer. ¿Cuál es su palabra favorita? —La palabra amor. Vieja, muy usada, desgastada. No nos cansamos sin embargo de repetirla". Luego, en una cena íntima en casa del embajador Luis Enrique Délano y Lola Falcón, Miguel Otero Silva y María Teresa Castillo, los Neruda y yo. Después de comer, nos fuimos a la biblioteca. Pablo se sentó y tomó como al azar un libro. Era la edición de poemas de Gabriela Mistral que sacó "Quimantú". Se puso a leerlos y a comentar con encomio los méritos de la maestra. Luego Miguel Otero Silva siguió leyendo a Gabriela con su rica voz, con su ritmo y melodía cálidos de Venezuela... Tanto que recordar de esos días.)

Miré a Pablo a través del cristal de la urna. Quieto. Cerrados los ojos de pesados párpados. La boca como dispuesta a la sonrisa. Se veía la camisa sport a cuadros, la chaqueta de tweed. El rostro inmóvil parecía expresar irónica tranquilidad.

A los pies del ataúd, la corona con cintas celestes y amarillas enviada por el Rey de Suecia. (Los mismos colores que decoraban el salón donde recibió el premio, cuando el rey permaneció mucho más tiempo conversando con él que ante los otros premios Nobel. De ese vasto salón salió su voz al mundo: "...Perdón por haber extendido mi reconocimiento hacia todo lo mío, hacia los olvidados de la tierra que en esta acción feliz de mi vida me parecen más verdaderos que mi expresión, más altos que mis cordilleras, más anchos que el océano. Yo pertenezco con orgullo a la multitud humana, no a unos pocos, sino a muchos, y estoy aquí rodeado por su presencia invisible".)

Había mucha gente. Vi a Gonzalo Martínez Corbalá, el embajador de México, a Roland Husson, consejero cultural de la Embajada de Francia, quien me dijo que la noche anterior su gobierno había designado al poeta Gran Oficial de la Legión de Honor. Kazimir Bru-nović, consejero cultural de la Embajada de Yugoslavia, expresaba desconsuelo en su rostro, en sus ademanes, en sus palabras.

Llegaron los camarógrafos de la TV sueca. Quisieron filmar. Le pregunto a Maltilde qué hacemos: "Que filmen —responde—; muéstrales todo. Muéstrales esta casa que era de paz, de trabajo, de alegría, de amistad. Muéstrales cómo la han dejado".

Fui haciendo el recorrido y explicando.

"La Chascona" está construida en tres planos, sobre la falda del San Cristóbal. A nivel de la calle, dos dormitorios, el comedor, la cocina. Voy mostrando. Todo inundado. El viejo quinqué cuelga desarmado sobre la mesa, rota la pantalla de opalina. Me inclino a recoger una virgencita de arcilla, lo único que sobra intacto del inmenso "árbol de la vida", una de esas esculturas del arte popular mexicano que tienen desde Adán y Eva hasta frutos, animales, figuritas. Está hecho añicos. Rotos los platos, los vasos, las jarras. Ha desaparecido de los muros la colección de pintores primitivos chilenos que era uno de los orgullos de Neruda. (Serán encontrados más tarde dentro del canal, las telas podridas por acción del agua.)

Subimos otra vez al living y pasamos por el único acceso al dormitorio de los esposos. Una chimenea con campana de cobre sobre la que están entrelazadas las letras "P" y "M". Desvencijada la ancha cama. Sobre el colchón, estampadas las huellas fangosas de grandes botas militares.

Salimos al patio pisando vidrios. La escritora Inés Valenzuela, mujer de Diego Muñoz, barre y amontona los escombros. Matilde le dice: "No debías haberlo hecho. Que todo esté tal como lo han dejado". Por los escalones de piedra subimos a la biblioteca semi-escondida por los árboles. Ese era el cuarto de trabajo de Pablo, en una pieza contigua trabajaba Matilde. Allí fue donde el poeta escribió muchas de sus obras. En el umbral, Roberto Parada sostiene una hoja chamuscada de papel. Le corren las lágrimas por la cara. Con su hermosa voz, tan conocida por todo el público teatral de Chile, lee como no creyéndolo, moviendo la cabeza: "Miguel de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*". Estira la hojita y la guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

En la biblioteca, el viejo reloj de pedestal, de antigua marquetería, parece sacado de una película de Bergman. Ni punteros le quedan. Le destriparon péndulos y pesas. Un viejo óleo, acuchillado. Ni un cuadro, ni un libro sanos. Sólo restos del pillaje.

La escritora Teresa Hamel me dice con dolor: "Lo último que dijo Pablo antes de morir fue: "¡Los están fusilando, los están fusilando! Después de haber conversado con Matilde, se sumió en el sueño. Poco le duró la quietud. Se agitó y se puso a gritar esas palabras, como angustiado por una intensa pesadilla..."

No sabemos cómo pasa el tiempo en ese día frío y oscuro de septiembre. Todos acoquinados, sin poder guarecernos, junto al ataúd. El viento se cuela por las ventanas sin vidrios.

Queta Quintana, vecina de Matilde, le pide que vaya a servirse algo caliente a su casa. Matilde no quiere nada. Sigue de guardia junto a su compañero. Queta se lleva a la hermana de Matilde. Nos ofrece que vayamos a tomar un plato de sopa, café. Entra, sale gente. Hace rato que ya ha pasado el mediodía. Ahí están Chela Álvarez, Aída Figueroa, Homero Arce, Laurita Reyes. De pronto, Matilde, siempre alerta, dice: "Ahí vienen. No los recibiré". Se dirige a su dormitorio con agilidad de pájaro y cierra la puerta.

Los vemos avanzar. Uniformados y civiles con metralletas cruzadas en el pecho. Irrumpen sin quitarse gorras ni cascos. Uno se presenta como el Jefe de Plaza. Es Herman Brady. Alto, enjuto, felino, en uniforme de campaña con manchas ocre, verdosas. Casco militar. Sólo un oficial no armado: Enrique Morel. En uniforme de gala. Habla. Comienza a recitar un discurso como aprendido de memoria: "Soy el edecán del general Pinochet. Quiero hablar con la viuda y familiares del gran poeta Pablo Neruda, gloria de las letras nacionales, para expresar las condolencias..." —se interrumpe—: "¿Dónde está la viuda, dónde hay un pariente del señor Neruda?"

Chela Álvarez lo interpela con voz vibrante: "¡Todos los presentes somos familia de Neruda. Exigimos respeto a nuestro duelo!"

El edecán comienza a repetir su discurso. Aída Figueroa le dice: "La viuda está reposando y no lo recibirá".

Otra vez el oficial intenta repetir el párrafo. Chela lo apostrofa: "En estas ruinas que ustedes han dejado, estamos velando a Neruda. Queremos respeto y tranquilidad para rendirle el último homenaje. Y garantía para que esta noche podamos estar en paz".

Esta vez habla el Jefe de Plaza: "Nosotros no hemos hecho esto. El Ejército de Chile es respetuoso con las glorias nacionales".

Chela le dice que esa casa ha sido sistemáticamente destruida y que se ha visto cómo lo hicieron. El militar pide que se hagan presentes los testigos.

"¿Cómo puede decir eso, señor oficial? —le dice Chela—. ¿Cree usted que la gente se atrevería a atestiguar? La gente tiene miedo."

A continuación le da a conocer en qué estado fue encontrada la casa y qué "operativo" —usa esta palabra— hubo que hacer para poder encontrar el ataúd. Uno y otro de los presentes da detalles de los destrozos. Se adelanta el edecán demostrando interés en ver los daños. Rápidamente se desplazan los hombres armados. Nosotros rodeamos el féretro para impedir que ellos lo vean. Para impedir que Pablo sufra otra afrenta.

Los militares dan una vuelta, miran con caras de circunstancias, asegurando que ni soldados ni carabineros pueden haber cometido semejante barbaridad.

(Pocos días más tarde va a salir una información oficial en la que se acusa a una banda infantil capitaneada por un niño de diez años de edad como autora del delito de destruir la casa del poeta. A medida que se vaya destapando el canal, se sacarán los más heterogéneos objetos destrozados: piezas de vajilla, cuadros, bandejas, maderas, cerámicas, cosas de vidrio.)

Antes de retirarse, sin que nadie haga amago de acompañarlos, los militares anuncian que el gobierno decretará duelo oficial de tres días por la muerte del poeta. De acuerdo con el comunicado, el duelo se considera a partir del día del fallecimiento de Neruda. Se anuncia el día de los funerales. ¡De modo que han decretado un duelo retroactivo!

Seguirá llegando gente. Un valeroso grupo de obreros hará una guardia de honor con los puños en alto. Hasta gente que ha sido llamada por los bandos de la Junta se ha atrevido a llegar a "La Chascona" a darle el último adiós al poeta.

La proximidad del tiránico toque de queda nos obliga a muchos a partir. A la salida me detengo a mirar el mural que cubre la tapia que hace ángulo con la casa de Pablo. (En su cumpleaños se lo habían hecho los muchachos de la Brigada Ramona Parra. Rojos, amarillos, azules puros fileteados de negro. Reminiscencia de Fernand Léger. Banderas, palomas, juventud obrera y campesina cantando, estudiando, construyendo. Parte de la temática que cubrió los muros de Chile. Un movimiento plástico juvenil que llamó la atención de los críticos de arte por su pujanza y originalidad. El arte en la calle, para todo el pueblo. En estos días tenía que inaugurarse una muestra de las BRP en el Museo de Arte Contemporáneo de París. A Matilde no

la dejarán vivir por ese mural. La acosarán para que lo haga borrar. Ella se defenderá con la verdad, aduciendo que es un obsequio de la juventud a Pablo. No hay caso. Muy a su pesar, tendrá que hacerlo borrar después de unos meses.)

A la mañana siguiente, día de los funerales, va desfilando una masa humana por la "casa muerta". Modestas mujeres, hombres de trabajo, escritores, artistas, periodistas, hombres de ciencia, políticos. Entre tanta gente, diviso a Nicanor Parra. En esos días ha salido en un diario mercurial un gran elogio a este poeta, mostrándolo como incomprendido o víctima de la UP. Nicanor nunca ha sido militante de partido alguno, pero es conocida en el mundo entero su independencia política y poética. Hablamos un poco. Nicanor dice: "Pretenden convertirme en el poeta oficial del régimen. No lo conseguirán". Esta frase mesurada suena como juramento ante los despojos de Neruda. (Su obra *Hojas de parra* provocará las iras de los fascistas y harán incendiar el circo en que se ha puesto en escena.)

Momento dramático. Habrá que sacar la urna por la puerta cochera. La maniobra se hace con gran esfuerzo, venciendo las dificultades resultantes del pillaje. Iremos avanzando a pie, rumbo al cementerio. La ciudad está silenciosa. En cada ventana se ven rostros fijos, o visillos corridos a medias, sujetos por manos tímidas. Piquetes de soldados armados hacen guardia en distintos puntos.

El silencio se quiebra. Una voz varonil estalla y se expande en oleadas:

"Juramos que la libertad
levantará su flor desnuda
sobre la arena deshonorada"

Toda la procesión que avanza repite la consigna. El grito cobra más cuerpo. A nadie le importan los camarógrafos de la TV extranjera que enfocan los rostros, las bocas, como pretendiendo eternizar el grito:

"Juramos continuar tu camino
hasta la victoria del pueblo".

Otros versos del poeta serán nuevas consignas coreadas con decisión, con fervor, con conciencia plena:

"... y como el trigo,
el pueblo innumerable
junta raíces,
acumula espigas,
y en la tormenta
desencadenada sube
a la claridad
del universo".

A medida que nos acercamos a la puerta principal del Cementerio General, distinguimos la multitud silenciosa, a la espera. Esa mul-

titud irá englutinando nuestra columna hasta que toda la gente no sea sino una masa móvil capaz de expresar su dolor. El ataúd es depositado en una plataforma rodante. Otro hombre abrirá un libro de Pablo para lanzar un verso que restalle como un grito de combate:

"Aquí tenéis
como un montón de espadas
mi corazón
dispuesto a la batalla..."

La gente llora. Surge, tembloroso por el llanto, el primer verso de "La Internacional". Se van alzando los puños muy apretados: "Arriba los pobres del mundo..." Las voces pugnan por abrirse paso y romper el nudo que aprieta las gargantas. Esa fue la última vez que se cantó en público "La Internacional".

El cortejo avanza hasta el mausoleo de la familia de Adriana Dittborn, quien lo ofreció a Matilde ante la imposibilidad de cumplir de inmediato el deseo de Pablo:

"Compañeros, enterradme en la Isla Negra
frente al mar que conozco a cada área rugosa
de piedras y de olas que mis ojos perdidos
no volverán a ver".

Ha crecido la marea humana. Allí está Nemesio Antúnez. Su sonrisa suele ser dulce, joviales los ojos en contraste con la cabeza plateada. Esta vez esos ojos echan chispas. Me cuenta el atroz vandalismo. Rompieron a bayonetazos los cajones de embalaje que contenían una valiosa colección prestada por un museo mexicano al Museo Nacional de Bellas Artes. Nemesio es su director ya desde el gobierno de Frei. Ha renunciado. Dice: "Tengo vergüenza". Inútiles fueron sus protestas. Horadaron las telas. (Antúnez hizo de un mausoleo del arte nacional un museo vivo. Allí aplicó su talento de arquitecto y pintor. Dotó al museo de la Sala Matta: hizo crecer el museo "hacia abajo" con ese magnífico subterráneo. El museo ya no fue sólo para ocasionales exposiciones de artes plásticas. También fue para la música, para la danza, para el cine. Se llenó de público de todos los sectores. Un museo que salió a la calle, que llevó sus exposiciones a las fábricas, a las escuelas. Cuando recién Nemesio había asumido su cargo, un monstruo taladró con un lápiz de pasta los pechos de "La perla del mercader". Antúnez estaba espantado. Hizo una campaña para denunciar el atentado y dijo entonces: "He llevado las obras de arte a los sindicatos, a un público que nunca había visto una exposición, y los obreros han cuidado con religioso respeto estas pinturas, pero aquí un señorito "culto" ha osado cometer este ultraje...").

Más allá diviso al escritor Francisco Coloane, con su enorme estatura, con su aspecto de capitán de un antiguo barco echado a pique.

De pronto, creo reconocer una cabeza rubia, unos hombros agitados por los sollozos. Me acerco. Joan Turner tiene el rostro hin-

chado por el llanto. Lloro por Víctor, por Pablo, por todos nuestros muertos. La rodeo. Le pregunto por las niñas. Sin dejar de llorar, me dice que aún no se dan cuenta de todo lo que pasa. (Días atrás me llegó la noticia inverosímil. La llamé por teléfono: "Dime, Joan, ¿es cierto?". Me respondió con voz seca, con un latigazo: "Sí. No te puedo decir nada más". Otra vez le hago una pregunta cruel: "Sé que te hago sufrir más, pero debes decirme: ¿es verdad que le cortaron las manos?". "No. Pero hubieras visto su cuerpo, su cuerpo tan hermoso... Una sola masa negra, morada, machacada, desgarrada... Me costó hallarlo entre tanto cadáver. Irreconocible...". Los sollozos le impiden continuar.)

Entretanto, se suceden los conmovedores homenajes, los discursos funerarios preñados de una carga tácita.

Imposible describir los rostros de la multitud congregada, desde las personalidades del arte, la cultura, la política, hasta los obreros, los estudiantes, las madres jóvenes, los ancianos encogidos. Comienza a circular de boca a oreja la recomendación: "Salir en orden, con calma, sin aglomerarse. Dispersarse enseguida".

Vamos desplazándonos con lentitud. Me asombro al ver ahora toda la plazoleta del cementerio rodeada de soldados. Soldados por todas partes, las piernas semiabiertas para sostener mejor el cuerpo.

Sujetan la metralleta con las dos manos, ante el pecho. Soberbias actitudes de combate ante un pueblo inerme, sin más coraza que su dolor. Me voy caminando despacio. Algo me obliga a detenerme ante unas hojas de papel blanco pegadas en los muros, en los zócalos donde habitualmente las floristas ofrecen sus ramos frescos y coloridos. Comienzo a leer esas hojas tamaño oficio, escritas a máquina: "NN, sexo masculino, aproximadamente 30 años". "NN, sexo femenino, 20 años". Listas y más listas de "NN". ¡Son listas de muertos, de asesinados, para ir a identificar a la morgue! Se me congela la sangre. (Un año justo después volveremos al cementerio. En la imposibilidad de cumplir el deseo de Pablo, Matilde ha hecho trasladar sus restos a un nicho en un nuevo pabellón —el pabellón es como un vasto muro de nichos—: extraña y dramática coincidencia, se llama "Pabellón México". Los esposos Neruda iban a partir a México el 24 de septiembre en un avión que dispuso especialmente el gobierno de ese país. Pablo aún no está frente al mar. No es éste el paisaje que imaginó para su descanso eterno. No el salvaje y rumoroso océano, símbolo de movimiento y vida, sino un mar de cruces. En ese mismo pabellón yacen los despojos de Víctor Jara, Miguel Enríquez y decenas de jóvenes chilenos. Maldigo mi mala memoria. No poder recordar todos esos nombres grabados en el mármol ni las frases escuetas esculpidas junto a ellos: "A mi querido hijo que cayó defendiendo sus ideales". "Aquí reposan los hermanos X y Z que murieron por la justicia". "Querido esposo: tus hijos y yo proseguiremos tu tarea". Frases estremecedoras, lacónicas, pero elocuentes, no habituales en las losas de los cementerios. Frases dolorosamente nuevas al lado de unas cifras. Nacimiento y muerte. La mayor parte de las fechas de nacimiento corresponden a gente que estaba en la flor de la juventud cuando fue asesinada. El grueso de las muertes se amontona entre

septiembre del 73 y todo el 74. Estoy tentada de sacar lápiz y papel para escribir los textos de esas lápidas, pero no me atrevo: mientras estoy recorriendo ese muro, no deja de rondar un siniestro ángel de la muerte en su motocicleta: un oficial de la DINA que anda de civil. Da vueltas y vueltas como tratando de grabar en su retina los rostros de la gente que hasta allí va llegando. Escritores, periodistas, juventud. Matilde ha estado toda la mañana de pie junto al nicho. Desfile de gente de todas las edades. Cada uno trae en la mano un clavel rojo. Las flores se van amontonando frente al nicho. De pronto, comienzan a aparecer grupos juveniles. No más de tres. Actúan con agilidad increíble. Ordenan las flores. Ponen un recorte de periódico con foto de Pablo y un texto de homenaje. Clavan un clavel en cada punta. Con plumones negros escriben consignas sobre los mármoles: "Pablo Neruda ¡presente! ¡Muera la Junta fascista!". Una "R" de "resistencia" encerrada en un círculo. Corren también a poner claveles a Víctor, a Miguel, a otros caídos. El ángel de la muerte sigue rondando. Los chiquillos se relevan. Llegan unas niñas de pelo suelto, pantalones, blusas bordadas, un sinnúmero de collares, con un clavel en la mano. Se ponen en acción. Hacen volar sus manos sobre los bordes de las lápidas. Muchachos esbeltos las rodean. También dejan cartas. Hojas de cuaderno, esquelas blancas, rosadas, celestes, cuidadosamente dobladas, se van amontonando. Tienen copiados poemas de Pablo, o mensajes: "Pablo, tu adorada Matilde no está sola, nosotros la cuidaremos". "Pablo, tu lucha continúa. Nosotros seguiremos hasta la victoria". "Pablo, o vencer o morir. La Junta caerá". "Pablo, combatiremos hasta liberar nuestra patria del fascismo". Son docenas los mensajes que se acumulan. En esto, llega un viejo muy pobre, de traje negro parduzco, desteñido por soles y lluvias. Todo él, color tierra. Pelo grisáceo. Rostro arrugado, inmóvil, como sin expresión. Empieza a contar casi sin mover los labios. Dice que muchos de esos nichos contienen más de un cadáver, que es imposible saber cuántos muertos están por ahí enterrados. Dice que él se escondía entre las tumbas y veía llegar los camiones cargados de muertos. Los enterraban los soldados sin permitir que se acercaran los sepultureros. Sigue el relato de pesadilla mientras amaga ordenar flores, limpiar vasos de ramas secas. Ronda el ángel de la muerte. El sepulturero recoge sus tarros y se aleja, mimetizándose con las tumbas... No lejos está el mausoleo de la familia Tohá. La verja queda entrelazada de claveles rojos.)

Pocos días después de los funerales, se hace un homenaje a Pablo Neruda en la Sociedad de Escritores. La Casa del Escritor, en Almirante Simpson 7, es también obra de la que mucho se preocupó Neruda. Ya no está en su lugar, en un muro de la sala de reuniones, un óleo que regaló Joaquín Edwards Bello, copia fiel de una fotografía de los funerales de Lenin... Hay varios escritores detenidos. Uno de ellos, Omar Lara, el director de *Trilce*: una de las revistas de poesía de más larga vida. Entre el público está Máximo Pacheco, ex-ministro de Educación. Me dice consternado: "Han destruido el mural de Julio Escámez en la Municipalidad de Chillán". Le pregunto si lo pintaron

para cubrirlo. "¡No! Lo picaron...". Me cuesta creer. Es tan lento el cerebro humano para adaptarse al horror y a la imbecilidad.

Cumpliendo el viejo ritual, nos iremos después del homenaje a beber vino al Refugio López Velarde, la cantina de la Casa del Escritor que años atrás inaugurara Neruda en una noche de alegría y de homenaje al alto poeta mexicano. Esta vez son muchos los ausentes.

Se hace una colecta para ayudar a los familiares de los escritores detenidos. Un gran número de cesantes averigua sin mucha esperanza dónde conseguir algún trabajo. Ya no es ésta la reunión discutidora de arte y poesía, ya no es la apariencia bohemia para encubrir el trabajo creador de unos o el meramente imaginativo de otros. Una mujer morena, muy enojada, deja caer lágrimas silenciosas. No ha podido ver a su padre porque él vive en una población obrera que está acordonada y no dejan entrar a nadie. Me cuenta con espanto que uno de sus parientes trabaja en la textil Sumar. Cuando volvieron al trabajo, después de esa negra semana de septiembre, los obreros encontraron arrimados a los telares los cadáveres descompuestos de muchos de sus compañeros... Ellos mismos fueron obligados a sacarlos...

Le pregunto a Luis Sánchez Latorre, Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile: "¿Qué podemos hacer?". Responde con decisión, el rostro ensombrecido: "Escribir. Escribir. Aunque sea como Curzio Malaparte, escondiendo los papeles en los huecos de los árboles, debajo de las piedras".

Salvador Allende: presencia en la ausencia

VOLODIA TEITELBOIM

"Para cortar a la epopeya un gajo..."
(Ramón López Velarde, *La Suave Patria*)

Salvador Allende no dejó testamento escrito. Podríamos considerar tal vez que dejó uno oral, su último llamado a través de Radio Magallanes en el mediodía del 11 de septiembre de 1973. Un testamento político comparable a aquella página redactada como un brevisimo balance de vida y muerte, que es la despedida y explicación de su actitud que dejó el Presidente José Manuel Balmaceda, sellada con un pistoletazo el 19 de septiembre de 1891. En ese trance ninguno de los

dos hizo disposición de bienes. Estaban pensando obviamente en otra cosa, en lo que vendría después, en el drama que los mataba; pero también en la vuelta de la marea y en el juicio del porvenir.

Como muchos chilenos de este tiempo, conocí a Allende y creo que él confiaba en que no sería considerado un ausente en las batallas del futuro. Además, su guerra por los principios que sustentaba no terminó el 11 de septiembre. Temporalmente derrotado, el combate sigue y continuará. En medio de las mil vicisitudes de su existencia, se preparó moralmente para afrontar el juicio de las generaciones del siglo XXI. Tenía sentido de la historia y de su papel en ella. Poseer sentido de la historia es un ángulo del problema. Estar provisto de grandeza y proyección pública vale por requisito esencial para ingresar en ella. Allende tuvo capacidad de sobrevivir más allá de sus días porque fue digno de los días que vivió y sucumbió por sus ideas al estilo del friso heroico. Su nombre se convirtió así en sinónimo de gesta y en mítico protagonista de la memoria colectiva. Y no sólo para su pueblo.

Porque no hay en el siglo XX una figura política chilena que alcance la imponente altura que ocupa Allende en la conciencia mundial contemporánea. Allende póstumo es, por lo menos, tan grande como Allende vivo. El hombre de nobleza descubierta —aquel que intentó llegar en América Latina a una sociedad justa, nueva, a través de un camino que no pasara por el duro tramo de las armas— plantea todavía a los historiadores muchas incógnitas, una tarea larga: la búsqueda de su verdad profunda, por encima de los enmascaramientos de la actualidad y las mixtificaciones de la interpretación parcializada. A grandes trechos Allende es aún una personalidad por redescubrir, un hombre-continente a la espera de exploraciones más hondas y de síntesis cabales.

Nosotros sólo podríamos allegar brochazos para la pintura espacial o interiorizada. Tal vez ayuden a ello ciertas fijaciones del recuerdo. Lo acompañamos en sus cuatro campañas presidenciales: las de 1952, 1958, 1964 y 1970. Ello significó recorrer juntos todo el territorio, provincia por provincia, pueblo por pueblo, oficina por oficina, isla por isla. Convivir viajes a lo largo de millares de kilómetros de pampa desértica, valles transversales, fértil tronco central, lluvioso sur de la vieja y apasionada Araucanía; cruzar a caballo la cordillera de Nahuelbuta, hacer una proclamación a las dos de la mañana en un oloroso Los Muermos arrancado al sueño; internarse en el Chile virgen de Chaitén, Palena y California, surcar en barco los fríos canales y lagos australes donde se retratan los Andes nevados; viajar de puesto en puesto por la estepa magallánica, hasta llegar a Última Esperanza. Esa primera campaña heroica, sin perspectivas de triunfo, siembra el futuro. Se dio en medio de la pobreza, sin recursos, con un candidato joven que oficiaba de chófer, amante de todos los vértigos de la velocidad, temerario ante el peligro. En un viaje entre Santiago y Valparaíso, a cien kilómetros por hora, cuando iba solo con él, atrasado, casi como de costumbre, a un mitin obrero, el capot cubrió de golpe totalmente el cristal delantero. Pero el piloto, con perfecta sangre fría, lo controló todo y gracias a ello siguió viviendo veintiún

años más. Lo vi muchas veces agigantarse ante los más diferentes riesgos. Tenía pasta de valiente. Asumía las situaciones extraordinarias con impávida serenidad. En esa misma campaña volamos de Santiago a Arica en un Cessna cuadriplaza. Yo iba sentado atrás. De repente vi, espantado, que mi puerta estaba abierta. No me atreví a romper el misterioso equilibrio ni siquiera con la voz. Toqué apenas el hombro de Allende, que viajaba adelante. Miró la puerta abierta como si estuviera en su casa y la cerró con toda naturalidad. El hecho volvió a repetirse en un viaje de Puerto Montt a Chile Chico, sobre el archipiélago de Chiloé. Su impasibilidad ante el peligro era como una emanación de cierta virtud heroica que había en él.

Creo que en grande el 11 de septiembre se comportó como concentrando toda su vida intensa, todo su pasado en un día, en una hora, en un minuto fulgurante, conforme a esa identidad suya, que, por deber de conciencia, fidelidad a sí mismo, sentido de su dignidad histórica, de su propia verdad íntima y de lo que realmente era, no temía a la muerte. La enfrentó, en consecuencia, con un coraje que pareció inverosímil. Dejó al mundo estupefacto.

Han transcurrido diez años desde entonces. Y la imagen de Allende no ha palidecido. Lo notable es que no se trata del retrato admirado de un hombre de éxito, sino de un caído en combate. En este orden pertenece a la estirpe de los derrotados triunfantes que embellecen nuestra historia latinoamericana con la sugestión de su nombre, de su obra, de su ejemplo, de su legado; como Bolívar, O'Higgins, como muchos libertadores de entonces, como Martí y el Ché, y otros pocos.

Pinochet —condenado a banquillo perpetuo por la opinión internacional— no consiguió enviarlo al exilio ni menos exiliarlo de la historia. Su victimario, en cambio, pertenece a la categoría de los usurpadores inscritos en la lista de los falsos vencedores. Sigue encabezando las encuestas anuales sobre los tipos más detestables de nuestro tiempo. Los nombres de los enemigos de Bolívar son patrimonio de aficionados al detalle. El de los asesinos del Ché son inscripciones borrosas y desleídas en la pequeña crónica castrense policial de Bolivia. Los grandes inmolados encontraron su lugar real y nominal en la memoria de sus pueblos, incluso en la leyenda, en la fantasía y en el halo reverente que rodea a los héroes primordiales.

Allende no fue un pragmático de la acción por la acción. Fue un revolucionario, o sea, practicó la teoría y teorizó la práctica, sobre todo a través de discursos y entrevistas. Puso en ejecución ideas. ¿Cuáles eran ellas? Espigando en su pensamiento, me atravesaría a decir que en la línea larga trató de casar dos fechas: 1789 y 1917, de articular la Revolución Francesa y la Revolución Rusa, de armonizar la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano con los principios del marxismo. ¿Proyecto fantástico? ¿Empresa imposible? ¿Loca utopía? Obedecen —es cierto— a realidades diferentes, a épocas diversas, a filosofías específicas; pero no son ideologías de signo opuesto en cuanto a voluntad liberadora, a trabajar por el oprimido y discriminado del Tercer o Cuarto Estado. Ambas estuvieron poseídas por la gran pasión de la justicia. En ambas originalmente campea la

aspiración idealista o materialista de cambiar la faz del mundo a la medida del hombre, eliminando iniquidades. El socialismo tomó en cuenta la tradición jacobina y la lección de la Comuna y estudió la anatomía de la sociedad contemporánea con los ojos penetrantes de un método que le permitía desentrañar los secretos íntimos del capitalismo. Toca a los historiadores analizar el fondo y la forma del desafío ideológico-político de Allende, establecer su dosis de realismo y de ilusión, definir sus fronteras de verdad y quimera. Y conviene no sacarlo nunca de su contexto, aislarlo de su tiempo y su espacio, desconectarle de sus sueños. Un político grande necesita siempre una *utopía*, un proyecto que debe inscribirse en el registro de la realidad, confrontarse con ella constantemente. Es condición inevitable de su viabilidad que entre ese proyecto y esa realidad se produzcan acuerdos y conflictos. El socialista Allende ardió en un voluntarioso afán creador, se consumió en el sincero anhelo de llevar adelante en Chile una revolución de contenidos universales que no podía ni deseaba ignorar su naturaleza latinoamericana.

La Revolución Cubana lo influyó hondamente. Sabía que no existen modelos, pero aprendió de ella una suprema lección: era una revolución de verdad, hasta los tuétanos. Era el anverso de las estrategias demagógicas que cubren de hojarasca, mentira, ignominia e hipocresía la desventurada historia política del continente. Era el auténtico cambio de fondo, al precio de enojar al poderoso, de desatar las iras del imperio y de sus súbditos criollos.

Allende admiró inmensamente a Fidel. Respetó y quiso al Ché, a sabiendas, como se complacía en decir, mostrando la dedicatoria de un libro suyo, que perseguían el mismo fin por distintos caminos. El apostó a ese camino distinto. Dio la vida por él. No está cerrada esa vía, siempre que se recuerde el pensamiento de Lenin: toda revolución debe saber defenderse. Defender la Revolución es tarea enorme, complejísima, muy difícil de organizar y llevar a cabo. Pero una revolución tiene que encontrar en sí misma fuerzas, medios, inteligencia, capacidad de respuesta de masas, que le permitan sobrevivir a todos los ataques y pasar a la ofensiva. En Chile no se comprendió todo lo que había tras el desafío sedicioso. El imperativo de saber lo que se movía en la sombra de salones, directorios y cuarteles no se cumplió. Ni se cuidó la obligación de la línea homogénea y de la unidad férrea. Se dieron los bizantinismos de la exageración suicida y se desató la retórica de los extremos, que se hacía con palabras, endeudándose con la fraseología del todo o nada, pero se pagaba al contado violento, abonando los hechos destructivos de un enemigo que les sacaba partido. A la buena fe de una revolución candorosa, libertaria, democrática al mil por uno, el ogro respondió engulléndola en una sopa ensangrentada de atroz carnicería. La conspiración enemiga orquestada desde Washington venía desde lejos, pero actuaba dentro del país en la penumbra y también, con impune descaro, en la superficie. Una revolución no puede aceptar su propia impotencia para responder a la contrarrevolución. Es tal vez la enseñanza más dura que debamos extraer del desastre. Dicho problema se vinculó a otro aún más de fondo. ¿Con quién está el Ejército? ¿Con el pueblo o contra el

pueblo? ¿Qué clase de Fuerzas Armadas son? ¿Cuáles son sus principios? ¿Tienen una Doctrina Militar propia o son instrumentos de la sedicente "Seguridad Nacional", patentada en el Registro de Marcas del Pentágono?

El pensamiento de Allende espera aún una meticulosa aproximación a su biografía y a su obra, a los elementos formativos de su personalidad, de la cual no se excluyen la historia familiar, la existencia de antepasados guerrilleros en la guerra de la Independencia y de políticos avanzados del siglo XIX, como tampoco las enseñanzas del hogar, las influencias del ambiente, el impacto de sus lecturas, de sus viajes por el país y el extranjero, el contacto con los obreros, su vida de estudiante de Medicina, sus prácticas de interno, muchísimas otras vivencias. Todos son factores que nos aproximan esclareciendo, adentrándonos en el proceso vital, ideológico, del que llamaríamos el Allende aún no del todo explorado, que nos permiten llegar a esa isla de misterio que siempre resta en el mar de una rica individualidad. Se necesitan, además, incursiones por los dilatados campos en su acción como ministro, diputado. Y sobre todo en su monumental trabajo de casi 30 años en el Senado, donde nos consta su lucha sin pausa a la cabeza de la oposición. Nunca fue lo suyo "cretinismo parlamentario", sino páginas integradas a una enciclopedia única, su existencia entregada a una causa, de principio a fin.

Se precisa estudiar también cuidadosamente su obra como Presidente de la República. En mil días cumplió a ritmo de carga, en medio de una atmósfera febril, lo esencial del Programa Popular, que alguna gente de sus propias filas se empecinaba en transgredir.

Será útil desentrañar el tesoro escondido en las intervenciones, que trazaba con sus colaboradores, pero en las cuales ordinariamente —a través de un método que combinaba la preparación y el imprescindible dato estadístico con la improvisación necesaria que le sugerían los giros nuevos del momento político— iba respondiendo de modo fresco, elocuente, casi instantáneo, a los problemas planteados, con una visión profundizada, en una buena amalgama de análisis circunstanciado, de orientación, pedagogía política e invitación a la acción organizada.

No dejó Allende autobiografía escrita, pero a menudo confió a periodistas y escritores revelaciones respecto a su vida e iluminaciones sobre aspectos de su pensamiento. Con todo, son descripciones fragmentarias de un hombre hechura de su pueblo, de su país, de su época, cuya imagen plena de energía y realizaciones —digamos su autorretrato incluso interior— debe ser rescatado como alto patrimonio de la historia del siglo en que le cupo vivir.

El tiempo sigue modelando el perfil dramático y espléndido de ese director de multitudes, que dejó una tarea a su pueblo. La impronta de eternidad que lo circunda contrasta con la crisis del fascismo que le inmoló.

Algunos de los que lo acompañaron en vida no encuentran aún el registro justo para juzgarlo. Lo estiman simplemente el pasado. Y por eso se vuelven al día de anteayer.

Allende quiso la cohesión para el avance democráticamente concebido, incluso más allá de la Unidad Popular. Lo visualizó definiéndolo como un Frente de la Patria, idea que sustentó hasta el final de sus días.

Pero siempre su concepción unitaria partía de la cohesión del pueblo mismo. Primero las manos juntas de los obreros, el hombro con hombro de los trabajadores, para desplegar luego una batalla conjunta, un arco del progreso sumador de clases y capas que aceptan el cambio, un espectro político de amplias concordancias, vivo y variado, que debía ensancharse sosteniéndose en ese fundamento fuerte y preciso. Renunciar a dicha piedra angular, firme y proletaria, transferir la hegemonía al centro o a la derecha era para él un signo de grave escepticismo, de crisis de conciencia y pérdida extrema de confianza, que por la vía de la justificación puede urdir argucias sofisticadas para suplantar valores que aquel hombre tenía por inalienables.

En la última década hemos vivido —y aún vivimos— tiempos de niebla. En medio de su oscuro espesor, Allende (con su ausencia que es presencia) señala el camino con su insistente legado unitario.

Se cerrará el ciclo trágico inaugurado con la sangre de Salvador Allende el día en que el pueblo rebelde al fascismo cierre ese interregno sombrío, cumpliendo, apoyado en su unidad y su lucha, con el mandato que ese hombre inolvidable, incorporado a la epopeya moderna, le entregó como una antorcha en sus palabras finales no de adiós, sino de hasta siempre.

Víctor Jara: ***Un canto inconcluso***

JOAN JARA

Cuanto más lo conocía, mejor comprendía cuán profunda era su necesidad de la música y lo importante que era para él su guitarra. Podría haber llegado a estar celosa de ella, pues era casi como si se tratara de otra persona y conversara con ella. Tocaba cuando estaba deprimido o especialmente feliz, cuando estaba relajado o para relajarse si estaba nervioso.

Víctor nunca había estudiado música y no sabía escribir las partituras de sus canciones. Había aprendido como los campesinos, de oído, y su estilo interpretativo evocaba el de la región de Ñuble, donde nació su madre y donde había pasado los veranos cuando era alumno de la escuela de teatro. También componía instintivamente, con la única guía de su creatividad.

(*) Fragmentos del libro *Víctor Jara: un canto truncado*, editado recientemente por la Editorial Argos Vergara de Madrid, España.

Siempre parecía tener dos o tres canciones en su interior. Como me había dicho en una de sus cartas: "Algo parece echar raíces en mí y luego tengo que encontrar la forma de sacarlo...". Llevaba los bolsillos llenos de papeles con notas y versos garabateados. Se le ocurrían ideas viajando en autobús, caminando por la calle, durante el almuerzo o mientras leía el periódico.

Dado que su obra era tan instintiva, para él resultaba importante ponerla a prueba ante otros. Yo era la persona más allegada, de modo que, en cuanto tenía algo listo o había elaborado una idea, la tocaba o la cantaba para mí, me pedía mi opinión y algún comentario. Yo era una especie de público casero. Gracias a ello logré comprender qué buscaba Víctor: un desarrollo de la auténtica música folklórica que realzara, en lugar de ocultar, su carácter fundamental, que enriqueciera sus posibilidades expresivas de modo tal que la música complementase y subrayase el significado del texto.

Sus primeras canciones fueron muy personales, casi autobiográficas. La recién descubierta felicidad le dio la posibilidad de desatar algunos nudos que existían en su interior y de expresar sus sufrimientos, sus pensamientos acerca del padre, de la madre y su pobreza, la angustia de su infancia... Escribió sobre los curas que tanto le habían desasosegado y que parecían chantajear a los campesinos con el miedo al infierno y al diablo; enfatizó su convicción de que el amor entre los seres humanos era más importante que la religión: "Sólo creo en el calor de tu mano en mi mano".

* * *

A mediados de 1969 el mundo entero se hallaba en estado de expectación pues un hombre estaba a punto de pisar la Luna, pero Chile rebosaba de conflictos sociales y políticos. Los periódicos traían infinitos artículos alusivos a actos de violencia, sobre todo a los atribuidos al MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), que seguía el ejemplo de los Tupamaros de Uruguay. Se mencionaba bastante menos la agresión armada y organizada de los grandes terratenientes que seguían decididos a impedir la aplicación del modestísimo programa de reforma agraria emprendido por el gobierno de Frei. Algunos grupos montaban barricadas en la carretera longitudinal, aterrorizaban a los campesinos y en ocasiones les disparaban, pero nunca fueron llevados ante los tribunales por esas acciones. Corrían rumores, bien fundados, de que habían castrado a un funcionario del ministerio de Agricultura, y más adelante asesinaron a otro, llamado Hernán Mery. Entre los instigadores de estas actividades se encontraba el pituco al que había conocido poco después de mi llegada a Chile, el que me había perseguido en bata por los campos para disculparse por su diatriba contra los comunistas.

De todas maneras, esos excesos violentos parecían casi fuera de lugar cuando se los comparaba con el impresionante aumento que se estaba produciendo en términos de agitación social. Un nuevo y

poderoso factor de ese fermento fue la incrementada conciencia y la participación de la generación más joven. Los estudiantes, no sólo de nivel universitario, sino también los de las escuelas secundarias, se lanzaron a la actividad política y todos los partidos, tanto de izquierdas como de derechas, contaban con poderosas y crecientes secciones juveniles.

Tal vez como resultado de este proceso y de la creciente importancia del movimiento de la canción, en 1968 la Juventud Comunista dio el atrevido paso de crear una compañía discográfica alternativa: la Discoteca del Cantar Popular o DICAP, como se la solía llamar. Aunque en Chile nunca se había intentado algo semejante, era la consecuencia lógica de la prioridad que los comunistas habían dado siempre a las actividades culturales. Comenzó con la edición de *Por Vietnam*, un disco de canciones políticas internacionales interpretadas por Quilapayún, que no tenía la menor posibilidad de ser publicado por una empresa comercial.

El segundo disco del nuevo sello fue *Pongo en tus manos abiertas*, de Víctor, aparecido en junio de 1969. Canciones como "Preguntas por Puerto Montt", "Te recuerdo, Amanda" y "Movil Oil Special" jamás habrían superado la barrera de la censura política. La canción que daba título al disco estaba dedicada al fundador del movimiento obrero chileno, Luis Emilio Recabarren, y también incluía la canción de Daniel Viglietti dedicada a Camilo Torres, el cura revolucionario muerto mientras participaba en la guerra de guerrillas en Colombia.

El éxito de los dos primeros discos sería acompañado por otra serie de aciertos que en los cinco años siguientes convertirían a DICAP en una próspera empresa que proporcionó una sólida base al movimiento de la canción y creó nuevos canales para establecer contacto con públicos de masas.

En el momento de la publicación de *Pongo en tus manos abiertas*, y poco después de su visita al St. George's College, Víctor se disponía a participar en un festival que sería de importancia histórica para el desarrollo del movimiento de la canción. La iniciativa partió de Ricardo García, un locutor de radio que siempre se había mostrado interesado por la música folklórica y que tuvo visión suficiente para percibir que en el campo de la música popular se estaba produciendo un extraño fenómeno, como si los medios de comunicación, a pesar de toda su capacidad de manipulación, no estuvieran al tanto de los gustos del público.

El Primer Festival de la Nueva Canción Chilena, nombre que recibió, estaba patrocinado por la recién creada Vicerrectoría de Comunicaciones de la Universidad Católica. Lo concibieron como investigación sobre la situación de la música popular chilena, con mesas redondas entre compositores, productores de discos y representantes de los medios de comunicación. También incluía un concurso entre doce compositores invitados, que presentarían sus canciones a un jurado formado por distinguidas personalidades.

El hecho de que el festival no era de inspiración exclusivamente izquierdista quedó de manifiesto en la decisión de llevar como invitados de honor a Los Huasos Quincheros —uno de los grupos más

“tradicionales”, que en ese momento celebraban sus 32 años de existencia— y de excluir a Quilapayún porque su repertorio era “demasiado político”.

Aunque el festival estaba organizado como un concurso convencional, las rivalidades no surgieron tanto entre los compositores participantes, como entre dos conceptos distintos y opuestos de lo que era la canción chilena: la nueva música, con letras críticas y comprometidas con el cambio revolucionario, o las canciones “apolíticas”, que daban la impresión de que no hacía falta cambiar nada. Fue la primera confrontación musical.

Si tenemos en cuenta el carácter apolítico del festival y el tipo de información que los medios de comunicación iban a dar sobre su desarrollo, podríamos pensar que tal vez Víctor decidiera participar con una canción de aceptación segura. Pero eso no iba con su personalidad. Se lanzó directamente al desafío componiendo una canción que *El Mercurio* calificó de “explosiva”. “La plegaria a un labrador” era una llamada a los campesinos, a los que cultivaban la tierra con sus manos y producían sus frutos, para que se unieran con sus hermanos en la lucha por una sociedad justa. Su forma, que recordaba el padrenuestro, era un reflejo del renovado interés de Víctor por la poesía y los valores humanistas de la Biblia, en una época en que se estaba acrecentando la comprensión entre católicos progresistas y marxistas en Latinoamérica.

Levántate
y mira la montaña
de donde viene
el viento, el sol y el agua.
Tú que manejas el curso de los ríos
tú que sembraste el vuelo de tu alma.
Levántate
y mírate las manos
para crecer estréchala a tu hermano,
juntos iremos
unidos en la sangre
hoy es el tiempo que puede ser mañana.

Pese a estar oficialmente excluido del concurso, Víctor llevó a Quilapayún como grupo acompañante, convencido de que “La plegaria” se beneficiaría de una presentación más colectiva. Trabajó especialmente con Patricio Castillo, el miembro más joven del grupo, en el desarrollo de la música y éste fue el comienzo de una fructífera colaboración que perduró aun después que Patricio dejara Quilapayún y durante toda la vida de Víctor.

A primera hora de la noche del festival, los componentes de Quilapayún se reunieron en nuestra casa para hacer el último ensayo. El entusiasmo era tal que, al final del ensayo, Carlitos súbitamente inició una improvisación con los tambores, haciendo una especie de invocación a los dioses. Todos se le unieron con cualquier tipo de instrumento de percusión que encontraron a mano, hasta que se organizó una suerte de aquelarre, cantando y bailando en un éxtasis unificador.

Aquella fue la primera de muchas noches en que Víctor cantó en el Estadio Chile, aquel enorme y deteriorado edificio situado en el corazón del barrio donde creció, cerca de la Estación Central.

Isabel cantando a Violeta, Angel, Rolando Alarcón, Patricio Manns, Richard Rojas, Víctor, Inti-Illimani, Quilapayún..., uno tras otro recibieron ovaciones durante las cuales el local parecía venirse abajo, pero no fue un triunfo personal de los artistas, y estoy segura de que ninguno lo interpretó en este sentido. Fue, más bien, la victoria de un movimiento social muy profundo, dotado de una expresión cultural propia, que en aquel momento empezaba a ser reconocido, se reconocía a sí mismo, reafirmaba su identidad.

Al final el jurado no logró llegar a una decisión unánime y prefirió dividir el premio entre "La plegaria" y una alegre canción dedicada a una heroína de la lucha por la Independencia, "La chilenera" de Richard Rojas, con ritmo de *sirilla*, que el público podía seguir golpeando el suelo con los pies.

Mientras hacía cola entre la aglomeración de personas que se esforzaban por abrazar y felicitar a Richard y a Víctor, sentí que me había ocurrido algo importante. Nuestra vida había llegado a un momento decisivo y, aunque nos queríamos tanto como siempre, formábamos irrevocablemente parte de un proceso más amplio que nosotros mismos, de una gran multitud que trabajaba por una causa común. La inspiración de "La plegaria a un labrador" correspondía a esa época de optimismo y compromiso.

(4 de septiembre de 1970)

Salimos y vemos que todas las casas del contorno están a oscuras. Nuestros vecinos, aficionados a la canasta, parecen haberse ido a dormir. El motor de la citroneta suena estrepitoso al arrancar. Somos los únicos que estamos en la calle. Se me pone la piel de gallina: por lo general las noches de los días de elecciones la gente entra y sale corriendo de las casas. Víctor saca el coche marcha atrás en su habitual zigzaguo para salir del patio, evitando el árbol contra el que siempre choco, y partimos. Un pastor alemán ladra y don Juan, que está de guardia en la esquina, levanta la mano mientras salimos. Es un ex-policía, robusto y enigmático, que hace de vigilante de nuestro grupo de viviendas. No sabemos con certeza si es amigo o no, pero sin duda alguna sabe todo lo que ocurre en cada casa.

No hay nadie en la calle. En la Avenida Colón las mansiones están a oscuras, con todas las persianas cerradas. Hasta los focos de los enormes jardines han sido apagados, aunque no es muy tarde. En la Alameda hay poco tráfico, pero frente al edificio de la FECH se ha reunido una multitud. Dejamos la citroneta en la calle de atrás del edificio y sigo a Víctor, que se abre paso a través de la muchedumbre. La gente le reconoce, le da palmadas en la espalda y bromea sobre los posibles resultados. Nadie parece saber con seguridad qué ocurre, pero se respira un aire de júbilo contenido.

La gente que guarda la puerta la abre para que pase Víctor, y de pronto nos encontramos en el interior del edificio. Aparece ante nuestros ojos la deprimente escalera mal iluminada y los cuartos contiguos, llenos de archivadores y viejísimos muebles de aspecto lastimoso. Parecen estar allí todas las caras famosas de la Unidad Popular: líderes de los partidos, senadores, diputados y artistas; charlan en grupos, sentados en la escalera, aguardando la confirmación de la rumoreada victoria. Veo a los dirigentes comunistas Lucho Corvalán y Volodia Teitelboim, y luego me doy cuenta de la presencia de Salvador Allende.

Pienso cuántas veces y durante cuántos años han esperado los resultados de las elecciones, durante cuántos años han luchado con la esperanza de una victoria popular. Muchos de los asistentes son viejos trabajadores, con toda una vida de lucha a sus espaldas. Algunos son jóvenes. Desde la calle llega el ruido de la creciente multitud que grita consignas.

A las doce y cinco llega el mensaje: Salvador Allende ha triunfado en la elección presidencial y el *Jefe de Plaza* —es decir, el jefe castrense a cargo de las medidas electorales en la capital— ha dado permiso para que la Unidad Popular celebre una reunión pública. La gente ya está allí y las celebraciones están en marcha. La Alameda ha vuelto a abarrotarse; la gente se sube a las farolas, a los árboles y muros y va llenando el cerro en la esperanza de divisar a Allende cuando tome la palabra.

Dentro todo es alegría, abrazos, lágrimas. A mí me lleva el gentío. Todos se abrazan entre sí. La gente se empuja para llegar junto a Allende y felicitarle. Me toca el turno. Lo estrecho en lo que considero un desahogado estrujón de oso, pero él me dice:

—¡Abrazame más fuerte, compañera! ¡Este no es momento para timideces!

Pocos minutos más tarde Allende sale al diminuto balcón de la FECH para hablar como presidente electo de Chile. El balcón es pequeño y parece muy poco seguro: apenas hay espacio para que permanezca en pie. Alguien ha logrado improvisar un micrófono, aunque no muy bueno. La multitud ruge: ¡A-llen-de! ¡A-llen-de! ¡A-llen-de! La gente baila en las calles cogida de la mano, formando cadenas y círculos, encendiendo fogatas... Las anchas calles del centro de la ciudad se ven repentinamente llenas de caballos y carros que han venido de las poblaciones callampas cargados de personas que quieren participar en la celebración.

Víctor y yo no soportamos seguir en el interior del edificio y corremos a la calle para mezclarnos con la multitud.

* * *

La gente suele hablar del movimiento de la nueva canción chilena como si fuera un fenómeno cultural homogéneo que funcionó sobre la base de ideas preconcebidas, orientado hacia objetivos definidos.

A mi juicio, no fue así. En el movimiento había tantos puntos de vista como participantes. Se trató esencialmente de un movimiento de descubrimiento y exploración. Había discusiones, a menudo acaloradas, rivalidades, polémicas, incluso disputas... Sólo tenían un punto en común: el deseo de participar en un proceso revolucionario y de contribuir al desarrollo de una nueva cultura que reflejara auténticamente dicho proceso y jugara un papel activo en él.

Los objetivos eran diferentes. Pese a sus dotes para la canción popular contingente, los Quilapayún solían afirmar categóricamente que el aspecto más importante del movimiento era la integración en el mismo de compositores académicos como Luis Advis y Sergio Ortega, con los que habían trabajado.

La Cantata Santa María de Iquique, de Luis Advis, se había representado por primera vez en el Segundo Festival de la Nueva Canción Chilena, en agosto de 1970. Interpretada por Quilapayún, junto con músicos clásicos y un actor como narrador, la cantata relataba la historia de la matanza de 3.000 mineros del nitrato con sus esposas e hijos durante una huelga que se produjo en Iquique en 1907. Fue la primera aventura de Luis Advis con la inclusión de instrumentos indígenas, que combinó con elementos de música folklórica para narrar la historia de los trabajadores anónimos que suelen ser olvidados en los libros oficiales de historia.

La compleja modalidad de *La Cantata* produjo bastantes discusiones —¿era realmente música “popular”?—, pero la cooperación entre músicos académicos y folklóricos sólo podía ser de signo positivo, e indudablemente *La Cantata Santa María de Iquique* tocó una fibra sensible en públicos masivos, tal vez más aún que obras más elaboradas, como *La fragua*, de Sergio Ortega, que sólo era adecuada para representaciones en salas de concierto.

El orden de prioridades de Inti-Illimani era ligeramente distinto. También ellos trabajaron con Advis y otros compositores en varios proyectos importantes, como *Canto al programa* —una obra larga basada en las 40 medidas del programa de la Unidad Popular— y un homenaje a Violeta Parra, que usó como texto sus poemas *Las décimas*. También cooperaron entusiastamente con Víctor y Celso en *Los siete estados*. Pero siempre hicieron hincapié en un desarrollo musical íntimamente vinculado a las raíces populares latinoamericanas, cuyas riquezas continuaban investigando.

El propio Víctor se mantenía constantemente alerta contra las que consideraba actitudes paternalistas, contra el peligro de imponer moldes preconcebidos desde arriba. Consideraba que una verdadera cultura popular necesitaba tiempo para madurar, que no era posible inventarla repentinamente. Pensaba que un artista debía preocuparse menos por producir la obra trascendental, que de ser una especie de artesano cuyo trabajo sería tan útil como un clavo para construir una casa o una gota de aceite para que una máquina funcione suavemente. Su objetivo consistía en dar al pueblo los medios de expresarse y luego escucharlo con respeto.

En 1971 dijo: “En todos los sitios en que actuamos debemos organizar y, si es posible, dejar en funcionamiento un taller creativo. De-

hemos ascender hasta el pueblo, y no pensar que estamos descendiendo hasta él. Nuestro trabajo consiste en darle lo que le pertenece —sus raíces culturales— y los medios con que satisfacer el hambre de expresión cultural que percibimos durante la campaña electoral.”

(4 de septiembre de 1973)

Si miras la calle tranquila, todo se diría normal. Los árboles han florecido como de costumbre a principios de la primavera, el sol brilla y el viento sopla, los niños juegan y se pelean entre sí, la gente atiende serenamente a sus asuntos. Sólo las tiendas con los postigos cerrados y las colas a la puerta de la panadería delatan que no todo está en orden... eso y el hecho de que al caer la noche comienzan a sonar los tantanes.

Momentos de las últimas semanas relampaguean en mi mente... Estoy en el jardín, el sol invernal me calienta la espalda, debe ser fin de semana, pues todos estamos en casa. Víctor está en el taller, le oigo tararear suavemente, acaba de hacerme oír la primera versión de “Cuando voy al trabajo” y tengo la melodía y su significado en la cabeza, “laborando el comienzo de una historia, sin conocer el final”. Siento la hierba bajo los pies, las plantas y los árboles del jardín a mi alrededor, el alivio de la presencia de Víctor, el sonido de su guitarra, la certeza de que Manuela y Amanda están a salvo, jugando cerca, pronto entrarán a tomar el té... siento un súbito estremecimiento de horror, como si el tiempo se congelara un instante, la sensación de que debido precisamente a su normalidad, recordaré este momento durante el resto de mis días.

Pero ahora nos dirigimos al centro o, mejor dicho, a la elegante Avenida Providencia —una calle ancha bordeada de boutiques—, donde nuestra columna ha de formarse. Al llegar nos alegramos de ver que ya se ha reunido una gigantesca muchedumbre. La marcha es tan impresionante que resulta imposible calcular el número de asistentes; no se puede ver ni el principio ni el fin de esta columna que ocupa todo el ancho de la avenida. Marchamos en escuadras de veinte o treinta... y ésta es sólo una de las cuatro columnas. El sentido de la disciplina y la organización es tal que nos sentimos como un gran ejército de hombres, mujeres y niños reunidos, pero no hay armas, sólo pancartas pintadas a mano en las que se declara que sus portadores están contra el fascismo y el terrorismo y dispuestos a defender a su gobierno. De todas maneras, el estado de ánimo es sombrío. No puede haber júbilo. Resulta bastante aterrador marchar entre los altos edificios sabiendo que están plagados de enemigos. Sin embargo, cuando nos llega el turno de marchar frente a la sede central, ahora vacía, de Patria y Libertad, de la multitud se eleva un grito de triunfal desafío.

* * *

Media hora más tarde me encuentro conduciendo como una autó-mata a través de las calles de Santiago con el joven desconocido a mi lado. Héctor —así se llamaba— había estado trabajando en la morgue, el depósito de cadáveres municipal durante la última semana, tratando de identificar cuerpos anónimos que llegaban diariamente. Era un muchacho amable y sensible y había corrido un gran riesgo yendo a buscarme. En su condición de empleado tenía una tarjeta especial y, después de mostrarla en la entrada, me introdujo por una pequeña puerta lateral del edificio, a pocos metros de los portales del Cementerio General.

Estoy en una especie de trance pero mi cuerpo sigue funcionando. Tal vez vista desde afuera parezca normal y dueña de mí misma: mis ojos continúan viendo, mi nariz oliendo, mis piernas andando...

Bajamos un oscuro pasadizo y entramos en una enorme sala. Mi nuevo amigo me apoya la mano en el codo para sostenerme mientras contemplo las filas y filas de cuerpos desnudos que cubren el suelo, apilados en montones, en su mayoría con heridas abiertas, algunos con las manos todavía atadas a la espalda. Hay jóvenes y viejos... cientos de cadáveres... en su mayoría parecen trabajadores... cientos de cadáveres que son seleccionados, arrastrados por los pies y puestos en un montón u otro por la gente que trabaja en el depósito, extrañas figuras silenciosas con las caras cubiertas con máscaras para protegerse del olor a putrefacción.

Nos envían a la planta superior. El depósito está tan repleto que los cadáveres llenan todo el edificio, incluyendo las oficinas. Un largo pasillo, hileras de puertas y, en el suelo, una larga fila de cadáveres, éstos vestidos, algunos con aspecto de estudiantes, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta... y en mitad de la fila descubro a Víctor.

Era Víctor, aunque le vi delgado y demacrado. ¿Qué te han hecho para consumirte así en una semana? Tenía los ojos abiertos y parecía mirar al frente con intensidad y desafiante, a pesar de una herida en la cabeza y terribles moratones en la mejilla. Tenía la ropa hecha jirones, los pantalones alrededor de los tobillos, el jersey arrollado bajo las axilas, los calzoncillos azules, harapos alrededor de las caderas, como si hubieran sido cortados por una navaja o una bayoneta... el pecho acribillado y una herida abierta en el abdomen... las manos parecían colgarle de los brazos en extraño ángulo, como si tuviera rotas las muñecas... pero era Víctor, mi marido, mi amor.

En ese momento también murió una parte de mí. Sentí que una buena parte de mí moría mientras permanecía allí, inmóvil y callada... incapaz de moverme, de hablar.

* * *

Pocos días después del solitario funeral de Víctor, me enteré de la muerte de Pablo Neruda, acaecida el 23 de septiembre en la clínica de Santiago a la cual le habían trasladado desde Isla Negra. La crisis final de su enfermedad fue producto de la conmoción y el horror del

golpe militar. En medio de la grotesca pesadilla que vivíamos, su muerte parecía inevitable, casi lógica.

Se anunció que su funeral se celebraría el 25 de septiembre. Era importante ir, aunque muchos temían señalarse o ser detenidos si hacían públicamente el gesto de rendir homenaje a un poeta comunista.

A pesar de los soldados que vigilaban las calles con sus metralletas listas para disparar y la policía secreta que observaba a la multitud a la caza de rostros buscados, cientos de personas se reunieron para honrar a Neruda. Quena y yo partimos bastante cerca del frente de la procesión y gradualmente nos retrasamos, pues yo parecía incapaz de andar a paso más vivo; me costaba poner un pie delante del otro. Mientras caminábamos por las calles hacia el cementerio, oí que todos recitaban los poemas de Neruda, verso a verso, desafiando la amenaza de los uniformes que nos rodeaban; vi a los obreros de una obra en construcción adoptar la posición de firmes, con los cascos amarillos en la mano, muy por encima de nosotros, en un andamio; otros se amontonaron en la acera mientras los soldados nos rodeaban.

Fue allí, en esa marcha, entre aquella muchedumbre, cuando tomé conciencia de que, si bien Víctor había muerto y yo estaba sola, jamás me sentiría abandonada. Era muy poderoso el sentido de identidad colectiva frente a una tragedia colectiva y muy fuerte la sensación de un pueblo mortalmente herido que sigue luchando. Tuve una vívida conciencia de que tenía una responsabilidad hacia ellos y hacia Víctor.

ASESINAR CON DECENCIA

"Este es un gobierno decente, que no anda matando a la gente porque sí."

(Alfonso Márquez de la Plata, Ministro Secretario General de Gobierno, en declaraciones a *Qué pasa* N.º 650. 22-IX-83.)

GUY SANTIBAÑEZ

El Profesor Lipschütz

Siempre que pienso en él, percibo con gran nitidez su barba blanca, sus ojillos vivaces, la expresión voluntariosa y esquemática de su rostro, sus ademanes enérgicos y expresivos... Esta imagen se encuadra en la penumbra de una presentación científica en la Sociedad de Biología, mientras elogia el excelente trabajo de Alejandro Castillo —fotógrafo de su Instituto, quien hiciera las diapositivas que va a comentar—, o en su laboratorio mientras discute con Rigoberto Iglesia (su fiel colaborador y amigo) las últimas novedades del efecto tumorigénico de los esteroides, o en la intimidad de su hogar, mientras cuenta sus experiencias juveniles como luchador clandestino en las filas del movimiento revolucionario de Riga.

Tal vez, alguien que no haya oído hablar de él se pregunte, ¿pero quién es este Profesor Lipschütz? En verdad, responder a esta pregunta no es tarea sencilla. Decir que era un científico letón emigrado a Chile en la década del veinte, contratado para servir la cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción, decir que era un estudioso muy serio y pluridimensional... no es responder a la pregunta de una manera adecuada.

El Profesor Lipschütz pertenece a una generación de intelectuales que no obedecen necesariamente a un tipo definido de nacionalidad, que se han familiarizado con diferentes culturas integrándolas en un conjunto de hábitos elásticos y peculiares, que son capaces de hablar el castellano con un ligero acento alemán aunque la lengua de origen sea el ruso o el inglés, y en cuyas casas armonizan un cultrún, con una estatuilla maya, un

samovar ruso o un arco del Amazonas con la porcelana Meissen, con una alfombra casaja o con una armadura florentina del siglo XVI. Ellos pueden haber nacido en Viena, Wilno, Riga, Berlín o Milán, haber vivido en diferentes partes del mundo. Son testarudos en la defensa de los principios del humanismo científico, pueden haber luchado contra el zarismo en Rusia o contra el fascismo en España, en Alemania o en Hungría. Tienen amigos en todas partes del mundo. Estos amigos pueden ser un poeta alemán que vivió en Colombia durante el fascismo hitlerista, un conocido científico de Tbilisi o Leningrado, un pintor de Bratislava que hizo fortuna en New York o un compositor de Krakow que se suicidó en Brasil. Todos ellos han querido conocer el mundo, hablar bien o mal diferentes lenguas, participar activamente en las luchas de liberación, combatir a la injusticia social, al imperialismo y a sus servidores y liberar a los pueblos de la opresión. Entre estas personas he encontrado siempre los sentimientos internacionalistas más delicados y puros y un fuerte impulso al cultivo de la ciencia o del arte en una dirección racionalista y comprensiva. Este era el Profesor: un científico humanista, interesado en participar en la formación del destino de los hombres, un enemigo consecuente de las fuerzas oscurantistas que oprimen a las clases humildes o que impiden razonar sobre la base de conocimientos científicamente establecidos. El fue un complejo inextricable de humanismo, ciencia y revolución, o lo que es lo mismo, un impulso al conocimiento que permite el control de los procesos naturales y su aplicación al cambio revolucionario de la estructura social.

El revolucionario

Desde muy joven, el Profesor participó activamente en la lucha política, tomando parte en acciones cuyo objetivo era el cambio revolucionario de la estructura social. En unas líneas autobiográficas que él escribiera, nos informa cómo en su ciudad natal tomó parte en la lucha clandestina, militando en los grupos marxistas en los últimos años del siglo pasado. Es decir, participó en los primeros grupos revolucionarios que se formaban en la Rusia zarista. La formación filosófica del Profesor se origina en esta época lejana y ella se incrementa con el correr del tiempo integrando armónicamente la filosofía materialista dialéctica y sus conocimientos científicos.

El Profesor Lipschütz no sólo adhirió a los grupos marxistas de Europa, fue también militante del Partido Comunista de Chile desde 1945. Durante la guerra, después de la guerra, mientras hubo relaciones culturales con la Unión Soviética, trabajó activamente en el Instituto Chileno-Soviético de Cultura, dando conferencias o perteneciendo a la directiva de esa institución.

El Profesor era judío, y lo era en una región en la cual los judíos eran fuertemente discriminados. El Profesor estudió un tiempo en Berlín, es decir, en un país en que los judíos fueron exterminados. El entendía que el destino trágico de los judíos en la diáspora está íntimamente ligado a la estructura de clases de la sociedad y que el problema judío se resuelve conjuntamente con la solución de los problemas de las clases explotadas, des-culturizadas y mantenidas al margen del conocimiento. Justamente, porque amaba al pueblo judío como amaba igualmente a los pueblos no judíos, se convirtió en un militante de la clase obrera, en un internacionalista, en un defensor del derecho de todos los pueblos.

El humanista

Toda la obra no biológica del Profesor está dedicada a restituir la justicia que ha sido negada a los pueblos sometidos al colonialismo, a la opresión nacional o a la discriminación económica. Hay en este aspecto una cierta

identidad de propósitos entre él y Albert Schweitzer. Tal vez así se explique, al menos en parte, su admiración por el pastor-médico del África Ecuatorial y su esfuerzo por dar a conocer las obras de Schweitzer al mundo de habla castellana. Destaca como rasgo definitivo del humanismo schweitzeriano la unidad entre sus principios filosóficos-morales, su vida y su acción práctica. Como es sabido, el gran intérprete de Bach dedicó su vida a lavar las ofensas que la barbarie colonialista europea infligiera a la humanidad humilde del continente negro.

Lipschütz y Schweitzer condenaron resueltamente el racismo, el nacionalismo y la discriminación, porque ello constituye un atentado contra la naturaleza y la esencia moral más básica de los seres humanos. Ambos denuncian el uso del nacionalismo y del pseudo-patriotismo como meros instrumentos para ahogar la capacidad de los seres humanos a pensar y abrogar el derecho de usar esta capacidad.

La común actitud humanista determina coincidencias en ambos pensadores, las diversas orientaciones filosóficas las diferencia en sus modos de pensar. Schweitzer es un sacerdote protestante. Lipschütz un científico comunista. En efecto, después de haberse empeñado en dar un cuadro de la misión moral de Schweitzer, deja en claro que Schweitzer no siempre analiza adecuadamente algunos hechos fundamentales de orden social. En opinión de Lipschütz, la decadencia cultural de Europa en el XIX y en el XX que tanto interesó a Schweitzer, no es problema de la sociedad en general, sino de la sociedad capitalista que ha creado la falsa cultura nacional, el mundo de la hipocresía, el mundo anti-cristiano por excelencia.

Difiere, además, en la apreciación del significado de las organizaciones de masas. Para Lipschütz las organizaciones de masas —sindicatos— son elementos que no hacen perder la dignidad o la personalidad a los obreros. Son, por el contrario, elementos sociales que juegan un papel importante en la restitución de la dignidad y personalidad.

Lipschütz no concuerda con Schweitzer en sus apreciaciones sobre la Revolución Francesa y, en general, sobre los procesos revolucionarios: "opinamos nosotros que más vale de-

pender de la mayoría de la masa, que de una minoría que hace dictatorialmente la ley. En todos los países en los cuales las masas sufrieron el proceso de la deculturización del siglo XIX y que se habían organizado para oponer su resistencia contra este proceso, la cultura ha hecho progresos como nos habrían parecido imposible cien años atrás. Baste mencionar sólo los progresos de la cultura popular en los cuatro países escandinavos, en Holanda, en Bélgica, Francia, Alemania, Gran Bretaña, para no mencionar los recientes progresos de la cultura popular en la Unión Soviética" (*Seis ensayos marxistas*, página 151).

El científico

Hace algunos años, conjuntamente con otros colegas, propusimos al Profesor como candidato al Premio Nacional de Ciencias. Esta proposición encerraba, entre otras cosas, la presentación del "curriculum vitae" del Profesor. Su lista de publicaciones tenía más de 250 trabajos. La vida del Profesor estuvo enteramente dedicada a la producción científica. Le placía de vez en cuando contar de su vida de científico. Contaba, por ejemplo, de su estadía en Berlín, en los primeros años de este siglo, y hablaba de su Profesor de Fisiología, Engelmann, célebre por sus estudios de la función cardíaca. Tengo ante mis ojos la última carta que recibimos de él, un año aproximadamente antes de su muerte; en ella comenta de nuevo el Berlín de su juventud con la vivacidad de siempre, aunque naturalmente con una caligrafía diferente. Para él, el mester de científico es uno de los oficios más excelsos que puedan existir, es una especie de actividad lúdica que no acaba nunca y que siempre nos está llevando al placer incomparable de la creación del conocimiento. El conocimiento es el instrumento más importante en la construcción del futuro de la humanidad, pero también puede ser un medio de destrucción eficiente si quienes lo usan carecen de un sentido humanista, de la sensibilidad social adecuada para poner a los hombres en la perspectiva de acción de la actividad gnóstica. Consideró siempre el conocimiento ligado a las necesida-

des de los hombres, como una posibilidad de liberación de las masas oprimidas por la violencia de la explotación, por la violencia de la miseria, por la violencia de la ignorancia.

Nunca se me ocurrió preguntarle: ¿por qué vino a Chile? Tal vez como consecuencia de su amor a los hombres y a las ciencias... Tal vez huyendo del racismo y de la falta de respeto que la burguesía europea mostraba a los seres humanos... Tal vez empujado por la crisis de los años veinte. En todo caso, el Profesor fue contratado por el Rector Molina, con quien se entendió directamente en los primeros años de su permanencia penquista. Para hacer funcionar el Instituto de Fisiología, pidió un determinado presupuesto dentro del cual habría una gruesa partida para la biblioteca, incluidas las publicaciones periódicas más indispensables. Concepción estaba partiendo de cero. Transcurrido un año —contaba el Profesor—, volvió a hablar con el Rector Molina para pedir de nuevo dinero para libros. La conversación transcurrió en la Biblioteca del Instituto. Molina escuchó la petición de dinero para la Biblioteca y, mirando boquiabierto los anaqueles, exclamó: pero, Profesor, ¿usted ya leyó todos estos volúmenes? Esto provocó un ataque de ira al Profesor. No podía entender que Molina no supiera que una biblioteca científica normalmente no debe ser leída en su totalidad antes de comprar las suscripciones siguientes. Esto marcó el comienzo de la enemistad entre ambos y determinó el traslado del Profesor a Santiago.

Se trasladó entonces a Santiago y fue contratado por la Facultad de Filosofía y Educación. Allí duró muy poco tiempo. Debí salir porque las autoridades de esa institución exigían del Profesor que él personalmente hiciera todas las clases y no las compartiera con sus ayudantes, por cierto un criterio docente falso.

Se produce así una situación paradójica. El Profesor no tiene trabajo en un país donde la investigación científica es una necesidad urgente. Recibe entonces la proposición del Profesor Cruz-Coke, a la sazón Ministro de Salud, quien lo invita a organizar un instituto científico. Es así como llega a ser el fundador del Instituto de Me-

dicina Experimental, que dirigirá por más de 20 años y que será el único en su género en nuestro país. Es allí donde el Profesor hará sus más importantes estudios sobre cáncer describiendo el efecto cancerígeno de los esteroides.

El Profesor dedicó gran parte de su vida científica al estudio de las hormonas. En 1924 publicó su primer gran libro sobre el problema: *Internal Secretions of the Sex Glands*, y en 1957 el último: *Steroid homeostasis hypophysis and tumorigenesis*.

No podemos decir que él haya dejado una escuela de endocrinología en Chile. Pero sí, podemos afirmar que la mayor parte de los endocrinólogos y fisiopatólogos que tuvieron algo que ver con hormonas de la generación posterior a la suya, de una manera o de otra estuvieron vinculados a él. En Europa nos podríamos preguntar por qué no dejó una escuela. Tal vez porque la Universidad en Chile, cuando él llegó; no tenía las características orgánicas de las Universidades europeas continentales, que solamente después de la guerra perdieron su estructura feudal y la función de Profesor sus propiedades de dictador y maestro... Tal vez, porque era emigrante y no se dieron todas las condiciones necesarias...

...

Lipschütz es el primer fisiólogo de estatura internacional que tiene Chile, así como Domeyko fue el primer rector de estatura científica que tuvo la Universidad de Chile. Ambos tienen en común algunos rasgos: el respeto y amor por el trabajo científico y la firme convicción de que la ciencia es un instrumento de perfección espiritual y material de los hombres. La convicción de que sólo existe el progreso social real en la medida que una sociedad respeta y desarrolla el progreso científico concreto.

La investigación científica es una forma de la actividad humana, una forma cultural dedicada a la obtención de conocimientos nuevos. Ella exige, como cualquier otra actividad de creación, la identificación total del

científico con su función; la unidad motivacional más absoluta entre el objetivo del oficio y el objetivo de la vida. La ciencia se hace con mucha dificultad en una atmósfera de violencia y de amenaza a la libertad física, espiritual o económica de quienes la cultivan. En una oportunidad recuerdo que nos quejábamos frente al Profesor de las dificultades para conseguir equipos. El comentó: no siempre se puede trabajar en condiciones económicas óptimas, pero mientras existan las condiciones económicas mínimas, incluidas las personales, la libertad y tranquilidad necesarias y el clima psicológico adecuado, un científico está siempre en condiciones de producir algo. Recuerdo que agregó que él estaba muy agradecido del país que, dentro de sus posibilidades, le había dado esas garantías mínimas.

Después del 11 de septiembre de 1973, ya no hubo más garantías. El pueblo pagaba el precio de su ingenuidad. ¿Habrà recordado el Profesor la "Noche de cristal" que los nazis escenificaron en el Berlín de los años 30? ¿Habrà sentido el olor a hacinaamiento humano que aún se siente en Auschwitz? Los "valientes soldados" revisaron su casa. Exhibieron su bravura ante dos débiles ancianos, vaciando brutalmente los anaqueles de libros y objetos que se destruían al caer. Cobrando súbito amor por la cultura, se llevaron de recuerdo objetos de sus colecciones y libros de su biblioteca. Sus amigos, el doctor Asenjo, el doctor Valladares, los investigadores del Instituto Indigenista de Chile, todos tuvieron que abandonar precipitadamente el país.

El Profesor se fue quedando solo. Y más cuando, en 1975, fallece su esposa.

A pesar de haber dedicado toda su vida a la investigación científica para Chile, y a pesar de haber obtenido el Premio Nacional de Ciencias, el dinero ya no le alcanzaba para sobrevivir en condiciones normales. Lo trasladan, entonces, a un Asilo de Ancianos. Allí fallece, en el mes de enero de 1980.

1983, año de aniversarios, es también el suyo. El año de su centenario.



Foto PATRICIO ESTAY

Nicaragua: un porfiado ritual de agresiones

De William Walker a Ronald Reagan

MARIO BENEDETTI

Fue un poeta nicaragüense, Fernando Gordillo, quien hace unos 20 años escribió este epigrama:

*"En otros países
podríamos crecer
al margen de la muerte.
En Nicaragua no, no en Nicaragua."*

Ese porfiado ritual de muerte ha tenido en Nicaragua tres oficiantes fundamentales: los terremotos, la dinastía Somoza y el poderoso vecino del Norte, aunque debe admitirse que los dos últimos han sido más devastadores que los seísmos.

* * *

En este agitado presente, cuando las naves de guerra estadounidenses llevan a cabo un inquietante y verosímil *simulacro* de bloqueo a ese país (102 veces más pequeño que Estados Unidos) y cuando el pretexto de esta hostilidad manifiesta es un eventual peligro soviético o cubano, así como el reclamo de un pluralismo democrático, vale la pena recordar que una probable invasión norteamericana a Nicaragua no sería la primera, sino la quinta o sexta (es difícil llevar la cuenta), y que las anteriores tuvieron excusas muy distintas (por ejemplo, apoyar a implacables dictaduras, nada pluralistas, por

* Artículo publicado con anterioridad en el diario *El País*, de Madrid.

cierto) y un solo denominador común: Nicaragua ha sido codiciada desde siempre por Estados Unidos.

Es probable que todo haya comenzado con Walker. William Walker, aventurero procedente del Sur esclavista, que habría bregado en México para obtener la anexión a Estados Unidos del territorio de Sonora, fue reclutado por otro sureño, el no menos aventurero Byron Cole, a fin de comandar la llamada Falange Americana, cuya misión era asegurar el tránsito a través de Nicaragua (en buques, luego en diligencias y finalmente otra vez en barcos) entre el Atlántico y el Pacífico. Pero Walker tenía más encumbradas ambiciones y, aprovechando las contradicciones entre liberales y conservadores nicaragüenses, se apoderó en 1855 de la ciudad de Granada y allí fusiló a dirigentes de ambos partidos y un año después se proclamó presidente de Nicaragua. Es éste el único país latinoamericano que ha tenido un presidente norteamericano. A pesar de su currículo de filibustero, Walker fue de inmediato reconocido por el gobierno de Estados Unidos.

Durante los meses que estuvo en el poder, Walker dictó medidas tan *progresistas* como el restablecimiento de la esclavitud y el uso del inglés como idioma oficial del país. A corto plazo fue derrotado por los ejércitos centroamericanos. El gobierno de Estados Unidos protegió su retirada y le organizó un recibimiento de héroe en Nueva York. Pero a Walker no le conformaban esos fáciles honores; una y otra vez intentó desembarcar nuevamente en distintas zonas de América Central, y en una de ellas fue aprehendido en territorio hondureño y pasado por las armas.

La invasión (extraoficial, pero oficialmente consentida) de aquel pirata decimonónico fue seguida, medio siglo después, por un desembarco estrictamente oficial. En 1909, en plena era del Big Stick del primer Roosevelt, el presidente Zelaya, calificado por los norteamericanos como "nacionalista impertinente", al comprender que Estados Unidos había elegido a Panamá para la construcción del canal, trató de negociar una concesión canalera con Alemania y Japón. En rápida respuesta a semejante osadía, Nicaragua fue de inmediato invadida por los *marines*, que así consolidaban otra invasión, la de la United Fruit Co. y sus numerosas subsidiarias. La todopoderosa empresa ponía y quitaba presidentes, legislab a su antojo, desataba guerras. Como Zelaya reclamara a otra gran compañía, The Rosario and Light Mines Co., perteneciente a la familia Buchanan, una cuantiosa suma de impuestos no pagados, la empresa deudora organizó y financió un ejército insurgente, que incluía mercenarios norteamericanos. Por fin el presidente fue obligado a renunciar y los conservadores fueron *autorizados* por el Departamento de Estado a formar Gobierno, pero con una condición: el nuevo presidente debía ser un tal Adolfo Díaz, que casualmente era el contador-jefe de la Rosario and Light Mines Co.

En 1912 tiene lugar la tercera invasión. Cuando Díaz advirtió que iba a ser destituido por uno de sus antiguos compinches, llamó en su auxilio a los *marines*, que consintieron en bombardear Masaya y apresar al rebelde. Frente a la inestabilidad de los muy adictos go-

biernos conservadores, esta vez las fuerzas norteamericanas se quedaron la friolera de tres lustros. Se van por unos meses en 1925, pero regresan apresuradamente para instalar en la presidencia a otro de sus fieles, el general Emiliano Chamorro. Este permanece en el poder apenas un año, pues los liberales se alzan en armas y la paz se firma en un barco norteamericano, *The Denver*, y de allí emerge de nuevo como presidente el contador-jefe de marras, el tal Adolfo Díaz.

En 1926 (cuarta invasión) nuevamente desembarcan los *marines* (como se ve, *habitués* casi fanáticos de Nicaragua), en esta ocasión para sostener a su hombre Díaz contra Sacasa e incendiar de paso la ciudad de Chinandega. Como el ejército constitucionalista no se rinde, el presidente Coolidge envía a Simpson (el Richard Stone de aquellos tiempos) a fin de que negocie con Moncada la rendición de los insurgentes. Moncada, que no era por cierto un vocacional del escrúpulo, advirtió que con esa rendición era probable que los norteamericanos apoyaran sus ambiciones presidenciales y, en consecuencia, convenció a los demás jefes rebeldes de que ésa era la única salida. La oferta fue rechazada tan sólo por el general Augusto César Sandino, quien ya contaba con un notable apoyo popular y que iba a constituir el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua y también a fundar lo que luego se llamaría la guerra de guerrillas. En 1928 las tropas norteamericanas son sucesivamente derrotadas en los combates de Bramadero, Illiwas y Cuje.

Sandino había prometido deponer las armas no bien abandonara el país el último soldado norteamericano, pero tuvo que esperar hasta 1933, año en que los *marines* por fin se retiran, no sin antes dejar instalada la Guardia Nacional bajo la jefatura de Anastasio Somoza, hombre de su confianza. Cumpliendo su palabra, Sandino depone ingenuamente las armas y, a pesar del clamor popular, declara no ambicionar ningún cargo. Se retira a la selva, en la zona de Wiwilí, donde proyecta organizar cooperativas agrícolas y mineras. Pero Somoza, debidamente autorizado por el embajador norteamericano, Arthur Bliss Lane, planea y lleva a cabo el asesinato de Sandino.

Entonces comienza para Nicaragua su tercera calamidad: la dinastía de los Somoza. Ernesto Cardenal, en su notable poema *Hora 0*, recuerda que el segundo Roosevelt le dijo a Sumner Welles esta frase reveladora: "Somoza is a sonofabitch, but he's ours" ("Somoza es un hijo de puta, pero es nuestro"). Precisamente, por ser su hombre, el Departamento de Estado sostuvo, armó y condecoró a ese Somoza y a los otros que le siguieron en el poder.

Reagan clama en 1983 contra un eventual intervencionismo soviético-cubano en Nicaragua, pero América Latina no olvida que en 1976, con el fin de apoyar a Somoza, Estados Unidos organizó la famosa operación *Aguila Z* (¿quinta invasión?). Altos oficiales norteamericanos *asesoraron* (como hoy lo hacen en El Salvador y en Honduras) esa maniobra, en la que participaron fuerzas salvadoreñas y guatemaltecas, además de tropas especializadas del Comando Sur de Estados Unidos. Los gobiernos de Honduras y Costa Rica se negaron a intervenir militarmente y sólo mandaron observadores, en tanto que Panamá, más renuente, se negó incluso a *observar*. Esa compleja

operación, durante la cual se empleo napalm contra los rebeldes sandinistas, fue una muestra flagrante del terror importado.

Ahora, el presidente Reagan declara enfáticamente que, en materia de intervenciones en Nicaragua, "nunca debe decirse nunca", pero los inocultables anales muestran que en ese tema infamante Estados Unidos "siempre ha dicho siempre". A menudo en Europa se considera exagerada la reacción de los pueblos latinoamericanos con respecto a su omnipotente vecino. En Europa, los norteamericanos fueron decisivos aliados en la lucha contra el fascismo y el nazismo, y éste es lógicamente un antecedente que no se olvida; en América Latina, en cambio, fueron y siguen siendo permanentes aliados de las dictaduras más implacables y sangrientas.

Ojalá que esta sintética crónica, que arranca del filibustero William Walker y llega hasta Ronald Reagan, ayude a comprender las razones históricas de que en los castigados muros de América Latina no se lea ningún equivalente de "Bienvenido mister Marshall", sino el unánime y explícito "Yankee go home".

BRAVATAS DEL "SIETE MACHOS"

"Yo tengo la fuerza y si la cosa se generaliza y me empujan y me empujan, pierdan cuidado que vamos a llegar al Estado de Sitio, y más duro que antes. Lo cauto obliga a meditar cada paso que se da, pero no es que tenga miedo."

(Augusto Pinochet en *Las Últimas Noticias*, 5-XI-83.)

SERGIO INSUNZA BARRIOS

Aspectos de la Constitución pinochetista

La Constitución que el dictador Pinochet ha impuesto al pueblo de Chile, refrendada a través de la farsa plebiscitaria del 11 de septiembre de 1980, es un engendro que persigue institucionalizar en el país un régimen fascista.

¿Cuáles son los aspectos relevantes de ella que nos permiten sostener esta última afirmación?

1. *Poder económico.* La Constitución, consecuente con la política económica de la dictadura, inspirada en la seudodoctrina del bien común y de la subsidiariedad del Estado, de concentrar el poder económico en la gran burguesía financiera chilena, aliada al capitalismo monopolista internacional, y de dejar las riquezas y recursos naturales a merced de la voracidad de las empresas transnacionales, proclama la libertad para adquirir toda clase de bienes (artículo 19, N.º 23); reconoce el derecho de desarrollar cualquier actividad económica, pudiendo el Estado y sus organismos hacerlo sólo si una ley de quórum calificado los autoriza (Número 21), y el de propiedad sobre toda clase de bienes, estableciéndose severas limitaciones para la expropiación, entre ellas, que a falta de acuerdo debe pagarse al contado la indemnización al expropiado (N.º 24).

2. *Proscripción ideológica.* Para poder llevar a cabo la política económica antipopular y al servicio de la oligarquía financiera y del imperialismo, es necesario silenciar las voces de quienes sustenten ideas o doctrinas contrarias al sistema, excluyéndoseles de toda participación en la vida social-política-administrativa de la Nación, prohibiéndoseles organi-

zarse en partidos políticos y desempeñar actividades sindicales.

Para este efecto se proclama ilícito y contrario al ordenamiento institucional de la República, todo acto de personas o grupos destinado a propagar doctrinas que atenten contra la familia, propugnen la violencia o una concepción de la sociedad, del Estado o del orden jurídico, de carácter totalitario o fundada en la lucha de clases, agregándose que los organismos y los movimientos o partidos políticos que por sus fines o por la actividad de sus adherentes tiendan a esos objetivos, son inconstitucionales (artículo 8).

Las personas afectadas por el fallo del Tribunal Constitucional, nueva Inquisición a quien se encarga de aplicar la proscripción ideológica, no podrán optar a funciones o cargos públicos, sean o no de elección popular, por el término de diez años contado desde la fecha de la resolución del tribunal. Tampoco podrán ser rectores o directores de establecimientos de educación ni ejercer en ellos funciones de enseñanza, ni explotar un medio de comunicación social o ser directores o administradores del mismo, ni desempeñar en él funciones relacionadas con la emisión o difusión de opiniones o informaciones; ni podrán ser dirigentes de organizaciones políticas o relacionadas con la educación o de carácter vecinal, profesional, empresarial, sindical, estudiantil o gremial en general, durante dicho plazo (mismo artículo); quedan, además, privadas del derecho a sufragio (artículo 16, Número 3).

3. *Marginalidad de las organiza-*

ciones sindicales y de sus dirigentes. La Constitución declara incompatible el cargo de dirigente gremial con la militancia en un partido político (artículo 23); prohíbe a las organizaciones sindicales y a sus dirigentes intervenir en actividades político-partidistas artículo 20, N.º 19), sancionando a los que transgredan esta prohibición (artículo 23), e inhabilita a las personas que desempeñen un cargo directivo de naturaleza gremial para ser candidatos a diputados o a senadores (artículo 54, N.º 7), con lo cual margina a los dirigentes sindicales de toda participación en los asuntos de interés general de la nación, restringiendo su actividad a la mera representación de los trabajadores frente a la empresa.

4. *Congreso.* El Congreso, de órgano representativo, pasa a ser profundamente clasista y antidemocrático, y ello no sólo por efecto de la proscripción ideológica y de la marginalidad de los dirigentes sindicales, sino, además, porque la Constitución no prevé que en las elecciones de diputados y de senadores se emplee un procedimiento proporcional que dé representación a las minorías, como lo establecía la Constitución de 1925; porque dispone que para ser elegido diputado o senador, y consecuentemente presidente de la República, se requiere haber cursado la enseñanza media; porque, en cuanto al Senado, un tercio lo integran personalidades que no son elegidas en votación directa, sino designadas en razón de cargos desempeñados anteriormente, y porque confiere al presidente de la República una amplísima facultad reglamentaria, con lo cual cercena al Congreso la atribución básica y más propia de su naturaleza, cual es la de legislar.

5. *Medidas represivas.* A un régimen de gobierno de las características descritas le es propia la represión, como medio de acallar la protesta popular.

Para lograrlo la Constitución otorga al presidente de la República facultades que, cual más cual menos, conculcan derechos humanos esenciales, bastándole para ello con declarar al país, con acuerdo del Consejo de Seguridad Nacional, en alguno de los estados de excepción constitucional que contempla (artícu-

los 39, 40 y 41). Entre tales medidas, declarado el país en estado de sitio, puede decretar arrestos, relegaciones, expulsiones, prohibición de entrada y salida del país, suspensión o restricción del derecho de reunión y de la libertad de información y de opinión, restricción de los derechos de asociación y de sindicación, censura de la correspondencia y de las comunicaciones. Por la declaración del estado de emergencia se pueden adoptar todas las medidas del estado de sitio, con excepción del arresto, de las relegaciones, de las expulsiones, de la restricción del ejercicio de los derechos de asociación y de sindicación y de la libertad de información y de opinión, que podrán sólo restringirse.

Es de hacer notar que el presidente de la República requiere aprobación del Consejo Nacional sólo para mantener el estado de sitio declarado con acuerdo del Consejo de Seguridad Nacional.

Contra las medidas adoptadas en virtud del estado de sitio no procede reclamar ante los tribunales de justicia por la vía del amparo o habeas corpus, acentuándose la indefensión de los afectados.

6. *Fuerzas armadas.* La Constitución proclama a las Fuerzas Armadas esenciales para la seguridad nacional y garantes del orden institucional de la República (artículo 90).

La seguridad nacional no está definida en la Constitución ni delimita ella sus alcances. Mencionada en múltiples disposiciones, configura un tabú ante cuya invocación sólo cabe acatar y obedecer.

La experiencia chilena y la de otros países latinoamericanos sometidos a dictaduras militares, es más que suficiente para demostrar que en nombre de la seguridad nacional, de esta doctrina del Pentágono, esos regímenes cometen las más flagrantes violaciones de los derechos humanos y perpetrar los mayores crímenes contra los intereses de sus pueblos.

El órgano de poder institucional de las Fuerzas Armadas chilenas es el Consejo de Seguridad Nacional. En él los tres comandantes en jefe (ejército, marina y aviación) y el general director de carabineros hacen mayoría absoluta frente a los otros tres integrantes, el presidente de la Repu-

blica y los presidentes de la Corte Suprema y del Senado (artículo 95). (De acuerdo con la disposición 25ª transitoria, hasta 1990 el Consejo de Seguridad Nacional lo integran los cuatro miembros de la Junta Militar, el presidente de la República —Pinochet— y los presidentes de la Corte Suprema y del Consejo de Estado.) Esta mayoría absoluta permite a los integrantes militares hacer funcionar y tomar acuerdos por sí solos en el Consejo.

Entre las atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional está la de poder representar a cualquier autoridad establecida por la Constitución (nótese, "cualquier", vale decir, por ejemplo, presidente de la República, Congreso, tribunales de Justicia, ministros de Estado, Tribunal Constitucional, Contraloría), su opinión frente a algún hecho, acto o materia, que a su juicio atente gravemente contra las bases de la institucionalidad o pueda comprometer la seguridad nacional (artículo 96, letra b).

Es obvio que la autoridad a quien se le formule la representación, no podrá sino acatar la opinión del Consejo de Seguridad Nacional. Lo contrario sería actuar contra la seguridad nacional, actitud delictual que es, por lo demás, contraria al precepto del artículo 1º que impone al Estado el deber de resguardar la seguridad nacional¹.

1 Un ejemplo de la vergonzosa docilidad con que las autoridades aceptan las opiniones del gobierno militar, se ha dado en estos días en el caso de la revista APSI: El 5 de enero de 1983, la Corte Suprema, acogiendo un recurso de protección, resolvió que la revista podía circular libremente, porque por existir desde 1976, esto es, con anterioridad a la vigencia de la disposición 24ª transitoria de la Constitución, no se trataba en su caso de una nueva publicación, únicas a las cuales pueden afectar las restricciones de dicha disposición, agregando que las publicaciones a que ella se refiere "no son los artículos, crónicas o informaciones separadamente considerados, sino las revistas, diarios y libros como entidades, que son las que, como dice el texto constitucional, se fundan, editan o circulan". Sin embargo, 20 días más tarde, el mismo tribunal, a requerimiento del ministro del Interior, "aclarando" la sentencia anterior, resolvió que la revista APSI puede continuar publicándose sólo con las materias internacionales que contenía inicialmente, en 1976, es decir, sin que pueda referirse para nada a lo que ocurre en Chile.

Para facilitarle esta atribución, la Constitución otorga al Consejo de Seguridad Nacional la facultad de poder recabar de las autoridades y funcionarios de la administración todos los antecedentes relacionados con la seguridad exterior e interior del Estado, quedando el requerido obligado a proporcionarlos, sancionándose su negativa (artículo 96, letra d).

Otras de las funciones del Consejo que confirman la injerencia en las atribuciones del presidente de la República, son informar, previamente, respecto de las leyes que son de su iniciativa exclusiva (artículos 96, letra c, 60, N.º 14 y 62) y aprobar la declaración de los estados de excepción (artículo 40) y el llamado a retiro de los comandantes en jefe del Ejército, de la Armada, de la Fuerza Aérea y del general director de Carabineros (artículo 93).

7. *La transitoriedad.* Todo lo precedentemente expuesto se refiere al cuerpo permanente de la Constitución. Junto a éste existen 29 disposiciones transitorias, destinadas a regir hasta el año 1990.

Con su maquiavelismo endémico, Pinochet no las dio a conocer sino cuando sólo faltaban pocos días para el plebiscito. En el hecho constituyen un conjunto de disposiciones destinadas a revestir de una seudolegalidad a la dictadura y a la represión.

a) *Pinochet presidente de la República.* La disposición 14ª transitoria establece que durante el período presidencial que comenzará a regir desde la vigencia de la Constitución (11 de marzo de 1981) y que terminará el 10 de marzo de 1989, Pinochet continuará como presidente de la República, agregando la disposición 27ª transitoria que al término de dicho período los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y el general director de Carabineros propondrán al país la persona que ocupará el cargo de presidente de la República por el período presidencial siguiente (1989-1997), sin que le sea aplicable a Pinochet la prohibición de reelección de presidente de la República contemplada en el artículo 25 permanente.

b) El primer Congreso Nacional se elegirá el año 1990. Hasta que entre en funciones, la Junta de Gobierno (así llaman las disposiciones transi-

torias a la Junta Militar) continuará en el pleno ejercicio de sus atribuciones, entre ellas ejerciendo las funciones del Congreso Nacional (disposiciones 18.ª y 28.ª transitorias).

c) Mientras Pinochet y la Junta de Gobierno no dicten una ley orgánica constitucional relativa a los *partidos políticos*, queda prohibido ejecutar o promover toda actividad, acción o gestión de índole político partidista, ya sea por personas naturales o jurídicas, organizaciones, entidades o

agrupaciones de personas. Quienes infrinjan esta prohibición incurrirán en las sanciones previstas en la ley (disposición 10ª transitoria).

d) Los dos años que Pinochet ha oficiado de presidente "constitucional" en nada se diferencian de los anteriores de su gobierno en cuanto a la intensidad de la represión y a la violación de los derechos humanos.

El siguiente cuadro, con datos de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, así lo revela:

	<i>Detención disidentes (1)</i>	<i>Amedren- tamientos</i>	<i>Denuncias, torturas (2)</i>	<i>Relega- ciones (3)</i>	<i>Muertes, abuso poder</i>	<i>Expulsio- nes del país</i>
1981	908	133	61	60	15	7
1982	1.789	80	100	66	17	12

(1) En 1981, a raíz de un operativo conjunto de las Fuerzas Armadas, fueron detenidas por varias horas 700 personas que, luego de fichadas, recobraron su libertad. En los datos de 1982 no se incluyen tres detenciones masivas que afectaron a 6.756 personas.

(2) Son sólo casos de torturas denunciados ante la justicia.

(3) No incluye relegados por sentencia judicial.

Para proceder a estas detenciones, relegaciones y expulsiones del país, Pinochet se vale de las facultades que le confiere, por seis meses renovables, la disposición 24ª transitoria, bajo el simple expediente de declarar —por sí solo— la existencia de peligro de perturbación de la paz interior. Estas facultades son en el hecho las mismas que el texto permanente excluye de las del estado de sitio al señalar las que se confieren en el estado de emergencia (ver N.º 5). Demás está decir que desde la vigencia de la Constitución Pinochet ha utilizado de manera ininterrumpida esta atribución, y como coetáneamente continúa declarando al país en estado de emergencia, Chile vive, desde el 11 de marzo de 1981, bajo virtual estado de sitio.

Las detenciones continúan efectuándose por la policía de seguridad sin exhibir orden competente, con allanamientos y violencias y sometiendo a tortura a los detenidos. (Nótese que en el cuadro sólo figuran las torturas "denunciadas". En el hecho, muchos detenidos silencian

las torturas por temor ante las amenazas de los captores.) Los detenidos son conducidos a lugares secretos y en muchos casos la detención administrativa se prolonga más allá de los veinte días a que se refiere la disposición 24ª transitoria.

Las medidas que se adopten en virtud de esta disposición, no son susceptibles de recurso alguno, salvo el de reconsideración ante el propio Pinochet.

Las muertes por abuso de poder son homicidios perpetrados por los agentes de seguridad y que estos servicios atribuyen a enfrentamientos, o bien son simples asesinatos cuyos autores no son nunca identificados, cual es el caso del dirigente gremial Tucapel Jiménez, ocurrido el 25 de febrero de 1982.

También bajo la seudolegalidad de la disposición 24ª transitoria, Pinochet conculca la libertad de información. Ya nos referimos al caso de la revista APSI; podríamos agregar la clausura de las radios "La Frontera" y "Araucana" y la prohibición de impresión de varios libros, entre ellos "Lonquén", de que es autor el actual presidente de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, Máximo Pacheco, que relata el descubrimiento del asesinato de un grupo de campesinos por carabineros acaecido pocos meses después del golpe.

A todo esto continúa sin esclarecerse la desaparición de 2.500 perso-

nas ocurrida después de haber sido detenidas por agentes de seguridad.

Asimismo sigue vigente la prohibición de ingresar al país que pende sobre 35.000 exiliados, siendo una burla el nombramiento por Pinochet de una comisión especial, en octubre de 1982, para proponerle medidas que permitan su retorno, cuyo fruto no ha sido hasta ahora sino autorizar el ingreso de 300 personas, la mayoría de las cuales no tenían impedimento alguno para hacerlo.

Por último, la situación económico-social del país es catastrófica: endeudamiento externo de 18.000 millones de dólares, cesantía del 30 por 100 de

la población laboral, destrucción de la industria nacional, quiebra o paralización de cientos de empresas privadas, todo lo cual sume a Chile en un estado de pauperización nunca antes conocido.

En suma, la Constitución de Pinochet no es sino el medio buscado para institucionalizar una dictadura terrorista fascista al servicio de los intereses de la burguesía monopolista chilena y del imperialismo norteamericano que, por su origen espúreo y por desconocer sus derechos, no tiene validez ante el pueblo de Chile.

POLITICA Y ECOLOGIA

"A mí me alarma a estas alturas de mi vida, en que debería ser un viejo reaccionario, la poca disposición para establecer ideas nuevas. Todos quieren volver al sistema anterior. ¡Horrible! Cómo el país va a progresar si no asimila una serie de conceptos nuevos que han aparecido en el mundo. La Constitución del año 80, por ejemplo, es la primera del mundo que establece como un deber la protección del medio ambiente."

(Juan de Dios Carmona, miembro del Consejo de Estado del gobierno de Pinochet, en declaraciones a *Las Últimas Noticias*, 25-IX-83.)



Foto JEAN LOUIS YOUNG

La transición al capitalismo en Chile

Problemas metodológicos e históricos

M. EUGENIA HORVITZ

El estudio de la transición de las sociedades precapitalistas al capitalismo parece, a primera vista, un problema académico. Sin embargo, el interés que despierta hoy día en medios que van más allá del de los historiadores, se debe a que es un problema urgente de la historia que se está haciendo. Para responder científicamente a problemas tales como las causas de las diferencias de desarrollo dentro del sistema capitalista o cómo se han formado los estados nacionales, cómo llevar a cabo las transformaciones de una formación económica social dada, o cómo construir el socialismo, etc., es necesario contar con un aparato teórico, que permita organizar y comprender el material histórico.

I. Las categorías de análisis expuestas por Marx

Marx desarrolla el proceso de transición del feudalismo al capitalismo en *El Capital* en los llamados "capítulos históricos"¹ y en un sentido estrictamente teórico en el Capítulo Inédito de *El Capital* que debía ser publicado entre los libros 1 y 2. (El análisis de las formas de transición está presente desde 1845 en la mayor parte de sus obras, especialmente: *La Ideología Alemana*, *Crítica de la Economía Política*, las *Grundrisse*.)

¹ Carlos Marx, *El Capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, libro I, capítulos 11 al 13, 24 y 25.

En los "capítulos históricos" del Tomo I de *El Capital*, presenta los elementos que se han combinado para posibilitar el desarrollo del Modo de Producción Capitalista (M.P.C.), ejemplificándolos en el acontecer histórico de Inglaterra entre los siglos XVI y XVIII. Estos textos son la prueba de una investigación histórica que sirvió de base a su reflexión teórica sobre el sistema de producción y reproducción del capitalismo. En estos escritos, su objetivo no es la presentación de los orígenes históricos de cada uno de los elementos y de sus formas de aparición "real" en la sociedad feudal.

Por el contrario, en el libro III de *El Capital*, Marx analiza históricamente las transformaciones de la renta de la tierra, así como las formas de circulación en las sociedades precapitalistas (especialmente feudal), mostrando las evoluciones "reales" que permitieron la dominación de las relaciones sociales de producción capitalista.

En estos capítulos de *El Capital*, así como en *La Ideología Alemana*, establece una periodización del proceso "clásico" de transición al capitalismo, conforme al orden siguiente:

1. Entre los siglos XIV y XVI, sitúa la aparición de los fenómenos históricos que contribuyeron a la desintegración del Modo de Producción Feudal (M.P.F.): cambios en la apropiación de la renta de la tierra, la destrucción del poder de los gremios artesanales, la ampliación del mercado internacional en la época de los descubrimientos geográficos².

2. En los siglos XVII y XVIII, se organiza la producción mercantil, a través de la cooperación y la manufactura³.

3. En el siglo XIX, se desarrolla la revolución industrial y el consecuente salto cualitativo en el nivel de las fuerzas productivas y la implantación del M.P.C. en Europa Occidental⁴.

El análisis del proceso de transición comienza con el descubrimiento de los cambios de forma y de carácter de la producción y de las relaciones sociales que le son propias al M.P.F. (Es necesario considerar que Marx en las *Grundrisse* y en *El Capital* se refiere a otros M.P. Precapitalista, en particular al modo de producción asiático.)

En la presentación de *El Capital*, es a partir del desarrollo del M.P.C. que deduce la contraposición feudalismo-capitalismo.

El M.P.F. centra su lógica en la existencia de dos fuerzas sociales en lucha: por una parte, la propiedad feudal sobre la tierra del señor, quien desde el punto de vista económico es el señor del proceso de producción y, por otra parte, la propiedad individual sobre los instrumentos simples de producción del campesino (productor directo), quien, al mismo tiempo, usa hereditariamente la parcela que le ha asignado el terrateniente. El tiempo de trabajo del campesino se divide, por tanto, entre el cultivo de la tierra del señor y de su parcela. "La reproducción del sistema se basa en estas condiciones, sólo en la coacción extra-económica que cualquiera sea la forma que revista

² *Ibid.*, libro I, caps. 11 al 13.

³ *Ibid.*, libro I, caps. 11 al 13.

⁴ *Ibid.*, libro I, caps. 11 al 13.

puede arrancar a estos productores el trabajo sobrante para el terrateniente nominal"⁵.

La relación del campesino con su señor se establece sobre la renta de la tierra: en trabajo, en especies o en dinero. De esta forma, la eficacia en la reproducción del sistema feudal está dada por el sistema jurídico-político, que constituye el monopolio por parte del señor o del Estado del armamento ofensivo y defensivo y la solidaridad de clases entre los explotadores.

Por el contrario, el M.P.C. se sustenta en la apropiación del capitalista de todos los medios de producción y del dinero, y el trabajador libre, para subsistir, sólo puede vender su fuerza de trabajo en el mercado. La reproducción del sistema está dada por la producción mercantil en gran escala, sobre la base de la obtención de la plusvalía. El capitalista es el propietario y jefe de todo el proceso de producción.

La cristalización del proceso de cambio de las condiciones anteriores tiene formas y tiempo histórico largo o corto, en distintas formaciones económico-sociales. En Europa Occidental, a partir del siglo XVI, se ha producido una combinación de elementos que permite "la acumulación originaria del capital". "Sirve de base a todo este proceso (acumulación originaria) la expropiación que priva de su tierra al productor rural, al campesino. Su historia presenta una modalidad diversa en cada país, y en cada uno de ellos recorre las diferentes fases en distinta graduación y en épocas históricas diversas"⁶. En este proceso tienen especial importancia las transformaciones históricas en la extracción de la renta de la tierra, que en las formas clásicas de transición precedieron y posibilitaron la desintegración del M.P.F.

La renta en dinero aparece como una forma que tiende a modificar el carácter del modo de producción, es la forma final que lleva en sí la disolución de la renta feudal como tal. La renta en dinero implica que una parte del producto debe ser convertido en mercancía. Es necesario racionalizar el proceso productivo para calcular los costos destinados a la renta, la reproducción del sistema y a la subsistencia del productor. Concomitante a este proceso se producen los mecanismos de ruptura: el siervo se transforma en arrendatario, por tanto, la tierra se convierte en propiedad campesina libre. El nuevo arrendatario puede, a su vez, contratar otros campesinos y obligarlos a vender su fuerza de trabajo. Desde el punto de vista jurídico, la renta en dinero supone que las relaciones que antes se basaban en la costumbre, ahora se fijan en contratos según las reglas del derecho positivo.

Teóricamente, Marx concibe la transición al M.P.C. —precedida por esta etapa de desintegración de las relaciones sociales feudales— como el período en que el capitalista se transforma en el dirigente del proceso de producción: somete el trabajo pero no al trabajador, ya que las fuerzas productivas mantienen el mismo nivel de desarrollo; se habla, entonces, de categoría de *subsunción formal del trabajo al capital*. Cuando el M.P.C. llega a ser dominante e irreversible, una vez

⁵ *Ibid.*, tomo III, cap. 20, pág. 732.

⁶ *Ibid.*, libro I, cap. 24, pág. 609.

que las condiciones del proceso de producción son modificadas, pasamos a hablar de categoría de *subsunción real del trabajo al capital*.

“Es justamente por oposición al modo de producción plenamente desarrollado que llamamos subsunción formal del trabajo al capital, la subordinación al capital de un modo de trabajo, tal como ha sido desarrollado antes de que surgiera la relación capitalista”⁷.

Esta fase se representa históricamente en el *putting out system*, el sistema de cooperación simple y la manufactura que se sustentan en la producción de plusvalía absoluta y que cronológicamente precedieron a la Revolución Industrial.

El establecimiento de la subsunción real del trabajo al capital, implica un cambio revolucionario de las fuerzas productivas, es decir, la creación de la “gran industria” sobre la base de la aplicación del desarrollo científico-tecnológico a la producción de bienes. “Es a este nivel solamente que la significación histórica de la producción capitalista aparece en forma clara (específica), precisamente a través de las transformaciones realizadas en el proceso de producción inmediato y en el desarrollo de las fuerzas productivas, sociales del trabajo”⁸.

Estas dos fases siguen un orden: será la subsunción formal del trabajo al capital que precederá a la sumisión real, aunque esta última puede servir de base “para la introducción de la primera en nuevas ramas de la producción”.

Las formas que adquieren las transformaciones económico-sociales en el seno de la sociedad civil, acelerarán o detendrán el proceso de transición al capitalismo. Al respecto, Marx distingue dos vías de transición: 1.º) La vía “revolucionaria” —manifestada en Inglaterra y en Francia—, donde el productor llega a ser capitalista y comerciante en oposición a la producción feudal y el artesanado. En este caso, son los arrendatarios de las tierras feudales los que transforman el proceso de producción y reproducción social. 2.º) El comerciante se apropia directa o indirectamente de la producción sin cambiar su base. Lo ejemplifica a través del *putting out system*, en Inglaterra y en la India, por el sistema de circulación de mercancías organizado por el capital usurario.

En la Revolución Inglesa de 1640 y en la Revolución Francesa, los historiadores marxistas han mostrado que las fuerzas sociales que abrieron las compuertas al desarrollo capitalista provenían de la pequeña y mediana burguesía y del campesinado independiente, sectores que estaban excluidos de la alianza de clases formada por la oligarquía de los grandes terratenientes y de la alta burguesía de capitalistas privilegiados que aprovechaban el desarrollo del comercio internacional. Esta forma de transición es la que Marx califica como vía “verdaderamente revolucionaria”⁹.

⁷ Carlos Marx, *Un chapitre inédit du Capital*. Paris, Union Générale des Editions, 1971, pág. 198.

⁸ *Ibid.*, pág. 201.

⁹ Alberto Soboul, “Du féodalisme au capitalisme”, in *La Pensée*, N.º 65, Paris, 1956, pág. 27.

Muy distinta es la forma de transición al capitalismo en otras regiones. La historiografía de los países socialistas y del Japón demuestra que la abolición del feudalismo se ha producido "como una reacción desde arriba", como la denomina el historiador Takahashi. El mismo autor agrega que para el caso del Japón, la transición así realizada condujo a una monarquía absoluta y no a una democracia al estilo europeo.

En Prusia, como en el Este de Europa, el aumento de las fuerzas productivas se realizó dentro de la propia sociedad feudal. A partir del siglo XVI, para toda esta región se abre el mercado de trigo para Europa; los señores feudales refuerzan su poder sobre los siervos desarrollando la producción a través del aumento de las prestaciones de trabajo, lo que los historiadores han calificado "segunda servidumbre". En esta región, como en Japón, el desarrollo del capitalismo será acelerado por el poder central: "Es según la segunda vía considerada por Marx, que el capitalismo se forma en Prusia y en Japón, donde la propiedad feudal estaba organizada muy firmemente para engendrar campesinos libres e independientes"¹⁰.

II. La transición al capitalismo: Marx y los marxistas

Las categorías expuestas por Marx en torno al origen de la sociedad moderna, han tenido al nivel de la elaboración científica una comprensión y una aplicación de desarrollo discontinuo.

Testimonian esta aseveración las polémicas entre marxistas, cuyo sentido último repercute en la reflexión teórica, científica y política. La subsistencia de ciertas problemáticas se ha debido a fenómenos históricos, que, por una parte, se refieren al carácter del marxismo como teoría revolucionaria frente al capitalismo y, por otra, al dominio en las ciencias sociales del dogmatismo o empirismo.

A esta situación se ha sumado la dificultad para conocer la totalidad de la obra de Marx, ya que parte de sus escritos es en varios idiomas de publicación reciente. Con respecto a los problemas de la transición, obras fundamentales como las *Grundrisse* o el *Capítulo Inédito* de *El Capital* fueron editadas en francés y castellano en los años setenta. (En Francia se publican las *Grundrisse* en 1968 y el *Capítulo Inédito* en 1971. En castellano aparecen en 1971 y 1972, respectivamente.) Las condiciones políticas impuestas por la guerra fría serán la causa de que los estudios teóricos, así como la historia y la economía marxistas, estén excluidos de las universidades. (En Chile, sólo a partir de los años sesenta se logrará que en la enseñanza superior se consideren los estudios marxistas.)

Señalaremos algunos de los problemas que estuvieron y están presentes en la reflexión marxista, y que creemos que han influido en las formas de desarrollo de las ciencias marxistas en Chile.

En el análisis, en primer lugar, de la transición de los modos de

¹⁰ H. Takahashi, "On the Transition from Feudalism to the Bourgeois Revolution", in *The Indian Journal*, N.º 146, 1955.

producción, se han suscitado problemas concernientes a la relación entre categorías teóricas y el desarrollo de la investigación histórica. Se ha contrapuesto un mecanismo lineal, necesario y evolutivo de paso al capitalismo en toda formación económico-social, a una diversidad de los procesos históricos en que se produce la construcción de la nueva sociedad.

Esta problemática es abordada por Marx luego de la publicación del Tomo I de *El Capital*. En la correspondencia encontramos aclaraciones teóricas a polémicas surgidas en la práctica política. Entre estos textos tienen especial importancia el intercambio de correspondencia con Vera Zassoulitch, uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa, y un artículo de Marx publicado en el periódico ruso "Hojas patrióticas". En el período 1875-81, los revolucionarios rusos polemizan sobre el futuro de las comunidades campesinas. Hay quienes plantean que la comuna es una forma arcaica que debe desaparecer para que se realice el dominio del M.P.C.; se basan para ello en "la teoría marxista de la necesidad histórica de que todos los países del mundo pasarán por todas las fases de la producción capitalista"¹¹.

En respuesta a este problema, Marx escribe:

"El capítulo de mi libro que versa sobre la acumulación originaria se propone señalar simplemente el camino por el que en Europa Occidental nació el régimen capitalista del seno del régimen feudal... A mi crítico le parece, sin embargo, poco. A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófica histórica... Estudiando cada uno de los procesos históricos por separado y comparándolos luego entre sí, encontraremos fácilmente la clave para explicar estos fenómenos, resultado que jamás lograríamos, en cambio, con la clave universal de una teoría general de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica"¹².

Marx en estos escritos establece la oposición entre su reflexión teórica y una "filosofía de la historia", lo que desde el punto de vista metodológico, toca a dos problemas fundamentales: Primeramente, el análisis histórico de una formación económico-social, partiendo del materialismo histórico, necesita del desarrollo de la ciencia como medio de conocimiento de la complejidad y diversidad de la realidad. En consecuencia, se opone a la concepción del desarrollo histórico lineal, calificando este tipo de investigación de suprahistórica.

En *Materialismo histórico y Materialismo dialéctico*, Stalin plantea que la historia de la humanidad se divide en cinco etapas que corresponden a cinco tipos de relaciones sociales: comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo. El paso de un modo de producción a otro se reduce a la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Este análisis provenía de lo expuesto por Marx en el Prefacio a la *Crítica de la Economía Política*, desconociendo las bases mismas del

¹¹ Carlos Marx, *Oeuvres*, tomo II, pág. 1.557, Gallimard, Paris, 1968.

¹² Carlos Marx, *El Capital*, tomo I. Apéndices: "Marx a la redacción de la revista *Hojas patrióticas*".

método marxista y olvidando los estudios de Lenin sobre la sociedad rusa (por ejemplo, *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*).

Durante el período stalinista, al estudio de la obra de Marx se sustituye la interpretación manualista, con los consecuentes resultados negativos para el desarrollo de la investigación. La práctica del culto de Marx como referencia enciclopédica ha continuado, incluso para aquellos marxistas que han proclamado la necesidad de volver a la lectura directa de los textos marxistas.

A partir de los años cincuenta se constata un avance importante de los estudios marxistas referentes a los problemas de la transición al capitalismo. En esta época se publica la polémica en que participaron los ingleses Maurice Dobb y Christopher Hilton, el japonés Takahashi y el norteamericano Paul Sweezy. Luego, los coloquios organizados por el C.E.R.M. en Francia dedicados al estudio de la transición, así como a los modos de producción precapitalista, ponen de relieve la necesidad del conocimiento directo de la obra de Marx y la utilidad del método comparativo para el desarrollo de las Ciencias Sociales.

En el conjunto de estas publicaciones aparece una problemática referida a la interpretación sobre el punto de partida del análisis marxista para caracterizar los modos de producción precapitalista y capitalista. (Problemática que ya existía en la época en que Lenin escribe *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*.) Una corriente de economistas, entre ellos Huberman, Sweezy y Gunder Frank, consideran que la ampliación del mercado internacional en la época de la formación de los imperios coloniales dio nacimiento a un "capitalismo periférico". Sweezy basa su tesis en el sometimiento de la producción, en todas las regiones del mundo, al desarrollo capitalista alcanzado por las potencias de Europa Occidental, en los siglos XVII y XVIII, y que se realiza en el mercado internacional. (Esta tesis tiene su filiación en los planteamientos de Henri Pirenne sobre el surgimiento del capitalismo en Europa.)

Marx, en *El Capital*, desarrolla el análisis científico y teórico para la comprensión de la lógica de funcionamiento del M.P.C., partiendo del proceso de producción de los bienes, el que da nacimiento a relaciones sociales específicas en cada situación histórica. Marx lo explicita escribiendo: "La verdadera ciencia de la economía política comienza allí donde el estudio teórico se desplaza del proceso de circulación al proceso de producción"¹³.

En los últimos veinte años, los avances de la historiografía han demostrado la riqueza del materialismo histórico frente al empirismo reinante en las ciencias sociales durante el siglo XIX. Se ha abierto la posibilidad de descubrir nuevos problemas y dar cuenta de la complejidad y diversidad del funcionamiento interno de las sociedades. La ruptura con la tradición historiográfica ha permitido alumbrar los mecanismos complejos de la vida social, como se demuestra en los trabajos de Vilar, Braudel, Soboul, Dobb, Hilton, en Europa; y de Takahashi, en Japón. Citemos para el caso de Chile los trabajos de

¹³ *Ibid.*, tomo III, cap. 20, pág. 325.

Mario Góngora, de Hernán Ramírez Necochea y de Marcelo Carmagnani.

Este desarrollo ha planteado nuevas exigencias a los científicos sociales marxistas, cuando se trata de comprender la totalidad del proceso histórico, es decir, la articulación entre la producción de los bienes materiales de la sociedad y el conjunto de los mecanismos que sustentan la sociedad civil. En este sentido, han sido insuficientes las investigaciones marxistas sobre los problemas del estado o del papel de las ideologías (religiones, culturas tradicionales) y su imbricación en la totalidad del devenir de una formación económico-social. Sobre estos mecanismos, si bien es cierto que existen datos y sugerencias en las obras de Marx, su investigación se refirió fundamentalmente al descubrimiento de las leyes de desarrollo y reproducción del capitalismo. Por tanto, *El Capital* no puede ser considerado libro de consulta enciclopédica. Su vigencia y riqueza provienen de la reflexión teórica, del método de investigación propuesto. A este propósito, las obras de los antropólogos marxistas Maurice Godelier y Philip Rey muestran la vitalidad del materialismo histórico para una reflexión científica, que tenga por objetivo dar cuenta de la totalidad de los fenómenos históricos y sus formas de relación en una formación económico-social. Actualmente, el desafío de los estudiosos marxistas, a partir del referente del materialismo histórico, es producir el desarrollo de la teoría y la ciencia, como Marx lo hiciera en su investigación sobre el M.P.C. Esta forma de proceder se ilustra en la presentación que hace Engels al Tomo II de *El Capital*: Marx apareció en directa contraposición con todos sus predecesores. Allí donde éstos veían una solución, Marx vio solamente un problema.

III. Para el estudio de la transición al capitalismo en Chile

Postulamos que es en ruptura con la conceptualización de la historiografía tradicional chilena que se desarrollan las reflexiones sobre el origen y el carácter de la formación económico-social de Chile. En este sentido, la producción histórica es reciente; los trabajos más interesantes se publicarán desde mediados de los años cincuenta hasta 1973. Asimismo, las elaboraciones en otras ciencias sociales comenzarán en este mismo período, en la medida que adquieren importancia en los estudios universitarios.

Las primeras investigaciones serán el resultado de un trabajo individual que sólo alcanzará desarrollo colectivo a fines de los años sesenta. (La dispersión de los equipos de investigación producida por la dictadura, detendrá el proceso, sobre todo en lo referente a la elaboración histórica.)

Esta problematización de la historia se produce en relación directa con los cambios que sobrevienen en el seno de la sociedad civil y sus representaciones en la práctica política. El acceso al poder del Frente Popular posibilitó un mayor pluralismo en las universidades y con él, la apertura a la teoría y ciencia antes marginalizadas. En este período,

la aproximación entre la clase obrera y los intelectuales produce esta dinámica de reformulación (lo testimonia la temática desarrollada por los primeros historiadores marxistas; aunque es cierto que el estudio de la obra de Marx y Lenin y de los escritos de Recabarren, no entrará en el curriculum universitario sino hasta fines de los años sesenta).

Los investigadores en ciencias sociales se mueven entre, por lo menos, dos parámetros: 1) La crítica a las ideas dominantes en la historiografía, cuyas insuficiencias han terminado por hacerse evidentes, en lo que se refiere al origen y a los mecanismos del devenir de la sociedad. 2) Los problemas concernientes a la delimitación del objeto histórico. El carácter de la sociedad moderna, que puede insertarse en otras totalidades —subdesarrollo latinoamericano, Tercer Mundo— incitan al cuestionamiento de la investigación circunscrita al estado-nación. Este camino es más bien una contraposición al empirismo clásico, que una aproximación a través del método comparativo de los decursos históricos.

El análisis sobre el origen del M.P.C. interesó a historiadores, economistas y sociólogos, a fines de este período; sin embargo, continúa siendo un problema sin desarrollo. A nuestro juicio, se debe, por una parte, a las insuficiencias de la reflexión teórica y, por otra, a la carencia de investigaciones concretas de determinados períodos. (Es significativo que la producción de la historiografía tradicional esté concentrada en los estudios de la época colonial y del siglo XIX, sin que sus aportes permitan abordar el movimiento de las estructuras de la sociedad de aquellas épocas.)

Con el objeto de desarrollar el estudio del paso al establecimiento de la sociedad moderna, trataremos algunos problemas que reflejan las limitaciones que hemos mencionado, los avances adquiridos y los desafíos teórico-científicos que permanecen. Con este fin, proponemos: 1) Una evaluación del rompimiento de los esquemas tradicionales en los estudios en ciencias sociales. 2) Los principales problemas científicos que se presentan en el estudio de la transición al capitalismo.

Lo cierto es que los estudios históricos en Chile continúan siendo dominados por la tradición de los historiadores empiristas del siglo XIX (Barros Arana, Gay, Vicuña Mackenna). La existencia de Chile es considerada un hecho natural, resultado de la desintegración del Imperio Español. El acontecer histórico es representado por un conjunto de fenómenos delimitados cronológicamente. Las polémicas más relevantes en el interior de esta tendencia historiográfica se refieren a la valorización de la colonización (Francisco Encina y Jaime Eyzaguirre, a mediados de este siglo, publican diversos trabajos cuyo objetivo es demostrar que la Independencia del país fue prematura, lo que constituye la causa de las dificultades en el desarrollo de la sociedad). Los primeros rompimientos teórico-científicos con esta tradición, los producen historiadores marxistas: Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet. Los temas privilegiados son el problema del imperialismo y su articulación con la sociedad chilena; el origen de la clase obrera y de sus organizaciones políticas y sindicales. En el

campo de la antropología, el profesor Lipschütz desarrolla la investigación sobre las culturas precolombinas, las que llegan a tener un lugar en la historia escrita. Durante varios años sus obras fueron consideradas aportes marginales.

En los años sesenta, Góngora y luego Carmagnani problematizan el nacimiento y carácter de las relaciones sociales y de los mecanismos generales de la estructura económico-social colonial, llegando a descubrimientos fundamentales para la comprensión del proceso histórico. En este período, Miguel Rojas-Mix estudia las representaciones ideológicas de la cultura hispano-americana. Estos trabajos sirven de base a la reflexión sobre el origen del M.P.C. A partir de los años cuarenta, otras ciencias sociales adquieren desarrollo: la economía y la sociología. La elaboración teórica en estas ciencias es marcada por el avance de las luchas sociales y la problemática del desarrollo de la economía chilena. En el caso de la economía, la necesidad de producir políticas concretas, dirige la reflexión hacia el análisis de las estructuras de la sociedad contemporánea. El trabajo teórico se encamina a construir un objeto sobre la base de dos referentes: las diferencias de desarrollo dentro del sistema capitalista y la especificidad del subdesarrollo latinoamericano.

La teoría del desarrollismo, en los años cincuenta, orienta la reflexión teórica hacia la constatación de una bipolaridad en las sociedades subdesarrolladas en América Latina: un sector avanzado, capitalista, industrial, y otro atrasado, en el campo, bajo relaciones sociales semi-feudales. En estas condiciones, el desarrollo será posible a través de políticas económicas de aceleración del proceso de industrialización y de la modernización de las condiciones de producción en el campo.

En los años sesenta aparecen los primeros trabajos en que se elabora "la teoría de la dependencia" que se establece como crítica al desarrollismo y a la teoría leninista del imperialismo. Estos autores, la mayor parte marxistas, demuestran la imposibilidad de un desarrollo normal del capitalismo en Latinoamérica, dado el papel hegemónico del imperialismo. No haremos un análisis a este respecto, que merece un trabajo especial, ya que su búsqueda crítica fue una fuente de reflexión y de publicaciones interesantes.

En lo que se refiere al objetivo central de nuestro análisis, señalaremos que como continuidad de la "teoría de la dependencia" y por deducción, Gunder Frank y Luis Vitale conciben la tesis de la existencia del M.P.C. en América desde la época colonial. Este capitalismo "periférico" se establece desde afuera, por el sometimiento de las bases del proceso de producción a la circulación mercantil. De ahí que el problema del carácter de las relaciones sociales de producción y los mecanismos particulares de reproducción de la estructura económica no sean un punto de partida de la investigación. Estas reflexiones, en las que se utiliza la conceptualización marxista, no corresponden al análisis teórico de Marx. Como lo veremos más adelante, los aportes de la historiografía moderna muestran las características de las relaciones sociales en esa época. Consideramos que estos estudios, surgidos en ruptura con la conceptualización impuesta por la

tradición historiográfica, produjeron en 30 años avances acelerados en la comprensión de la identidad de la sociedad chilena. *Sin embargo, ha existido la propensión a sobreestimar la reflexión metodológica en desmedro de la práctica científica.* Lo que dio origen a polémicas adjetivas, sobre todo entre los marxistas, a propósito de problemas que no se habían resuelto a nivel científico. Es el caso, por ejemplo, de las discusiones sobre la permanencia del capitalismo en Chile.

Por otra parte, los intentos de construcción de un objeto teórico, a partir del carácter dependiente de América Latina, han demostrado sus limitaciones, sobre todo en el campo de la historia. Pensamos que la reflexión científica se desarrolla partiendo de la categoría de formación económico-social y del uso del método comparativo para aprehender la lógica de reproducción de la sociedad. La transición al socialismo o a regímenes más democráticos en América Latina demuestra en el campo de la práctica política que el movimiento de la sociedad civil, en situaciones históricas aparentemente iguales, adquiere una nueva especificidad, *que requiere la investigación de la combinación de los elementos históricos, más que el análisis del valor potencial y formas de aparición de cada uno de ellos.*

Problemas históricos de la transición al capitalismo en Chile

La época de transición al capitalismo corresponde a un período de cambios en la estructura económico-social y en la sociedad civil, donde fenómenos históricos aparecidos en tiempos diferentes se combinan, posibilitando la dominación del M.P.C. sobre las formas de relaciones sociales más antiguas. Un trabajo totalizador en este sentido no se ha realizado; continúa siendo, por tanto, una exigencia para la historiografía chilena.

Para el conocimiento de este proceso de cambios en el interior de la sociedad chilena, presentamos los interrogantes que es necesario abordar al nivel de la investigación, algunos de los cuales ya han empezado a ser desarrollados en los últimos 20 años:

- 1) El carácter del modo de producción dominante sobre el que se realiza la transición al capitalismo. Este problema se relaciona con los relativos a las características de la sociedad precolombina y española en la época de la colonización.
- 2) El papel de la Independencia como elemento de cambio y/o estabilidad de las antiguas estructuras.
- 3) Delimitación de las fases de sumisión formal y real del trabajo al capital y, para estos efectos, analizar los elementos de cambio en la sociedad civil (estructura e ideologías de clase, formas de estado).
- 4) Formas de articulación de la sociedad con el imperialismo, en las fases de sumisión formal y real del trabajo al capital.

Frente al conjunto de estos interrogantes, basándonos en los aportes de la historiografía, examinaremos parcialmente dos problemas que permiten esclarecer ciertos mecanismos del origen de la transición al capitalismo en Chile: en primer lugar, la caracterización del modo de producción dominante en el momento de la Independencia; y en segundo lugar, los problemas de la delimitación de la fase de sumisión formal del trabajo al capital.

Las características fundamentales de la estructura económica y social del país, al sobrevenir la Independencia, se han formado ya a mediados del siglo XVIII. Podemos resumirlas del siguiente modo:

1. Desde fines del siglo XVII ha habido un desarrollo importante de las fuerzas productivas y de la población. Chile es capaz de autoabastecerse con su producción agrícola y ser el centro del mercado de trigo y vacunos del virreinato del Perú. Por otra parte, la producción minera se ha triplicado en los últimos veinte años de este siglo.

2. La población ha crecido considerablemente y existe un capital social susceptible de ser invertido en el establecimiento de nuevas ciudades (las de los valles transversales y el núcleo central) y en la construcción de obras públicas (camino de Santiago a Valparaíso, tajamares del Mapocho, canal San Carlos).

3. A mediados del siglo el crecimiento de la estructura demuestra sus límites. Esta crisis es vista por los contemporáneos como resultado del sistema de monopolio impuesto por España, que limita la diversificación de la producción y del comercio¹⁴.

En estas condiciones, es importante analizar los siguientes elementos: las relaciones sociales de producción que se constituyen en torno a la tierra, y el carácter de la renta de la tierra; las formas de relación social que aparecen en el sector minero y ciertos aspectos de la circulación, especialmente las operaciones de crédito que pueden demostrar el estado de la acumulación y las formas de inversión del capital.

A mediados del siglo XVIII, el inquilinaje es la forma de relación dominante en el campo, la que se ha venido estableciendo desde fines del siglo anterior. El inquilino ha llegado a ser un arrendatario que recibe una parcela y, a cambio de ella, trabaja parte de la tierra del

El proceso de consolidación de esta relación requiere especial interés. Las primeras instituciones coloniales basadas en la explotación de la población indígena, como la Mita y la Encomienda, se han desintegrado a fines del siglo anterior. Concomitante a este proceso, ha habido un aumento de la población y ha surgido al lado de la población indígena (la que ha disminuido en cantidad) un grupo de españoles pobres, sin tierra, y de mestizos que constituyen un mercado de mano de obra, en la época en que se abre para los terratenientes de la Capitanía General el mercado de trigo que constituye el Perú.

La propiedad agrícola se ha consolidado y no hay un mercado en el sentido capitalista que permita a estos sectores acceder a la tierra. De ahí que se utilice como sistema "el préstamo de tierra" en los lindes de los grandes fundos. En los documentos de la época se menciona a estos arrendatarios como "amigos o familiares", los cuales

¹⁴ Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la Independencia*, Santiago, Editorial Universitaria, 1967; y Eugenia Horvitz, *Las operaciones de crédito en Chile colonial* (roneo), Departamento de Historia, Universidad de Chile, 1966.

deben pagar una renta en especies o en dinero. A mediados del siglo XVIII, el sistema se ha extendido y estos arrendatarios son calificados de peones e inquilinos. El historiador Mario Góngora explica que este cambio se une a un proceso de conmutación de la renta en dinero o en especie por la prestación en trabajo. (Los historiadores clásicos consideraban el origen del inquilinaje como mera continuación de las instituciones de extracción de renta, que se habían mostrado insuficientes para aumentar la productividad)¹⁵.

Si comparamos el proceso de origen y consolidación del inquilinaje, con lo ocurrido en Inglaterra en relación con la introducción del arrendamiento de tierras y la aparición de la renta en dinero, podemos pensar que en Chile se ha producido una "involución". De la renta en dinero se llega a la consolidación de la prestación de trabajo que coloca al trabajador en una situación parecida a la del siervo feudal.

Esta forma contradictoria con la del desarrollo del capitalismo, está necesariamente articulada con el poder que adquiere la oligarquía terrateniente y el sistema coercitivo impuesto por España.

La producción minera aumenta considerablemente en los últimos veinte años del siglo XVIII, en su asiento principal, la región de La Serena. Durante el siglo anterior, existió una penuria constante de fuerza de trabajo que se trató de suplir con mano de obra, negra o yanacona. En este período se instauran nuevos mecanismos para atraer a los trabajadores, principalmente a los mestizos. En los documentos del siglo XVII, este sistema se denomina "préstamo de avíos mineros", que consistía en el trabajo, ciertos días de la semana, en la mina principal del propietario, de un peón libre que dedica el resto de su tiempo a una explotación por cuenta propia; esta garantía estaba acompañada de un salario mensual. Estos "salariados" coexisten con esclavos negros e indios asentados, recibiendo estos últimos un salario anual. Estos mecanismos originan un mercado de trabajo, que en un lapso corto será limitado por una jurisprudencia coercitiva.

Las Ordenanzas de Minas de Nueva España son promulgadas en 1787 y desarrollan una legislación tendiente a proteger y fomentar las explotaciones mineras y una serie de medidas para obligar a los trabajadores a permanecer en las explotaciones y cumplir sus obligaciones de trabajo. El Real Tribunal de Minería en Chile ordena que los asalariados para salir del distrito minero, sean autorizados por el propietario a través de una "boletera", especie de pasaporte. La mayoría de los peones son retenidos por deudas que han adquirido en las pulperías de las minas. De este modo, la legislación y la costumbre obran para la estabilización del trabajador en la explotación.

Este nuevo tipo de relaciones sociales perduran, ampliándose en el transcurso del siglo XIX. En lo que respecta a las medidas coercitivas contra el trabajador, el mismo tipo de jurisprudencia se instaura en Inglaterra en la fase de la sumisión formal del trabajo al capital (leyes

¹⁵ Mario Góngora, *Orígenes de los inquilinos en Chile colonial*, Editorial Universitaria, Santiago, 1960.

de 1530, 1547, 1572). Creemos necesario diferenciar este tipo de coerción de las condiciones generales de obligatoriedad que impone el sistema de extracción de la renta de la tierra que somete a un trabajador directo, que usufructuario de una parte del medio de producción. En este caso, la coerción actúa sobre el trabajador libre y su trabajo medido en tiempo. Vemos en esta diferenciación las tendencias evolutivas de este tipo de relación social en el mismo sector minero, y luego en la manufactura¹⁶.

Entre 1750 y 1800, el estudio de los archivos notariales de Santiago y Valparaíso permite percibir el tipo de operaciones crediticias realizadas. Sus formas son dos: "Obligaciones de pago" o préstamo de dinero y los "censos" o créditos hipotecarios; los primeros son otorgados principalmente por los comerciantes dedicados al tráfico internacional, y los segundos son del dominio de las órdenes religiosas. Los documentos demuestran que el destino de los préstamos es el consumo; en especial, los contratos de "censos" tienen explicitado este objetivo.

La inversión crediticia en otras esferas se reduce a la formación de compañías de carácter comercial dedicadas al comercio del trigo de una duración que fluctúa entre seis meses y un año. En todo el período sólo se establece un contrato de "avío minero". Este tipo de operaciones crediticias son usurarias, las tasas de interés se mantienen entre el 5 y el 8 por ciento mensual, y para los prestamistas no constituyen una fuente de acumulación y reproducción del capital¹⁷.

El análisis de estos fenómenos históricos, tanto al nivel de las relaciones sociales de producción más extendidas, como de las formas de circulación, demuestra que hacia 1810 el modo de producción dominante en Chile no lo constituía el capitalismo. Por el contrario, el método comparativo permite demostrar un proceso involutivo, en lo que respecta a las relaciones sociales dominantes. En este período, las relaciones que se originan en torno a las explotaciones mineras sólo pueden ser consideradas como un elemento potencial de cambio que, aisladamente, sin relaciones con otros fenómenos históricos, puede ser reversible. Por otra parte, consideramos que a fines de este período estas relaciones sociales no tienen un papel rector en la reproducción de la sociedad. Esta hipótesis debe ser completada a través de una investigación sobre el comportamiento del conjunto de la sociedad civil, sus representaciones políticas e ideológicas, así como de un análisis sobre el carácter histórico de la Revolución de la Independencia.

Elementos críticos para la delimitación y estudio en Chile de la fase de sumisión formal del trabajo al capital

Los resultados de la historiografía permiten afirmar que a fines del siglo XIX se ha realizado ya la fase de sumisión del trabajo al capital.

¹⁶ Marcelo Carmagnani, *El salariado minero en Chile colonial. Su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico. 1690-1800*, Santiago, 1963.

¹⁷ E. Horvitz, op. cit.

Los estudios relativos a la expansión de la economía chilena desde 1860, demuestran que ésta se produce sobre la base del desarrollo del sector minero y el rápido crecimiento del sector industrial, donde se establecen nuevas formas en lo que concierne a las relaciones sociales y a la acumulación del capital.

La bibliografía más abundante sobre esta época histórica concierne al sector minero, que aparece como el más dinámico de la economía. Estos estudios posibilitan trazar un cuadro general referente a las condiciones del proceso de producción, las relaciones sociales que se han creado y las formas de acumulación de la plusvalía.

Habitualmente las causas de este desarrollo han sido atribuidas a la vocación exportadora de la economía chilena, que goza de condiciones excepcionales en este período, por el control que ejerce el país sobre el comercio internacional del océano Pacífico. Sin embargo, el sector agropecuario, protegido por la política estatal, no logra expandirse con igual celeridad.

Por tanto, es necesario comprender en la dinámica interna de este sector su capacidad de acumulación y dominio. Al respecto, suscitadamente anotamos los elementos que nos parecen esenciales: la propiedad minera desde el siglo anterior tiene una gran movilidad y está dividida entre numerosos empresarios individuales. Las relaciones sociales capitalistas no han cesado en su expansión, a pesar de los métodos represivos utilizados para estabilizar la fuerza de trabajo. El proceso de trabajo se organiza sobre un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que alcanza el sistema de la cooperación simple. La jornada de trabajo fluctúa entre nueve y trece horas. La masa principal de la inversión de capital la constituye el capital variable (el gasto promedio en salarios con respecto al total de la inversión para la región de Antofagasta, correspondía en 1830 al 67 por ciento y en 1890 al 47 por ciento). El análisis del conjunto de estos elementos permite concluir que la acumulación del capital en el sector minero se realizaba sobre la obtención de la plusvalía absoluta¹⁸.

Si los estudios hasta ahora realizados dan cuenta de las formas que abren paso a la sumisión formal del trabajo al capital, la investigación de las condiciones históricas que permiten su existencia es insuficiente.

En Chile, al contrario de los ejemplos clásicos de transición al capitalismo, no se ha constatado una disolución de las relaciones sociales precapitalistas establecidas en torno a la propiedad de la tierra. El estado tampoco juega un papel organizador en la distribución de la fuerza de trabajo, como en el caso de Japón. Estas constataciones plantean nuevos interrogantes: ¿El nacimiento y desarrollo

¹⁸ Obras a consultar: Marcelo Carmagnani, *Les mécanismes économiques dans une société coloniale (1680-1830)*, Ecole Pratique des Hautes Etudes, París, 1973; *Sviluppo industriale e sottosviluppo economico: Il caso cileno (1860-1920)*, Turín, 1971. Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, Editorial Universitaria, Santiago, 1972; *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, Siglo XIX*, Editora Austral, Santiago, 1956. Sergio Villalobos, *La economía de un desierto. Tarapacá durante la Colonia*, Editorial Universitaria, Santiago, 1977. P. Vayssiere, *Un siècle de capitalisme minier au Chili, 1830-1930*, C.N.R.S., París, 1980.

de las nuevas formas de relación social se produce sólo por un deterioro de las condiciones de vida en el campo, dado el aumento de la población y la permanencia de las estructuras de propiedad de la tierra y de las fuerzas productivas empleadas? ¿Se combina esta situación con la ampliación del mercado interno? ¿La lógica de reproducción de la estructura económico-social en esta fase, donde se combina el desarrollo de los distintos sectores productivos bajo relaciones sociales diferentes, favoreció la permanencia de ramas de bajo nivel de las fuerzas productivas dentro de los sectores más dinámicos de la acumulación capitalista?

El análisis de la sociedad civil de aquella época demuestra que un sector mayoritario de la burguesía capitalista tendió a vincularse directamente —a través de la inversión en propiedades agrícolas— o indirectamente, a la oligarquía terrateniente. Fenómeno que es contradictorio con el comportamiento de la burguesía productora en el caso de las revoluciones burguesas clásicas. ¿Favorece este comportamiento el establecimiento del estado de compromiso que se funda a fines de los años veinte de este siglo? ¿Fue esta relación de clases uno de los elementos más decisivos en la articulación de la formación económico-social chilena al imperialismo?

El conjunto de estos interrogantes plantea la necesidad de realizar un estudio globalizador sobre los cambios producidos en la sociedad chilena de fines del siglo XIX, que ha entrado en la fase de la sumisión formal del trabajo al capital. Para estos efectos es necesario avanzar en dos aspectos primordiales: la investigación de las condiciones históricas del surgimiento de cada una de las formas nuevas y de los mecanismos que permiten que ellas avancen hacia la consolidación del dominio del M.P.C.

Conclusiones

1. Para un desarrollo cualitativo de los estudios históricos, surge la necesidad de implementar ciertas exigencias en la reflexión teórica y científica: a) En el plano de la elaboración teórica, se plantea el desafío de refundar las hipótesis de trabajo heredadas de la historiografía tradicional. b) Impulsar la investigación concreta, para evitar, como lo advierte Marx, la fabricación de esquemas "suprahistóricos" nacidos de la apariencia o de los avatares de la práctica política.

2. Para el estudio de la transición al capitalismo, problemática que incide directamente en la reflexión teórico-científica, y en la práctica política, postulamos que la elaboración del objeto teórico a través de la categoría de formación económico-social y del uso del método comparativo posibilitan descubrir la lógica de reproducción de la sociedad. En este sentido, el objetivo de la investigación será dar

cuenta de los mecanismos globales de combinación de los fenómenos históricos en las épocas de cambio, más que del análisis de la forma de aparición o de valor potencial de cada uno de ellos.

3. Pensamos que la teoría científica formulada por Marx puede contribuir a responder a estos desafíos. Ello, en la medida que su aporte teórico lo entendamos como un camino abierto al enriquecimiento y al cambio en los niveles teórico, científico y de la práctica política.

EN EL CENTENARIO DE CARLOS MARX

Con la charla "Marxismo y familia", donde destacó la puesta en práctica de esa ideología desde su inicio a la fecha, que socava el principio fundamental de la sociedad como es la familia, el director de Organizaciones Civiles de la Secretaría General de Gobierno, teniente coronel Carlos Krumm, inauguró un seminario regional de la Secretaría Nacional de la Mujer en el Casino Municipal de Viña del Mar.

(Diario **La Segunda**, 30-VII-83.)



Foto PATRICIO ESTAY

La cultura en Chile: las ventajas de la mala fe (1973-1983)

ALFONSO CALDERON

“Para atravesar un ancho río se había amontonado en una barcaza una cantidad de personas. Demasiado pesada, la barcaza varó. Hubo que proceder al desembarco de algunos pasajeros. No se sabía a quiénes elegir. Se hizo primeramente volver a tierra a un rico comerciante, a un abogado sin escrúpulos, a un financiero dudoso, a la encargada de una casa de tolerancia. El esquite continuaba preso en el limo. Bajaron de él, entonces, al director de un garito, a un traficante de esclavos y hasta a algunas personas honestas. La embarcación seguía sin moverse, pero se aligeraba, y he aquí que cuando se hizo desembarcar a un misionero, flaco como un clavo, aquélla volvió a ponerse a flote. Los indígenas, entonces, exclamaron: ‘¡Es él! ¡El Padre de la Pesadez! ¡Justicia con él!’.

—¿Hicieron subir nuevamente a los otros en la barca?

—El apólogo no lo dice.

—Entonces es absurdo. ¿Para qué sirve una barca si nadie puede permanecer en ella?

—Queda esto: que debemos volver a ponernos a flote.”

André Gide, *Reportajes imaginarios* y un apólogo apócrifo del Congo (1944).

Introducción

¿Los extremos se tocan? ¿Se juntan las paralelas en algún lugar remoto del espacio? Posiblemente. Ilústrase perfectamente tal posibilidad al leer un párrafo del texto definitivo de "Política Cultural del Gobierno de Chile". Dice: "La actividad cultural, por tanto, es coetánea y complementaria a toda política de desarrollo social que considere al hombre como sujeto del proceso político-histórico de un país y debe estar insertada en los programas sociales gubernativos en el rango de prioridad que merece la importante finalidad que le corresponde cumplir". Y, frente a ella, tan simple, protectora, nada azarosa, un joven escritor chileno, Antonio Ostornol (autor de *Los recodos del silencio*, 1982, y *El obsesivo mundo de Benjamín*, 1982), expone: "Vivimos un síndrome de poder, una situación tan manejada, maniquea, como marionetas. Invitados a un festín sólo como espectadores. Una represión más allá de los signos evidentes, mucho más difusa y efectiva: la inhabilidad para hablar y pensar, la idiotización a que estamos sometidos", y concluye: "Los chilenos no somos violentos, más bien equilibristas".

¿Se ha quedado atrás la cultura en Chile, por la pérdida de la libertad y el voluntarismo, por parte del Poder, enajena (o más bien aliena) ésta a la juventud, procurándole un supuesto resguardo de la "enfermedad" política? ¿Qué ocurre con el chileno "real"? ¿Ha dejado de pensar? ¿Toda pregunta por el ser es sólo un perjudicial pensar retórico? ¿Qué haremos mañana? ¿Nuremberg o Versalles? Veamos.

Acerca de la Universidad

No se puede meditar sobre el estado de la cultura en Chile si uno no se pregunta qué pasa con la Universidad. Necesitando ella poseer siempre un "fuero propio y originales franquías"¹, sin los cuales no puede ser lo que debiera, sino un prodigioso malentendido, basa su sentido en el poder social, en la garantía de su irradiación científica, en la transmisión del saber y en el prestigio que le otorga su independencia de intereses subalternos. Hoy, qué duda cabe, sólo tienen un nivel equivalente al de modernos Protectorados de Bohemia y Moravia, con movibles *gauleiter* o "empresarios de demoliciones", muy bien apoyados por supuestos filósofos, licenciados o doctores a quienes pareció referirse Sarmiento cuando expresara que "era imposible saber más y entender menos". La Universidad se sitúa actualmente en lo que Roberto Munizaga denominó "la constante de Babel", lo cual se expresa en una "desorganización entusiasta, minuciosa y satisfecha"².

¹ Ortega y Gasset, José, "En el centenario de una Universidad" (1932).

² "A Manuel San Martín Price", en *Occidente*, n.º 298, septiembre-octubre de 1982, páginas 2 y ss.

● Toda educación debe practicarse en un hacer centrífugo y centrípeto, con vistas "a un proyecto de ser humano y de comunidad". Instalarse fuera de la realidad histórica es resucitar exterioridades, poniéndose en mora con el destino nacional³. No nos llamemos a soñar con una Edad de Oro, pero sí reclamemos el derecho a la dignidad de la Educación. Lamentemos la pérdida de la duda compartida, de la reflexión iluminada por las contradicciones, del ejercicio de la *doxa* y del libre juego de la disensión. Añoremos legítimamente aquellos tiempos en los cuales "con igual seriedad y respeto", se estudiaba a Marx y a Santo Tomás, "como corresponde a la esencia misma de una Universidad, como aún hoy se practica en Oxford o en Harvard, como debe ser en una nación genuinamente civilizada"⁴. Nadie que se respete puede aceptar el desplacer de la autoridad ilegítima ni las indignidades de los claustros, como aquel de la Universidad de Cervera, que adulaba a Fernando VII con palabras elocuentes: "Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir"⁵. Si la Universidad es vigilada por el Poder y se la hace objeto de una permanente intimidación; si no existe el libre derecho a pensar; si un maestro se amerita en la obediencia; si a la sospecha se agrega la delación; si a los riesgos espirituales suceden los físicos, esa "Universidad" no es ya un espacio del saber, un ámbito de la cultura, sino un nombre penoso.

Ahora bien, la idea de la Universidad como "proveedora del mercado" es francamente indigna. La ciencia —anotaba Schelling— deja de serlo "tan pronto como se la degrada a ser sólo medio y no se la fomenta por la ciencia misma, si se rechazan, por ejemplo, las ideas por no ser de utilidad para la vida ordinaria, ni de aplicación práctica, ni de uso en la experiencia". Valentín Letelier dijo —en un momento de la historia de Chile en la que aspirábamos a ser país y no paisaje— que la enseñanza universitaria tiene una real validez "cuando se interesa en las grandes preocupaciones que agitan el espíritu público", es decir, cuando actúa en consonancia con el sentido de su tiempo. La verdadera Universidad busca el destino de un país y conviene en ponerlo a salvo de la crisis moral, eligiendo la Razón en lugar de la Fuerza, pese a la prédica ambigua y propia de milites de nuestro escudo nacional.

Con sorda ira, Ernesto Sábato ha expresado en propiedad lo que la Universidad debe ser: un lugar "en el que los maestros y los discípulos, humilde pero tenazmente, luchan por acrecentar esa cultura que nace de la libertad y engendra más libertad. Un lugar en que, con sentido crítico pero con reverencia, pueda aprenderse y enseñarse el pensamiento de los filósofos más opuestos: racionalistas, irracionales, liberales y conservadores, ateos y creyentes, partidarios del socialismo y defensores del capitalismo. Si ese postulado esencial no

³ Melfi, Domingo, "Cartas al Rector de la Universidad" (I), en *La Nación*, 29 de octubre de 1933.

⁴ Sábato, Ernesto, *Apologías y rechazos*, Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1980, página 122.

⁵ Citado por Antonio Tovar.

se cumple, esa institución podrá ser cualquier cosa, pero jamás será lo que honrada y exactamente puede y debe llamarse Universidad”⁶.

Quietismo, restricción, ensimismamiento obligatorio, autocratismo en la Universidad son formas visibles de una voluntad de no-hacer y de no-ser. No cuidarse de situar la Universidad en la vida misma, en contacto con las raíces de un país en goce de sus libertades, es anularla, convertirla en milicia (y no la espiritual que reclamaba un hombre de religión). No menos riesgoso es aceptar explicaciones de índole médica o más bien patógena, muy propias del lenguaje social del fascismo, para justificar intervenciones. Términos como “epidemias”, “cáncer” o “gangrena”, con los que se alude al pensamiento social posterior a la Revolución Francesa, es la última, *last but not least, ratio*.

Cultura y Democracia

El verdadero *habitat* de la cultura es el régimen democrático. La democracia, en un humanismo socialista, admite la reflexión libre y huye de la consolidación de todo dogma o consigna. “El monopolio de las explicaciones es siempre la fuente de los máximos errores, sobre todo cuando aquéllas son simplistas”, indica el etólogo Konrad Lorenz. Cultura y ciencia, arte y vida son, todos a una, constantes transgresiones, búsqueda apasionante de respuestas.

El modelo autoritario, en cambio, se caracteriza por emitir discursos opresivos, destinados a enmascarar la opacidad de las relaciones sociales, y atribuye a quienes se le oponen la propiedad indisimulada del error. Max Horkheimer ha trazado un esquema del tipo autoritario que vale la pena recordar. Por de pronto, se trata de alguien que desprecia a las instituciones democráticas, oponiéndose violentamente a todo tipo de autocritica. No investiga jamás sus propios móviles, sino que atribuye siempre a otras personas o a circunstancias externas, físicas o naturales, la culpa de sufrir una desventura; piensa en forma de estereotipos; acentúa constantemente lo ‘positivo’ y rechaza como ‘destructivas’ las actitudes críticas. Cree en concepciones delirantes, por ejemplo en ‘conjuras internacionales’; profesa el optimismo oficial y toma el pesimismo, que confunde con la negación, por ‘decadente’⁷.

Caracteriza al régimen democrático una voluntad explícita de no aspirar al “dominio total”, porque —como lo registrara un hombre tan conservador y monárquico como el difunto T. S. Eliot— el dominio total significa “que alguien tiene en sus manos asuntos respecto de los cuales es enteramente incompetente”⁸. Lo oficial es el troquel donde se amoneda la voluntad autoritaria. Conviene tener presente, como ilustración de un voluntarismo inquietante, lo que una vez

⁶ Sábato, Ernesto, *op. cit.*, p. 152.

⁷ “Autoridad y familia en la época actual”. En *Sobre el concepto del hombre y otros ensayos*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1970, pp. 24 y ss.

⁸ *Notas para la definición de la cultura*, Editorial Emecé, Buenos Aires, 1952.

mencionara el ministro de Justicia de Adolph Hitler: "Antes teníamos el hábito de decir qué es esto: ¿justo o injusto? Hoy la pregunta tiene que formularse de otra manera: ¿qué es lo que diría nuestro Führer?".

La prensa suele defender una abstracción rigorista que llama "el bien común", cuyo sistema de alarmas aparece manejado por un Sistema. Sabemos que "cada uno está desde el principio encerrado en un sistema de relaciones e instituciones que forman un instrumento hipersensible de control social. Quien no desee arruinarse debe ingeniárselas para no resultar demasiado ligero en la balanza de tal sistema. De otro modo pierde terreno en la vida y termina por hundirse. El hecho de que en toda carrera, pero especialmente en las profesiones liberales, los conocimientos del ramo se hallen por lo general relacionados con una actitud conformista, puede suscitar la ilusión de que ello es resultado de los conocimientos específicos. En realidad, parte de la planificación irracional de esta sociedad consiste en reproducir, bien o mal, sólo la vida de sus fieles", se ha escrito⁹.

Existe, de partida, una contradicción entre hombres de ciencia, artistas, pensadores y las expresiones autoritarias del Poder. Ni la ciencia ni el arte viven de y en la opresión. Ambas tienen por principio "poner en tela de juicio lo que se ha adquirido". Einstein y Baudelaire, Tolstoi y Freud, Jean Rostand y Kafka, Bretón y Konrad Lorenz, Henry Moore y Marx, Stravinski y Le Corbusier torpedearon lo adquirido. Ni la una ni el otro pueden aceptar "suplementos de alma" destinados a "volver tolerables la segregación y las injusticias actuales", para emplear los felices términos de François Mitterrand¹⁰.

En la línea de un verdadero humanismo socialista, hay que procurar convencer a los jóvenes acerca de la necesidad de resguardar la Razón, de la cual escapaban los "endemoniados" de Dostoievski, o el héroe Sashka Zhegulov, de Leónidas Andréiev, que tanto influyera en la noción de deber político en algunos anarquistas de 1920, en Chile, cuyo pensamiento puede hallarse en los artículos de la revista *Claridad*, y en ciertos supuestos de acción de los congregados en torno a la Federación de Estudiantes. El riesgo del infortunio de la *libido dominandi* llevó —hace años— a Mariano Picón Salas a temer que la pasión revolucionaria de muchos escondiese "algo ajeno a la idea misma de Revolución, como el muy terrestre apetito y estrategia de poder"¹¹.

Ni el silencio ni la complicidad ni el deber vergonzoso de aceptar sin discusión tienen cabida en el mundo del humanismo socialista. El artista, que no es ni un "bien nacional", para uso de bienpensantes, ni un "parásito sublime", deberá huir de la noción de burocratismo o del carácter de funcionario de la intelección. Hay que poner los pies en tierra para ver cómo eludir la acción de hidra de un bizantinismo abominable que acecha al artista. Hay que saber que en esta Copia Feliz continuarán, por mucho tiempo, como lo advirtiera Joaquín

⁹ Horkheimer, Max, y Adorno, Theodor R., en *Dialéctica del iluminismo*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1969, p. 194.

¹⁰ *L'Unité*, 10 al 16 de mayo de 1974.

¹¹ "Regreso de tres mundos" (1959).

Edwards Bello hace cincuenta años, los hechos de la "selva inextricable de las panaceas administrativas", la confianza en abstracto en la validez moral de la Constitución, cuando conviene llamarse al recuerdo de que "el civilismo, el militarismo, el socialismo, todo acaba en Canibalismo"¹².

Fue teniendo en cuenta eso, que Edwards Bello pudo encarar el riesgo que significaba entregar a la clase media la transformación del país, siguiendo una línea democrática. "He tenido ocasión —escribió— de tratar algunas veces a personas y corporaciones de clase media, y me ha llamado la atención su falta de audacia y lealtad, lo vacilante de sus espíritus. Mucho temo, por estas razones, que de uno y otro fracaso reiterado de clase media salga una fatiga general, y en ella se incube un movimiento reaccionario de la clase llamada *futrería*, y que, cuando llega el caso, es la más resuelta, audaz y disciplinada en principios de casta. Sería una dictadura terrible y larga... y entonces ellos, llámense como se quieran llamar, harán justicia drástica y, en fin, tomarán todas esas medidas que las izquierdas no fueron capaces de tomar, por humanidad, por miedo, por desorden, por incongruencia u otros defectos" (1933).

Si bien el hombre de letras se mueve ahora en la orfandad, no ha tenido una fortuna envidiable en el desarrollo nacional. Hacia 1860, Manuel Blanco Cuartín explicaba amargamente las dificultades del escritor chileno y las condiciones reales, en una sociedad que parecía encontrarse en un alto nivel, a partir del doctrinarismo de don Andrés Bello y la acción polémica de los hombres de 1842. Imaginativos como Bilbao, Vicuña Mackena o Jotabeche socavaban la seriedad clásica del chileno (no hay que olvidar, eso sí, que Wells, el autor de *La Isla del Doctor Moreau* y de *La Guerra de los Mundos*, dijo que en la Inglaterra victoriana cuando querían llamar a alguien "estúpido" lo describían como "imaginativo"). Y en ese mundo sólido y abierto, al parecer, ocurría lo que Blanco Cuartín pinta con dolor: "¿Cómo se acoge un libro entre nosotros? ¿Cómo se recibe a un autor que rompe nuestra indolente modorra con una publicación cualquiera; al que nos regala con el provecho de sus estudios, enalteciendo la postración literaria en que nos hallamos? Con la indiferencia, con la mofa, con el desprecio de que se atreverían, por supuesto, a hacer alarde, por nosotros mismos, la patria de Guizot y de Lamartine; y como si publicar un pensamiento fuese un acto de avilantez, que la sociedad debe castigar como ofendida y con todo el rigor que le dan sus fuerzas en el insensato que la provoca. Amunátegui, Barros, Matta, etc., dan a luz un libro que les ha costado improbos trabajos, tenaces vigiliass; pues bien, antes de leerlo, de ver sus tapas siquiera, desde el pillastre del café hasta la más encumbrada reputación del foro, hasta el más empinado personaje de nuestra aristocracia metálica exclamarán a una: ¿Qué vendrá a decirnos éste que no sepamos? Muy pobre debe estar cuando publica libros..."

En noviembre de 1933, muy dolorosamente escribía Domingo Melfi (*Marco*), tras los sucesos y sevicias de la dictadura de Ibáñez, de

¹² "Civilismo" (1933).

la fantasmagoría civilista de Montero (un presidente digno para el gobierno de Suiza, pero no para Chile, según Edwards Bello), del engañoso fraude social, mixtura política de aventureros y de militares acéfalos, de Carlos Dávila: "Hoy se cree que la evolución ha dado un gran paso en beneficio de la condición de los que escriben. Espejismo engañoso... Hay más automóviles, más librerías, más progreso mecánico. El estado espiritual es más o menos el mismo de los tiempos de Blanco Cuartín. La obra de valorización colectiva de los que escriben deberá ser obra de los propios escritores. Para eso es preciso golpear incansablemente el medio, con la sugestión de las ideas y con la valentía que el caso requiere"¹³.

Hoy, la cultura en Chile es un fruto que surge en la era de la sospecha, de la censura, del menosprecio, de la beatería nacionalista, de intervención universitaria, de ambigüedad jurídica, de falacias institucionales. El libro se halla confiado, con fuerte carga impositiva, "a los solos mecanismos de la filantropía y el mercado"¹⁴. En 1802, el editor alemán Göschen llamó al libro "nobilísima mercadería". En Chile, el Estado opera por delegación con aquello que le compete: la preservación del patrimonio cultural del país y su acrecentamiento. Sin duda, entre sus razones prescindentes, o como parte de su renuncia, hay que considerar la peligrosidad de la página. "La verdadera bomba es el libro", dijo una vez el pacífico Stéphane Mallarmé a sus sólidos y activos amigos anarquistas.

Con el ánimo indisimuladamente profético de estos tiempos, se insiste en el fin de la era de Gutenberg. Con ello se insinúa que es la hora de preparar las exequias del libro, dando paso a la denominada "civilización del *gadget*" y a las marejadas de la televisión, pasando por alto el diagnóstico de Roland Barthes: "si fuese posible un análisis científico de la estupidez, toda la televisión se desmoronaría"¹⁵. Lo cual no invalida el poder real de este medio ni sus posibilidades, si fuese manejada por las personas apropiadas y con criterios de buen gusto, conocimiento y libertad.

Si aceptamos las tres razones permanentes que diera T. S. Eliot para entender el sentido de la lectura: la adquisición del saber, el placer del arte y el goce de la diversión¹⁶, la nueva imagen del lector como especie en extinción debería ser revisada a la luz de la verdad y de la libertad. Sin el libro, nos son negadas las tradiciones y el futuro se esfuma, corriendo el riesgo de mirarnos embobados en el espejo que nos proyecta hacia el mundo del superdetergente, del sandwich artificial y casi predigerido, de la euforia consumista y de las glorias irrelevantes del *marketing*.

No existe en Chile, hoy, una política cultural. No podría existir en un mundo sin libertad. Hay que convertir la cultura en actos. En 1974, el ministro de Educación y Cultura de Suecia, Zachrisson, explicó: "una política cultural que no tiende a liberar los recursos potenciales

¹³ "Notas literarias de los jueves", en *La Nación*, Santiago, 2 de noviembre de 1933.

¹⁴ Rigaud, Jacques, *La cultura para vivir*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1977.

¹⁵ Roland Barthes por Roland Barthes, Editorial Monte Avila, Caracas, 1978, p. 57.

¹⁶ *Notas para la definición de la cultura*.

de las categorías de la sociedad hasta ahora abandonados no es digna de ese nombre. La igualdad debe ser un objetivo permanente de la política cultural. Como es el caso para las políticas económicas y sociales. Existe una pauperización cultural que hace que la sociedad enfoque las posibilidades de acción y de compromiso del ser humano o que no haga nada por sostenerlas. Tal situación es contraria al principio mismo de la democracia”.

Sin un examen crítico de la sociedad, sin un análisis de la condición humana (que es hoy inhumana) en Chile, no existen sino las respuestas de una autoridad acrítica al desafío de los hombres interesados en la cultura. Sabemos que la finalidad de ésta es la de contribuir a “enriquecer la vida y a hacerla más equitativa”, como alguien expresara con alegría y discreción.

Los jóvenes artistas chilenos se refugian en pequeños grupos, en corrientes desoficializadas de la Universidad, en torno a revistas de reducida circulación, en teatros de cámara o callejeros, en relampagueantes funciones clandestinas, en una línea de acción romántica y carbonaria. Los intentos de lobotomización del país han dado espléndidos resultados y han repercutido, indiscutiblemente, en la formación del artista.

La censura opera indisimuladamente. So pretexto de proteger habitantes (y entre ellos a los más jóvenes) de los enviones de la pornografía y de los absurdos de la teoría política, nos degrada. La base de ella no viene de discusiones intensas, sino de oficios o decretos que emanan de personas incompetentes que ejercen el vergonzante cargo de censores. Milton escribió su *Aereopagitica*, en defensa de la libertad de expresión. Un hombre de armas, Napoleón Bonaparte, escribió a Fouché, en 1805: “No quiero que haya censura, porque todo librero responde de la obra que edita y vende, porque no quiero, en fin, que un empleado tiranice el espíritu y mutile el genio”.

Con los artilugios y esa invencible hipnosis del Poder, que tristara a Berdiaev; en medio del ultraje diario y de la compulsión, mientras aguardamos que se nos perdonen nuestras deudas surgidas del consumo (y consumir es consumirse, como creyera alguien), dejemos constancia de nuestras dudas, pensemos en la culpabilidad del autocratismo y en nuestras propias culpas. Busquemos nuevamente la riqueza del entorno y la grandeza del diálogo. Recuperemos un tiempo en el cual era posible agradecer miserias, aspirar a ser vanguardistas, escribir, componer, pintar, leer, sentir insatisfacción y buscar la puerta en el muro, vociferando de afanes de logrereros o gritando contra los perros guardianes del Sistema, citando desconsideradamente a Garaudy o a Sartre, a Gramsci o a Althusser. Digamos, como Fontenelle, a los 99 años, preguntado por su médico acerca de si tenía molestias: “Ninguna, ninguna, sólo... una cierta dificultad de ser”. Quizá aquí, en la idea orteguiana del “ser como dificultad”¹⁷, se encuentre una clave del hombre de siempre.

Mañana, el artista habrá de volver a encontrar sus raíces. En una nueva sociedad sin consignismos ni apetitos presupuestívoros, sine-

¹⁷ “Prólogo para alemanes”.

curas o canonjías. Por momentos, se requerirá una voluntad afín a lo adánico. La pureza de las eternas loceras, de los mimbreros, de los pintores ingenuos, de los ceramistas, de los artífices criollos, de las bordadoras nos permitirán asir la raíz de la tradición más pura (ya no veremos esos Julio Iglesias de tamaño natural que decoran las estanterías de Pomaire, dejando de lado las bellísimas gallinas obesas o las ranas exultantes y negras de Quinchamalí). Con humildad, usando del barro originario o escribiendo en el agua o en el viento, el heroísmo del intelectual le permitirá sobreponerse a este tiempo de la infamia. Sólo en una comunidad de hombres libres, no alienados por la regulación del sonido del silbato ni sometidos a dogmatismos, la cultura encontrará su lugar natural, su voluntad de ser, siendo tan simplemente, como quería Ortega, "el resultado de humildes cualidades del hombre". Es el sitio de la espera y de la Esperanza.

EL HURACAN "CHICAGO"

"Yo dije el otro día, en una reunión de nacionalistas, que se había producido la incongruencia de que habíamos sido duros hasta el enfrentamiento militar, la persecución y el destierro con la Unidad Popular y los daños que había producido en tres años. Y, sin embargo, estábamos inactivos frente al daño que en siete años habían producido los Chicago Boys. Daños enormemente mayores por la extensión en el tiempo y la profundidad."

(Federico Willoughby, ex-Secretario de Prensa de la Junta Militar, en revista APSI N.º 128, 18-X-83.)

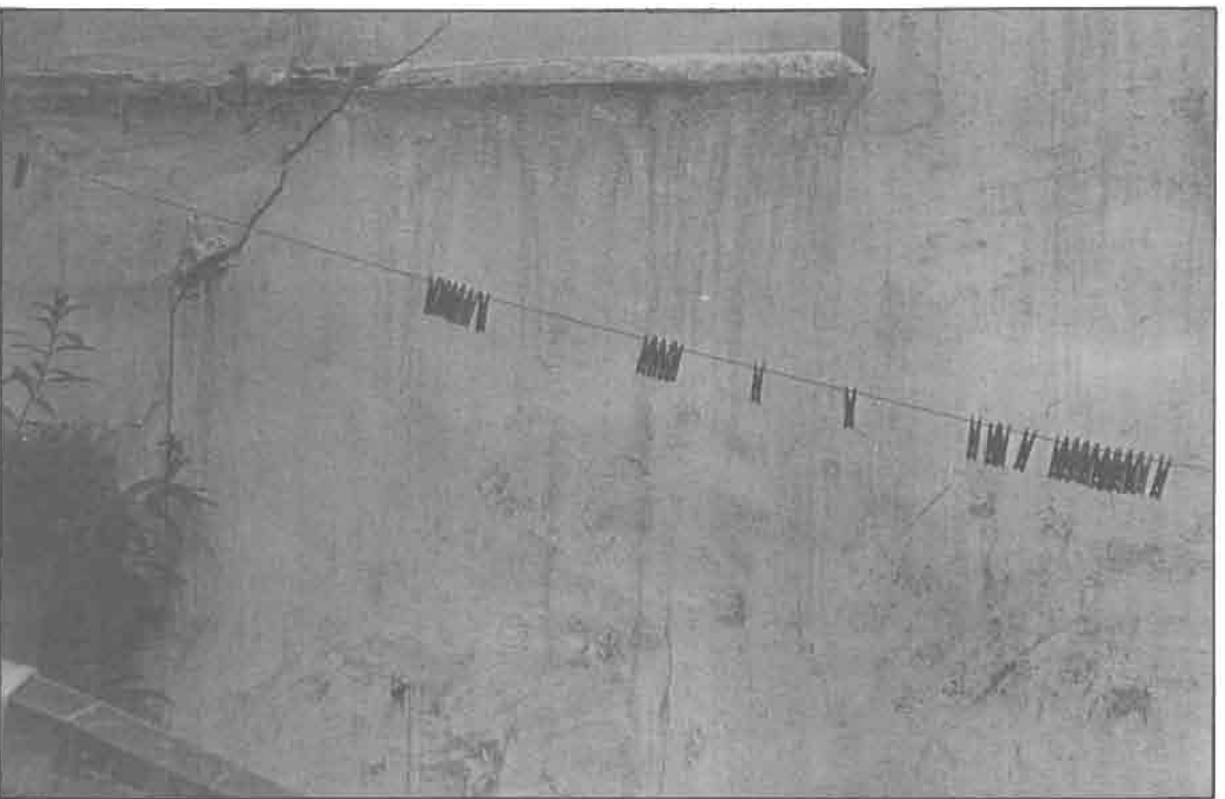


Foto LUIS PUELLER

Memoria dispersa de un ejercicio radial

SERGIO VILLEGAS

Han sido 10 años de trabajo arduo, en una emisora que transmite hacia 14 zonas del mundo, entre ellas América Latina, con un programa especial para Chile a partir del golpe de Estado y otro para Uruguay, poco después, con actividades que se desarrollan junto a un anchuroso río, flanqueado por una vegetación casi tropical en verano y surcado, en esa época del año, por las felices y repletas naves turísticas de la "Flota Blanca", hacia las cuales va de vez en cuando una mirada de reojo, un pensamiento distraído, desde esta ciudadela radial de tres o cuatro mil funcionarios en que la tensión de las noticias y la maquineta exacta de los horarios no dejan el ánimo muy dispuesto para las contemplaciones.

Desde aquí, por espacio de una década, aproximadamente, han estado saliendo descargas nocturnas diarias, de contundencia variable, en dirección al régimen de Pinochet. Es difícil que estas antenas hubiesen podido alzarse en un lugar más propicio y más rodeado de signos premonitorios, porque ésta es la tierra que vio el esplendor, la decadencia (ya en plena conflagración) y la ruina violenta del primer Estado fascista del mundo.

Los periodistas chilenos que iniciaron este programa llegaron en las primeras avalanchas de refugiados, con la impresión inmediata y brutal de los acontecimientos. Como Valdivieso (llamémoslo así), que se pasó tres semanas en un entretecho, en Santiago, esperando a un enlace que no llegaría nunca, porque estaba en un subterráneo de la FACH tratando de contestar las preguntas que le hacían interrogadores bastante descomedidos. Algunos, andando el tiempo, se mar-

charon a América Latina, colocándose en posición de retorno, siempre con la esperanza de que un hecho sorpresivo, una noticia abrupta, la noticia, un telefonazo urgente a medianoche, un titular de primera página en la mañana, les indicara que las puertas de la patria se abrían de par en par.

Algunos llegaron directamente aquí, gracias a una embajada que, aunque las relaciones se cortaron con el golpe, hizo tanto como varias embajadas juntas por los que necesitaban asilo o creían necesitarlo desesperadamente. Otros pasaron por los ásperos campos de refugiados de El Chaco, de Misiones, en el norte argentino, o conocieron con sus familias otros asilos intermedios, después de permanecer uno o varios meses en el hacinamiento de una embajada, tomando notas, oyendo el rumor de los hechos horrendos que venía de afuera, escribiendo a máquina todo eso por principio, por estoicismo profesional y político, a sabiendas de que escribían para un diario que no se publicaría nunca.

Valdivieso era el decano, junto con María Eugenia, que aparte de locutora excepcional, se reveló como una analista aguda y mordaz de asuntos económicos, inclinación que le venía por influencia familiar directa. Era tan disciplinada que llenaba papeles y papeles con pautas, pautas de trabajo que hasta hoy aparecen en los más impensados cajones, años después que partió a respirar aires vecinos y casi idénticos a los de Chile. Arturo, el joven egresado de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, que se pasó tres años pintando automóviles en una fábrica de Potsdam antes de llegar nuevamente a los micrófonos y la máquina de escribir, traía fresco el recuerdo de su libertad, tras una breve prisión, tal vez por el detalle de que no bien entró a su casa llegaron a buscarlo unos jóvenes de la Población Risopatrón para que fuera a ver el cadáver de Víctor Jara, con quien había estado hasta hacía un par de días en el Estadio Chile. Los torturadores lo habían dejado desnudo, alineado junto a otros cuatro cuerpos a un costado del Cementerio Metropolitano.

Valdivieso venía de la televisión. Escribía unos comentarios que eran una mezcla extraña y más o menos perfecta de humor y virulencia implacable. Sarcasmo, podría llamarse, pero con una chocarrería chilena tan corrosiva que la palabra resulta imperfecta. Tenía más de un odio con la dictadura y a Pinochet —en esos días de persecución delirante— no podía mencionarlo sin decir “el canalla” o “la bestia”, con lo que, nos consta, se ganaba los agradecimientos eternos de incontables oyentes que allá, en la patria, lo reconocían con una sonrisa y se sentían desahogados, vengados por un segundo al menos al oír esas palabras que habrían querido decir ellos mismos a gritos.

Hizo todas las entrevistas y campañas que es dable imaginar, ganó premios por producción impecable y, al fin, se fue a un país latinoamericano buscando no sólo la cercanía de Chile, sino también la posibilidad (más cierta por el idioma) de volver a su pasión auténtica, el periodismo en pantalla, la carrera con el camarógrafo a la caza de un buen tema. Es difícil que lo haya abandonado allí su obsesión tranquila, esporádica, pero inextinguible: cómo recuperar la entrevista que le hizo a Neruda en Isla Negra antes del golpe, esa conver-

sación filmada de común acuerdo para la posteridad, esos rollos que están en un lugar preciso, cómo ir y cavar en cierta parte y encontrar esa película, ese paquete del cual saldría la imagen viva del poeta, su voz, sus gestos, su énfasis para hablar —a pesar de la enfermedad ya tan avanzada— del peligro fascista.

Hernán demoró más en llegar. Después de conocer las durezas de "Villa Grimaldi", uno de los peores centros de tortura, y de Tres Alamos, ya "en tránsito", llegó por el azar del exilio a Estados Unidos, donde estuvo trabajando en la costa del Pacífico en un diario de chicanos, recorriendo, reportando, manejando un enorme Ford modelo 70 algo grande para sus veintiún años recién cumplidos. Cambió el sol y el mar tibio por un clima de largos rigores invernales, porque el deber (su partido) lo llamaba. Se vino con su familia, su guitarra y una absorbente pasión por el análisis político que llenan su vida en cualquier latitud.

Esa milésima de alivio

Empezar la marcha normal del trabajo no se consiguió sin una discusión previa, algo erizada, que se resolvió al final con cordura salomónica, dejando contentos a los que querían hacer del programa una proclama constante y a los que ponían el acento en la tarea informativa. Había que opinar, fustigar, condenar, pero al mismo tiempo informar a los chilenos de lo que pasaba, en un instante en que se veían desprovistos de toda referencia que no fuera el bando militar, la tergiversación o la mentira y los discursos llenos de vacíos e incoherencias pérfidas de Pinochet. No había un lugar en el mundo en que no surgiera la protesta y eso debían saberlo los chilenos. Era necesario decirlo con exactitud, sin adjetivos, porque un pueblo agobiado por la pesadilla de esos días sólo podía reaccionar ante hechos muy concretos, contados en forma fidedigna, de modo que pudieran dar origen a una esperanza real, una luz insignificante tal vez, pero cierta. Se sucedían los mítines, protestaban ministros, presidentes, premios Nobel. Había que introducir estas noticias en Chile, romper el cerco, infiltrar oxígeno, hablar de los comités de solidaridad que se formaban en todas partes, ese punto en que se daban la mano rivales políticos en apariencia inconciliables, como los laboristas y los conservadores ingleses, y en que las luminarias del cine, un Mastroiani, un Gassman, un Lawrence Olivier, que presidía el comité de artistas en Londres, o un Dustin Hoffman, que haría recitales de Neruda para ayudar a la solidaridad con Chile en Nueva York, se unían en la tribuna a los oradores políticos y sindicales, a los juristas, los escritores, los científicos, los estudiantes, los dignatarios eclesiásticos, gente importante y gente sencilla que se congregaba en cualquier sitio, en una modesta sala de reuniones o en un estadio, a exigir el fin de las atrocidades en Chile.

Empezaba a hablarse del Tribunal Russel, que encabezaría Jean Paul Sartre. En las Naciones Unidas había consenso para iniciar una línea de investigación en Chile como no se había hecho con ningún

otro país. Se abrían, asimismo, las sesiones de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar en Chile, cuya primera audiencia, celebrada en febrero de 1974 en lo alto de una colina universitaria en Helsinki, sería el primer paso para una serie de reuniones de este tipo que se harían después en distintas ciudades del mundo.

Del país nos habían hecho llegar una preocupación: los relatos demasiado descarnados de la represión, tan brutal, producían temor, paralogizaban a algunos. Como eso era resbalar hacia el juego de la Junta, y como, por otro lado, no podía dejarse de informar, optamos por darlo todo, pero teniendo cuidado de vincular siempre los terribles testimonios al marco de la denuncia, al lugar, comisión, foro internacional, canal de televisión o diario en que se daban a conocer los hechos. Los chilenos, así, quedaban enterados del horror que se estaba cometiendo a dos pasos de ellos e informados, al mismo tiempo, de que nada de eso se hacía impunemente, que todo salía en detalle a la luz e iba determinando y acrecentando el repudio, refrenando de algún modo los ímpetus de la dictadura y configurando en los hechos algo así como la primera parte del castigo de Pinochet.

Helsinki fue nuestro primer punto de reporte. Había una atmósfera cargada en esos días. La prensa hablaba de pilotos insomnes, fatigados de viajar día y noche con grandes transportes cargados de cadáveres que iban a depositar en la fosa común inescrutable del océano Pacífico. Los testigos, en su mayoría, venían de Chile y sus voces se repartían por el mundo y de un modo u otro llegaban a la patria.

Fue la época en que mucha gente se inició en el ejercicio nocturno de buscar en el dial esos programas que llegaban de lejos con una versión distinta, una versión que permitía vislumbrar, con una milésima de alivio, que más allá de las fronteras la humanidad seguía existiendo, que no todo estaba perdido.

Arrau con María Flora Yáñez y con Luis Alberto

“Helma, ¿estás segura?”. Helma, directora del departamento latinoamericano, que hacía de enviada especial en Atenas mientras se realizaba allí un encuentro mundial de solidaridad con Chile, estaba segura. Por la sencilla razón de que si en una mano sostenía el teléfono a través del cual nos estaba dando noticias, en la otra tenía el cable fechado en Nueva York, prueba incontestable de que el gran pianista adhería públicamente al encuentro, sumándose a la oposición a Pinochet junto a otras dos figuras que firmaban con él: un compositor, Juan Orrego Salas, y un director de orquesta, Juan Pablo Izquierdo.

Fue la primera señal que tuvimos de lo que pensaba Claudio Arrau sobre el régimen militar. Toda una vida de abstención en asuntos políticos, en un músico tan extraordinario y tan consagrado exclusivamente a sus conciertos, al recuerdo cálido y ocasional del rincón chillanejo en que nació, hacía casi milagrosa esa aparición suya en las contingencias de la lucha contra la dictadura. Algunos dijeron

que Arrau no olvidaba tal vez aquellos años de su juventud en que prefirió irse de Alemania, cuando empezaron a sentirse allí los primeros síntomas, los primeros aires envenenados del nazismo.

Después supimos de otras declaraciones suyas en Nueva York. Le dolía a Arrau lo que había pasado con Neruda. Sabía, por gente bien informada, que las cosas que ocurrían sobrepasaban todo lo imaginable. Luego, después de un concierto que dio en Berlín occidental, hizo declaraciones muy precisas e inequívocas, que habrían resultado insólitamente políticas en cualquier pianista, pero que viniendo de Arrau y, sobre todo, después de tocar a Beethoven y otros ídolos alemanes, producían una impresión muy cercana al asombro total.

María Eugenia, por la tendencia melómana y por el súbito interés periodístico que despertaba el pianista, viajó después a Praga a escuchar un concierto suyo y a pedirle algunas declaraciones. Arrau no quería hablar de política. María Eugenia le grabó, en cambio, algunas palabras muy cariñosas sobre Chile y sobre el clima de convivencia que necesitaba el mundo. El pianista hizo un gesto cuando la reportera intentó una alusión discreta, como para entrar en materia, sobre Pinochet. No quería hablar de eso. Estaba contento en Praga y no tenía el menor interés en echar a perder esa mañana llena de sol —y esa Mala Strana bullendo de gente— con un tópico semejante.

Pero en París, donde nuestro corresponsal logró entrevistarle, las cosas fueron distintas. Fue casual, en realidad, que Luis Alberto se encontrara en 1979 en un concierto de Arrau en el Teatro de los Campos Elíseos con la escritora María Flora Yáñez. Ella, una mujer chispeante que parecía hacer ostentación de sus ochenta y tantos años magníficamente llevados, le dijo: "Tienes que entrevistar a Claudio para tus radios. Te puede decir cosas muy importantes".

María Flora Yáñez era descendiente de patriarcas del latifundio y del conservantismo político, aunque con muchos viajes, lecturas y amistades que la acercaron a las líneas de la sensibilidad social de tono cristiano. Era, por su edad, por su prestigio, por su aspecto inerte incluso, una de esas personas que podrían parecer intocables bajo cualquier circunstancia. Había conocido en carne propia, sin embargo, las prisiones de la CNI. La habían detenido una noche en su casa, le habían vendado los ojos y la habían llevado a un "cuartel" donde la sometieron a interrogatorios torpes y compulsivos sobre ella misma, sobre su nieta Carmen Castillo (en cuya casa estaba ahora en París de visita), y la hicieron al final dormir en una misma cama con otro preso, un hombre cortés que se consideró en la obligación de ofrecerle excusas por esa situación que no era, obviamente, culpa suya. La tuvieron todo el día siguiente con los ojos vendados, sin preguntarle nada.

Luis Alberto no había ido al Teatro de los Campos Elíseos a entrevistar a Arrau, sino a escucharlo. Había dejado al reportero en la casa, como suele decir, y había ido sólo con su pasión por la música y su admiración por el artista. Cuando el concierto terminó y empezó a bajar de su elevado parquet, por una escalera que a esa altura no conoce aún las elegancias de la felpa, pensaba que María Flora Yáñez

habría olvidado su promesa de llevarlo donde Arrau. Pero se equivocaba, porque al pie de la escala estaba la escritora esperándolo impaciente, para tomarlo de un brazo y llevarlo a un salón donde se preparaba, sin duda, una celebración especial, con champaña y diligentes mozos de frac que daban los últimos toques a unas mesas bien abastecidas. Era un cumpleaños de Arrau o algo parecido. El pianista la vio, se acercó a ella, la abrazó y le dijo con mucho afecto: "Florita, supe todo lo que pasó".

"Mira, Claudio", dijo la escritora, "te agradezco, pero no quiero que hablemos de mí ahora. Este amigo (Arrau le extendió una mano a Luis Alberto) es periodista de Radio Berlín y Radio Moscú y yo quiero que tú le digas que estás contra la Junta".

"Bueno", respondió Arrau, "yo he dicho que no estoy ni estaré nunca con esa gente. Cómo voy a estar con un gobierno de criminales, pues, Florita".

Luis Alberto, no sin temor de extremar la nota política y producir un cortocircuito, le preguntó a Arrau si podía contar todo eso y lo que dijera a continuación por sus radios, que eran efectivamente la Berlín y la Moscú, a lo que Arrau respondió que por supuesto, que estaba diciendo esas cosas en todas partes y no eran ningún misterio. Podía contarlos donde quisiera, sin quitar palabra, porque ésa era su opinión. Y así lo hizo Luis Alberto, que es un reportero a regañadientes, reacio a salir de su mundo de libros, de música, de charla interminable con los amigos, aunque, por extraña casualidad, siempre está haciendo reportajes excepcionales.

De este trajín periodístico, emergió esa pequeña anécdota de Arrau que cuenta que siendo éste un joven pianista que hacía méritos en Alemania, fue a la Unión Soviética a dar conciertos cuando el socialismo daba allí sus primeros pasos. La guerra y el zarismo habían dejado una situación tal de hambrunas y penurias, que al Estado soviético no le fue posible pagar al joven chileno el dinero correspondiente. Pero estando ya Arrau de vuelta a casa, recibió un cable del Ministerio de Cultura de la URSS anunciándole, con excusas, que cancelarían sus honorarios en lo único que podían: en carbón, un carro de carbón coke que llegó un día a Ostbahnhof, la Estación del Este, y que le permitió al pianista darse el gusto de alimentar gratis la calefacción de todo su vecindario berlinés durante un año completo, en una época de grandes escaseces.

La última noticia sobre Arrau la supimos en realidad por un despacho de Juan de Onís, que generalmente escribe sobre asuntos políticos para *The New York Times*. El régimen militar prohibía el gran concierto de los ochenta años de Claudio Arrau, que se hacía en el Lincoln Center de Nueva York y se transmitía por satélite a todo el mundo. La Televisión Nacional iba a darlo completo, e hizo publicidad abundante en todas partes. Era la "reivindicación" del gran pianista, al que, en homenaje a su grandeza, se le perdonaban los pecados. El diario *El Mercurio*, que poco antes había hecho una campaña de corte policial para acusar a Arrau de apátrida, con facsímiles y todo, cambió de rumbo y tomó en grande los ochenta años del pianista, dedicándole suplementos íntegros, encargando notas especiales

a colaboradores como Heinlein y Edwards, y diciendo editorialmente cuán triste era que las nuevas generaciones estuvieran privadas del contacto con una personalidad chilena tan extraordinaria. De la noche a la mañana llegó el decreto prohibitorio absoluto, sin apelación, emitido por la Secretaría General de Gobierno, y la Televisión Nacional debió suspender el programa, mientras *El Mercurio* aparecía al día siguiente sin otra alusión al tema que un cable breve y hosco fechado en Nueva York, por el cual los chilenos pudieron saber que el concierto había sido un clamoroso éxito, pero sin que nadie comprendiera aún por qué no había aparecido la noche anterior en pantalla. Pinochet, o alguno de sus amigos más cercanos, había dicho la última palabra, a última hora (de modo que descociera), para hacer entender a ciertos señores aperturistas quién tenía la batuta.

Entre hemisferios, el ojo de Goliat

Había otro problema. Era preciso adaptarse a un estilo muy particular. Todos los que llegaron aquí eran periodistas acostumbrados a conocer de inmediato el efecto de sus noticias, la repercusión de un titular o de un flash que interrumpe las transmisiones del mediodía. Habían trabajado siempre con una realidad que estaba ahí mismo, al otro lado de la puerta, y con un público perfectamente auscultable. Pero aquí, operando a una distancia tan enorme, de hemisferio a hemisferio, de un mundo político a otro y sin recibir de vuelta ni una sola reacción, ni una señal que indicara "bien", "mal", era un poco como hablar al aire, como encontrarse de pronto tratando de tomar contacto con la tierra desde una cápsula espacial. Fue un aprendizaje lento. era un esfuerzo grande cada día, porque, de cualquier manera, sabíamos que la tarea era importante, pero sobrevenía a veces una sensación de inutilidad que hacía pensar, en medio de ciertas ondas de malhumor, en la renuncia indeclinable y otras cosas parecidas. Hasta que, al correr de las semanas o los meses, aparecía alguien que, aprovechando el comienzo de una beca en París, se daba una vuelta para abrazar a un viejo amigo y decir: "Los escucho todas las noches, no puedo dejar de hacerlo". Simplemente. Nos maravillaba. Era alguien que caminaba sorprendido por los pasillos, algo tambaleante, algo anonadado, porque creía que esta radio era no un complejo de grandes dimensiones, con un río espeso al lado y pesadas redes de cables que sugieren un poder transmisor formidable, un centro de comunicaciones donde los ángeles tutelares, los proveedores de todo (sin excluir cierta indispensable indulgencia) se llaman Helma, Cristina, Jochen, Helga, Irmgard, Gisela, Irene, Jutta o Renate, nuestro contacto más directo con la solidaridad de un país socialista, sino un cuartito acondicionado en alguna parte, donde unos cuantos esforzados chilenos transmitían cada noche apretujados en la penumbra, casi en la clandestinidad. Nos habló de lo que significaba escuchar radios de onda corta en esos momentos en Chile, la importancia que tenía tomar esa dosis de aire puro cada noche para soportar mejor, a la mañana siguiente, la espesa atmósfera que comen-

zaba a envenenarse con los primeros noticiarios radiales. Por un tiempo al menos teníamos de nuevo con nosotros la aliviadora dimensión del público. Es decir, del trabajo útil.

Después nos informaban que aquí y allá había gente que grababa los programas —los nuestros y otros— y luego, en círculos de amigos o en pequeñas hojas, difundían las noticias para ir haciendo poco a poco la luz.

Un ex-presado de la Penitenciaría de Coronel, plena zona minera, nos contó que había introducido subrepticamente al penal una radio, un "tarro" insignificante, y que la conectaban con unos alambritos a la chimenea de la caldera, con lo que se hacían de una formidable antena por donde entraba la "Valdiviana", es decir, Radio Berlín en la jerga de algunos oyentes, como si hubiese estado transmitiendo desde el otro extremo del tubo (lo que, desde luego, ocurría también con la "Mosca", un trueno fraternal que suele dejarnos fuera de onda en plena transmisión).

Las cartas de Chile, lamentable y obviamente, nos llegaban en forma escasa. Teníamos, sin embargo, una compensación, un elemento de equilibrio siempre abundante formado por los oyentes de otros países, donde poner una carta al correo no significaba el riesgo de enredarse en los hilos de la DINA o la CNI. Posiblemente, el récord lo batió Queka Legaspi, de la calle Castelló de Madrid, una española con el corazón puesto en todas las causas libertarias del mundo que a la muerte de Franco tuvo la gentileza de desearnos, algo prematuramente, una evolución parecida en Chile, y que durante dos años y medio nos estuvo enviando recortes, felicitaciones y observaciones a razón de tres cartas por semana. Dejó de escribirnos, no sabemos si por término del turno que tenía en su hospital, perfecto para un auditor de onda corta, o llamada por deberes más apremiantes —Nicaragua, Cuba, Angola— de la solidaridad internacional. Han llegado otros a ocupar su lugar, algo más ocasionales que Queka, pero con igual entusiasmo inagotable.

Y de aquí nos deslizamos a otro tema. El papel de las radios de onda corta ha sido grande en Chile, pero muchos se preguntan si lo es aún. Con los años se abrió la información en el país. Sectores del centro y la derecha conquistaron espacios y apareció incluso un semanario de oposición. Los propios órganos del régimen, advirtiendo que sus implacables autocensuras sólo contribuían a incrementar la influencia de otros medios, como las radios extranjeras, optaron al final por abandonar el tono beligerantemente oficialista y diversificaron un poco su imagen, en la medida en que lo hacían también, en relación directa con la descomposición del régimen, buscando acomodados tácticos o estratégicos, las fuerzas políticas y sociales que estaban detrás. La Iglesia, en el área opuesta, desarrolló bastante sus medios de comunicación y fue cada vez más la voz de los que no tienen voz, a través de sus radios o de la revista *Mensaje*, cuyos editoriales han sido los latigazos más enérgicos que han recibido los fari-seos desde una publicación legal, a lo cual debe agregarse la revista que edita la Vicaría de la Solidaridad, la primera en llamar a la tortura, a la bestialidad y el crimen, por sus nombres.

Pero, con todo, las radios de onda corta tienen un público que se ha consolidado, aunque no sea exactamente ese público absolutamente hambriento de noticias del principio. Y es porque siguen siendo (nos referimos en especial a las de procedencia socialista) canales de salida de un pensamiento de larga tradición en Chile que la Junta ha tratado de amputar en todos estos años y que, desde luego, no tiene cabida hasta hoy en el espectro de la apertura permitida. Desempeñan, por eso, un papel que puede considerarse paralelo al de los medios alternativos, al de la prensa clandestina, al volante que se lanza en la calle o a las "palomitas" que se echan a volar en el Estadio Nacional cuando se extinguen por unos instantes las luces del nuevo sistema de iluminación. O a las emisoras rebeldes que se cuelgan de la Televisión Nacional para emitir por vía oficial proclamas incendiarias contra Pinochet. Incluso a los viejos murales de la Unidad Popular borrados por el régimen, para citar un caso de publicidad alucinatoria y premonitoria, que suelen reaparecer con todo su esplendor, como gritos de combate, cuando caen algunas lluvias bienhechoras y la pintura sobrepuesta se oscurece.

Frente a la máquina aplastante de los medios de comunicación oficiales, no es mucho. Pero no es poco si se tiene en cuenta que el gigante recibirá a la larga tantas pedradas en el ojo que terminará arrepintiéndose de lo que hizo.

Los "Lunes del señor Fernández", la familia Pinochet y otras cosas

Nuestras fuentes han sido los cables, la prensa internacional, el flujo irregular de los chilenos que llegan del país o vienen de alguna gran jornada de denuncia, más la red de los partidos de izquierda o de los simples amigos, a lo que habría que agregar, sin duda, "los lunes del señor Fernández", unos inolvidables conciliábulos entre analíticos, disquisitivos e informativos, donde nos abastecíamos con frecuencia de aire fresco llegado de la patria por conductos especiales, opiniones, entretelones de algún enorme hecho que el cable trajo en dos líneas. A veces eran voces lejanas que nos tenían rápidamente en viaje de vuelta a la radio, alguien que nos comunicaba una triste muerte en una capital vecina, algún arresto terrible o un notición reconfortante que nos ponía en marcha, un poco entre sueños, todo el hormigueo periodístico y político.

Sobre algunos temas, como las defenestraciones que se producían en el interior del régimen, a decir verdad, no tuvimos nunca informaciones muy oportunas y completas. Aunque eran hechos tan evidentes que bastaban algunos detalles para formarse un cuadro estremecedor, tan espectacular, además, como esas tragedias shakesperianas en que no hay rey o cortesano que no esté a la espera de atravesar a alguien a traición o extenderle, "con suave mano", la pócima mortal. Recuerdese que entre las ramificaciones del caso Letelier hay la historia de un alto funcionario de la Cancillería que apareció muerto después de una misteriosa visita que le hizo el vice-comandante en jefe del Ejército. Hay generales de corazón perfecto que mueren de infarto fulmi-

nante. Y otros algo discolos, que son ministros y figuras claves del régimen, a los cuales ni el Ejército en el poder ni la superseguridad del régimen logran garantizarles que sus helicópteros mantengan la horizontalidad mientras vuelan.

Sobre un tema que durante años fue tabú en Chile, vida y misterios de la familia Pinochet, no estuvimos nunca huérfanos de fuentes informativas. La construcción del palacete en Lo Curro, con sus piscinas, sus salas para recepciones multitudinarias, sus canchas de tenis, sus anfiteatros, sus demás lujos y su costo de 30 millones de dólares, fue noticia aportada por un arquitecto chileno de visita en París, muy vinculado al grupo constructor, que hizo confidencias pidiendo discreción. Lo que permitió que a la noche siguiente, con discreción relativa, saliera todo al aire por onda corta, incluyendo detalles de los planos. El hecho se dio por ignorado en Chile durante un año, hasta que, para sorpresa general, el ministro de Vivienda lo confirmó un día al anunciar que las obras, por economías, quedaban suspendidas. El asunto tenía que ver no sólo con el despilfarro, sino con cierto farao-nismo notorio de Pinochet, que había hecho reconstruir la residencia de los comandantes en jefe del Ejército antes de instalarse en ella (en plena época de "reconstrucción nacional"), luego había acondicionado la hacienda Bucalemu, también del Ejército, como casa ideal de veraneo, con piscinas y prados interminables, y había invertido sumas enormes en la reconstrucción de La Moneda, poniendo en la tarea a un equipo de arquitectos que rehizo el palacio según los planos del propio Toesca, con tanta sofisticación que eliminaron los pasillos, considerados una innovación del mal gusto republicano. Se convirtió a La Moneda en un palacio auténtico en que los súbditos, si querían ver al soberano, tenían que ir de sala en sala hasta llegar a sus aposentos.

Sobre esto no se necesitaban fuentes especiales, porque aparecía en la prensa chilena con pelos y señales, partidas de presupuesto extra, decretos para liberar de impuestos la internación de alfombras, vajillas, obras de arte, cristalerías y otras cosas que, a los ojos de Pinochet, resultaban indispensables para poner a punto el palacio en que debía consagrar su calidad de Presidente de la República, ese palacio que había visto intacto por última vez hacía siete años, cuando, ya encandilado por la visión del poder, daba la orden de bombardearlo.

El escándalo del departamento color palo de rosa de Augusto Pinochet hijo lo supimos por un abogado que consiguió y nos envió copia de la denuncia judicial presentada por la propietaria del inmueble, una funcionaria de la embajada de Estados Unidos que, a ojos vistas, estaba furiosa por la "indecente" transformación de su propiedad.

Los comentaristas, por su parte, tenían fuentes propias por donde surgían historias algo más tenebrosas, vinculaciones de la familia real —o alguna rama cercana— con tráficos prohibidos o crímenes horrendos tras los cuales la psicopatía y la militancia fascista se disputaban el honor de ser el móvil.

En cuanto a las costosas andanzas de Lucía Hiriart de Pinochet por las tiendas de Nueva York, nos llegaban por la crónica social de

los diarios norteamericanos, que no omiten detalles cuando un tema les apasiona.

Esto es lo que se refiere, digámoslo así, a la parte frívola. Había otro tipo de perversiones y distorsiones mayores, esenciales, que tampoco requerían fuentes informativas muy especiales. Nos llegaban casi por ósmosis, porque eran el alimento diario de toda la denuncia internacional: un Estado que readecuaban, reorganizaban y recreaban, eliminando accidentes importunos, como partidos políticos y Parlamento, grandes organizaciones sindicales, tradiciones y educación democrática, con el solo fin de servir mejor al enriquecimiento y la expansión de algunos grupos con los resultados que se conocen; con una policía secreta de poderes monstruosos, en relación directa, como dijo una vez Orlando Letelier, con el carácter también monstruoso de los cambios que había el propósito de imponer a los chilenos, una policía cruel con cuadros proporcionados por el Ejército que, ya en la fatiga de los crímenes cometidos por encargo oficial, derivaban a la actividad privada sin variar mucho los métodos, habiéndose visto el caso de un cuantioso robo con doble homicidio cuyas huellas se trató de borrar dinamitando los cuerpos de las víctimas; un poder judicial sometido, además, con unos tribunales que en una década estremecida por horribles acontecimientos bajaron la cabeza y dedicaron su atención casi exclusiva a los modestos delitos comunes, de manera que cuando llegue el momento de hacer la historia de esta época no habrá que recurrir a los archivos semivacíos de la justicia chilena, sino a algunas entidades internacionales, en Ginebra o Nueva York, donde podrán recorrerse secciones y secciones de expedientes, documentos, filmes y grabaciones que registran el espanto y dan fe, de paso, del trabajo de 10 años que se abstuvo de hacer la amedrentada magistratura del país, invocando banales razones de reglamento.

Todo esto sin perjuicio de las notables excepciones conocidas, que fueron prueba del valor y la integridad de uno u otro juez que, como en todo orden de cosas en Chile, han encontrado imitadores según ha ido volviendo a su dirección normal, empujada por millones de manos, eso que llaman la rueda de la historia.

Las voces que esperan

Contamos con un archivo organizado por manos alemanas, que son el orden en persona, y reorganizado con el uso por manos chilenas, que son de signo contrario, pero donde es posible encontrar lo que se busca si se tiene paciencia y se eliminan previamente algunas pistas falsas. Aquí está todo lo que se puede reunir en diez o más años de trabajo diario. Un poco revuelto, un poco "durcheinander", como nos suelen decir. Música, gente de todas las procedencias que pasó por estos estudios, de aparición pública notoria unos, revestidos de clandestinidad estricta otros. Están los primeros, los que viniendo del campo de Dawson, con largas estaciones de tránsito en Tres Alamos, Ritoque o Puchuncaví: Sule, Palma, Puccio, Lawner, recuerdan la alegría de las primeras libertades ganadas a la dictadura, a las que se sumaron

después otras logradas con una lucha más larga, Corvalán, Almeyda, Vergara. Está, si se retrocede un poco en el tiempo, el poeta, la voz recurrente, recitando el "Cuándo de Chile", signo anticipado y emocionante de todo este exilio, o saludando: "Buenos días, soy Pablo Neruda", en uno de esos programas que hacía por Radio Magallanes cuando era candidato presidencial.

Y si se avanza hacia 1976, puede escucharse la voz de Orlando Letelier, respondiendo a la Junta que le había quitado su nacionalidad chilena en esos días: "Nací chileno, he vivido como chileno y moriré chileno". Fue una entrevista que le hizo para la radio el conjunto chileno Aparcoa, que viajó de Rostock a Nueva York a participar en una enorme manifestación de solidaridad con Chile que se realizaba en el Madison Square Garden el 10 de septiembre de ese año, once días antes de que el ex-ministro fuera asesinado. Letelier dice allí que Pinochet nació fascista y morirá como tal.

Si hay un tema que ocupa lugares en todas las estanterías y se desuelga a otras secciones inundando cajones y gavetas, dando testimonio de su magnitud y su persistencia, es el de los detenidos desaparecidos. Aquí podrán escucharse, llegada la ocasión, voces de familiares, de expertos que viajaron a Chile y a quienes alguien entrevistó a la bajada de un avión o en medio de una reunión internacional. Pero sobre todo testigos. Si alguien quiere saber cómo cayó Víctor Díaz en manos de la policía secreta, podrá oír al ingeniero que hospedaba en su casa al dirigente y recordó toda la escena, el cerco a medianoche, las voces en el patio, los golpazos en la puerta, el jefe del grupo, que hizo caminar a Díaz en pijama y que llamaba alborozado a su superior, sin duda el coronel Manuel Contreras, director de la DINA, repitiendo mil veces que tenía ahí, a dos pasos, al número uno del PC en la clandestinidad, al siempre buscado y nunca encontrado "Chino" Díaz.

En esta misma sección, en el mismo casillero, como que corresponde a hechos relativamente contemporáneos, hay una cinta que conserva la voz de una pequeña de nueve años, simpática, que estaba encantada con los botecitos que veía a través de la ventana. Había sido secuestrada con su hermanito mayor y sus dos abuelos maternos, con los que estaba viviendo en Quintero, en la costa. Habían sido llevados a Santiago, a una casa, y algo les habían dado a ella y a su hermano, porque todo lo veían vagamente, como si estuvieran desmayándose. No recordaban casi nada, salvo que si miraban por una puerta que los secuestradores habían dejado entreabierta, veían a sus abuelitos, el antiguo dirigente sindical Bernardo Araya Zuleta y su esposa, a quienes tenían suspendidos por una cuerda del techo, amarrados en una forma que los hacía sufrir y quejarse mucho.

En un casillero del frente hay una cinta que nos recuerda el día que llegó Isabel Margarita de Letelier a la radio. No era fácil entrevistar a una mujer que había pasado por esa prueba tan terrible, que había llegado incluso junto al cuerpo destrozado de su esposo, después de la explosión, y había escuchado esas palabras finales, "por fin lo hicieron, Isabel", que eran como el término espantoso de un diálogo, el último de muchos comentarios que se tejieron en la intimidad

familiar en torno a los anónimos y las amenazas telefónicas que recibían, que enfrentaban con coraje, pero que les hicieron muy duros aquellos días en Washington. Pero Isabel Margarita se había convertido en una mujer resuelta. Hablaba de todo con voz firme, venía de París, donde había hecho uso de la palabra en un acto público y se iba luego a Ginebra, a declarar ante la Comisión de Derechos Humanos de la ONU. El asesinato de su marido le había dado el valor de una mujer que se sentía destinada, en lo sucesivo, a una sola misión: denunciar a los culpables, exponer las pruebas y acusar en primer lugar a Pinochet. Y lo hizo aquella mañana, frente al micrófono, junto a Moi de Tohá, que vino a Berlín con ella y con el doctor Bartulín a filmar un documental extraordinario de Heinowski y Scheumann sobre el asesinato de Allende y sus dos ministros, José Tohá y Orlando Letelier. Moi traía como aporte unas filmaciones que alguien tuvo la presencia de ánimo de hacer subrepticamente durante el velatorio de su marido, una serie de secuencias algo saltadas a veces, algo borrosas otras, donde pudieron observarse todas las torvas formas de la vigilancia oficial, que se presentaba circunspecta con el disfraz de las sinceras condolencias.

No es nuestra intención hacer una ficha, un registro, sino decir que tenemos un archivo algo desordenado, pero lleno de riquezas, de modo que diremos, a manera de penúltimo alcance, que si hay un episodio capital en la historia de estos diez años, el asalto y bombardeo de la Moneda, está aquí también el testigo adecuado, Daniel Vergara, al que la radio entrevistó a lo largo de varias sesiones cuando llegó a Berlín a fines de 1977 (procedente de Tres Alamos, después de haber estado en Dawson y Ritoque), hasta formar una colección que requiere algunas horas de audiencia. Lo entrevistamos en una casa hermosa, llena de árboles, que se destina a visitantes ilustres de paso: primero, por una razón periodística obvia, y luego (de ahí la extensión interminable pero también providencial), en virtud de un plan que tenía por esos días Miguel, "el Barba", para ir formando un gigantesco archivo de la voz humana. Esa conversación es lo más impresionante que hayamos oído sobre aquel momento, sobre el fuego que iba de un lado a otro en el palacio, los murallones que se derrumbaban haciendo saltar nubes de tierra que lo llenaban todo y hacían irrespirable el aire, y el temple del Presidente, sosteniendo su última conversación con el subsecretario del Interior en un refugio que encontraron en medio del estruendo y los derrumbes —tendidos bajo un mesón— para precisar inequívocamente que la delegación que formaban Vergara, Flores y Puccio hijo, designados para parlamentar con los militares, no procedería a nada parecido a una rendición. Se trataba solamente de llamar la atención de los golpistas sobre la responsabilidad que les cabía en todo lo que estaba ocurriendo e iba a ocurrir.

Señalemos finalmente que también está aquí el escritor Julio Cortázar, que nos sigue diciendo, como nos dijo en 1975, cuando lo entrevistamos en el piso 12 del Hotel Stadt Berlín, que Chile había sido para él, entre tantas otras cosas, el país donde se compraba un libro magnífico en cualquier quiosco por el valor de un paquete de ci-

garrillos, uno entre un millón de volúmenes puestos en circulación por "Quimantú", lo que nos hace recordar ahora una reciente revista chilena que está en algún rincón de la misma sala donde puede leerse que en aquellos tiempos de gloria editorial, según un distinguido profesor, *La Montaña Mágica* de Thomas Mann fue en Chile, y por primera vez en el mundo, un *bestseller*.

El retorno y sus rostros

Es difícil decir en qué momento, en estos diez años que han transcurrido tan vertiginosamente, cesó la ola del exilio y empezó a sonar la otra, la del retorno. Es un tema permanente, inevitable, pero más que eso un asunto que en una forma u otra nos encuentra con cara de protagonistas, como a todos los chilenos, interesados, inclinados periódicamente con una mezcla de sorna y nerviosidad sobre las listas de los que pueden volver, tan pequeñas que son como una tortura mensual que envía Pinochet al exilio.

El retorno puede ser también la situación de los amigos, los compañeros, los conocidos cercanos y lejanos. Es, por ejemplo, la consternación general porque una popular vecina que decidió irse cayó en los incidentes y está presa, y luego la sonrisa general, porque, según una llamada telefónica, dos días después está de nuevo en libertad junto con otros que también atentaban en la calle, al parecer, contra la seguridad del Estado (ella, sin duda, con su espontaneidad incontenible para decir cosas, la única arma que pueden haberle encontrado). O son —para seguir hablando de los que se fueron sin impedimento, aunque con riesgo—, dos amigos muy jóvenes, él con su bigotito árabe, ella con su cara radiante de poblana, que en un tiempo que llamaremos remoto tomaron las maletas, reunieron algún dinero, de ése que no tiene curso en Chile, pero sirve para comprar aquí algunos artefactos de uso doméstico (que por su parte no tendrán repuestos ni atención técnica allá) y partieron para escribir poco después que están felices, que de alguna manera se las arreglaron, que escuchan nuestras voces y que, por favor, adelante, que la victoria está cerca. Hay mensajes más tristes, porque están los que no encuentran trabajo, los que viven de té, pan e invitaciones, los que afirman la dieta, en los primeros momentos, asistiendo a cuanta prueba de exquisiteces hay en los supermercados elegantes. Y están también los que lograron actuar una vez a teatro lleno y después nunca más, tal vez por esa reserva que tiene el régimen respecto a los que dicen cosas desagradables sobre el nazismo hitleriano, con indirectas de actualidad inequívoca, en revistas de circulación nacional. Hay, asimismo, los que fueron allá y agobiados por el mal negocio de un bar de barrio, que los llenó de amigos necesitados y les consumió las últimas reservas de una herencia respetable, emprendieron el éxodo de nuevo, empujados sobre todo por enfermedades enormes e imposibles en Chile para personas ya sin recursos.

Están luego los que pueden irse y vacilan, porque echaron alguna raíz, por el temor tal vez de frustrar, sin beneficio para nadie, una

evolución profesional que es la última oportunidad en la vida o, simplemente, por el temor más a flor de piel, individual o familiar, de un destino incierto. Pero están, además, los otros, los que aunque no pueden, quieren irse a todo trance y van y toman un avión y llegan a Pudahuel tratando de forzar la puerta o pasar milagrosamente inadvertidos frente a las computadoras de la CNI. Y hay los que encuentran caminos más sigilosos y expeditos y viven o mueren en Chile, sin domicilio muy claro, con identidades cambiadas, corriendo la suerte de héroes anónimos y magníficos que eligieron. El retorno puede ser también un comentario de María Elena que no aparece, que no aparece definitivamente porque su padre, según nos informan, se agravó y ella tomó un avión y está haciendo lo imposible por entrar, primero por Buenos Aires, luego por Lima, sin encontrar en las embajadas otra cosa que una negativa envuelta en palabras corteses, amabilidades que se le hacen llegar mientras don Luis Carrera, de 75 años de edad, descendiente de próceres que en Chile se aprende a venerar desde la infancia, fallece en su casa de Santiago sin recibir ese simple y último homenaje, esa autorización que le permitiría a su única, a su última hija, llegar hasta él.

Si el retorno es una lucha titánica, aquí, donde vivimos, esa lucha tiene un nombre. Se llama Víctor Contreras. Es decir, "don Víctor", que a los 75 años publicó un libro de memorias que empieza pintando al niño campesino, que era él, deslumbrado por la ciudad, por Valparaíso, por las calles, el ruido, los barcos, la organización sindical que lo acoge y lo llevará, andando el tiempo, a muchas partes, empujando por un cargo de alcalde que combinará, para admiración de la gente, con sus funciones de cargador del puerto en Tocopilla. Ex-parlamentario, ex-ministro, Víctor Contreras ha tenido fama de hombre que sabe arremeter, donde quiera que esté, contra todo lo que le parece inicuo, inadecuado o, por último, burocrático, aunque las arremetidas justicieras puedan llegar en algún momento a su propia tienda. En su vida, sin embargo, no ha habido descontento mayor que el que le produce el exilio. Contra él ha luchado integrando comisiones, hablando por esta radio, escribiendo a sus ex-colegas parlamentarios, incluso de la derecha, entrevistándose con el secretario general de la ONU en compañía de otros reclamantes, y apreciando por las respuestas que el problema es duro como una roca y que para superarlo se necesitan muchas cargas de paciencia, de tenacidad. Tiene cerca a algunos amigos, los nietos, que son la sal de la vida, pero más allá de eso está la valla del idioma, la conversación imposible en los supermercados, la televisión que no comprende, las vueltas eternas por una ciudad que no logrará entender, por la simple razón de que más allá de las sonrisas y la buena voluntad habla alemán, lo que no es lo mismo que ir a Tocopilla una mañana de sol y demorarse horas en andar una cuadra porque todos, aunque hace años que no es ya alcalde ni ministro, le gritan desde el segundo piso, bajan a atajarlo, a conversar con él, después que alguien llega corriendo a anunciar que don Víctor se encuentra de visita, con lo que comienza, como a muchos les consta, una jornada en la que abundan las conversaciones en la calle, en las casas más diversas, en el mercado y, sobre todo, en

el puerto, donde la alegría es general y donde la comida que se prepara en honor de este hombre alto que no perderá nunca su compostura sonriente, esa socarronería gentil que aprendió en la pampa, culminará con la cueca arrasadora de las especies marinas compuesta por un viejo estibador, alto y nervioso, que no deja de reír, de andar de un lado para otro, encantado como está con la visita. Porque Víctor Contreras fue un gran alcalde, un gran parlamentario del pueblo y un ministro como pocos.

Aquí, en otro continente, las cosas son distintas. "Guten Tag", "Guten Morgen". Eso apenas y un poco más. Lo que es, para un hombre que vive del coloquio, de la comunicación y la participación activa en la vida de un país, su país, como morir de sed en el desierto.

Pero él lucha, aunque a veces esté triste, y seguirá luchando, qué duda cabe, hasta que logre un día poner un pie en la patria.

El retorno —así lo estamos diciendo siempre en comentarios y entrevistas— no es sólo una lucha personal, la respuesta al profundo llamado de la tierra, sino también una de las vías de regreso de la democracia a Chile, porque no hay democracia si no hay respeto a este derecho esencial. Y así lo entienden también allá los que levantan carteles y marchan pidiendo que vuelvan los exiliados o atan cintas amarillas a los árboles, siguiendo la indicación de un antiguo "hit" norteamericano cuyos autores no se imaginaron nunca que su canción, canción de la esperanza amorosa, aportaría un símbolo en la década del 80 a un gran movimiento del pueblo chileno por su derecho a no vivir desmembrado.

Ahora, girando en redondo, para ir algo lejos, aunque sólo en apariencias, para entrar a zona de exploración incierta, puede suceder que el retorno sea una frustración penosa en medio del más inocente de los exilios. Como es el caso de doña Blanca, que murió a los 82 años en un destierro que no quiso, que no buscó, porque ella llegó a ayudar a una hija abrumada por dramas íntimos, y luego una enfermedad y después otra, frontales, a fondo, estropearon a tal punto su salud, que ya no pudo viajar por ninguna vía y debió quedarse aquí, rodeada de atenciones, de cariño, en un barrio de ex-mineros del carbón o del salitre, maestros uruguayos y estudiantes que forman la comunidad del exilio en Cottbus. La memoria, con el tiempo, se le fue escabullendo. Volvió a su pasado de hija regalona de una familia interminable de profesores y pequeños agricultores, a la banda municipal que amenizaba las tardes en la plaza, a Bécquer y Campoamor, a las reconvenções de la hermana mayor en el gran caserón de Molina. La rememoración se hacía alegre y normal en las viejas canciones, "La borrachita", "Ojos negros", cantadas a dúo con Luis Alberto. Olvidó muchas cosas, menos una: que estaba lejos de Chile, que los demás estaban allá, donde debían estar. Era una preocupación o un dolor constante que buscaba alivio en su mundo de tiempos y espacios trastocados, sobre todo cuando volviendo de un paseo la asistía la certeza de que andando por un caminito de Cottbus, en pleno centro de Europa, se llegaba a un punto que era Chile, que tenía su aire, sus aguas, sus árboles floridos, cosa que defendía no sin

enfado a veces hasta que la insistencia de los demás la hacía comprender que era oportuno cerrar el debate con alguna ocurrencia graciosa, de carácter táctico, por ese sentido de las situaciones reales o posibles que tampoco la abandonó nunca. Cuando la cercanía del fin le impedía ya ver y a tientas buscaba algo así como una mano, entre filial y angélica, debe de haber sabido perfectamente bien por qué decía: "Ahora sí que nos vamos", tal vez sintiéndose ya en medio de una nube en viaje a una región querida.

Epílogo provisorio

Estos diez años se nos aparecen como una oscuridad impenetrable, en medio de la cual empezaron a surgir de pronto unos puntitos luminosos que crecían y se multiplicaban. Nuestro trabajo principal ha consistido, tal vez, en seguir la pista de esos puntitos.

Poco después del hallazgo macabro de Lonquén, cuando apareció la primera prueba concreta para acusar al régimen por la desaparición (y el asesinato) de detenidos políticos, nos llegó una cassette. Tenía fallas graves de grabación. El micrófono parecía arrasado por un viento tremendo, que nunca supimos si era viento o un descuido en el volumen. Se trataba, evidentemente, de un mitin en pleno campo. Aparecían y desaparecían oleadas de aplausos confundidas con el ruido y en medio de todo eso una voz enorme, la voz de un orador campesino que decía cosas increíbles. Nos llamó la atención porque eran aún años de represión extrema en que los que hablaban, se suponía, lo hacían con sumo cuidado, buscando las palabras, evitando las alusiones demasiado directas. Pero aquel hombre estaba llamando a incendiar la pradera, al borde del grito, como para que nadie dejara de oírlo, a derrocar la dictadura miserable y corrompida, a terminar con el imperio de los asesinos y los explotadores de adentro y de afuera amparados por Pinochet.

Sin duda, era un momento especial, en que la indignación sobrepasaba los límites de cualquier cautela, pero que un hombre se atreviera a hablar así era indicio de cambio, qué duda cabía, sobre todo si una masa compacta, sobreponiéndose al ruido del viento desbordado, le respondía con igual pasión, con gritos que deben haberse escuchado en toda la vastedad de los campos de Lonquén.

Al exilio llegó un día Jorge, un poeta militante que fue detenido por actividades en la prensa clandestina y que luego de la detención, la corriente eléctrica y una relegación larga al norte, fue expulsado del país, no sin dejar antes enredado en un proceso una gran cantidad de originales poéticos que el tribunal retuvo como parte de la causa. Llegó muy a tiempo a dirimir una de esas polémicas de galgos y podencos que han solido producirse en el exilio. En Chile, decía, todo ha sido lucha desde el principio, desde el primer día, desde el hecho de presentarse a la empresa después del golpe, a la repartición pública, a la escuela, a menudo en manos de militares, a exigir un sueldo, un desahucio, y andar por las calles, conquistar un espacio, dar la cara, afirmar el derecho a respirar, a vivir, a tener un nombre, un domicilio,

una identidad. O ir a la cárcel o a la morgue a preguntar por el pariente perdido. O acostumbrar el cuerpo y la mente a la vida clandestina y hacer de eso una rutina, aunque siempre tensa, con ganas de llorar días enteros a veces, pero sin derrumbarse. Sólo después de eso vino todo lo demás.

Cuando se piensa en las grandes manifestaciones que invaden hoy calles y plazas, la memoria vuelve a aquella joven obrera, madre de un niño de meses, que a pocos días del golpe mimeografiaba en las noches el llamamiento de su partido y lo sacaba a la mañana siguiente en la bolsa de las compras, en medio de peligros terribles.

Muchas aguas han pasado bajo los puentes desde entonces, y Chile está hoy en movimiento. En las calles de Santiago hubo un 19 de agosto y un 15 de diciembre en 1982, hubo un 24 de marzo, un 11 de mayo, un 14 y un 23 de junio en 1983, y hoy las Jornadas Nacionales de Protesta, los desfiles, las manifestaciones a pie o en auto, los carteles y los gritos, no hacen ya distinción de color político. Como la desgracia ha rebasado hace rato el campo de las víctimas de siempre y ha terminado mostrando que el régimen instaurado en 1973 es la desgracia de todos, el mal de todos, el castigo de todos, incluso de los que batieron palmas cuando las fuerzas "liberadoras" entraron a la Moneda, nuevas multitudes se suman a la marcha.

Algo se ha quebrado en el perfil implacable y en la soberbia del régimen de Pinochet, cuya misión era advertir no sólo a los chilenos, sino al mundo, lo que podrían costarle a cualquier pueblo ciertas veleidades excesivas de cambio. Y cada vez parece más claro que Bolívar no hablaba por hacer frases de circunstancias, hace algo más de 150 años, cuando decía: "Si alguna República permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena, pues jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad".

Hay un desenlace que ronda, que podrá retardar aún su venida, pero que inevitablemente llegará. Ese día, como todos los días estos diez años, los acordes de zampoñas del Inti Illimani abrirán otra vez nuestro programa. Pero es difícil imaginar lo que diremos en seguida.



Foto JEAN LOUIS YOUNG



Foto RENE DAVILA

Conversación con Edgardo Enríquez

LIGEIA BALLADARES

Cuando conversamos con él, estaba enfermo de la garganta.

—Es que trabaja mucho —nos dice su esposa, Raquel Espinoza— y no mide sus fuerzas.

—No —rebate él, sonriendo—, lo que pasa es que estos últimos días he estado trabajando el doble y se me resintió la garganta. Pero era un trabajo solidario que tenía que hacer: de la Universidad de Nicaragua llegó un profesor de anatomía, joven, que es allá director del Departamento de Anatomía. Lo mandaron a perfeccionarse como profesor de neuroanatomía. CONACYT (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México) le dio una beca y ha estado un mes conmigo, recién ayer se fue. Es algo que me ha dejado muy orgulloso: haber contribuido a formar un profesional para Nicaragua, que es además un hombre inteligente y correcto...

Este trabajo solidario significó que Edgardo Enríquez Frödden, médico, profesor, ex-rector de la Universidad de Concepción, ex-ministro de Educación del Gobierno de Salvador Allende, con más de 60 años de edad, actualmente exiliado en México, padre de Miguel, asesinado por los fascistas, y de Edgardo, desaparecido en las cárceles de Pinochet, debiera agregar tres horas diarias a su horario normal como profesor en la Facultad de Medicina de Xochimilco en la Universidad Autónoma Metropolitana de México.

—Trabajo de las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde. Primero estuve como profesor invitado, durante un año. Y después de otros ocho meses gané un concurso de oposición... Imagínese, a temprana edad tuve que estar dando exámenes. Pero gané el con-

curso. Ahora estoy en un cargo estable de profesor de base, en categoría C, o sea la más alta, y afortunadamente estoy muy contento con mi trabajo.

Es por eso que puede verse al doctor Enríquez, muy temprano en la mañana, viajando en el atestado metro de Ciudad de México, como uno más de los millones de trabajadores que se dirigen a su faena. Alto, delgado, casi ascético, su figura llama la atención en medio de la multitud.

Sin embargo, accedió afablemente a darnos toda la mañana de un sábado, día de descanso, cuando le pedimos que nos cuente sobre él, su vida en Chile, en el exilio, los hijos, los nietos.

—Estoy a sus órdenes —nos dice—. He vivido en el exilio desde que me echó el régimen de Pinochet. Y digo el régimen, porque el dictador no está solo. Hay muchos otros que están metidos. Y lo estaban desde antes, en mi concepto. Incluso muchos políticos que rasgan vestiduras por la democracia. No quiero mencionar a nadie porque no me gusta hablar mal de los muertos... Bueno, mi exilio comenzó el 5 de mayo de 1975.

—¿Siempre en México?

—No, yo salí hacia Inglaterra.

—¿Directamente desde Dawson?

—No. Yo había salido primero a un hospital porque enfermé gravemente en Dawson. Me dio un infarto debido, en parte, al régimen durísimo de clima y de vida... y en parte, también, a la "juventud". Además, hay que agregar que éstos... esta gente nos daba (de ello estoy seguro, aunque no me consta porque no vi cuando lo hacían), nos daba sales, sustancias diuréticas con los alimentos, con lo que provocaron una baja del nivel de potasio. Y por hipopotasemia, yo tuve una parálisis en la extremidad derecha, trastornos cardíacos... Bueno, y José Tohá murió, ¿no? Todos bajamos veinte y tantos kilos en 40 días. Después dejamos de bajar, pero yo quedé dañado. Me trasladaron a un hospital. Y de allí me devolvieron a Dawson, para que fuera a morir. Iba con una anemia de dos millones de glóbulos rojos. Lo normal es cinco y medio millones por milímetro cúbico. Estaba muy mal. Si no me morí es porque en realidad se lo debo a mis compañeros de prisión en Dawson. Debo decirle que cada vez que lo recuerdo me emociono... Me cuidaron con una solidaridad, con una dedicación conmovedora. Todos, todos. Atravesaban a las seis de la mañana el patio nevado, a llevarme desayuno, a cuidarme. Lo hicieron de tal manera que me pude restablecer. De Dawson me condujeron a un hospital de la FACH en Santiago. Entonces tuve el gusto de estar en un hospital que se había construido con un dinero que había obtenido yo, por una Ley especial para hospitales de las Fuerzas Armadas. Así se construyó ese hospital. Lo que nunca imaginé es que yo iba a estar allí... en una sala con barrotes. Sí, en mi presencia le pusieron los barrotes y en esa sala con barrotes tuve el honor de estar acostado en la misma cama en que tuvieron al general Bachelet. Todavía más: con las mismas sábanas, con las mismas fundas, porque estos miserables no las cambiaron durante 15 días. Cuando mi mujer pudo visitarme, llevó sábanas limpias... Lo que

querían era quebrarnos moralmente, cosa que no lograron, ¿no?, porque somos más o menos sufridos... Finalmente, con 12 horas de aviso previo, me llevaron al aeropuerto y me embarcaron. Era el 5 de mayo de 1975. Ya había muerto mi hijo Miguel...

—La embajada de Alemania Federal y la de Inglaterra se portaron admirablemente —sigue recordando Edgardo Enriquez—. No sólo me dieron visa. El embajador de Inglaterra escribió una carta especial, que yo llevaba, dirigida “al Oficial de Inmigración que le corresponda atender al Sr. Edgardo Enriquez” en la que daba instrucciones concretas para facilitarme todo. Así, llegué a Inglaterra y de inmediato me dieron allá una Carta de Viaje. Porque en Chile me habían dado un “pasaporte” que decía *válido sólo para salir del país*. ¿Razones? No las sé hasta ahora...

—Y ¿qué “delito” había cometido usted? ¿De qué lo acusaron?

—Tampoco lo he sabido nunca. Jamás he sido juzgado ni se me ha hecho un solo cargo. Con la excepción de que, en el llamado Libro Blanco, apareció la afirmación de que a mí, al momento de detenerme, me habían encontrado 50.000 dólares. Esto es absolutamente falso. Yo fui detenido en el Ministerio de Educación, delante de 300 empleados y funcionarios. Yo estaba con ellos el 11 de septiembre. Me trajinaron —“allanaron” dicen ellos— delante de todos y, lógicamente, no me encontraron nada...

Después, estando ya en Dawson, nos fueron a interrogar a todos. Un señor, Jaime Figueroa, demócrata-cristiano, que iba por Impuestos Internos para averiguar sobre nuestra situación económica. Tenían canceladas nuestras cuentas y andaban “buscando los robos de los jerarcas de la Unidad Popular”. Bueno, este señor me hace la pregunta y yo le digo: mire, yo acabo de testar. Me sentía tan mal que hice mi testamento. Está en tal notaría, con tal notario de Punta Arenas. Ahí está escrito todo lo que yo tengo: una casa, un automóvil Chevrolet del año 1956... y no tengo más, pues. Pero él insistió: —¿y no tiene nada más que declarar?

—No señor, le dije. Pero veo que usted anda trayendo toda la documentación mía, mis declaraciones de impuestos, todo. Sí, me contestó el interrogador. Entonces, le dije, aunque no tengo nada más que declarar, sí tengo que hacerle a usted una pregunta y quiero que ella quede consignada en el acta del interrogatorio que usted me está haciendo ante testigos. (Allí estaba el comandante de la base de Dawson, el carcelero, un comandante Felé.) Quiero —insistí— que quede constancia de lo que le voy a preguntar.

—Vamos a ver, me contestó.

—Mire —le dije—, mi pregunta es: ¿tiene usted algo más que preguntarme a mí?

Y cuando me contestó que no, que no tenía nada, le dije que hiciera constar eso en el acta... Se puso furioso. —¿Qué se ha imaginado usted? —me dijo—, ¿por qué quiere hacer constar eso?

—Porque en el Libro Blanco —le respondí— me hacen figurar con 50.000 dólares en mi poder al momento de mi detención. Pero usted ha estado aquí interrogándome casi una hora, preguntándome cosas sin importancia y no me ha hecho una sola pregunta sobre esos

50.000 dólares. Eso es mucho dinero y, según su gobierno, yo lo tendría en mi poder... Entonces, enfurecido, revisó los papeles y me dijo: ¿Pero qué se cree usted? Le gustó estar con el gobierno de Allende a las maduras y ahora tiene que estar a las duras también...

—Mire —le repliqué—, aquí no se trata de duras ni maduras. Lo que yo le estoy diciendo es que usted me ha preguntado puras leseras y ni ha mencionado esos 50.000 dólares y de eso es lo que quiero que quede constancia. Y no me diga que nos calmemos. Cállese usted, que está alterado. Yo estoy enfermo pero nunca he sido tan tonto de exponerme, de enardecerlo a usted que tiene todo el poder, con toda esa gente armada y apuntándonos con sus ametralladoras...

Entonces me preguntó por mi sueldo de ministro de Educación. —Jamás lo cobré —le respondí—. Yo era profesor de la Universidad y ésta me dio un permiso para ir, con goce de sueldo, a desempeñarme como ministro. Por eso no cobré mi sueldo de ministro y lo devolví íntegro. Me dijo que yo tenía derecho a cobrarlo, pero le contesté: —Mire, señor, no tanto derecho. Yo no fui ministro de la Corte Suprema. Ellos cobran dos o tres sueldos, pero yo no. Y si usted no pone lo que yo le he preguntado, yo no firmo esa declaración. Haga lo que quiera. Ya que no me puede meter preso de nuevo, mándeme a un calabozo, pero no la firmo...

—Don Edgardo, ¿qué edad tenía usted cuando lo detuvieron?

—Yo tenía... esto fue en 1973, bueno, tenía 61 años. Ya no era tan joven. Sesenta y uno —aclara— no setenta y uno... Bueno, el interrogador escribió en mi declaración: "Interrogado el declarante sobre si tenía algo más que declarar, dijo que tenía que preguntar por qué no ha sido interrogado sobre 50.000 dólares que según el Libro Blanco habría tenido en su poder al momento de su detención, lo que él niega que sea verdad. Pero reconoce que en el Ministerio había una caja de caudales, cuya llave nunca tuvo el declarante, en la que alguien pudo haber colocado, sin su conocimiento, 50.000 dólares." Cuando me leyó eso, le interrumpí: —Mire, usted está haciendo puras suposiciones, pero como no comprometen en nada a nadie, voy a firmar. Después, cuando llegué a mi casa con arresto domiciliario en abril de 1974, una de las primeras visitas que recibí fue la del jefe del gabinete en el Ministerio, quien me dijo: —Vengo a saludarlo y a informarle que, dos días después que a usted lo detuvieron (o sea, el 13 de septiembre de 1973) me obligaron a abrir la caja de caudales ante el jefe militar del Ministerio y la presencia de dos empleados de Contraloría, que yo exigí. Le traigo una copia del acta que se levantó, en la que se establece que no se encontró dinero ni valores de ninguna especie, sino solamente documentos. Es decir, aquello de los 50.000 dólares era una mentira absoluta, hecha para desprestigiar a la gente.

—¿Y por esa mentira fue usted detenido, relegado a Dawson y luego exiliado?

—No, no. A mí me detuvieron porque era ministro de Allende, porque había sido rector de una Universidad, porque he sido siempre antidictatorial. Pero en el fondo de todo había otra verdad: yo era rehén de mis hijos, ésa es la verdad. Y se lo dijeron a mi hijo mayor,

Marco Antonio, actualmente profesor de La Sorbonne en París. El no había estado en Chile, pero cuando fue lo tomaron preso, y un capitán, en Chacabuco, le dijo: "Agradece que te tenemos a ti, porque si no, tendríamos a tu madre o a tu hermana. Tú eres rehén de tus otros hermanos..." Pero a mí nadie me ha dicho por qué fui detenido y luego desterrado. He preguntado y nadie me responde. Cuando me mandaron a Dawson, mi mujer fue a hablar con José Toribio Merino, Jefe de la Armada, quien había sido amigo mío. Es que yo fui médico naval, llegué a capitán de Navío en Sanidad Naval. Fui director del Hospital Naval de Talcahuano y así conocí a Merino. Cuando me nombraron ministro, él fue a la Moneda al acto de juramento y el abrazo más estrecho de felicitación por mi nuevo cargo me lo dieron él y el almirante Montero. A este último lo estimo mucho y lo respeto. Pero a Merino... cuando mi mujer le preguntó por qué me habían mandado a Dawson, le respondió que porque yo era ministro de Allende. De manera que, sin ningún cargo, estoy en el exilio y no puedo regresar. Una prueba de esto último —prosigue— es que no pude ir a los funerales de mi madre que murió en septiembre último en Chile a los 93 años. Cuando ella estaba muy enferma, mi hermana hizo gestiones para que yo pudiera ir. Le dijeron que no iba a ser autorizado, de manera que cuando murió mi madre, ni siquiera insistí. Ya sabía que me iban a decir que no y uno no puede andar mendigando un derecho, como es el de volver a la patria.

—¿Cuándo y por qué se vino a México?

—Estuve en Inglaterra durante tres años y medio en la Universidad de Oxford, Departamento de Anatomía. Allí trabajé especialmente escribiendo un libro. Se lo voy a mostrar. Tiene el mérito de que todos los dibujos son hechos por mí, a escala. Y se está vendiendo con éxito, es apreciado por los estudiantes. Escribí también otros dos libros que aún no se han publicado. Todos sobre anatomía del sistema nervioso, que es mi especialidad: anatomía del sistema nervioso central y periférico. El que ya se publicó se llama *Inervación Motora y Sensitiva de las Vísceras en sus Porciones Periférica y Central*. Lo escribí allá y lo terminé de revisar aquí. Pero en Inglaterra, por edad, tenía que terminar todo trabajo. Allá, llegada cierta edad, no se puede seguir trabajando. Además, se me terminaba la beca del World University Service, que fue generoso con los chilenos. En una oportunidad nos reunimos todos los chilenos becados por esa institución británica y llenamos un teatro. Eramos sobre 800 becados con dinero entregado por el gobierno laborista inglés. De eso hay que dejar constancia... También contribuyó a mi liberación la UNESCO. En mayo de 1975 me recibió su director general señor Amadou M'Bou, una gran persona. Le agradeci las gestiones que había hecho por mí y me respondió: "Tenemos la obligación de liberar a los profesores, profesionales, intelectuales y artistas chilenos, y tenemos además que garantizar que puedan seguir trabajando, estudiando, perfeccionándose, porque no podemos aceptar que todo ese capital de la humanidad, y sobre todo latinoamericano, que cuesta tanto formar, se pierda. Ese es el papel de UNESCO." Yo le pedí entonces por tres compañeros presos: Enrique Kirberg, Anibal Palma y Jorge Tapia.

Entonces, en mi presencia llamó a Chile e insistió dos veces más hasta que logró que le aseguraran, al menos, la libertad de dos de ellos: Enrique Kirberg y Jorge Tapia. Aníbal Palma no pudo salir entonces porque tenía una sentencia de la Corte Suprema por desacato, ya que no se había presentado a prestar unas declaraciones. Bueno, la libertad de dos de mis compañeros fue una emoción enorme. Y fue el director de la UNESCO quien lo hizo. En esa oportunidad había Consejo General del organismo internacional. Yo quería hablar, pero cuando quise hacerlo me encontré con que no había ninguna institución que patrocinara mi intervención porque las organizaciones no gubernamentales había ya inscrito a sus oradores. Me dijeron que presentara una solicitud a título personal. Lo hice y se aprobó por unanimidad. Hasta el delegado de Chile... Un hombre que me resulta penoso recordar porque había sido colega mío en el Consejo de Rectores de Chile, William Thayer. Incluso él se quedó callado y no pudo oponerse. Pues bien, hablé, denunciando lo que pasaba en Chile, especialmente en el aspecto educacional y cultural. Luego que intervine, el director de UNESCO me dice: míreme, estoy llorando... quiero que sepa que es la primera vez en 30 años que habla un particular en la UNESCO y esto es un honor para usted y para Chile.

La voz de Edgardo Enríquez se quiebra también en la emoción del recuerdo... El chalón con que su esposa le ha cubierto las piernas ha resbalado, pero él no se da cuenta, absorto como se ha quedado en sus pensamientos.

Yo le recuerdo que cuando llamé por teléfono a su casa para concertar la entrevista, me respondió una voz infantil, diciéndome que "el abuelo no está en casa, anda trabajando".

—Sí —me dice—, es nuestra nieta Javiera, hija de Miguel, a quien tenemos aquí con nosotros. Su madre había muerto antes, en un accidente, y cuando mataron a Miguel quedó huérfana, sola. Es una lindura de niña. También viven con nosotros nuestra hija Inés y sus dos hijos. Ella tuvo que salir de Chile. Hasta me la habían detenido, pero la dejaron en libertad el mismo día, por gestión de un militar que no conozco, pero que, al verla llegar detenida, la hizo poner en libertad de inmediato, bajo su responsabilidad. Hay algunos decentes también.

Luego, respondiendo a otra pregunta, Edgardo Enríquez habla de sus hijos.

—Tuve cuatro. Marco Antonio, Inés, Miguel y Edgardo. Miguel era médico y estaba formándose como cirujano. Fue mi alumno. Era un hombre de gran inteligencia. Edgardo es ingeniero civil. Está desaparecido desde abril de 1976. A él lo tomó la policía argentina y lo devolvió a Chile. Sobre esto tenemos hasta una declaración de Giscard D'Estaing, quien le escribió —debido a gestiones de un amigo común— al general Videla intercediendo por Edgardo. Videla le contestó diciéndole: "Ya fue despachado a Chile el 27 de abril. No puedo hacer nada por él." Por otra parte, el Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados, el Agha Khan, me dijo a mí personalmente, en Ginebra: "Edgardo Enríquez está en Chile, en Montemaravilla. Ahí está." Y el presidente de la Cruz Roja Internacional, con quien

también hablé, también me dijo lo mismo. Eso fue en septiembre de 1976. Pero la Junta lo niega. Nunca han dicho nada sobre él, no tenemos ninguna noticia...

Pero la ternura paterna del doctor Enríquez está viva y presente.

—Para hablar de mis hijos —nos dice— no soy imparcial. Ellos fueron, durante mucho tiempo, todo lo que yo tuve. Nunca me dediqué a hacer dinero. Mi dedicación eran mis clases, mi trabajo en la Universidad. Trabajé también en logias masónicas, en el Colegio Médico, pero mis hijos lo eran todo para mí. Los eduqué con la mayor amplitud que pueda darse a un muchacho. Les tenía una cuenta en la Librería Universitaria de Concepción para que sacaran los libros que necesitaran. Y yo mismo estaba siempre comprando libros. No novelitas. Libros importantes para su formación. ¡Ah! Y esa es otra cosa que yo sí tenía: una biblioteca grande, muchísimos libros. Allá están. Los tuvieron que enterrar. Los libros de mis hijos están enterrados en casas amigas, a dos metros bajo el suelo. Yo he dicho más de una vez que, así como en las guerras la gente enterraba joyas o dinero, nosotros, chilenos, escondíamos libros. Allá quedaron, aquí sólo conservo unos pocos, cosas mías, de medicina, en fin.

—Don Edgardo, si volviera a vivir su vida, ¿volvería a ser como fue?

—Fíjese que yo contesté esa pregunta cuando hice mi testamento, en Punta Arenas. Ya le dije que yo estaba muy mal y pedí testar. Cuando vino el abogado de la Marina, un capitán de fragata, auditor, me dijo: "Haga un borrador de su testamento." Era muy caballero él, de esos que se soban las manos y que toman cócteles. Hice un borrador, pero cuando me lo trajo de nuevo para que lo firmara, había modificado ese borrador, había hecho algo que nadie tiene derecho a hacer. Y ¿qué modificó en mi testamento ese canalla? Ahora viene la respuesta a su pregunta: eliminó de mi testamento algo que yo decía y que sostengo: "Yo, fulano de tal, en tal fecha, etc., etc., en este momento solemne declaro que, a pesar de cuanto me ha ocurrido, estoy orgulloso de haber dedicado mi vida a la medicina y a la enseñanza." Eso lo borró. Y usted me pregunta si volvería a hacer lo mismo. Sí. Volvería.

Cuando le pregunto a Edgardo Enríquez, masón, sobre la masonería chilena, nos responde con firmeza: —Sobre eso ya di una opinión hace tiempo. Escribí una carta al Serenísimo Gran Maestro y al Soberano Comendador de las Logias Masónicas de Chile. Eran, respectivamente, René García Valenzuela y Pedro Castelblanco. Fue una carta muy respetuosa, masónica. Y, como masón, les decía: "yo no he podido obtener una respuesta que me satisfaga y en estas condiciones, colocado en la posición que corresponde a un masón, entre columnas, mirando al Oriente, parado sobre el Mosaico, les pregunto a ustedes si es efectivo que la masonería chilena no ha hecho nada por devolver la democracia a nuestro país. Nada me agradaría más que poder desmentir a los que me dicen que ustedes están persiguiendo a los masones que buscan la libertad..." Jamás contestaron mi carta pero me expulsaron de la masonería en la forma más cobarde que usted pueda imaginar, porque nunca me lo dijeron. Supe, por terceras

personas, que habían publicado la pérdida de mi calidad masónica. O sea, René García Valenzuela y Pedro Castelblanco —a ellos sí que los nombro— son unos cobardes. Falsos masones. Y la autorizo para que lo diga. Yo he sido masón durante más de 40 años. Había sido nada menos que delegado del Serenísimo Gran Maestro en las provincias de Concepción y Arauco durante siete años; ex-Venerable Maestro. Aquí sí estoy trabajando en Logia. He subido, ya soy grado treinta y dos. Por eso le digo que la masonería chilena ha sido traicionada y no ha podido jugar el papel que le corresponde, por esos malos masones.

Preguntamos al doctor Enríquez, profesor de toda una vida, rector universitario, si tiene idea de cuántos médicos chilenos que ejercen actualmente son ex-alumnos suyos.

—La verdad es que no podría darle una cifra, pero le puedo asegurar que donde quiera que voy, y he ido a muchas partes, he encontrado a ex-alumnos míos. Como profesor, he tenido la satisfacción de saber que me recuerdan con gratitud, estimación y respeto. Pero usted tiene que pensar que yo empecé a trabajar en la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción, como instructor, en 1936. Llegué a ser director del Departamento como profesor titular de Anatomía. Porque antiguamente había un sistema en Chile en que había un solo profesor titular por Facultad, en Concepción. Así que, entonces, el profesor de Anatomía era el doctor Enrique Solervicens, que había sido mi maestro. Cuando él murió, subí yo, en 1961. Yo era, además, profesor en las Escuelas de Farmacia, Enfermería, Pedagogía y Odontología desde 1944. Y desde 1936 hasta 1973 van algunos años. Yo fui declarado cesante de la Universidad en marzo de 1974. Entonces era "rector" de la Universidad, el que había sido ecónomo del Hogar de Estudiantes, Guillermo González Bastías. El me declaró vacante el cargo *por no haberme presentado a mi trabajo...*

—Pero, usted estaba detenido.

—Claro, yo estaba preso, y él lo sabía...

—Don Edgardo, ¿qué les diría a sus ex-alumnos que están actualmente en Chile?

Responde como reflexionando: —Sí, tendría mucho que decirles. Lástima que me pilla un poco de improviso y no quiero ser ligero en mis juicios. Tal vez les recordaría que en mis largos años de docencia, jamás dejé de hacer clases. Siendo rector, reuní todas mis horas en un día a la semana y ese día las hacía. Después, como ministro, iba todos los miércoles a Concepción para dar clases. Nunca las dejé y yo diría que en todos esos años contribuí a formar muchos médicos, miles diría yo, muchos dentistas, farmacéuticos, enfermeras, obstetras, pedagogos en Biología y Química. Sé que la inmensa mayoría de ellos cumplieron y cumplen con los postulados de la ciencia, de la medicina, de la Universidad. Pero, al lado de esa mayoría, hemos tenido la desgracia de saber que algunos profesionales de la medicina se han puesto al servicio de la Junta, muchos de ellos pudieran no haberse atrevido a rechazarla, uno no puede pedirles a todos que sean heroicos. Pero, incluso, algunos se prestaron como torturadores. Esos pocos no importan. Desaparecerán sus nombres. Pero a los médicos,

a los jóvenes que sigan comportándose como universitarios, sosteniendo los valores de la Universidad, les digo que no pierdan la fe, la esperanza, que no se dejen amilanar por unos pocos malos individuos, por los cobardes, por los hipócritas... Algo de eso escribí en el prólogo del libro que publiqué...

Y en verdad, en el prólogo con que Edgardo Enríquez Frödden inicia su libro para médicos y estudiantes de medicina, hay un mensaje profundo que va mucho más allá de ese público. En él, su autor agradece a todos quienes contribuyeron primero a liberarlo de la cárcel fascista y luego a publicar el libro. Esa gratitud alcanza a muchas personalidades, instituciones, organismos internacionales y entidades solidarias de Chile y del mundo. Pero trasciende más allá. He aquí algunos de sus párrafos:

"Al terminar este libro que entrego a los estudiantes de medicina latinoamericanos, para facilitarles el estudio de una materia difícil y compleja pero de tanta importancia y tan apasionante, debo dirigir unas palabras de reconocimiento a quienes han contribuido a su preparación y redacción.

"En toda obra o acción humanas, aun en aquellas que pudieran creerse absolutamente personales, intervienen numerosas personas y factores. Esta intervención puede ser positiva o negativa. Para mí, todas, incluso las negativas, han contribuido directa o indirectamente a la realización de esas obras o acciones.

"Cuando se tiene la edad a que yo he llegado, es sumamente larga la lista de quienes han apoyado y de esos otros que, con su crítica y su actuar negativo, han ayudado, no obstante, a enmendar errores, a redoblar esfuerzos para vencer los obstáculos que, en forma deliberada o no, habían colocado.

"Este era mi pensamiento hasta el 11 de septiembre de 1973. Por tanto, estaba agradecido de mis amigos y de mis opositores.

"Después de esa fecha, he conocido una nueva calidad de sujetos. En ellos presiden la crueldad, la maldad, la hipocresía, la mentira. Había leído sobre ellos y, como médico y profesor, había conocido algunos ejemplares que estimaba patológicos y, por fortuna, sumamente escasos.

"Estaba equivocado. Es que muchas personas con las cuales hemos estado tratando por años, han estado en verdad ocultando por años sus viciosas e innobles condiciones. Basta que el ambiente se demuestre propicio y seguro para que se quiten la careta y se transformen en bestias. En mi persona, en mi familia, en mi profesión, en las instituciones a las que dediqué prácticamente toda mi vida, he sufrido la morbosa acción de estos individuos. No puedo estar agradecido de ellos. Tampoco deseo odiarlos. Hacerlo significaría reconocer que me he dejado contaminar por ellos. Me limito a compadecerlos. A despreciarlos. A olvidar sus nombres y sus caras. Tampoco quiero recordar que atendí como médico y que incluso salvé la vida a algunos de esos verdugos. Ojalá puedan perdonármelo sus víctimas inocentes."

Fue el propio Edgardo Enríquez Frödden quien leyó para nosotros estos párrafos y la impresionante lista de gentes a quienes dedica su libro, con gratitud. Una lista que va desde la maestra de sus primeras letras, desde sus padres y familiares, hasta las más impor-

tantes instituciones internacionales. Y cuando, antes de despedirnos de nuestro entrevistado, le preguntamos si volveremos a Chile, nos responde con profunda convicción:

—¡Volveremos! Hay gente valerosa en Chile que está luchando. Nuestra fe, nuestra confianza en esa lucha es una manera de estar junto a ellos. Estoy seguro de que volveremos...

LAS VENTAJAS DE ESTAR CESANTE

Periodista: La cesantía no sólo significa un desmejoramiento económico del grupo familiar, sino también —según lo aseguran estudios de la Iglesia— un deterioro de la familia. ¿Socialmente, éste es un problema irreversible?

Entrevistada: Hay situaciones bien curiosas. En los estratos de clase media, la rebaja de ingresos en la familia, a veces ha contribuido a una integración. Hay una aceptación, los hijos han sido más comprensivos frente a los padres...

(Mercedes Ezquerro, la primera mujer miembro del Consejo de Estado, en entrevista de *Las Últimas Noticias*, 9-X-83).





Foto FERNANDO ORELLANA

El muralismo chileno

Comunicación y arte populares

CARLOS H. LEON

La descripción de una obra pictórica presenta ciertas dificultades. Desde luego, la descripción lingüística no es sino una trasmutación o transformación de un conjunto visual a un conjunto lingüístico. Este discurso primero sobre la obra pictórica constituye la primera relación y también la primera impresión casi espontánea que la imagen provoca en el espectador. A menudo, cuando se interrogan más a fondo las imágenes, se descubre que aquello que Eliseo Verón llama "las condiciones de producción" del mundo que nos rodea, es decir, el conjunto de influencias de las cuales la descripción especifica las condiciones determinantes en las cuales un discurso, un producto, etc., es creado, distribuido y consumido, demuestran la existencia de una multiplicidad de inversiones de todo tipo que transforman, de cierta manera, esta primera percepción de la obra de arte¹.

En el caso de la pintura mural chilena, dos factores pueden facilitarnos la tarea.

Primeramente, la mayoría de los murales estaban acompañados de un texto, lo que nos entrega el sentido particular y primario del conjunto pictórico.

El segundo factor refiere a las condiciones históricas y sociales que determinaron la aparición de este género de arte colectivo. En efecto, las transformaciones profundas de la sociedad chilena comenzadas por el gobierno de la Unidad Popular, la explosión cultural que se

¹ Véase Eliseo Verón, "Sémiosis de l'idéologie et du pouvoir", en *Communications*, Seuil, N.º 28, 1978.

produjo paralelamente y la toma de conciencia política, generaron una dinámica social muy rica que agudizó la confrontación con la clase dominante. Sin embargo, en este contexto, las masas populares no disponían de medios de expresión propios. La pintura mural constituyó, pues, una forma de expresión popular gracias a la cual grupos anónimos participaron también en la creación artística, dando testimonio al mismo tiempo de su compromiso con el nuevo proceso social. Podemos concluir entonces que aquél que se expresa en la pintura mural es el pueblo y que el sujeto de la representación es Chile.

A diferencia de un cuadro, la pintura mural no constituye principalmente un objeto de placer sino un objeto de conocimiento, un mensaje, un medio de comunicación, soporte de la conceptualización de los problemas cotidianos. Esto no significa necesariamente que la lectura de un mural pueda determinarse fácilmente. Como toda obra de arte, admite varias lecturas conexas a partir del entrelazamiento de sentido que expresan su referente textual o social y la pintura misma, es decir, lo visible. Así, es posible considerar el conjunto de la pintura mural como productora de relatos diferentes y cuya raíz referencial sería la misma: el pueblo chileno. El es, en efecto, el sujeto explícito o implícito de todo el muralismo chileno, él es su *actuante* y aunque los actores o los temas pudieran cambiar según las necesidades de los sujetos abordados, jamás la pintura mural personificó en un individuo un tema o una característica importante. Ni los personajes más importantes de la vida política, cultural, artística o histórica, ni un grupo particular de individuos, fueron el objeto principal de una pintura mural. Los héroes individuales no existían. Como en el cine de Eisenstein, el héroe era la colectividad.

Estos factores tomados en consideración, nos parece de todas maneras, muy arriesgado el separar la descripción de la interpretación en una obra de arte, puesto que la descripción constituye desde ya una primera interpretación o una primera lectura, que abre a su vez, la posibilidad a una multiplicidad de lecturas diversas. La descripción no puede limitarse a establecer los límites empíricos y "objetivos" de la obra de arte a partir de los cuales podrían construirse las fases de análisis interpretativos.

Tratemos, por ejemplo, de describir desde un punto de vista lingüístico la obra que muestra la fig. N.º 1.

El mural nos muestra en primer plano una mujer con una rodilla en tierra abrazando un ramo vegetal. En segundo plano, los rostros estilizados de dos mineros y dos mujeres en una especie de entrelazamiento en el que las líneas superiores forman la bandera chilena. Estas líneas se convierten luego en la montaña. Los cabellos de la mujer se integran también al paisaje montañoso. La silueta de una fábrica completa el segundo plano. La mujer en primer plano aparece algo "despegada" del resto del conjunto (desde el punto de vista pictórico). Hay predominancia del rojo y de sus degradaciones. En la parte superior del mural, un texto: "... Y habrá trabajo para todos".

A la lectura de esta descripción lingüística, podemos constatar al menos tres cosas importantes: desde luego, existe una prioridad en el

HABRA TRABAJO PARA TODOS.



Fig. N.º 1

orden del recorrido visual de la imagen, lo que constituye una primera lectura significativa. En seguida, la pintura admite un número ilimitado de descripciones lingüísticas diferentes. En fin, esta descripción lingüística puede aplicarse teóricamente a un número ilimitado de pinturas diferentes.

A propósito de la problemática presentada por el primer discurso referido a una obra de arte y su relación de aparente inocencia, Louis Marín se interroga acerca de la posibilidad de descubrir un sistema que constituiría la "estructura" del cuadro a partir del conjunto articulado de sus lecturas sucesivas².

Hemos dicho que la pintura mural chilena muestra actores anónimos representando un sujeto principal: Chile, en tanto que entidad histórica y geográfica, pero sobre todo en tanto que entidad social. Es decir, que ella representa los personajes situados fuera de la pintura, quienes a su vez, se ven representados en el mural.

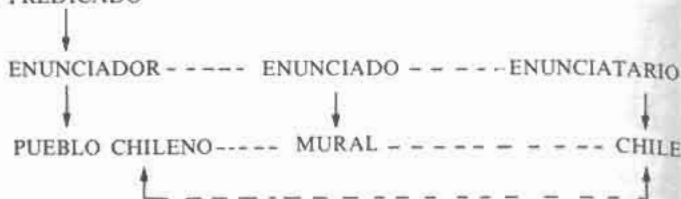
Un resumen esquemático de la representación pictórica descrita más arriba, podría articularse así:



² Véase Louis Marín, "La description de l'image: à propos d'un paysage de Pous-sin", en *Communications*, N.º 28.

Enseguida, el Orden de Representación sería el siguiente:

FIGURA = PREDICADO



Nosotros creemos que este Orden de Representación puede aplicarse al conjunto de la pintura mural chilena.

Tratemos entonces de reconstituir el principio organizador que guió la elección y la disposición de los elementos fundamentales de la pintura mural chilena.

— Una necesidad colectiva de expresarse, de representarse a sí mismo y a la colectividad al mismo tiempo, cosas indisociables en el momento histórico en el que estas manifestaciones se producían. En efecto, a través de un largo proceso socio-histórico, una parte importante de la sociedad chilena, formada mayoritariamente de trabajadores, estudiantes y artistas, había comprendido que su participación en el proceso social debía ser dinámica y activa y que los objetivos de sus acciones debían manifestarse y evolucionar con aquellos del conjunto de la colectividad. En este contexto, la pintura mural expresa la concepción de un arte masivo y combatiente, participante activo en la lucha por una sociedad nueva.

— Como contrapartida a los medios tradicionales de comunicación de masas que, controlados por los grupos económicos de la burguesía, vehiculaban las ideas reaccionarias ignorando o deformando las transformaciones profundas que se producían en el seno de la sociedad chilena. Por otra parte, hay que hacer notar que los medios de información controlados por el gobierno y por la izquierda en general, se quedaron sin evolucionar con la velocidad que el momento histórico exigía, encerrados en los cánones de los antiguos modelos impuestos por la estructura de comunicaciones burguesa, descuidando a menudo la participación de las masas.

Perfil socio-semiótico

Hoy sabemos que el análisis de una imagen no puede hacerse partiendo de una práctica que intente representar la realidad reproduciendo las condiciones y el proceso sensorial de la visión. Así, toda imagen es pertinente en cuanto es comprendida en su fondo ideológico, es decir, en su relación institucional con las condiciones de producción que la generan.

La pintura mural chilena constituye la representación de un corpus en el que el problema de la superdeterminación significante-histórica se articula con las condiciones de producción de la sociedad y, en este contexto, no puede ser analizada en su especificidad figurativa sino en relación con su "economía semiótica significativa"³.

En el muralismo chileno no es posible definir un estilo propio. Si existe un estilo, podría definirse como un híbrido de una multiplicidad de influencias relativamente fáciles de reconocer: Picasso, el arte pop, los posters europeos y, sobre todo, Rivera y Siqueiros, y también el arte precolombiano. El muralismo chileno supo amalgamar, en una expresión pictórica simple y sin retórica, la fuerza compacta y granítica de Rivera, el dinamismo de Siqueiros, el surrealismo de Matta y la monumentalidad del arte precolombiano a través de las imágenes más simples y universales: flores, manos, rostros, hojas, piedras, estrellas, siluetas de fábricas. Imágenes que sugieren la paz, la solidaridad y el trabajo colectivo. Los rasgos estilísticos y los contenidos objetivados en la pintura mural dan testimonio de una misma experiencia humana, de un mismo espacio, de una misma concepción del tiempo.

El mundo de este arte colectivo es un mundo externo, abierto, en el cual la obra dialoga con el espectador sobre los temas más importantes de la realidad chilena de la época. Esta apertura se expresa también en el hecho que la pintura mural es limitada solamente por la superficie material que utiliza; no existe enmarcación. Podríamos afirmar que existe incluso una voluntad semántica de no establecer límites entre la pintura y lo que está fuera de ella, entre la obra de arte, el espectador y el medio ambiente, que constituyen finalmente el sujeto de la figuración. El mural se alza en un lugar abierto y público. El engloba a los pasantes en un espacio visual que se impone a la mirada representando una forma de la vida cotidiana de la ciudad o del campo. Su mundo se integra a la actividad humana de todos los días.

Hay que hacer notar que la pintura mural es figurativa y también textual. En este sentido, se acerca al afiche en tanto constituye un mecanismo de la cultura de masas que, con parecidos elementos, intenta persuadir secretamente al observador de lo bien fundado de sus juicios y de sus acciones. De esta manera, el mural nos propone una frase, un tema, una afirmación, una evocación, etc., que crea una especie de tejido de motivaciones en el subconsciente del espectador. La gran imagen fija del mural favorece un impacto y un estímulo en la memoria del observador. Esta imagen se presenta como un estímulo fuerte, acompañada habitualmente de un estímulo débil: el texto.

Es la imagen, entonces, la encargada de atraer la atención por el color y por el dinamismo de su composición. La estructura icónica⁴ con su carácter discontinuo, no lineal, exige del individuo un compro-

³ Véase J. L. Schefer, "L'image: le sens investi", en *Communications*, N.º 15.

⁴ El conjunto gráfico figurativo que tiene relación de analogía con el referente. Es la unidad significativa del lenguaje-imagen. Prieto y Eco hablarían de "signos".

miso, una inmersión profunda que llama a participar activamente en la elaboración misma del mensaje. Por su parte, el texto tiene por función el focalizar el conjunto de los rasgos distintivos y de los valores inducidos por la imagen; en suma, podemos afirmar que el texto "amplifica" el mensaje principal.

La semántica pictórica del mural está centrada en la totalidad y no en el detalle. Esta característica traduce una voluntad de mostrar y de promover acciones y movimientos de masa, no individuales, de seres humanos de todas las condiciones.

Una serie de elementos nos informa acerca de la identidad de los actores. Es el *orden de los atributos*. Estos atributos (banderas, herramientas, sombreros, etc.), tienen por función el poner de relieve los diferentes cuerpos de la nación, reunidos para formar un todo que participe en una misma acción, en una misma voluntad. Bajo este aspecto, la pintura mural constituye una imagen unificada que condensa vastas regiones de la experiencia de la sociedad chilena y que expresa la voluntad de realizar una síntesis común y colectiva de esta experiencia. Es lo que nos sugiere, por ejemplo, la utilización constante de algunos procedimientos que conciernen a la *topología pictórica*, como el encadenamiento y la contigüidad de las figuras.

El juego de oposiciones frontalidad/lateralidad constituye otro elemento importante en la figuración del muralismo chileno. Se trata, ciertamente, de una característica tomada del arte precolombiano. La frontalidad marca una actitud de seguridad, de audacia, de franqueza, mientras que la lateralidad marca un movimiento de traslación: la marcha adelante⁵.

La otra característica fundamental y común al conjunto de la pintura mural chilena es su monumentalidad, que tiene sus raíces, seguramente, en la pintura mural mexicana y también en el arte incaico.

El lenguaje plástico de los murales es monumental si se consideran sus dimensiones espaciales reales y también la figuración metafórica de los elementos de la naturaleza y de lo humano que son representados en ellos. Es así como la figuración humana toma formas gigantes, duras, angulosas, masivas. El detalle es superado por el todo. Aquello que es mostrado y valorizado es lo esencial. Esta característica se encuentra acentuada por la utilización constante de ciertas formas o de ciertos elementos de la naturaleza, como las piedras, las rocas, las montañas, etc. Incluso, la figura humana nos recuerda a menudo las estatuas de piedra. Entonces, a la monumentalidad de origen mexicano e incaico, vendría a agregarse este otro elemento que llamaremos *telúrico*, propio a la naturaleza geográfica del país. La utilización del color contribuye también a subrayar este aspecto monumental y telúrico del muralismo chileno. En efecto, los colores son puros, raramente degradados y enmarcados por una línea negra. Este último procedimiento, que confiere al muralismo chileno una

⁵ Habría que distinguir aquí este juego de oposiciones frontalidad/lateralidad, con aquél de la escultura y de la pintura arcaica de Egipto o Mesopotamia, en el que estos rasgos marcan una actitud de dominación.

parte importante de su fuerza, fue inspirado, probablemente, por el *Constructivismo* de la escuela soviética de los años veinte⁶.

Las funciones de la pintura mural

En el Chile de la Unidad Popular, las funciones de la pintura mural eran mucho más complejas de lo que pudiera parecer a primera vista. Esta técnica particular de expresión artística y de estrategia informativa e ideológica se diferencia del afiche comercial tomando, sin embargo, algunas de sus características. Así, si el afiche promueve los objetos de consumo, el mural muestra un sujeto social. Es la diferencia ideológica fundamental, pues, como el afiche, la pintura mural nos propone, más que una descripción o una explicación de las características del sujeto, una fuerza destinada a alcanzar el imaginario inconsciente recurriendo a la imaginación creadora del observador, para hacerlo participar, de esta manera, a la evolución del proceso social propuesto por el mensaje de la figuración pictórica. En esta óptica, el mural se dirige a la sensibilidad completa del individuo, y por su carácter repetitivo en el espacio y en el tiempo, constituye un mensaje cultural e ideológico que busca transformar progresivamente la sensibilidad y la percepción del medio ambiente, y esto de manera imperceptible. Definamos entonces las tres funciones principales de la pintura mural chilena:

Función artística

La pintura mural fue un medio de expresión plástico que constituyó también un elemento de decoración urbana. Ella dio acceso a la expresión artística a numerosos grupos de trabajadores, de artistas y de estudiantes en una época en la que, a pesar de una política mal planificada en el campo de las comunicaciones de masa, el potente movimiento socio-político que sacudía Chile incitaba a la creación artística, a la aparición de nuevas formas y al desarrollo y perfeccionamiento de las ya existentes.

Función de creación y de participación

Una de las cualidades de la pintura mural reside en su capacidad para sugerir un cierto número de ideas que van más allá de la simple traducción pictórica del texto lingüístico, con la ayuda de una simbología más o menos rica. La imagen hace un llamado a la imaginación creadora del observador. Los *icones*⁷ forman así *imágenes en profundidad* que buscan movilizar la psiquis del individuo a través de la traducción original de una experiencia humana colectiva.

La búsqueda de medios de expresión artística y de comunicación propios y originales que pudieran permitir el acceso de los grupos

⁶ Doctrina estética formulada en Rusia en 1920. En oposición a la escultura tradicional de masa, una escultura de vacío, mantenida por una estructura de líneas y de planos.

⁷ Signo en el cual existe una analogía formal con el referente (C. S. Peirce).

populares a la participación y a la creación de un arte exterior, abierto, visible a todos, se encuentra en la base del desarrollo del muralismo chileno del período de la Unidad Popular.

En este contexto, la pintura mural constituye un verdadero proceso de educación, de socialización y de integración, que invita a la participación intensa del observador para descifrar ese mosaico de elementos discontinuos, de formas potentes y de acción en la sustancia visual.

Función de información y de convicción ideológica

Hemos dicho que el muralismo chileno representa un medio de comunicación de masas y, como tal, una especie de contrapartida popular a los medios tradicionales de información controlados por el poder económico de grupos minoritarios. Con este propósito, la figura mural busca el unir un emisor a un receptor para mostrarle una realidad y una ideología particulares, sirviéndose de una iconicidad muy rica y polisemiótica, completada generalmente por un texto que contribuye a descifrar el mensaje, creando así una redundancia que asegura una comprensión adecuada de la estructura semántica. La persuasión ideológica hace intervenir un vasto repertorio de significaciones emotivas y simbólicas al interior de una imagen cálida y unificada que pretende influenciar la psiquis del observador para producir un cierto número de sentimientos complejos, como el deseo de participar en el proceso al mismo tiempo de hacerse una imagen ideal de sí mismo a través de esta mutación emisor/receptor presente en la figuración de la pintura mural. En este mismo sentido, el texto viene a doblar el mensaje icónico y expresa, generalmente, una convicción:

"... Y habrá trabajo para todos"

"... Y no habrá angustias para nacer"

"El pueblo construye su patria nueva"

"El pueblo unido jamás será vencido".

Esta fórmula se opone a los procedimientos habituales de la propaganda comercial en la que el texto expresa una orden: "Beba Coca-Cola", una amenaza: "A cualquiera le puede suceder... Compre nuestro detector de incendios", un argumento técnico: "El jabón Copito contiene clorofila", etc.

La función de convicción ideológica puede ser comprendida y valorada por su rechazo a presentar un mundo utópico en el cual la publicidad comercial propone una definición mecanicista e individualista del bienestar, presentando como remedio a cada problema de la vida cotidiana un objeto de consumo.

La pintura mural presenta, al contrario, un mundo real, más duro pero más humano, que exalta los valores del trabajo colectivo, de la solidaridad, de la integración de lo humano y de la naturaleza; en suma, la construcción de un nuevo modo de vida sin fórmulas ni objetos mágicos, basada simple y hermosamente en una sociedad más justa.



Foto FERNANDO ORELLANA

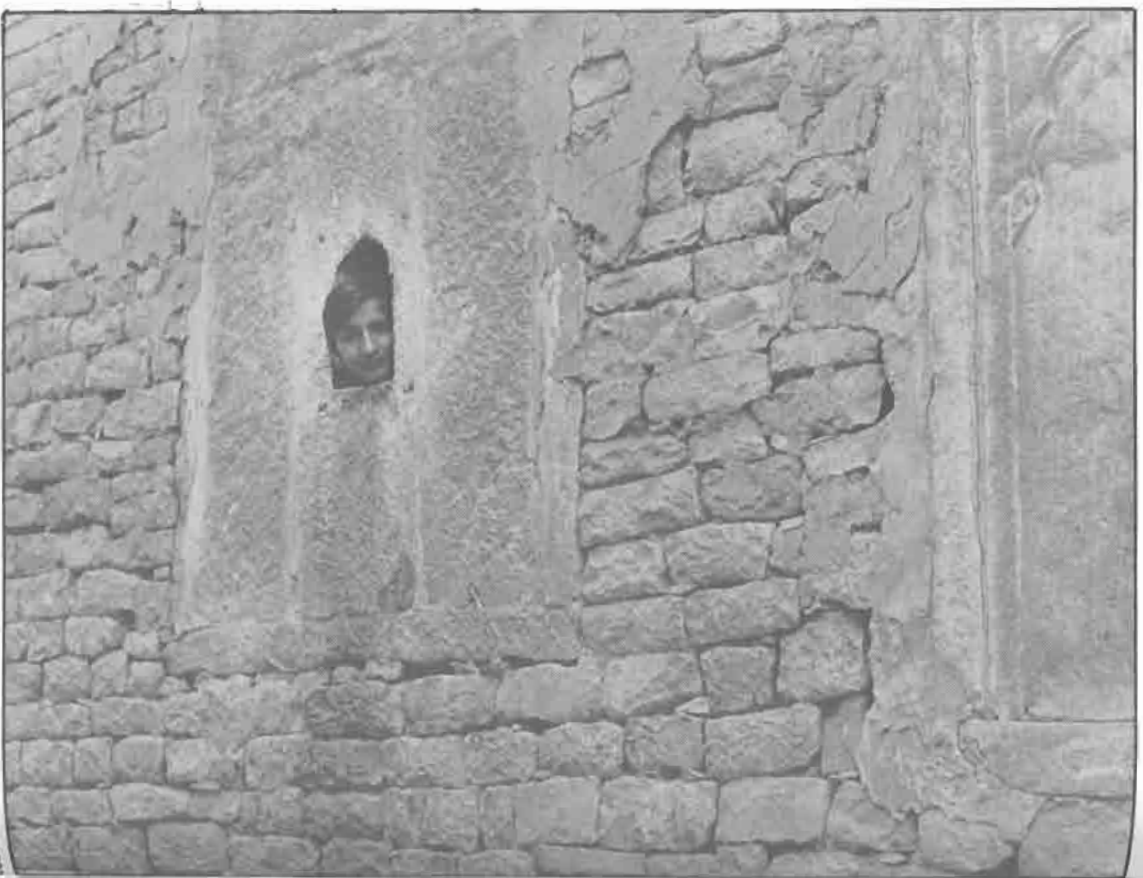


Foto ENRIQUE CERDÀ

Gardel, el tango y los peregrinos del exilio

OSVALDO RODRIGUEZ

"Su imagen no sólo quedó fijada entre sus coetáneos, sino que se propagó a quienes nacieron luego de su muerte."

(Carlos Ossa, en "Gardel, ¿un fantasma del viejo pasado?", *Araucaria*, N.º 13, p. 144.)

Sinceramente no recuerdo cuándo escuché a Gardel por primera vez, pero dudo que haya sido en la radio. Uno de mis tíos tenía en casa una buena colección de discos del cantor argentino, aunque no tan buena como la del gordo Leigh, mi compañero de colegio. Eran los tiempos en que la radio dedicaba más espacio a Alberto Castillo o a orquestas como las de Francisco Canaro u Osvaldo Pugliese y, por lo demás, no era una época en que uno se lo pasase pegado al receptor. Eso sí, aquélla era la preocupación predilecta de las empleadas de la casa y, así, fueron ellas las que me enseñaron a cantar una de las primeras canciones en castellano (y por suerte): "Máma vieja", del repertorio del argentino Antonio Tormo, y si a alguien le resulta extraña esta afirmación de "una de las primeras canciones en castellano", se aclarará de inmediato que debido a una tradición de educación "a la inglesa", no era raro que cantásemos primero cosas como:

*One, little two, little three, little indians,
four, little five, little six, little indians...*

que canciones que correspondiesen más a nuestra idiosincrasia como aquella zamba que acabo de nombrar y que dice:

*cuando salí del pago
le dije adiós con la mano
y se quedó Máma vieja
muy triste en la puerta'el rancho...*

Todo esto ocurría en Playa Ancha, uno de los barrios al sur de Valparaíso, Chile, en 1955.

Se podrá poner en duda la pretendida exactitud de la fecha, pero es probable que, haciendo un esfuerzo de memoria, llegase yo hasta precisar la estación de año. Ocurre que fue el tiempo en que me enamoré más o menos por primera vez, y esto sí que tiene que ver con el tango, puesto que aquella delgada muchacha, a quien no podía mirar sin que una sombra de tragedia me sacudiese por dentro, a las pocas semanas era la novia de mi mejor amigo, quien resultó mucho menos tímido que yo en conquistarla.

En todo esto las casualidades juegan un papel destacado y, en este caso, debo nombrar el viaje de estudios de uno de mis compañeros, el gordo Leigh, quien se fue a la Argentina y volvió con una pequeña colección de tangos de Gardel. Como dio la casualidad que el gordo era hermano de aquél que me robó la primera polola, el que comenzó a alimentar de música mis primeros amargos amores juveniles fue justamente "El Zorzal criollo".

Mafalda se llamaba aquella primera "pebeta de barrio" y ni siquiera la genialidad de Quino y sus tiras cómico-filosófico-sociales, han logrado desplazarla del recuerdo. No, no era en aquel tiempo ni nunca creo haya sido, una pequeñuela de pelo enredado y una actitud crítica chaplinesca ante la existencia; no, era más bien todo lo contrario: una delgada figura con rostro de Botticelli, que nunca me miró más de dos segundos seguidos y que, por consiguiente, calzaba con exactitud en los esquemas trágico-románticos de las letras de las canciones escritas por ese periodista y poeta brasileiro que por suerte se enamoró de Buenos Aires y se quedó allí por los años 20 escribiendo en castellano no mejor que en portugués: Alfredo Le Pera¹.

Después vinieron otros amores y, naturalmente, otros tangos para ilustrarlos o, mejor dicho, para consolarme. Esto ocurría más exactamente a partir de los años 60. No hace mucho escuché una breve conferencia de Mario Vargas Llosa en que hablaba de la poesía amorosa de Pablo Neruda diciendo que sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* sirvieron a lo menos a dos generaciones de jóvenes para enamorarse. Tiene razón Vargas Llosa, pero también habría que incluir a Alfredo Le Pera y a los demás letristas de los tangos y canciones que cantaba Gardel, porque *El día que me quieras*, por ejemplo, no sólo fue un himno, fue una obsesión, una declaración de amor, de principios o de fin, o una manera de llorar a lágrima viva, pero cantando, una de las derrotas en las guerras del corazón:

¹ Véase Carlos Ossa, art. citado.

*Al viento las campanas
dirán que ya eres mía
y locas las fontanas
me contarán tu amor...*

La opción por el tango fue acaso una opción de tipo moral o acaso un germen de rebeldía que ya algo tenía que ver con nuestra lucha contra el imperialismo cultural².

En aquel tiempo los jóvenes de mi generación y estatus social éramos, en Valparaíso, en general, alumnos de los colegios británicos: ese negocio pseudo pedagógico inventado por los ingleses, en donde se nos mal educaba especialmente con respecto a nuestra historia, pero en donde estábamos obligados a aprender a hablar correcto inglés. Esta anglicidad obligada, si se me permite la palabra, tenía las ventajas de hacernos comprender las rebuscadas letras de las canciones de Bing Crosby o Frank Sinatra, de manera que pretendíamos enamorar a nuestras muchachas cantándoles al oído linduras de la calidad de:

*Feary tales can come true
it can happend to you
if you are young at heart...*

Pero nuestro colegio no era mixto, de manera que muchas de esas pololas no entendían un carajo de qué se trataba. Entonces vino esa opción: de alguna manera vislumbramos que se podía cantar también en castellano y que aquellas letras de Gardel, aparentemente anacrónicas, eran capaces de ilustrar, eficaces, la tragedia de cada uno:

*Fue conciencia pura que perdí tu amor,
nada más que por salvarte,
hoy me odiás y yo feliz,
me arrinconó pa' llorarte...*

Y aunque en general no había tal "conciencia pura", es decir, éramos simple y llanamente abandonados, era bueno consolarse con aquella canción o bien imaginar la situación contraria y la sorda venganza cantando a toda voz en los parques de noche o a la salida de los bares de amanecida:

*Volvió una noche, no la esperaba,
había en su rostro tanta ansiedad,
que tuve pena de recordarle
su felonía y su crueldad...*

Pero aquello fueron los comienzos, y se trata de explicar en este breve artículo cómo fue que el tango se nos fue quedando pegado al repertorio para siempre.

² Véase el artículo de Gina Cánepa: "La Canción de lucha de Violeta Parra y su ubicación en el complejo cultural chileno entre los años 1960 y 1973", en NOK 48. Noter og Kommentarer. FRA Romansk Institut Odense, 1981.

Naturalmente no pudimos encontrar en el repertorio de Gardel y sus coetáneos las canciones de protesta social que necesitábamos en nuestra lucha estudiantil, lucha que acompañaba las reivindicaciones obreras a partir de los años 60. Entonces fueron Violeta Parra y Atahualpa Yupanqui quienes nos dieron de cantar con sus claros repertorios de denuncia. Pero nadie enamora a nadie cantándole "Las preguntitas al Tata Dios" o "Hace falta un guerrillero". Fue así como Gardel, el "Zorzal criollo", se quedó en nuestra memoria y en nuestra preferencia con un repertorio que daba para todo: desde la gran guerra europea en "Silencio en la noche" hasta la visión torturada de la traidora polola sin consuelo, cuando queríamos morir y verla asistir a nuestro propio entierro para luego cantar con una lágrima en la garganta:

*sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando,
su boca que era mía ya no me besa más...*

Y a pesar de que Vallejo ya había escrito toda su obra y muerto en París con aguacero, preferíamos imaginar una bohemia pobre en la Ciudad Luz cantando por las calles:

*Tira'o por la vida
de errante bohemio
estoy, Buenos Aires,
anclao en París...*

Estábamos muy lejos de pensar entonces que veinte años más tarde estaríamos tomando las primeras notas de este escrito en Praga, capital de Bohemia, ni mucho menos que habríamos de haber pasado ya por la oportunidad de estar de veras en la pobreza de París, contemplando la misma nieve de aquel tango que cae sobre el mismo boulevard y las mismas luces que de veras parecen pupilas de extraño mirar.

En 1966 tuve la oportunidad de salir por primera vez de Chile. Se trataba de un viaje musical, iba yo al Brasil acompañando una exposición de la cultura chilena y llevaba el encargo de mostrar una película sobre Violeta Parra filmada en Ginebra (la proyección la realicé en el Museo de la Imagen y el Sonido). El viaje no sólo respondía a ese motivo; entre otros, había el encargo de la propia Violeta de entregar un regalo al poeta Thiago de Mello (tanguero, también, y autor junto a otras personalidades de la poesía, de un tango en broma contra Rubén Darío, cantado en La Habana con ocasión de un congreso de homenaje al gran poeta nicaragüense) y, finalmente, la invitación de conocer al cantor Dorival Caymmi, a quien le canté varios tangos, ya que conocía perfectamente el nombre de Carlos Gardel a pesar de no haber estado nunca en la Argentina.

Pero acaso lo más importante de este viaje es que hacía escala de varios días en Buenos Aires. Traté allí, sin éxito, de perseguir la sombra de Gardel. Inútil tratar de encontrarlo en la Plaza Once o hacia el Mercado del Abasto (en donde está su peor retrato en mayo-

lica), ni siquiera en el Caminito ni en los mil colores de Quinquela Martín en La Boca; inútil, se me había quedado para siempre enredado en los rosales del Jardín San Pedro en Playa Ancha, en el aroma del jazmín de la casa de mi madre, en los atardeceres de las tanguerías de Valparaíso.

Porque en Chile son muchas las cosas que hemos importado desde la Argentina, no sólo el tango. En 1965 se inició en mi país el movimiento de las Peñas. ¿Qué es una peña? Naturalmente el término es español y viene de las "peñas literarias", pero creo poder afirmar, sin cometer una falta histórica grave, que la verdadera "peña" a la manera musical, nació en la Argentina: desde allí nos vino esa manera de cantar en un ambiente familiar con un poco de vino y mucha amistad, de manera de pasar luego la guitarra entre los asistentes para que cualquiera de entre el público cantase.

La primera Peña Folklórica de Valparaíso fue fundada el 20 de agosto de 1965 en una calle que aún debe llamarse subida Ecuador, y esto tiene que ver algo con el tango. En primer lugar, el restaurante que allí había tenía un nombre de reminiscencias transandinas: "La porteñita". El nombre se refería por cierto a las pobladoras de Valparaíso, pero no olvidemos que ese apelativo ha sido universalizado especialmente a propósito de los hijos de Buenos Aires. En ese sentido, el nombre fue premonitorio: la peña de la canción chilena no prosperó allí, o, mejor dicho, prosperó de tal manera, que debimos mudar de local antes que el frágil altillo que nos albergaba se derrumbase bajo el peso del público que comenzó a ser tan numeroso y entusiasta. Pero allí quedó la tradición de cantar y fue en ese mismo local donde se fundó algunos años más tarde una de las importantes peñas del tango, la de los hermanos Carbonne.

Sin duda, uno de los más destacados lugares de música argentina en Valparaíso fue, durante mucho tiempo (y ojalá lo siga siendo), "El Petit Meson", de la calle Rodríguez, con la salvedad que allí no sólo se cantaban tangos; también había representantes de otros ritmos populares, como el famoso guatón Molina y su acordeón, que era además director de coros y profesor de música. En el año 1972, DICAP, la Discoteca del Cantar Popular, que grababa y publicaba toda la Nueva Canción chilena, tuvo la excelente idea de publicar un disco bajo el nombre de *Tango en el Puerto*. "El Petit Meson", con la voz de Fabián Rey, cantor chileno cuyo dominio del ritmo y de la intencionalidad de la música argentina lo emparentan con los mejores cantores de Buenos Aires o Montevideo. Ese disco es una auténtica muestra de la integración de nuestros músicos de ambos lados de la cordillera, ya que contaba, además de la voz de Fabián Rey, con el piano del Negro Saravia (¿recuerdan la Orquesta Huambalí?), el bandoneón argentino de Mauricio Chulman y el contrabajo de Domingo Donnaruma.

No sólo fue "El Petit Meson" y los hermanos Carbonne. Más tarde, el tango habría de llegar al local llamado "La Medallita de la Suerte", en la calle Esmeralda, y a "La Puerta del Sol", en la Avenida Pedro Montt. Pero además hubo orquestas de tango en varias *boîtes* del sector del Almendral y hasta en el "American Bar" (su casa) del

barrio del Puerto. Y para reivindicar a un personaje señero, habría que citar a Aceituno (tal era el apelativo que le dábamos a un vendedor de aceitunas en las noches del "Roland Bar" de la calle Bustamante, quien era capaz de cantar *a capella* y de manera espléndida cualquier tango que se le pidiese). Pero la verdad es que el primer local dedicado exclusivamente a esta música fue el ya citado de los hermanos Carbone, con trío de bandoneón y piano y la voz inolvidable de Héctor Morea, viejo cantor emigrado en Chile hacía años y que se emocionaba y se largaba de pronto por entre las mesas cantando estrofas en italiano.

Entre los primeros invitados a la Peña que fundamos en Valparaíso y más tarde aquella de Viña del Mar, se contaban varios cordobeses³. Estos buenos invitados eran excelentes cantores de chacareras, gatos, zambas, milongas y, naturalmente, tangos, como el negro Fabro o Tono Báez, a quien escuchamos por primera vez aquel de Homero Manzi, hoy clásico, y que se llama "Sur"⁴. Fabro, Báez, Carrara y el Gallego eran, al igual que nosotros en ese tiempo, estudiantes de arquitectura, periodismo o medicina, jóvenes con diversas profesiones pero con un amor similar por la música y particularmente por el tango. También había los que eran simplemente músicos. Y cuando digo "simplemente" no quiero que se me deslice una connotación peyorativa en estos escritos. Más bien debería ser todo lo contrario, es decir, afirmar aquí que se necesitaba mucho coraje en aquel tiempo para dedicarse a la música como profesión exclusiva. Con el tiempo esa contradicción se agudizó: la música pasó a ser de veras un factor de resistencia, de manera que ser cantor popular constituye hoy en ciertas zonas de América un delito político grave que ya sabemos cómo se paga: con la cárcel, la muerte o el exilio. Alguien preguntará: ¿Y qué tiene que ver todo esto con el tango? Volviendo al cambio de contexto, habría que recordar que en las jornadas culturales de los campos de concentración en Chile, los militares prohibieron la interpretación de "Cambalache" de Discépolo. O no olvidar que hay varios intérpretes y creadores del tango que se hayan hoy en el exilio (voluntario o no), como es el caso de Horacio Molina, argentino; Yalta, uruguayo; Rondó, Argentino; El Cuarteto de Tata Cedrón, de Buenos Aires, o el quinteto Gotán (nuevamente la integración multinacional: cuentan con un bandoneonista italiano y un violinista inglés). En los últimos años han venido a sumarse muchos más, entre los cuales, desgraciadamente, podemos nombrar sólo a los

³ No se engañen los lectores europeos con la geografía. La toponimia americana también está nutrida de nombres que hemos debido pedir prestados, tal es el caso de Valparaíso, que debe su bella designación al pueblo natal de Juan de Saavedra: "Valparaíso de Arriba" o "Valparaíso de Abajo" (no se sabe cuál), y que son dos pueblos que quedan en el camino a Cuenca, en la meseta de Castilla. Cuando digo "cordobeses" me estoy refiriendo a los habitantes de Córdoba, la bella y combativa ciudad obrero-estudiantil argentina.

⁴ No está de más recordar, a propósito de este tango, que en 1977 el escritor y periodista uruguayo Alvaro Barros Lémuez fundó la revista *Utopía*, en su exilio en Venezuela, y tituló un artículo sobre la represión en el cono sur de América: "Sur, perdón... ¿y después?"

que hemos oído por casualidad en el azar de los encuentros, como es el caso del uruguayo Daniel Amaro, en Madrid, o Mossalini, en París.

Pero sin duda uno de los cambios de contexto más notables es aquel que cita Carlos Ossa en el artículo del cual tomamos el epígrafe de nuestro escrito: existe un cartel con el rostro de Carlos Gardel y una sola palabra al pie: **VERCEREMO'** (imitando la forma de pronunciar del Zorzal criollo, quien cambiaba las *n* por las *r*, y que, como afirma Horacio Molina, no es un problema del posible origen francés del cantor sino un consejo que le dio Carusso). Es decir, el tango también se ha constituido en resistencia. Eso sí, habría que puntualizar que ese cartel no es obra ni de argentinos ni de chilenos, sino de uruguayos, y fue impreso por primera vez en México. No se trata aquí de iniciar una polémica sobre la paternidad de la idea: es tan universal como el tango, que es la música universal del cono Sur, pero preferentemente argentina, uruguaya y chilena, aunque los japoneses toquen y canten tangos con entusiasmo extraordinario, aunque hayamos escuchado tangos checos y hasta árabes o el propio Gardel haya grabado un tango en alemán, *Ich küsse ihre hand, madame*, en los años en que buscaba universalizar su repertorio para aumentar el auditorio de su música (véase Carlos Ossa, art. cit.)⁵.

En junio de 1972 hice un homenaje cantado a Gardel en la Peña de los Parra, en Santiago. Era un modesto homenaje que incluía varios tangos y milongas y fui acompañado por un músico chileno, Payo Grondona, autor de tonadas bilingües, cuecas conversadas y un tango de cuna. (Hoy vive y canta en Santiago, con éxito merecido). Hacia pocos meses yo había terminado de grabar mi primer (y único) disco larga duración en Chile, que también tiene que ver con la integración o el aporte de la música del otro lado de la cordillera. Allí grabé tres canciones del poeta argentino Martín Micharvegas, acompañado por el bajo y la guitarra de Carlitos Carlsen (miembro del Cuarteto Cedrón en París).

Alguna vez escuché decir a Carlos Puebla —el gran cantor y compositor cubano— que el tango era decadente y sólo cantaba tragedias de conventillo. El viejo Puebla, que es un excelente amigo y cantor a la altura de Yupanqui y de Violeta, decía, un poco en broma y un poco en serio, que a los seguidores del tango en La Habana los llaman "las viudas de Gardel". Sin embargo, una noche en que se nos escapó del hotel Lebell en Valparaíso, cuando participaba de una delegación cubana de visita en nuestra ciudad, lo vinimos a descubrir, horas después, sentado en una de las primeras mesas de la tanguería de los Carbonne, con una botella de pisco y escuchando a esos viejos cantores y bandoneonistas con el amor que sólo él sabe poner en las cosas.

⁵ Roberto Matta, el realista del sur, produjo en Chile, durante la Unidad Popular, mediante la descomposición de una palabra, un afiche con una invitación a la identificación elemental y a la integración: ¡VEN-SEREMOS! Si aplicamos lo mismo a Gardel, tendremos ahora una invitación a la constatación de lo que ha ocurrido en América Latina y también una integración: VER-CEREMO' (eso sí, habría que dejarlo tal cual: CEREMO' mal escrito o dicho por aquel pueblo que no por escribir incorrectamente deja de luchar de modo incansable).

A comienzos de 1973 hice mi primer viaje a Europa, también con escala en Buenos Aires. Volví a buscar la sombra de Gardel, pero ya casi no era necesario, porque había trabajado ya varias veces en la capital argentina, habiéndome interiorizado de sus barrios y de sus bares, y conocido ya parte de su literatura. Buenos Aires se me quedó dentro del corazón para siempre, con la nostalgia tremenda que tiene la música de Astor Piazzola y más tarde la de Mossalini y Tata Cedrón, Amelita Baltar o Susana Rinaldi. Pero aquella vez constaté, cantando tangos en un buque italiano que cruzaba el Atlántico hasta Barcelona, que el tango no sólo me ayudaba en Chile. Mucho me sirvieron los viejos temas de Gardel en ese viaje y me siguen sirviendo hasta el día de hoy, como se verá en seguida.

Mi primera guitarra del exilio es argentina. Me fue regalada por un muchacho del cual sólo sé el nombre: Sergio. Y me fue entregada por la cantante y compositora argentina Dina Rot mientras me encontraba detenido junto a 115 compañeros en el aeropuerto internacional de Ezeiza, en Buenos Aires. Carlos Ossa, ya citado varias veces, debe recordar las noches en que combatíamos la soledad y la incertidumbre de aquel encierro cantando temas del "Zorzal criollo". Nunca he compuesto tangos, pero sin embargo estoy seguro que la música argentina cantada en esos días, debe estar de alguna manera presente en las primeras composiciones del exilio construidas con esa guitarra producto de la solidaridad de nuestro pueblo hermano.

Otra de las ocasiones en que el tango me ayudó fue durante la filmación de un corto de publicidad en París, que me valió la amistad de otro buen tanguero. Esto fue en el otoño de 1977. Ocurre que hay veces que en el exilio uno debe desempeñar labores que poco tienen que ver con la literatura o con la música. Se trataba, en aquella oportunidad, de hacer el papel de dudosa dignidad de un gigoló italiano como propaganda a un producto que le da brillo a los pisos de madera. El lugar elegido para la filmación era un club británico exclusivo en los Campos Elíseos, que cuenta con la decoración barroca, los salones y espejos necesarios como para simular un gran museo. Entre los personajes pretendidamente internacionales que aparecían visitando ese falso centro de arte, se contaba un hombre de pañuelo celeste al cuello y cinturón de gaucho. A los pocos minutos estábamos comunicándonos en castellano y hablando, naturalmente, de tangos. Era Ernesto Rondó, ya nombrado, buen cantor que lleva años trabajando en Europa.

Aquella vez, pues, el tango nos sirvió de enlace. Como nos sirvió de reencuentro y desafío no hace mucho, en París, cuando Patricia Jerez, poeta, al mando del grupo de redacción de una revista de poesía en el exilio, organizó una *Velada insólita con el tango: cómo sienten y cantan el tango los pintores y poetas chilenos*⁶.

⁶ El nombre de esa revista es muy sugerente. Es el nombre que soñó César Vallejo cuando, soñando con el futuro, se vio invitado a un congreso de poetas en una ciudad de puentes y de lluvias. Ese grupo de poesía era dirigido por un poeta —entonces niño— en cuyo honor se inventará más tarde la poesía lárca. El sonoro nombre del grupo se le quedó a Vallejo tan pegado a la piel de su sueño que bautizó en su honor su segundo libro de poesía: *Trilce*.

Pero siguiendo con el tango como enlace, como chileno me toca decir algo al respecto. Nosotros hemos sido más receptores de música popular que emisores. O acaso, deberíamos agregar que hemos exportado música latinoamericana más elaborada. Tal es el caso de las cantatas como *Santa María de Iquique* o especialmente *El Sueño Americano* de Patricio Manns, en donde se incluye una buena cantidad de ritmos latinoamericanos. En este sentido, la tradición exportadora o integradora dura hasta el día de hoy. No es casualidad que una de las últimas canciones de Tita Parra en Chile, dedicada a Santiago, tenga un ritmo de son cubano (¡ojo de nuevo con la toponimia! Está dedicada a Santiago de Chile, no a Santiago de Cuba), que fuera de Chile Quilapayún haya grabado tangos no sólo tradicionales como "La última curda", sino también modernos, como es el caso de la música de Tata Cedrón para los poemas de Juan Gelman, en la *Cantata del Gallo cantor* (acompañados por el propio cuarteto Cedrón). También hay que citar el "Tango de Colombres" escrito y grabado por Angel Parra, quien a lo largo de su carrera, además, ha grabado numerosas milongas, tanto de Atahualpa como compuestas por él mismo⁷.

Se me ocurre otra precisión en estas reflexiones sobre el tango o el resto de los ritmos latinoamericanos integrados a la música chilena. Ocurre que nunca he tenido la suerte de oír a un argentino capaz de tocar cuecas chilenas (el ritmo "chicoteado" de las cuecas de Violeta Parra no es nada fácil de imitar), pero sí he oído a chilenos capaces de tocar chacareras, milongas, zambas argentinas y tangos (en el tango no son muchos, pero los pocos que hay destacan y merecen ser considerados, especialmente Fabián Rey). Pero esto no sólo ocurre con los chilenos; en Brasil existe una enorme tradición de cantores de tango y también en Cuba, como ya lo señalamos. El tango tiene esa cualidad, ser representativo de América Latina y ser accesible a las gargantas o instrumentos de muchas nacionalidades (habría que rendir homenaje al músico peruano Alfonso de Silva, que tocaba tangos en piano en una boíte de Montparnasse, para no morir de hambre, y que cita en un poema uno de sus mejores amigos: César Vallejo). Acaso, en ese sentido, sólo haya un ritmo que se iguale al tango en importancia de integración en nuestra América (del interior): el corrido mexicano,

⁷ A esto de los ritmos integrados latinoamericanos en Chile, o fuera de Chile escritos por chilenos, habría que agregar el bolero de Sergio Ortega escrito en base al poema de Nicolás Guillén "El banderón americano" y grabado por el grupo Aparcoa. Las canciones con diversos ritmos centroamericanos de Marta Contreras, también sobre poemas de Guillén, y ahora último, los tangos y milongas de Sergio Vesely, cantor chileno de origen checo (Vesely en checo = Alegría), coautor como músico y dramaturgo de la obra de teatro *La increíble y triste historia del general Peñaloza y el exiliado Matehuna* junto a Oscar Castro del Teatro Aleph. La integración sigue y así podríamos escuchar la última obra de Los Jaivas, *Alturas de Machu Picchu*, sobre el poema de Neruda, en donde integran varios ritmos de los cuatro puntos de América. Pero para citar un ejemplo más —entre los múltiples— de la integración de la música argentina en la obra de chilenos, es necesario escuchar el concierto para dos guitarras y orquesta de Gustavo Becerra, recientemente grabado en Praga por Miguel Angel Cherubito (argentino) y Eulogio Dávalos (chileno) en dúo de guitarras, con la orquesta Musici de Praga bajo la dirección de Frantisek Vajnar y cuyo primer movimiento es Tempo de Milonga.

tan arraigado por todas partes. Pero digo intencionalmente *América del interior*, porque *América del exterior*, la del exilio, por ejemplo, está sin duda más dominada por la cumbia colombiana. (Aunque haya un ex parlamentario chileno, de apellido Zapata, que se gana la vida en México en una de las formas más dignas de la música popular de esa tierra: cantando corridos y rancheras, acompañado por un excelente grupo de mariachis en la plaza Garibaldi de la capital mexicana.)

Todo esto me lleva a la consideración acerca de la forma literaria del tango y que tiene que ver con las razones del por qué lo seguimos cantando. Dice Francisco García Jiménez en su libro *El tango, historia de medio siglo* (EUDEBA, Buenos Aires, 1964) refiriéndose al tango "Mi noche triste": "Existe el tango-canción desde 'Mi noche triste', por mérito de exposición, desarrollo y desenlace de un argumento sentimental sobre 36 compases musicales. Dejemos fuera de discusión su peregrina forma literaria (subrayado nuestro), ¿qué podríamos discutir en cambio, a su concepción equilibrada, milagrosamente equilibrada! (subrayado nuestro) donde nada sobra, nada falta y de principio a fin va lo uno encadenado a lo otro sin visible forzamiento?"⁸.

Pablo Neruda, en uno de los editoriales de la revista *Caballo Verde de la Poesía*, abogaba por una poesía manchada por el uso, con olores a sudor y lágrimas, y reivindicaba imágenes como "el cisne al atardecer" o "corazón mío", a las que da categoría esencialmente poética, afirmando que quien huye del mal gusto puede caer en el hielo.

García Jiménez nos habla de la "peregrina forma literaria" del tango, y si bien es cierto que hay una gran cantidad de tangos cuyas letras resultan no sólo ingenuas sino de gusto, digamos, dudoso (cuando exaltan, por ejemplo, en forma naturalista, episodios de la vida cotidiana, cayendo en una cursilería elemental), no podemos olvidar o dejar de reconocer que hay también una gran cantidad de tangos, como los de Homero Manzi, en el pasado cercano, o Eladia Vlásquez, en el presente (para citar sólo dos ejemplos), que elevan esa forma poética cantada a alturas que nada tienen que envidiarle a la poesía propiamente tal. García Jiménez nos habla de "milagros". No creo en milagros en la poesía o en el tango. Esa concepción equilibrada o "milagrosamente equilibrada" no es tal; responde a una tensión y especialmente a un mensaje que de alguna manera toca los corazones de aquellos que tememos, como Neruda, los riesgos que conlleva el huir del mal gusto.

Ocurre en el tango, como en la ópera, que la letra forma parte de todo el contexto y actúa como un elemento más, complementario de la música. (En esto hay en poesía muchos ejemplos; poetas tan distantes entre sí como Huidobro y Nicolás Guillén cultivaron la jitanjáfora, es decir, el empleo de la palabra simplemente por su carga musical, independientemente de la carga semántica o del significado.) A vuelo de recuerdo se nos ocurre citar el tango "Otario que andás

⁸ Citado por Noemí Ulloa, en *Tango, rebelión y nostalgia*. Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1967, p. 67.

penando", cantado por Gardel, en donde hay toda una estrofa construida con la técnica de la onomatopeya:

*Ja jaray-jaray, jajay,
jaray-jajay-jaray-ja-ja.*

Para explicar esto mejor habría que referirse a formas literarias que sí son "peregrinas": los himnos patrióticos, por ejemplo, o los himnos y plegarias religiosos. Ambos se rezan o se cantan sin que el intérprete se preocupe verdaderamente de lo que se está diciendo, ya que se trata a menudo de cosas incomprensibles e incluso absurdas. Piénsese en un habitante de la Patagonia chilena cantando nuestro himno nacional en aquella parte que dice:

*Puro Chile es tu cielo azulado,
puras brisas te cruzan también,
y tu campo de flores bordado,
es la copia feliz del Edén...*

Esto podría describir la costa del Mediterráneo en cierta época del año o de la zona central de Chile en otra, pero en ningún caso el áspero clima de Tierra del Fuego, en donde no hay más vegetación que el duro coirón y en donde los vientos son perfectamente capaces de barrer una montaña.

Pero no nos apartemos del tango. Sus razones, su historia y su importancia. Gardel, ya lo hemos visto, sigue vivo, es saludado por Benedetti en Casa de las Américas y se incorpora a la lucha del cono Sur con ese cartel que dice VERCEREMO'. El tango nos sirve de resistencia frente a los exilios y sus múltiples males. Y muchas nacionalidades se incorporan a él. Luis Bocaz señala con toda razón que hay un París cada vez más gardeliano (véase *Araucaria*, N.º 13, p. 148) y agrega muchas consideraciones que faltan en este artículo. Allí mismo se puede comprobar cómo Paul Verdevoye saluda la entrada del tango en la Sorbonne en la persona de Horacio Ferrer, autor junto a Piazzola del célebre tango "Balada para un loco". Y cada vez son más los escritores que se incorporan a esta forma poética cantada que nos acompaña; tal es el caso de los poemas de González Tuñón que tomó Tata Cedrón para musicar, o los que sigue tomando de Juan Gelman y los que interpreta en su bello disco *Trottoirs de Buenos Aires* con música de Eduardo Cantón para los poemas de Julio Cortázar.

Es decir, esta aparentemente "peregrina" forma literaria cantada, nos sirve, entre otras cosas, para nuestro peregrinaje forzado por el mundo.

EL DERECHO DE NO NACER

Pese a que en Chile el aborto está penado por la ley, por cada 2,5 niños que nacen, se interrumpe un embarazo... Las cifras no mienten. Así es como durante 1982 hubo 274.000 partos, 39.184 ingresos por abortos y se calcula que los clandestinos alcanzaron a 104.000 en todo el país.

(Declaraciones del doctor Ramón Rubio, Presidente de la Sociedad Chilena de Ginecología y Obstetricia, a *La Segunda*.)



Foto JUAN VICENTE ARAVA

Naufragio

MIRIAM BERGHOLZ

El Cabo Viejo es la última comunidad misquita ubicada al margen de la desembocadura del río Coco en la costa atlántica nicaragüense. Cabo Viejo o Cabo Gracias a Dios, como lo bautizara Cristóbal Colón al arribar a él durante una tormenta que habría de recordar toda su vida. Lugar de un sueño donde tan pronto puede arrimarse el huracán, el viento frío y maligno, la lluvia condenada, o la brisa suave que acompaña el vuelo de las gaviotas en el mar, de las garzas en el río, el cielo azul, las playas primaverales donde las grandes tortugas marinas colocarán sus huevos. Su gente morena, como decía María, tantas veces impenetrable, es, sin embargo, amable, sencilla y hospitalaria. Se dedica a la pesca y a la agricultura. El contacto con otras comunidades hermanas, para el necesario intercambio y venta de productos, pueden realizarlo, solamente, a través del agua: por el río o por el mar. Es así también como la revolución, o sea salud, educación, deben llegar: en pangas con motores de 35 H.P., y dispuesta a ponerle una brecha al rumbo solitario y monótono del hombre y su naturaleza.

Y es allí donde habías ansiado llegar. Al lugar remoto, al extremo de un paisaje que te maravillaba por la cantidad del verde y la monumental acuosidad de su geografía. Querías conocer la gente, probablemente distinta a la del río, pensabas, por el solo hecho de vivir a las orillas del mar. Y allí llegarías, sin duda, con tu compañero de trabajo, para montar los programas de vacunación, de educación popular, con la tremenda alegría, de ambos, de estar en actividad y fuera de la oficina y los papeles. En Bihmona, preparados ya para el viaje por mar que los llevaría al Cabo, comentaban, qué bueno, al fin el tantas veces programado viaje se realiza. Partirían al otro día a las cinco de la mañana. Ahora a dormir. Ahora a soñar navegando en la panga por el río hasta la laguna de Bihmona y de ahí al mar y las gaviotas: el Cabo Gracias a Dios.

Tu compañero de trabajo canta alegre a las cinco de la mañana: "sucede que tengo un problema sin resolver, se me ha perdido mi

suegra y no la puedo hallar". Llueve toda la noche, el viento oyes de cerca pero lo olvidas. Tampoco te acuerdas de él en la laguna. Viejo traicionero, tan solapadamente tranquilo. O es que no te dabas cuenta porque fumabas y escudriñabas las orillas de los manglares en busca de serpientes o pájaros. Llueve. Pero no importa. Cómo podía importar con esa ancha laguna. Tanta agua. Será posible que un país contenga tanta agua.

Han cruzado la laguna. Mister Bill, el motorista, no deja de mirar fijamente al frente, las olas cada vez más grandes. Piensas que quiere controlarlas, pero ni modo: el viento es el que manda. No te da miedo. Por qué me habría de dar miedo. No es la primera vez que sueñas con un mar que se transforma. Juan declara su temor. Ríes. Poco a poco va disminuyendo la velocidad de la panga mientras pasan la barra. Lento, lento, de ola en ola, escuchando el ruido sordo en la madera al descender el bote desde la cumbre, bruscamente, y golpear la base de la próxima ola. Está comenzando una tormenta, piensas. Vaya novedad. Están igual que en el Prinza Polka, pero esta vez no en un bote pesquero, sino en una panga: pequeña y frágil para estar con mal tiempo en el mar. Tienes la imagen de ese viaje, las sensaciones, el miedo que sentiste en unos momentos, tu justa confianza en el capitán. Miras al viejo Bill: es impenetrable. Juan está mojado completamente. Y te alejas, como siempre, para mirar desde más allá, a las orillas de un sueño cambiante, lo que quieres mirar: tú misma entre las sábanas que comienzan ya a molestarte.

Están en medio del mar, de un mar huracanado. Y tocas con la palma de la mano el viento, denso, brusco. En la piel sientes el agua salada, te llega a la mitad de la pierna. Juan se queja, les dije que no siguieran. Te arrepientes de la risa. Hay que sacar el agua, respondes. Con qué, con qué, sin eco porque existe sólo el estruendo del mar. Con el termo de agua. Y Juan lo vacía y comienza a achicar desesperadamente. Mister Bill, en un inglés incomprensible, imparte órdenes. Tú te sostienes firmemente al asiento. Es inútil, dice Juan. Claro, es inútil, de eso se han dado cuenta todos. El viejo ha disminuido al mínimo la velocidad, como si de algo sirviera. Sabes que piensa que ya no se puede volver atrás, nunca más, nunca más al lugar de los sueños dulces, a la calma, a la laguna.

Ha pasado ya, al igual que en todas las tormentas, el tiempo preparatorio a toda pesadilla. Ese tiempo móvil, comprensible y continuo, pero factible de regresar a una región neutral. Tiempo tantas veces esperado pero que pasado el punto: la llave que entra en la cerradura, el silbido del viento y la ventana que se abre violentamente, es imposible el retroceso. Habrá espera aún, pero se habrá roto el equilibrio.

Sabías que ese momento terrible y misterioso debía concretizarse y esperabas con el alma en un hilo. Alerta mirabas cada curva del bote, cada rasgo del aire, de vez en cuando el cielo cada vez más gris, cuando el golpe llega y abre una brecha en el fondo de la panga. Se ha roto el bote, gritas, y al mismo tiempo se apaga el motor. El agua sube a borbotones y en cosa de segundos les llega hasta más arriba de la cintura. Con la cara de terror de tu compañero, tan nítidamente

aterrorizada, tan cruelmente aterrorizada, con Don Bill mudo y totémico y tú misma paralizada, apretando fuertemente los dientes, comienza el tiempo inmóvil. Podrán pasar muchas cosas, pero será sin guía, sin la presencia del sol.

Juan tira el termo al mar con un gesto agresivamente inútil. Tú sueltas uno de los tanques de gasolina y lo miras. Esto es una pesadilla, le dices. Sí, responde. Una ola cae sobre ustedes y arrebatada de paso el termo con vacunas y los dos tanques de gasolina. Están totalmente mojados y hace frío. Tiritas. Hay que sacarse la ropa, dice Juan, para poder nadar. Piensas en la remota posibilidad de salvarse nadando hacia la orilla tan lejana. La idea tienta, aunque da miedo. Hay que tratar. Con una mano te sacas los pantalones, las zapatillas y la camisa, rápidamente, mientras con la otra te sujetas a la panga, firmemente, ante la amenaza constante de ser arrebatado por las olas que revientan sobre ustedes. Juan hace lo mismo. Bill no tiene ninguna intención de hacerlo: con las dos manos se sostiene firme e inmóvil al asiento de popa. Sáquese la ropa, le grita Juan. Nou, nou. Una de las olas casi los vuelca. Sientes la muerte ahora, ya, allí, la angustia. El sudor helado que te podría obligar a despertar de golpe. Te has enterado de algo importante: no quieres morir. Juan reza y sufre.

Quisiste, entonces, que alguien te tomara de la mano y te llevara hasta la muerte. Dame la mano, Juan. Y tocas, bajo el agua, sus dedos firmemente apretados a la madera. Vamos a morir, te dice. No le respondes. Te das cuenta que tal afirmación de nada sirve, que tal conocimiento no impide que pienses en la forma que puedan salvarse. Nadar, pero con alguien cerca. Juan, tratemos de nadar juntos hasta la playa amarrados con un mecate. No, responde, es peligroso. Sientes que la risa sube hasta tu garganta. Por supuesto que es peligroso. Pero callas. Así y todo, Juan lo piensa y pregunta a Don Bill por las posibilidades de salvarse nadando. La respuesta es ininteligible, pero por el tono comprenden que es negativa. Tienes la absoluta seguridad que la única salvación está en la panga... si es que se mantiene a flote. Le preguntas a Bill, en inglés, para que entienda bien. Es firme, grita, no se hundirá. Pero la tormenta está sólo comenzando. Comienza a llover. Las olas son más grandes y golpean más fuerte. Sientes dolor en los pechos y te colocas la camisa que habías sostenido hasta entonces. Qué sufrimiento, piensas, si tan sólo pudiera despertar por unos minutos y fumarme un cigarrillo.

Sacas las cosas que te molestan y golpean los pies bajo proa y las tiras al mar. El termo de vacunas se divisa ya lejos, lo mismo los tanques de gasolina. Ahora flotan alrededor algunos frascos de medicinas, una caja, tu maletín verde de viaje. Te convence la muerte. Que si hemos de morir, que sea luego. Ya estás muerta, tu madre llora, tu padre también, la cara de sufrimiento de tu compañero, su silencio, la niña huérfana, tus hermanos, tus amigos y tu tierra a la que en tantos años has esperado volver. Qué pendejada venir a morir así, si tan sólo fuera luchando a balazo limpio contra el imperialismo. Pero, en fin, los riesgos los conocías y los habías aceptado. Calma. Calma. Pero no, no quiero morir. Te sujetas más fuerte a la panga, alerta a las

grandes olas que golpean desde atrás. Se turnan con Juan para gritar: cuidado con la ola que va a reventar encima. Son las peores. Y cada vez son más peores. Dios mío, sálvanos, dices en voz alta, automáticamente, o tal vez no, no hay tiempo para saberlo. Qué poco consecuente, piensas. Pero estás sola, muy sola. Acudes al pensamiento mágico. Lo que yo quiero debe pasar si lo pienso con insistencia. Debes obligar un cambio en el viento porque hasta ahora no se te ha ocurrido pensar que es el mar quien quiere matarte. ¿Cómo se llama el Dios del Viento en la mitología? No recuerdas. Ulises, las Herinias, Neptuno. No. Insistes. Tu mente está alborotada. Mi abuelo prometió cuidarme siempre. Te acuerdas del gato misterioso que llegara a tu casa en Waspam y desaparece cuando tú estás de viaje. Debes salvarme, repites con insistencia. Otra ola. Madre mía. Aeolo: Dios del Viento, sálvanos. Te tranquilizas. Adquieres confianza. Piensas repetitivamente.

La corriente los ha arrastrado aún más adentro en el mar, cuando la ola los encumbra y no los cubre el agua, alcanzas a divisar la costa: lejana, muy lejana. Don Bill lo confirma, nos vamos alejando. Y nuevamente decae tu frágil confianza. Aunque tal vez es mejor estar en alta mar que cerca de la barra con sus corrientes desordenadas y negras. Te sostienes con fuerza. Te duelen los brazos. Juan tiene totalmente rasmillado el pecho. Cómo estarán los míos. A qué hora terminará esta pesadilla.

¡Cuidado! Pero no hay cuidado que valga porque la ola es más grande que una montaña, más fuerte, más pesada y la panga se desliza limpiamente hacia la cumbre, un segundo, como un cuadro, se sostiene allí para luego caer silenciosa y miserablemente boca abajo, un terror: no ser golpeado por la panga; un segundo terror: no quedar bajo la panga, y un último terror: cogerse inmediatamente a la panga para no ser tragado por las olas, madre mía, es la última hora y Juan y tú se sostienen al lado del bote metiendo el brazo a través de la brecha en la base y Don Bill sobre el bote con esa cara de pánico para no olvidar nunca que confirma la muerte y ahora sí que le molesta el impermeable ese de goma amarillo, porque las olas lo arrastran y Juan lo alcanza a coger una vez y tú otra vez entonces que se saque esa mierda y en quién sabe qué momento sin agua sobre la cabeza con la ayuda de Juan logra zafarse de una brazo pero no más porque viene otra ola y Don Bill sale casi volando que se coloque aquí y camónjiar tragando un poco de agua y escupiendo camón hijo de puta es que no entiende pero la misma corriente lo obliga y ya está al lado de ustedes que si nos hemos de morir que sea todos juntos le dices en buen español que están cagados y él entiende pero no responde y el mar empieza qué fascinación a sacarle los pantalones y quieres reír pero no puedes no alcanzas porque viene una ola y otra que apenas deja tiempo para que te saque el pelo de la cara dejar libre la nariz escupir agua y mocos respirar y el agua nuevamente y el cielo después tan gris los ojos enrojecidos de Don Bill y tú los debes tener igualito igualito porque así son los ojos de los ahogados y la carne la tendrán carcomida y verde pero no quieres verlo más porque la náusea sube por la garganta y no es hora de ponerse a vomitar y entonces no vomitas en cambio piensas

qué solos estamos y que en el minuto de la muerte del ahogo definitivo estarán aún más solos y preferirías perder el conocimiento antes de ese momento terrible pero cuanta conciencia llevas en tu lugar y te admira amargamente también la lucha desesperada porque es increíble cómo te aferras a la vida y si me salvo de ésta me corto el pelo pero eso es mentira entonces llevaré una vida tranquila lo prometo pero también es mentira porque si has salido de la muerte es para vivir y vivir tu vida propia y estás allí sola y sin promesas de nada salvo esa rabia amarga que te baja por momentos pero que poco a poco va disminuyendo de intensidad en la medida que pasa ese tiempo de las pesadillas que no es tiempo de verdad que va entregando a cada uno su cuota de soledad poco a poco hasta que la soledad sea tan inmensamente grande o los empape de tal manera que no importe morir al igual que en un parto cuando al final de nada vale ya el dolor que es tan grande que no se siente y está bien porque entonces nace la niña al fin madre mía y así efectivamente va sucediendo porque llega el momento en que empiezas a sentir un gran cansancio y no soportas el dolor de los brazos ni el ahogo ni los mocos y qué diablos entonces surge el pensamiento de soltarse pero no para morir ahogada ya que te has acordado del ancla y si logras agarrarlo encontrarás la forma de darte un golpe con él y eso te tranquiliza porque lo peor es esa conciencia tan nítida también de que en el fondo no quieres morir y si has aguantado hasta ahora perfectamente puedes seguir aguantando más tiempo total soy fuerte y si viene la muerte de todas maneras que venga pues y me encontrará luchando hasta el final y lo repites para convencerte porque estás realmente cansada y no quieres pensar más y tratas de dejar la mente en blanco pero es inútil es la muerte y nuevamente vienen las náuseas que apenas logras controlar es porque has tragado tanta agua y tienes la imagen de ti misma con el vientre hinchado bajando pesadamente al fondo del mar y lo rechazas y como siempre cuando sacas la cabeza tratas de mirar de qué clase de ola es la que viene y es enorme como la que los dio vuelta y sube la panga y ustedes con ella a la cumbre totalmente ladeada y sin una palabra los tres se cuelgan de la orilla para tratar de colocarla en su sitio hacen un esfuerzo enorme y la gran puta son of the bitch lo logran y en cosa de un segundo están dentro de la panga es realmente increíble y tienes deseos de llorar porque la seguridad es más grande y miras a Juan para convencerte de que está vivo y Don Bill también y qué suerte tenemos le dices, sí, responde, pero es incapaz de decir nada más, saben del temor que se de vuelta nuevamente y por qué no pero ahora hay más esperanzas es cuestión de esperar y seguir sosteniéndose fuertemente porque la tormenta aún no ha terminado. Al igual que en el poema piensas que la vida vence en la noche inmensa y miras a lo lejos la costa, a ella hay que llegar.

Pasa el tiempo, las olas, y aún están vivos. El viento sopla. Ya no se divisa el termo. Dónde está, pregunta Juan. Se lo ha llevado la corriente. Pero porqué no a nosotros. Somos más pesados, le dices. Bajo los pies sientes la cama plegable de lona que increíblemente no ha sido llevada por el mar. Ocupémosla como vela le dices a Juan. La idea los entusiasma. Don Bill sentado como tótem en el asiento de popa dirige la operación. Con Juan se las arreglan para sostener la

cama, sostenerse ustedes mismos, sostener una conversación. La tormenta comienza a amainar, pero por favor que el viento siga. Constatan que la lona efectivamente se hincha con el viento. Al cabo de un tiempo, antes de que anochezca totalmente, están a unos cien metros de la costa. Está calma la mar y no sopla el viento. Don Bill y vos se deciden a nadar empujando el bote, con Juan adentro sosteniendo aún la improvisada vela.

En los relatos de naufragio el que se salva, al llegar a la playa, queda tirado sobre la arena como una estrella de mar, como queriendo abrazar la tierra, cansado, incapaz de dar rienda suelta a la alegría de estar vivo, tal vez llora en cambio, y da gracias a Dios en un murmullo. Piensas que Juan, arrodillado, rezará. Don Bill, menos dado a exteriorizar sus sentimientos, lo hará calladamente. ¿Y tú? Te alejas. Te miras nadando y, de vez en cuando, tanteas con los pies para buscar el fondo. Están a pocos metros de la costa. El momento ha llegado. Cambias de posición, lentamente hasta quedar parada. Con la punta de los dedos tocas el fondo. Te impulsas en esa posición. Ahora puedes caminar. La arena es suave. Te sientes pesada y el corazón te golpea con fuerza. Qué increíble alegría. Sonríes. Juan, nos hemos salvado. Tienes deseos de abrazarlo, también a Don Bill. Conducen la panga hasta la playa, sobre la arena y, mientras Don Bill y Juan la acomodan y la amarran, le sacan el motor, tú caminas para conocer, para mirar. Hace frío. El cielo aún tiene cara de tormenta. Lloverá. El viento sopla fuerte. Tiritas y tomas conciencia de tu desnudez. Cuando te juntas con tus compañeros estás más tranquila. Se sonríen. Comentan del frío. Qué bien nos vendría un ron Pleito. Una taza de café. Un cigarrillo. Qué frescos, no acaban aún de salvarse y se están poniendo exigentes. Mañana veremos la forma de salir de aquí. Ahora a descansar porque es de noche. Pero no podrán dormir por el frío y los mosquitos en esas dos largas noches, a pesar del refugio que han improvisado con troncos y ramas. La sed es aún mayor luego de haber mascado caña, de haber trabajado todo el día con el bote. El cansancio. Qué deseos más grandes de despertar en una cama con sábanas secas, darle el buenos días a María Elena, tomarse un café y luego ducharse para ir al trabajo. Ha aclarado. Miras el sol. Deben ser las ocho de la mañana. Mo voy a bañar al mar, le comunicas a Juan. Yo trataré de dormir. Pero no, no Juan, levántate, qué alucinación, es un bote. ¿Lejos? No. Aquí, a cincuenta metros. Corres. ¡Don Bill, Don Bill, un bote! Ese debe ir al Cabo. No, no. Está aquí. ¡Es Cornelio! Vienen a rescatarnos a nosotros. Se acaba la pesadilla. Te colocan un impermeable. Reconoces a todos los compañeros en el bote. Quieres abrazarlos a todos, pero nadie habla. Cornelio tiembla. Lo abrazas y le das un beso. Dame un cigarrillo, Cornelio. Primero el agua. Al llegar a Bihmona te has fumado casi medio paquete de cigarrillos. Juan habla y habla. Don Bill de vez en cuando.

En el muelle de Bihmona se ha congregado toda la comunidad. La espera angustiada de tus compañeros de trabajo se refleja en sus caras. Henrik llora cuando los divisa. Aurora no tiembla pero está emocionada. Amelia. Querida Amelia. Te abrazas a Henrik y lloras. Quisieras que no te soltara nunca. Que te protegiera. Estás a punto de

desmayarte, pero te sobrepones. Cuánto hemos sufrido por ustedes, los creíamos ahogados, te decimos, nos hemos enterado ayer en la noche cuando trajo un misquito el termo con vacunas y los tanques de gasolina. No hemos dormido. Waspam está de duelo. Pero, cuéntenos cómo fue todo, qué sintieron. Y en esa mañana, tomando café, entre sábanas secas y suaves, mientras el sol brillaba afuera, mientras la alegría cundía por las comunidades al saberse el regreso de ustedes, relataste con la voz un poco temblorosa, desordenadamente, una pesadilla, quizá peor que todas las anteriores.

Como si mi corazón tuviera una ventana rota

EUGENIA ECHEVERRIA

La lluvia traqueteaba la noche por los tejados, cuando alguien desde un altoparlante empezó a gritar: ¡sangre de nuevo!, ¡sangre de nuevo!, yo había intentado soñar contigo y así recuperarte, mientras en la calle los altoparlantes y las sirenas de la policía incendiaban el aguacero, yo apretaba arduamente tu imagen recuperada cada noche un poco menos.

Encendí la luz y esperé.

Escuché o creí escuchar los pasos en la escalera.

Amaneció entre gritos y sirenas de incendio, pero nadie vino esta vez.

Quiere decir que las cosas han cambiado.

Nadie vino por ti. ¿Quiere decir que ya saben que no estás?

Adentro de mi sueño eres increíblemente tú, y somos felices, paseamos a la luz de una primavera rosada, las cosas suceden como en un álbum fotográfico, con descargas de risas y dulces sueños, me pregunto si alguna vez fuimos tan felices como en mi sueño...

Todo está tan revuelto, ahora.

El tiempo corre tentándome las barrabasadas del alma. Corre lento. No quiero saber cuánto tiempo ha pasado. Me niego a relacionar fechas; mi madre cree que andas enredado con otra y que no tiene sentido agotar los pasillos de las oficinas para asilados preguntando por alguien que nos ha dejado colgadas. Ya advertí a los vecinos de tu ausencia, incluso a los nuevos inquilinos, cómo cambia la gente en este edificio, cómo cambia todo. En el tren subterráneo puse un aviso que todo pasajero puede leer, con tus huellas digitales y tu fotografía, en algunos hoteles dejé las señas de la maleta grande. Doy vueltas, en las tardes, por las recepciones de los hoteles. En el ministerio de Inmigración la funcionaria se enfurece cuando me ve llegar cada lunes a formular la misma pregunta que jamás recibe variaciones en la respuesta, qué rápido se suceden los lunes, rematan mentirosos domingos sin niños en las plazas (en mi sueño, a veces, es domingo y limpiamos el jardín).

Mi madre se impacienta, sobre todo ahora, con el toque de queda, cree que andas por ahí con el nombre alterado y que nunca, pero nunca, sabremos qué pasó contigo esa última noche en el andén de la estación; de pronto te pusiste a brincar entre los rieles para espantar el frío, y yo salí a comprar cigarrillos mientras mamá se ocupaba de la maleta grande y te observaba brincar entre los rieles; ustedes dos en medio de esa rara oscuridad con relámpagos azules y suspensos sordos que se instala en el hollín de la estación. Al cabo de dos minutos regresé, pero ya no había nadie brincando entre los rieles. Te buscamos entre los carros estacionados, entre grupos que corrían y se atropellaban, vanamente. Lloré gritando tu nombre, hubo un disparo.

Es mi cadalso, la noche cargada de ausencia: late, tensa y tenaz. No hay fantasmas, todo está a ras de piel, indignado y vigente. Tengo miedo pero no es cierto, no tengo nada que perder, qué queda aquí.

Mi madre dice que sería mejor detener las pesquisas, cambiarnos de lugar, cerrarnos el alma, olvidarnos. Sacarte de la memoria como una tajada de tocino y tirarte a la basura. Amanecer nueva e irme al fin de paseo, impune. Sin lastres, virgen, ah.

En la policía no hay pistas. El policía jefe es un tipo muy gentil. El sábado saldré con él al cine, no es que me interese el cine en las presentes circunstancias, pero estas amistades facilitan los acontecimientos; no tengo pudor, hay palabras que pierden sentido, no conozco el miedo ni tengo pudor y tampoco tengo escrúpulos, dejé de ser delicada. Creo que dejé de ser yo.

Presenté el certificado de nuestro matrimonio y la funcionaria del Ministerio de Inmigración tardó trajinando los archivos, otros funcionarios vinieron a ayudarla. Al final, el funcionario jefe negó con la cabeza, pero conservó los documentos.

La lluvia nunca falla, llueve, llueve, a veces pienso que es bueno esto de la lluvia por si te has olvidado del lugar. Mi madre quiere retornar a las ciudades anteriores, indagar entre los antiguos conocidos. En las ciudades anteriores estaban los cafés de exiliados y el periódico clandestino. Mi madre me observa desde su fea tristeza pero nada

dice. No me interesa pensar que me acusa. Cada día me interesa menos pensar. Si dejara permanentemente de pensar, si ganara un estado neutro a fuerza de ignorancia y ceguera. Sorda, seca. Si pudiera. Sacarme el corazón, descabezarme. Estoy loca. Me miro en el espejo y busco mi rostro, mi antiguo rostro con las pecas y las manchitas amarillas en los ojos. No encuentro. Se me han caído las comisuras de la boca, dos pupilas titubean a través de una telaraña. Estoy loca. Es una condición que me desencanta. Siempre creí que los locos giraban bobos, ajenos, una pura vida de insectos panza al sol. Rozando la vida, barnices. En cambio, esta locura es un torbellino, marea alta. No paro un instante de pensar, de rasguñarme el alma. Quiero llorar pero no puedo llorar, ni salirme, ay, si pudiera salirme de mí. No soy inteligente, soy una pobre mujer que te ama, tu perra, no sé qué hacer con este castigo, yo no sabía sufrir. Estoy loca. Los locos tampoco tienen paz.

Hay disturbios, calles cerradas. Perros en las esquinas. Cadenas y perros en la boca voraz de las esquinas. Salgo menos. Enciendo la radio, apago la radio. En ocasiones, es tan audaz la nostalgia que me viene por mi país, si no fuera por la esperanza ya me hubiera ido. Un impulso de alegría me brota no sé de dónde, una urgencia, una excitación que me acaricia, cuando pienso en mi país. Anduvimos rodando por tantas ciudades, y me detuve en la que menos me cuadra. Nunca aprendí el idioma y tengo inconvenientes en la calle, los policías de tránsito me silban cuando cruzo, las luces de los semáforos no son las mismas de otros lugares y es una gran confusión esa luz azul que a algunos sirve para esperar el cambio y a otros para pasar, yo debiera guiarme por los ojos de los demás transeúntes pero de qué sirve, si todos los hombres que miro son siempre tú.

Ayer encontraron trece cadáveres en un depósito de aguas negras.

Mi madre corrió hasta la oficina central de la policía. Hizo guardia toda la noche. Yo fui a la oficina para refugiados. Era sábado. Había parejas en los cines, gente en los cafés. Merodeé a tus amigos, pero ya no están. No encontré un solo conocido. Los periódicos dan información, la policía no. Se incendió un avión. También yo estoy en llamas.

La película que vi el sábado era interesante. Sucedió en algún lugar de Africa pero era la misma cosa. Pensé entonces que mi congoja no es exclusiva y que debiera restarle importancia. Cené y bebí. —Todo está desquiciado —dijo el policía—. Raras palabras. Mi madre pone atención y las balbucea, huraña, cada vez que empleo esas palabras.

Están identificando los cuerpos.

Las mujeres acuden con sus documentos. Yo no quiero. Le prohíbo a mi madre que vaya. Tú no estás allí. A nosotros no puede sucedernos eso. No. Me niego a ir.

Los pies me arrastran por esta ciudad que no me interesa. Me arrollará un coche el día menos pensado. No descifro el lenguaje, no aprendí los insultos, nadie me conoce; pero no iré a preguntar.

En la oficina para refugiados me pidieron que deje de insistir. Me

señalan otra sección. En la otra sección hacen cola mujeres de comi-suras caídas con fotografías entre las manos.

Mi madre se fue. No tenía dinero, pero se fue. Es mejor. Su abatimiento me irritaba. Ya ni siquiera hablábamos. Antes, veíamos juntas las telenovelas. Antes, cuando tú ibas a regresar tarde en la noche, después de las reuniones del sindicato, para dormir abrazados. Tengo en mi piel el calor de tu abrazo, su peso. Cuando consigo soñarte, está presente la particular incidencia de tu abrazo, mi cuerpo que se adecúa, mi cuerpo que te recibe, pero después despierto gritando, y el fracaso desploma las veinticuatro horas del día. Mejor no soñarte: esperar.

—Es bueno tener una mujer que lo ame a uno —dice el policía—; y que sepa esperar.

Me dio la tarjeta de un superior. Pero está en otra ciudad. Iré en omnibús. Ocho horas de viaje en medio de la lluvia. A veces me quiebro. A veces deseo que esto le ocurriera a otra y yo divirtiéndome, paladeando pastel de fresa en una alegre cafetería. Pasaré dos o tres días en esa ciudad. ¿Qué tal si andas por allá, enredado con otra? Eso sería leve, de veras sería libertario, qué alegría tan grande si fuera así...

Hay un nuevo inquilino en el edificio. Es extranjero, como nosotros. Quizá, en nuestras condiciones. Me prestó dinero para el viaje. Le ofrecí venderle algo. Se rió, dijo que debemos ayudarnos. Le lavaré la ropa. Está solo. En este edificio hay tanta gente sola, ya no encendemos las luces a medianoche. Hay apagones. Las ventanas se iluminan a golpes de relámpagos. Lo peor son los intervalos de silencio. Después, la lluvia y las metrallas son la misma cosa, la misma cosa. Me acostumbro de a poco, no puede ser, a veces duermo. Sola, ahora que mi madre desertó. Aunque fuera para fastidiar, aunque fuera para herirnos, me gustaría verla aquí.

Ayer dejaron un recado a mi nombre. Un recado verbal. Vino un muchacho, yo no estaba.

Volé a preguntarle al policía jefe.

—Es mejor que se desaparezca por un tiempo —respondió—, las mujeres como usted alborotan demasiado el gallinero.

—Pero, ¿quién mandó el recado?

—¿Cómo quiere que yo sepa quién mandó el recado?

Me regaló cigarrillos y un paraguas.

A mi madre se la llevó la misma advertencia. A ella y a esas mujeres que penaron por ahí, conmigo, y que sin darme cuenta dejo de ver. Todas agazapadas anda a saber en qué escondrijos, con la turbia advertencia y un paraguas en la mano.

Yo no. Yo te busco, me arriesgo.

Antes me gustaban las canciones de amor, esas que aprietan el corazón como si rechinara. Ahora tengo ese calambre en el corazón, rechinando. Los días son largos y naufragan entre sábanas sucias. El capitán de policía en la otra ciudad me prometió hacer todo lo posible y pidió a cambio lo que otros piden. Yo pago, tengo esperanza. Lo único que me obstina es la esperanza. A veces, siento que ya no doy más, y que mi esperanza es un paquetito que llevo debajo del

brazo: ésta es mi esperanza, me digo, no la vaya a dejar olvidada en el asiento del autobús. Y la agarro antes de salir, y la deposito en una silla, de regreso.

Me hablo, me ordeno, me advierto como si fuera mi criatura. Si ceso de controlarme, estoy perdida. ¿Qué será estar encontrada? Me pregunto cómo será el día que te vuelva a ver. Me pregunto si de tanto insistir en verte, me quedan realmente ganas de volver a verte, qué feo decir eso, eres mi amor, cuántas tonterías me arrebatan: es la angustia. Corroen, inmundas, la angustia y las puertas cerradas.

Estoy acorralada, floto. Soy como una evasiva, tal como las evasivas que se tejen y destejen, telarañas, en la multitud de escaleras y pasillos membreteados que he ido dejando atrás. Me arrastra el viento y me borra, ya no soy. ¿Ya no soy? Miento, no tengo derecho a decir eso: está muy claro quién soy yo: soy la mujer de un desaparecido, soy la mujer de nadie: soy nadie: un escupo. Así me va.

Me invitan a las manifestaciones, asisto a las conferencias. Me fotografían entre grupos de mujeres, entre grupos de pancartas, entre brumas.

No hay señales de mi madre. Regalé sus cosas.

Penetra el viento, y el agua, por la ventana con el vidrio roto: como mi corazón. Este departamento es un asco, debo la renta. El inquilino nuevo me ofrece vivir juntos para compartir gastos. Yo le digo que siempre y cuando me permita continuar con mis trámites, y él responde que anda en lo mismo, por su mujer. Lleva consigo documentos estampillados y fotografías de una muchacha que se te parece. Todavía no he preguntado si él tiene, como yo, un paquete de esperanzas debajo del brazo.

Poemas

ORLANDO JIMENO-GRENDI

*¡Seres Efimeros!
¿Qué es cada uno de nosotros?
¿Qué no es?
El hombre es el sueño de una sombra.*

(Píndaro, "Octava Pythica")

Elegía a Claudio Jimeno

Dieranme una lengua de cardos
cortáranme los ojos y escupiera estopas,

Viniera la noche
con su imposible mano corrosiva
rozando con su rumor tu lento perfil usurpado,

Como su oscura noticia
se precisara en tu boca desmoronada,

Viniera la cicuta por el arco de las horas
orillando tu piel sin tocar mi sombra,

Tuviese yo la paciencia de las hormigas
que enamoran el yeso de tus brazos,
viniera un mar de harapos
y adúcares y semillas y enlutadas manzanas,
donde el rasante añil yace con el relámpago,
y muro de cipreses gime en el aro del tiempo,
empujando la madrugada por la ingle y el muslo caído,

Buscara la voz de arena el bosque tibio de tu nuca,
donde germina la tierra su ciega obsesión activa,
llegara la noche a comerme los ojos,
como el gusano que merma tu derrumbada quijada,
pasto de pájaros de ira,
que pasando pasan inmóviles por la fijeza
prematura de tu pecho,

Viniera la madrugada quemando nubes,
por la fosca intimidad de tu muerte,
ciñendo los diminutos valles del sueño
con húmedos azúcares curvos
que fluyen por las grietas de tu frente,
devorando oxidados números de niebla,

Llegara la equivocada claridad sin forma,
con la sangre que camina como un hombre vivo,
vivo en su muerte viva,
como EL PROFÉTICO azar que defiende cenizas
contra la monótona matemática roedora,

Digo no y digo nunca,
a la rosa carcomida que junta mañanas que se odian,
caídas al carnívoro desaliento del mar,
con sus esbeltos tigres de espuma,
a dentelladas por el cielo transitorio,
donde la paloma es una cápsula de luz sin retorno,

Allí ninguna voz rescata el musgo de tu espalda,
Allí llora el naranjo en la casa del miedo,
llora la siempreviva y la estrella simultánea,
llora la campana el narval y el unicornio,
y sufre el otoño por el cormorán agonizando,
y llora el reloj junto al torso funesto de la sal,
y sufre el pálido tritón y la golondrina
devora diminutas auroras sin raíces,
y llora el río perseguido por las cinerarias,

y duerme detrás del tiempo,

Donde yaces tú, con tu rubia muerte joven.

Poemas

JULIO MONCADA

Yo siempre estoy de luto por alguien que se ha muerto.
No sé dónde ni cuándo. Si en la feliz mañana
cerró sus ojos dulces la pájara del canto,
o el viejo vagabundo que importaba tan poco,
o el hombre de importancia que no importaba nada,
o la feliz lechera de la vaca rosilla.
O el mismo dios.

Quién sabe quién se ha muerto ahora,
en este mismo instante de bruma tempranera
cuando voy a mi oficio. Pero yo pienso en ellos,
mis futuros, humildes, vecinos de raíces,
todos conversadores con piedras matutinas,
todos despedidores.

Hacia el sur van los pájaros,
y al suelo caen todas las hojas de los árboles.
Pero yo pienso en ellos.

El húsar muerto

El húsar muerto está en la calle de la Birague.
Inútilmente el caballo tira las bridas,
mete el húmedo belfo entre la casaca,
redondea el escorzo de su cabeza.

El húsar muerto yace sobre la entrada.
(No sabemos ni acaso si era verano
pues las piedras son grises como su muerte).
No se ven las heridas que lo mataron.

Todos estos poemas son inéditos y fueron escritos entre 1975 y 1976.

El húsar muerto tiene ya silencioso
su corazón glorioso de dieciocho años
con el brazo doblado sobre su pecho
y las hojas cerradas y el viento leve.

Pero el caballo es blanco, de grandes crines,
pero albea en la piedra, en el día albea,
con los ojos abiertos como el espejo
donde el húsar retrata su propia muerte.

¿Hace ya cuántos años que el húsar muere
todos los días, todos, en la Birague
mientras saltan los chicos sobre la acera
y pasean los gatos su señorío?

Desde largamente lejos

Hermana mía, hermana, te sueño, te reveo
sobre la bruma de Santiago, dulce
tejedora de sueños imposibles, hermana única.
Te beso desde París con nieve, desde un París
que cada día es menos y me pregunto por ti
mientras hablamos,
ellos y yo, de cosas que se quedan aisladas,
imperceptiblemente lejos, tórridamente lejos,
—por ejemplo, el verano—
y mientras ellos y yo charlamos desvahídamente
veo tus trenzas de los doce años y el jardín en la sombra
veo, mientras charlamos al lado de la taza de té,
el rumor de las aguas del arroyo, la salvia
creciendo, y tú mirando unas piedrecillas
rojas como la sangre. Veo tu siempreviva,
desmadejarse en manos de mamá, los tejidos
mientras charlamos, los tejidos de la habitación
de los muebles oscuros y te veo, te veo aún
acariciando el gato negro sin pena ni sonrisa,
como mirando un porvenir.

Ahora te lo digo, aunque no es aún tarde,
buenos días hermana, buen sol, todavía el otoño
resplandece de pronto, todavía
respiro sobre el dorso de tu mano y te beso
largamente desde un París, que cada día es menos.

Poemas del Capitán desventurado

*Capitán sin tierra ni mar, maldecido de los Dioses
sin rostro ni memoria, estás condenado a vagar en
el espacio infinito hasta que se cumplan los plazos.
Entre tanto, seamos los que hacemos los castillos
de arena, las casas de naipes españoles, jugamos a
los palitroques y todo que sea un derrumbamiento
perenne a nuestro alrededor. Todo, menos el pueblo
que abre su gran boca hambrienta de siempre y
grita y crece adelante, detrás, por nuestros cos-
tados incansablemente. En esta hora de la alta
marea le estrecho la mano, capitán, y lo saludo en
su dignidad de pez espada, de viejo lobo de mar, de
Ulises libre. Y ahí va la despedida o el reconoci-
miento de nuestro encuentro a la altura del para-
lelo 38° que se repetirá, cuando los viejos casca-
rones, picoteados por la sal, cubiertos de caracoles
diminutos, con los ojos de buey entenebrecidos por
las profundidades y candeleros y proas deshechos
a mordiscos, pero enjoyados con las anémonas de las profundidades, con
los helechos submarinos y los corales pegados a las maderas, emerjan de
nuevo, al toque de la campana o con los tres silbidos que anuncian su
llegada abordo. Y se oirá entonces también, la vieja canción olvidada de
la Isla de la Tortuga, oh capitán desventurado.*

I

¿A qué vendrás a París, mi capitán?
¿Tal vez a recoger las ramas de los sauces
cuando se hunden en el Sena, desperezándose del invierno
y brillan los tilos como recién lustrados
por una primavera fugitiva?
Ya sabemos, tú y yo, que las embarcaciones están lejos
con las proas chorreantes de sal y peces muertos.
En los altivos mástiles se enredan los sargazos,
comidos por el yodo, capitán,
y el sextante cayó al mar con unas cartas de amor,
algunas cintas fútiles, pequeñas hojas de la Biblia
y un pedazo de tu mano derecha.
Te espero mi capitán, en el bistró de Auguste.
Me encontrarás cercano de la estufa,
relatando mentiras a las estudiantes ligeras como pájaros,
mientras juegan nuestras rodillas debajo de la mesa
y alguien cree en el amor, como un tigre en la sangre.

II

Sabemos, tú y yo, que me he anclado
en este viejo país con este sol endeble,
con este triste río de ahogados por hambre,
y que sus aguas turbias no son, sino el remedo
de la ola salvaje, de la vida salvaje
cara al viento desnudo.

Pero bien sé en esta noche
que no he bebido nada,
bien sé que ya no nos perfumará más las maderas de abordó,
ni harás ese guiso de pescado que hacías.
Nuestros marineros se han quedado en otros puertos,
han desertado de la desgracia en medio de su borrachera
y los compases giran marcando el sur
con una gota de sangre interminable.

III

Eh, buen viento capitán y no temas
la maldición del Caleuche, sólo en las grandes islas
se podría encontrar en tu ruta. Navega
con todo el trapo suelto debajo de la lluvia.
Pues vente de una vez. Deposita una rosa
en el cementerio de Panamá, ya sabes para quien.
Despídeme, si te dejan, despídeme del Pelado
que navegará robando motones y cabos y tarros de pintura
en el puerto del Odio.
Te espero capitán en el bistró de Auguste,
29 rue des Blanc Manteaux, junto a la estufa
con aire de perseguido, no puedes equivocarte
porque arrastro una nostalgia del carajo
y se me ve en los ojos, que cuando duermo lloro
intensamente, mi querido capitán.

CARLOS ORELLANA

Julio Moncada, poeta muerto en el destierro

Un día cualquiera de septiembre de 1979, coincidimos con Guillermo Atías en el hospital parisino de La Salpêtrière. Ambos íbamos a visitar a Julio Moncada, que pasaba momentos muy críticos. A la salida, sombrío, me dice Guillermo: "No sé por qué creo que ya no veré más a Julito". Terrible premonición, porque se cumpliría pero en un sentido inverso a como la imaginó el que la formulaba. Algunas semanas después, no era el poeta el que moría, sino —trágicamente— el novelista.

Julio viviría todavía cuatro años más. Si es que podemos hablar de vivir tratándose del mal-vivir o el bien-morir que fueron para él sus años de exilio.

Porque el poeta no estaba preparado para el destierro. Era un hombre frágil a pesar de su estatura, sus huesos anchos, sus grandes manos; un ser con pocas defensas, exageradamente incapacitado para resolver un sinnúmero de problemas por sí mismo. Era de trato fino, ademanes delicados, con sabor a costumbre antigua; y como tantos otros machos latinoamericanos, su capacidad de supervivencia se desplomaba cuando no tenía el apoyo y el amparo de la mujer. Era un hombre al que le habían arrancado los dos brazos: el de su patria primera, Chile, y el de su patria segunda, Uruguay. Y lo único que él supo entender de verdad y a fondo en el exilio, fue que Francia no llegaría

jamás a ser su tercera patria. Aun si hubiera vivido en ella cincuenta años.

Por cierto que disfrutó el París del descubrimiento; etapa obligatoria, tanto más gozosa para él cuanto que siempre hubo entonces a su lado algún ángel que oficiaba de guía y de guardián. Lo reencontré en esa época, estableciéndose entre nosotros una relación que en Chile sólo había sido lejana y esporádica. Nos veíamos en reuniones políticas, por supuesto. Y a menudo, en el departamento de Enrique Bello, cuya charla se sentía ya atormentada y ansiosa. Enrique no bebía, ni tocaba tampoco los platos espléndidos que preparaba Rebeca Yáñez. Sufriéndolo, lo ignoraba todo sobre el cáncer que pronto haría de él el primer exiliado chileno en Francia en abandonarnos. Vivía en la *rue de la Convention*, en el extremo sur de la ciudad, y al término de las veladas yo solía acompañar a Julio, lo que significaba atravesar un trecho considerable de París. Él ocupaba, al lado de la *place des Vosges*, un estudio incómodo y oscuro. Estoy seguro que Julio lo había arrendado sólo porque con ello hacía una suerte de opción poética: la calle se llamaba *rue du Pas de la Mule*, y la contigüidad de la venerable plaza es, por añadidura, como beberse todos los días un trago de cinco siglos de historia y de cultura. En uno de sus portales, los que dan hacia la calle de la Barague, una vitrina, una tienda de objetos antiguos: todavía vi allí, recientemente, la estampa polvorienta que inspiró a Julio *El húsar muerto*, uno de sus más hermosos poemas.

Lo perdí de vista algunos años. Y cuando el azar nos hizo vecinos en el peor París, el París sin encanto y ahora

* Texto leído en el cementerio del Père Lachaise, en París, el 24 de julio del presente año, en la ceremonia de incineración de los restos de nuestro colaborador. Su fallecimiento se había producido siete días antes.

sin historia del 13^{ème} arrondissement, el de las torres de 30 pisos y los inmensos conglomerados de cemento armado, Julio había entrado ya en la etapa declinante de su destierro. Había dicho adiós al barrio *Le Marais*, adiós al trabajo, a las compañías y a la compañera; adiós a la seguridad, al equilibrio y a las últimas ilusiones. Muy luego llegaría el cuasi-desastre, su primer descenso a los infiernos.

Fue justamente entonces cuando Guillermo Atías hizo el comentario que expresaba sin proponérselo el anuncio de su propio fin.

Después vino un período insólito, inesperado. La medicina lo salvó esa vez, y una asistente social —su ángel guardián en esta sociedad superburocratizada que es Francia— consiguió lo imposible: convertirlo en el primer refugiado chileno (y seguramente el único y el último) que ha podido obtener una pensión decente de jubilado. Fue, que yo sepa, el solo capítulo de su peripecia económica, en que su semiinvalidez jugó como carta maestra a su favor. Consiguió también una indemnización que le permitió vivir durante un año las fantasías del que obtiene un premio mediano de lotería. Pasó casi sin transición de *La Salpêtrière* (que en castellano, recuérdese, quiere decir "La Salitrera") a la *gare d'Austerlitz*, desde donde parten los trenes a España. Hospital y estación sólo están separados por un centenar de metros, una distancia tan corta como acelerada era su ansia de escapar hacia tierras que dorara el sol tibio de la lengua española. Viajó a Madrid ese año, cuatro o cinco veces. Allí cumplió misiones que le encargaba la revista *Araucaria*, a cuyo equipo de redacción se había incorporado. Vivió la borrachera del encuentro con sus muchos amigos uruguayos, Juan Carlos Onetti entre ellos, con el cual el verbo tiene una connotación ajena a la metáfora. En Madrid, en casa de Angélica y Hernán, se ganó el derecho a las últimas jornadas de reposo y paz que suele arrancársele a la vida en familia. En Madrid también, en un café de la Plaza Mayor, me dijo una mañana mientras se tomaba una copa de *cointreau*: "Yo ya perdí toda esperanza de volver a Chile. Por eso querría quedarme a vivir en España... ¿Regresar a París? ¿A qué: a morir-me?".

No se equivocaba. Aunque pasarían

todavía más de dos años. El retroceso se tornó implacable: la ruina física, el mal que avanza sabiéndose que el tránsito es ahora irreversible. Las estaciones tienen un nombre. 66 *rue de Vouillé*: la mirada final al París del pequeño comercio de barrio, de las calles repletas de color, de algarabía y de sorpresas. Allí, armándose de un valor suicida (que no era ni con mucho exactamente el suyo), se arrendó un departamento con altílo, un "dúplex" cuya escala marinera debe haberlo llevado de regreso a sus años de Montevideo, a la chalana que alguna vez tuvo y al gorro normando que de todos modos no lo convirtieron nunca en el lobo de mar que hubiera querido ser. 6, *rue Auguste Delaune*, en Villejuif, en la *banlieue*, la periferia que él se empeñó siempre en soslayar. Una residencia para ancianos. Dos, tres meses, y debe mudarse pronto. No sólo es ya un anciano —aunque por sus años en verdad no lo era—, sino también un inválido. Lo transfieren a Cachan, todavía más al sur, en el número 15 de la *rue Cousin de Méricourt*, una flamante "maison de cure médicale", la más moderna de la región parisina, donde el confort y la abundancia material se dan sin rubor la mano con la inhumanidad y la incuria.

Sus sentidos se van apagando lentamente y lo alejan poco a poco de la comprensión del mundo que lo rodea. Gracias a ello, puede tal vez soportar mejor este año y medio final de su infortunio.

Julio fue un militante del trabajo literario. Autor de una media docena de libros de poesía, integrante del equipo fundador de la Alianza de Intelectuales de Chile, amigo de escritores y animador de grupos poéticos. Fue también activista de la labor periodística, en el diario *El Siglo* y en la revista *Vistazo*. Pero de todo esto yo no sé casi nada.

Perteneció al Partido Comunista de Chile desde los veinte años. Sin dotes para el activismo político, el signo de su militancia fue, sin embargo, invariablemente, el de la discreción y la lealtad sin fisuras.

El último texto que escribió fue un breve artículo publicado en la revista *Araucaria*. En el N.º 14, correspondiente al primer trimestre de 1981*. Es

* En el N.º 17 (1982) apareció todavía un trabajo suyo, *Encuentro con Recabarren*.

un homenaje al escritor Juan Godoy, fallecido poco tiempo antes en Santiago. Allí evoca la amistad que los unió; recuerda la vieja casa donde lo conoció, en el barrio El Salto. Analiza *Vagón de queda*, su último cuento, en el que descubre la "angosta y taciturna faja de tierra y de silencio" en que se ha convertido Chile. Habla de

pero se trata de un texto escrito en 1976, cuando se cumplía el centenario de la muerte del líder obrero.

la tristeza de los cementerios y de las tumbas de muchos escritores que, al cabo de un tiempo, ya nadie visita. Aunque a ellos, dice, "los visitarán siempre en las bibliotecas".

Pasarán estos años de exilio y las cenizas de Julio Moncada en el cementerio del Père Lachaise dejarán definitivamente de recibir visitantes. Pero él no lo lamentará. Querrá, en cambio, que frecuentemos sus libros allá, en Santiago, entre los nuestros. Es decir, entre los vivos.

EN ISLA NEGRA, DIEZ AÑOS DESPUES

Las empalizadas que dan a la playa de la casa de Neruda en Isla Negra están llenas de inscripciones de homenaje al poeta. Es un espectáculo impresionante. Todo el que por ahí pasa se detiene a mirar. Muchos sienten la tentación de no ser menos: escriben. Escriben en la madera. ¿Qué escriben? Frases respetuosas de agradecimiento; pequeños poemas epigramas, oraciones, odas elementales. Los enamorados, que han leído "Farewell" y el "Poema Veinte", llegan en los primeros días de setiembre a sellar el compromiso de su pasión en la rústica heredad costera del poeta.

En esta época, Isla Negra presencia un gran movimiento de viajeros. Acuden, como pájaros anuales a la cita, los humildes, los sencillos, los modestos. Graban en ese "diario colectivo" el símbolo de sus sueños: el deseo de no morir, la sensación dichosa de vivir, el milagro de existir. Pobres y ricos sueñan las mismas cosas. La poesía también nos hace iguales. E inmortales. La poesía es la cristalización feliz de todas las escuelas económicas.

Si uno observa bien, repara que en las empalizadas de la casa de Neruda en Isla Negra de hecho no queda ni un insignificante trozo de superficie donde escribir. Días atrás se le dijo a Matilde Urrutia de Neruda que había un poema nuevo escrito en la punta de un madero. Curiosa, pretendió comprobar aquel prodigio. Nada. El poema había desaparecido. Alguien se había llevado como reliquia el pedazo de madera.

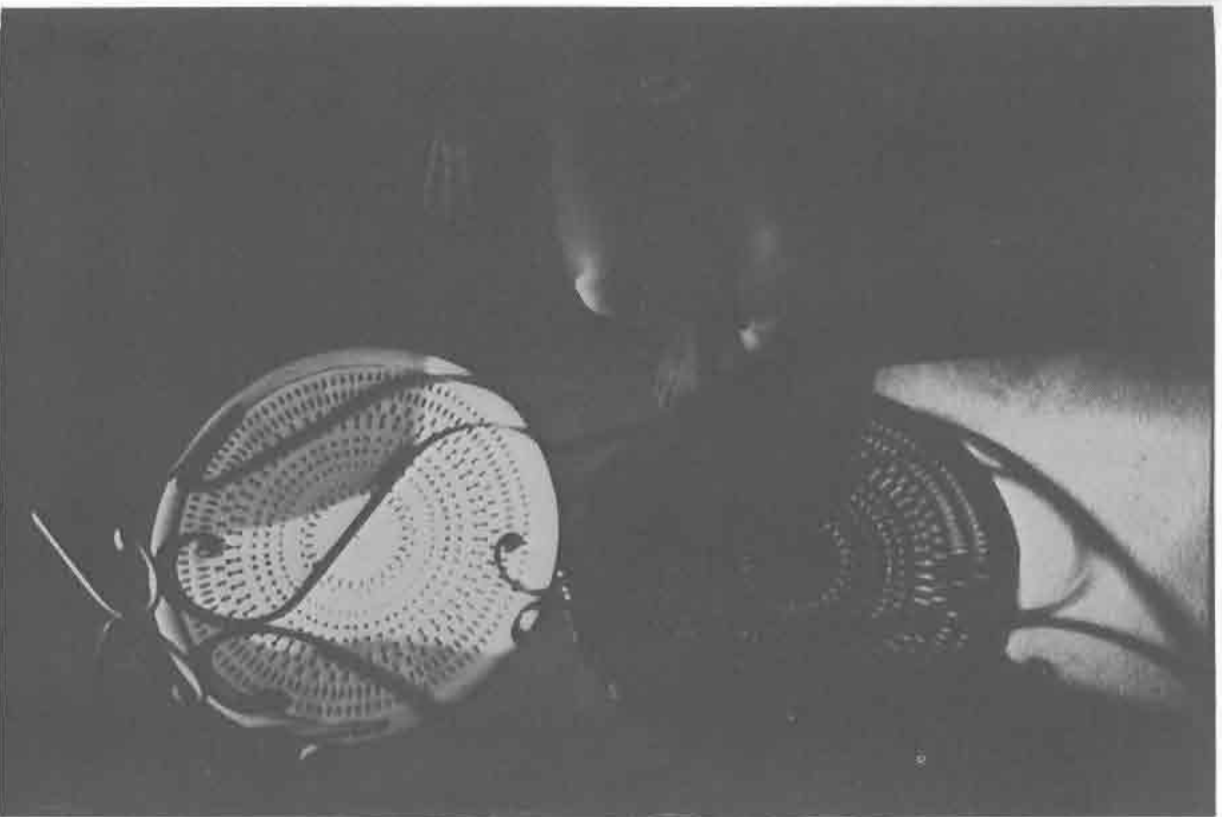


Foto JUAN VICENTE ARAYA



Foto ALVARO YAREZ

La mujer en cuestión

La irrupción de la mujer en todos los órdenes de la vida contemporánea es uno de los fenómenos característicos de nuestro tiempo. Quizá si el más significativo, según algunos, entre los hechos sociales nuevos de los últimos treinta años. Se trata de su emergencia creciente, pero, sobre todo, de la exigencia de la mujer de ser ella misma quien explique el fenómeno. Vano intento, hoy, de reservar a los hombres el papel de portavoces de la verdad femenina. Ellas están ahora mejor preparadas para exponerla.

Los materiales que publicamos a continuación no constituyen por cierto un "dossier" sobre el tema. Es apenas un montaje de textos muy diversos, que muestra que la reflexión de la mujer sobre su condición y sobre lo que hacen sus semejantes no excluye ya a chilenas y latinoamericanas. La preocupación está en nuestro continente manifiestamente viva —en sus acuerdos y en sus desacuerdos— en el trabajo, en la vida artística, en la actividad social y política. El abanico es hoy amplísimo: desbordó, por cierto, los marcos de la pura peripecia doméstica, y en el campo del quehacer intelectual, saltó de la poesía, sin abandonarla, a las tareas mayores de cambiarle la cara al mundo.

Las autoras. Olga Poblete y Mercedes Valdivieso viven en Chile. La primera de ellas es profesora universitaria, dirigente connotada de diversos movimientos (de la Paz, femeninos); la segunda es novelista, autora de La brecha y otras obras. En el exilio viven: Noemí Baeza, educadora, residente en Amsterdam; María Montaner (seud.), profesora y animadora socio-cultural; Eugenia Neves, profesora de literatura en la Universidad de Poitiers y autora de tesis doctorales sobre Neruda y García Márquez; Cecilia Salinas es profesora de historia. Las tres últimas viven en Francia. Valentina Vega es profesora y vive en Estados Unidos.

Sobre el origen de la subordinación de la mujer

CECILIA SALINAS

La génesis de la subordinación de la mujer es un problema que interesa a muchas ciencias. Los aportes de la antropología, paleontología, etnografía, historia y sociología en nuestra época posibilitan el análisis de las causas de la degradación de la situación de la mujer.

El estudio de las sociedades primitivas, la descripción de los diferentes modos de vida que nos aproximarían a los orígenes de nuestras sociedades

actuales, autorizan para visualizar un campo enorme de posibilidades de reflexión y de análisis, aun si las limitaciones subsisten¹.

La tesis y discusión sobre la existencia en los orígenes de la sociedad de un matriarcado, comunidad primitiva, sistema social en que las mujeres poseían poderes de decisión y de control de la comunidad, tiene un siglo de antigüedad. Esta discusión es importante, puesto que la certeza de la existencia de tal organización social demostraría que la situación de la mujer no habría sido siempre de sumisión.

La antropóloga norteamericana Evelyn Reed² propone una completa teoría sobre el matriarcado, como forma original de la organización social, doblemente interesante para nosotros, hoy día, pues describe la organización del clan maternal como una sociedad igualitaria y en la cual los roles y actividades femeninas eran importantes y decisivos para la supervivencia de la especie y organización social de la comunidad.

A grandes rasgos, su descripción es la siguiente: la maternidad y el cuidado de los hijos sedentariza a las mujeres y su actividad es la recolección; la de los hombres la caza y la pesca. La precariedad de las condiciones naturales y los peligros circundantes hacen incierta la posibilidad real de subsistir de la caza; es tarea de las mujeres, entonces, asegurar su propia alimentación y la de la progenie. Esto determina un desarrollo notable de la actividad femenina.

Reed toma la expresión de un aborigen australiano: "el trabajo del hombre, dice, consiste en cazar, pescar, hacer la guerra y *sentarse*. El trabajo de la mujer es hacer *todo el resto*"³. Este "resto" consiste, en las condiciones del paleolítico y más adelante probablemente también, en asegurar la subsistencia de la gens.'

En la enumeración de sus tareas se cuentan la recolección, el cultivo, la domesticación de animales, el tejido, la alfarería. Trabajo productivo y esencialmente creador que permite el desarrollo de la humanidad.

En esta línea de análisis es patrimonio femenino el descubrimiento del fuego; de métodos de cultivo (granos, plantas y sus utilizaciones diversas, etc.); conocimientos de química (plantas medicinales, tratamiento del cuero de animales); invención del lenguaje, que es el resultado de la necesidad de comunicación, es decir, del trabajo en comunidad, y cuya aparición y desarrollo son menos probables en las actividades masculinas, caza y pesca, eminentemente solitarias.

Fluye de esta descripción la conclusión de que las mujeres gozaban de una situación privilegiada, poseyendo el control de la producción y distribución de los alimentos. La vida social gira en torno a esta comunidad de madres y hermanas, en donde el cuidado y educación de los hijos es actividad de la comunidad. La maternidad es función social.

Frente a esta comunidad de mujeres existe la comunidad de hombres, hermanos, que colaboran en los trabajos comunes. No hay desigualdades. Las mujeres son iguales a los hombres y reconocidas como tales por ellos. La noción de paternidad es desconocida y la filiación de parentesco sigue la línea materna.

El control de la vida social se ejerce a través de un sistema de prohibiciones, entre las que la más importante es el tabú sexual. Son tabú todas las mujeres de la gens, de modo que la exogamia es el factor fundamental no sólo

¹ Existirían más de 10.000 sociedades (según la cantidad de lenguas que se hablan en los cinco continentes). Sin embargo, los antropólogos han estudiado entre 700 y 800 sociedades. Maurice Godelier, "Les rapports hommes-femmes: le problème de la domination masculine", en *La condition féminine*, CERM, Editions Sociales, París, 1978.

² Evelyn Reed, *Féminisme et anthropologie*, Denoël/Gauthier, París, 1975.

³ Reed, *op. cit.*, p. 112.

de supervivencia y multiplicación de la gens, sino también de contacto y colaboración con otros grupos tribales.

¿Y qué lugar ocupa aquí el "tabú del incesto"? La teoría psicológica según la cual existe, en efecto, el instinto de atracción sexual del hijo por la madre, víctimas ambos de un padre tiránico, es anterior a la teoría del complejo de Edipo, formulada por Freud en 1913. Este profundiza en ella y llega hasta proponer que en épocas primitivas los hombres, llevados por el remordimiento, habrían instaurado el tabú del incesto. Sin discutir aquí la existencia de tal complejo patológico —probablemente producto del desarrollo de la sociedad moderna del siglo XX—, lo cierto es que la investigación actual concuerda en que no es éste el punto de partida de la evolución humana y la organización social. (A este respecto, las evidencias de degeneración de la especie como producto de la consanguinidad, se revelan prácticamente inexistentes y el ejemplo más socorrido es la cruce para mejorar algunas razas de finos caballos de carrera. Por otra parte, la repulsión entre seres consanguíneos es un condicionamiento social que no existe en la especie animal y muy probablemente era desconocida entre los grupos primitivos del paleolítico.)

Fisher⁴ le atribuye al tabú del incesto, con buen sentido práctico, una razón económica, puesto que la incorporación de extraños al grupo social beneficiaba más la supervivencia de la gens primitiva que la reproducción dentro de los límites estrechos del grupo emparentado. Por otra parte, llama la atención la relación que establece Reed entre el tabú sexual y el canibalismo⁵. Con acopio importante de datos, despoja al tabú del incesto del valor que le ha atribuido el pensamiento científico del siglo XX en el ámbito de la antropología y lo desmitifica.

Es posible presumir que el instinto de supervivencia de la especie humana dictó la instauración del tabú sexual en forma paralela al tabú de alimentación o totémico⁶, cuya función esencial era suprimir la posibilidad de cazar, matar o comer a un semejante, y la hipótesis es que el sexo femenino era el más adaptado para imponer estas prohibiciones, que se convirtieron en reglas sociales. ¿Cómo, si no, proteger la prole? Esto se entiende mejor si se tiene en cuenta que "el hombre descende de una rama de primates no carnívoros en la cual sólo los machos desarrollaron sus mandíbulas y una dentadura adaptada al combate y a la caza. Los dos sexos eran entonces, en este aspecto, biológicamente diferentes. De esa diferencia que heredaron los seres humanos proviene la primera división del trabajo o, más exactamente, la "división alimenticia" del trabajo. Las mujeres, habituadas a alimentar y proteger a sus hijos y habiendo adquirido los sentimientos correspondientes a este papel, guardaron más tiempo un régimen vegetariano y sólo se habituaron gradualmente a la carne"⁷.

La mayoría de los grupos primitivos conservan la costumbre de comer separados los hombres de las mujeres; los niños conviven con sus madres, tías y hermanas, hasta el momento de la pubertad, en que comienzan a ser iniciados en los ritos que les permitirán ser admitidos en el mundo de los hombres.

Los hombres que partían a la caza o a la guerra no debían tener contacto

⁴ Helen Fisher, *La stratégie du sexe*, Calmann-Lévy, Paris, 1983.

⁵ El estudio de los fósiles del Hombre de Pekín, entre otros, comprueba la existencia de antropofagia en los comienzos de la especie humana (Fisher, *op. cit.*), la que, según Reed (*op. cit.*, p. 168), "...desaparece totalmente con la extensión de la agricultura, en las regiones más avanzadas donde se practicaba la cultura de cereales y donde el pan se convirtió en alimento básico".

⁶ Cada gens poseía un tótem, animal, pájaro o planta, sagrado.

⁷ Reed, *op. cit.*, p. 79.

por un tiempo determinado con las mujeres ni los niños. Los antropólogos y crónicas constatan que habitualmente se imponen, en los grupos primitivos, largos períodos de aislamiento de las mujeres en períodos menstruales y de alumbramiento. El hecho, evidente, ha sido objeto de diversas interpretaciones, una de las cuales es la de la protección de la mujer y del niño del canibalismo. Lo concreto es que llegó a constituirse en una regla social establecida y observada rigurosamente por la comunidad. De tal manera, concluye Reed, el tabú no sólo es sexual, sino también de "alimentación" y dirigido primordialmente contra el canibalismo.

La familia monogámica está ausente como núcleo aglutinador de la vida social. A este respecto, Engels dice: "En su origen, la palabra familia no significa el ideal, mezcla de sentimentalismos y de disensiones domésticas del filisteo de nuestra época; al principio, entre los romanos, ni siquiera se aplica a la pareja conyugal y a sus hijos, sino tan sólo a los esclavos. *Famulus* quiere decir esclavo doméstico, y familia es el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre..."⁸.

Los niveles de igualdad se pierden en el desarrollo de la historia, con el progreso de la humanidad y el paso de una economía de caza y recolección a la agricultura, crianza de animales y apropiación de bienes. La división del trabajo entre los sexos se transforma en una división social del trabajo más compleja. Aparecen la explotación del hombre por el hombre y las clases sociales. Los grupos se nuclean en torno a la familia.

La historia muestra en las civilizaciones griega y romana a la mujer desposeída de poder, estatus y derechos. El Estado que normaliza esta situación controla y vela para afianzar y perpetuar este orden de cosas; instituye el matrimonio, que legitima la propiedad de hijos, mujer y herencia.

*

Algunas estudiosas de los problemas de la mujer no aceptan que el origen de la dominación de las mujeres por los hombres tenga una base, una razón económica, porque este análisis dejaría de lado elementos que formarían parte de lo que se llama "especificidad femenina". El análisis de la reproducción humana no aceptaría, entonces, frías categorías económicas porque los principales actores de este proceso son mujeres que tienen una naturaleza específica y cuyo comportamiento refleja características que rechazan conceptualizaciones objetivas que emanen del análisis de las condicionantes reales de la vida social. Es necesario entonces, dicen, buscar las razones en otra parte.

Este año 1983 nos trae de Estados Unidos una novísima tesis⁹ que se sustenta básicamente en las dificultades que tuvieron nuestros ancestros para relacionarse con el medio natural, para sobrevivir y marchar hacia y por el camino de la civilización. El punto de partida del desarrollo de la humanidad podría ubicarse en el "contrato sexual" suscrito por hombres y mujeres en el comienzo de la etapa bípeda.

Al gran paso adelante que significaron los nacimientos de prematuros, en el transcurso de las generaciones, siguió la disminución, hasta su término, del ciclo de celo de las hembras, y la selección natural favoreció a aquéllas que mostraban mayor receptividad sexual durante la mayor parte de su ciclo mensual, durante la gestación y después del parto. Y esto por una razón de

⁸ Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en Marx, Engels, *Obras escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, p. 247.

⁹ Helen Fisher, *op. cit.*

sencilla comprensión: en un principio, la hembra en celo obtenía más carne y también las madres jóvenes en celo poco después del parto, con lo cual se podía alimentar a los recién nacidos en mucho mejores condiciones.

"Esta receptividad sexual de la hembra inaugura el intercambio más fundamental de la raza humana. Machos y hembras aprendían a repartir sus tareas, a intercambiar la carne y los vegetales, a compartir su captura cotidiana. La actividad sexual los había unido y la dependencia económica reforzaba sus lazos"¹⁰.

Esta revolución sexual tuvo consecuencias enormes: niños mejor alimentados, mejor protegidos, lo que acarrea un aumento de la población, una "explosión demográfica que facilita la adaptación de los protohomínidos a una vida nueva cuando se vieron obligados a emigrar hacia las sabanas de África y Euroasia. Este período de adaptación implicaba una selección rápida y rigurosa. Sólo los más vivos, los más hábiles, los más cooperativos, sobrevivieron. En una época de selección draconiana, la especie tenía interés en reproducirse lo más posible. Los individuos diferían ahora sensiblemente y si la selección eliminaba un gran número, una gran cantidad eran aptos. Así, esos nacimientos consecutivos que preocupan a todas las mujeres hoy día, contribuyeron en ese entonces a la sobrevivencia de la especie, en tiempos de cambios, gracias a la proliferación de los individuos"¹¹.

Un vistazo incompleto de la bibliografía sobre el tema nos sugiere que hay muchas dificultades para un análisis desprejuiciado del origen de la subordinación de la mujer. Pareciera que es difícil aceptar de buenas a primeras la universalidad del canibalismo primitivo o el intercambio/circulación de mujeres, por ejemplo, como hechos reales en los que no hay intencionalidad y que no tienen por qué responder a las mismas reacciones complejas del ser humano civilizado. Y es de común ocurrencia encontrar, en los diferentes análisis, la sexualidad como punto de partida de la oposición hombre/mujer. Sin embargo, el desarrollo de la investigación actual nos da nuevas pistas.

El antropólogo Maurice Godelier, en su estudio del pueblo Baruya de Nueva Guinea¹², ejemplo de organización sin clases con una población de más o menos 2.000 individuos, nos ofrece antecedentes interesantes.

En las sociedades de cazadores-recolectores, la sedentariedad de las mujeres (maternidad) y la movilidad de los hombres provoca una distribución de tareas que considera además las posibilidades que ofrece la naturaleza y los medios que poseen los individuos para controlarla. Por su carácter espontáneo es que Engels la denomina división "natural" del trabajo¹³. Si logramos imaginarnos las condiciones en que viven hombres y mujeres en el paleolítico¹⁴ —la especie humana aparece en un período interglacial—, comprendemos que el objetivo principal de la especie era la subsistencia y que la naturaleza determinaba la necesidad de protegerse y salvar la vida a toda costa. No es la opinión de Lévy-Strauss, para quien "las razones naturales no son decisivas para explicarla..., cuando se constata que un sexo debe cumplir ciertas tareas significa también que ellas están prohibidas al otro sexo..."¹⁵.

¹⁰ *Ibid.*, p. 97.

¹¹ *Ibid.*, p. 107.

¹² Maurice Godelier, "Le problème des formes et des fondements de la domination masculine", París, *Les cahiers du CERM*, N.º 128, 1976.

¹³ Engels, *op. cit.*

¹⁴ Muy didáctico nos parece a este respecto el film franco-canadiense *La guerra del fuego*, aparecido en el circuito comercial en 1982.

¹⁵ C. Lévy-Strauss, *La famille*, Gallimard, 1979. Esta es, además, una de las consideraciones sobre las que se apoyan quienes sostienen que la oposición hombre/mujer es eterna y aparece con la especie humana.

En el pueblo Baruya, sociedad sin clases, el hombre ocupa el primer lugar en el proceso social y la mujer se encuentra en una situación de absoluta sumisión, aun si los mitos y las leyendas del patrimonio Baruya le atribuyen un antiguo poder. ¿Cómo explicar esto si aparentemente no existen elementos que permitan la primacía de un sexo por el otro? En esas condiciones no hay propiedad privada que atraiga el interés individual o de un grupo; la familia no existe con la estructura monogámica que le conocemos, etc.

A partir de los descubrimientos de Morgan, evocados por Engels, de una filiación de parentesco generada por la madre y transmitida por las mujeres, se reconocen relaciones de parentesco matrilineales más antiguas que las de parentesco patrilineal propias del patriarcado. Pero aún en grupos sociales de filiación materna, con algún poder de las mujeres en el proceso de reproducción, existen los hermanos de las mujeres, que constituyen, en definitiva, el grupo que ejerce el poder.

Los hombres tienen el control de los recursos y del producto de cada grupo social. El poder es ejercido a través de la dominación de las mujeres, no de todas, sino de las mujeres fecundas (las mujeres estériles tienen un estatus inferior aún y las que han dejado de ser fértiles participan del estatus y poder de los hombres). Controlando la capacidad de reproducción, es la sexualidad de la mujer lo que se subordina.

En estas sociedades, las relaciones de parentesco, sean matri o patrilineales, imponen las reglas de comportamiento y rigen la reproducción del grupo social, ejercen el poder e imponen la subordinación de las mujeres (las relaciones de parentesco funcionan como relaciones de producción, puesto que controlan los recursos y el producto), y esto porque el control de la reproducción de la vida es más importante para las sociedades primitivas que el control de los medios materiales de producción. Es la posibilidad de subsistencia y de reproducción del grupo social.

En el origen del control del proceso de reproducción está la exogamia y la prohibición sexual. Y lo que se denomina intercambio de mujeres no es más que herramienta de los grupos primitivos para proteger y asegurar su subsistencia, reproducción, contacto y colaboración con otros grupos sociales.

El dominio del hombre sobre la mujer obedece a razones no intencionales. La división del trabajo por sexo corresponde a los impedimentos y capacidades distintas de hombres y mujeres (allí no hay tampoco intención). Los hombres se han encontrado, enfrentados a las condiciones del medio, en la primera línea del proceso productivo.

Si bien las razones profundas de la dominación de los hombres no son intencionales ni conscientes, sí pertenecen a la conciencia la elaboración de instituciones que perpetúan y justifican esta dominación. Y en ese plano la ideología ha proporcionado todas las razones (inventadas y convertidas en realidades) que sirven a la vez de justificación y de elementos de reproducción de este orden de cosas.

Tal y como en los Baruyas se encuentra una justificación ideológica a la desigualdad en el sexo "las mujeres ponen en peligro el orden de las cosas por su sexo, pues éste es una vía abierta a los poderes maléficos"¹⁶, aún hoy se insiste en atribuir significación de causa a la sexualidad. Pero la sexualidad está subordinada y determinada por las relaciones de producción existentes.

Las proposiciones de Godelier son importantes porque nos exigen jerarquizar los términos del análisis. No es la sexualidad el elemento clave de la subordinación de la mujer, es sólo una justificación ideológica que oculta las razones de fondo de la opresión de la mujer. Y estas razones eran, en último término, exigencias de la evolución de un tipo de sociedad a otro. Otra cosa

¹⁶ Godelier, *op. cit.*, p. 29.

es, como lo dice el antropólogo, "la elaboración de representaciones sociales conscientes que sirven de principio de organización interna a las instituciones destinadas a perpetuar la subordinación de las mujeres; lejos de ser el reflejo de la práctica social... son condiciones y componentes internas de la práctica social y, entonces, instituciones a través de las cuales esta práctica toma forma y realidad sociales"¹⁷. De modo que las justificaciones no tienen relación con las razones que han dado origen a la subordinación de la mujer. Si bien el problema no está resuelto, nos parece que la vigencia de la discusión acerca de la existencia del matriarcado resalta, entre otros, dos aspectos:

1. El hecho de que aparentemente, y hasta hoy, los estudios directos en sociedades primitivas contemporáneas no aporten comprobaciones suficientes a la tesis del matriarcado, no debe ocultar ni menoscabar la necesidad de mejorar el valor científico de la antropología histórica, la cual no puede cejar en su intento de proporcionarnos respuestas sobre aquellas sociedades que aparecen todavía sin historia, por estar demasiado alejadas en el tiempo, y recuperar así —aun a través de datos tales como los mitos— claves esenciales para entender el presente y el futuro.

2. La discusión queda confrontada al conocimiento científico. No obstante, la tesis del matriarcado induce a un análisis que nada autoriza a descartar y, al contrario, creemos que cobra un desarrollo más amplio con el progreso de la investigación, a saber: la existencia de una igualdad originaria de los sexos debido a relaciones colectivistas de producción, y la posición eminente de las mujeres dado su rol de principales productoras y creadoras de vidas nuevas.

En todo caso, los estudios antropológicos de los pueblos que aún conservan relaciones sociales primitivas demuestran que existen ejemplos donde se da una casi igualdad entre los sexos. De manera que ello "exige imaginario lo que representa la autonomía femenina individual y colectiva y buscar donde sea posible otras pruebas, otros índices de esta autonomía..., pide no precipitarse sobre los casos engeguedores de dominación masculina sin interrogarse sobre la realidad de lo que verdaderamente ocurre", según dice Godelier¹⁸ a propósito de las conclusiones de E. Leacock, quien suscribe las tesis de Engels y Reed.

Induce a reflexionar también en que la "derrota histórica" de las mujeres, como la denomina Marx, es también la derrota de la fraternidad tribal de los hombres y que ella va a parejas con la explotación de hombres y mujeres por una minoría de hombres.

En definitiva, todos los elementos incorporados por la ideología a nuestra civilización son de antigua data, nacen con ella, se apoyan en los escritos de los filósofos griegos, entre otros Platón y Aristóteles, retomados por las diversas religiones y corrientes filosóficas hasta nuestros días. Ellos han confirmado los estereotipos, acotados de valores diferentes, de lo masculino y lo femenino; valores generalmente negativos para lo femenino y positivos para lo masculino.

La ideología sirve, como sabemos, a las estructuras de poder, es una herramienta de control social. Ella quiere que el sexismo exista y no le interesa revelar las verdaderas causas de esta oposición. El mantenimiento del sistema de opresión de hombres y mujeres requiere que el principal enemigo de la mujer sea el hombre y no las complejas estructuras que le impiden a la mujer el acceso pleno a los diferentes niveles de la vida en nuestra época: a la cultura, política, vida económica y social. En este sentido, son pertinentes las reflexiones de Evelyn Reed:

¹⁷ *Ibid.*, p. 39.

¹⁸ Godelier, "Les rapports hommes-femmes..."

"Es verdad que todas las formas de sociedades de clases han sido dominadas por los hombres y que los hombres aprenden desde la cuna a ser sexistas. Pero no es verdad que los hombres en tanto tales representen el enemigo principal de las mujeres. Ello hace abstracción de multitudes de hombres oprimidos, explotados, que son ellos mismos oprimidos por el enemigo principal de las mujeres: el sistema capitalista"¹⁹.

La lucha contra el sexismo planteada como el elemento esencial de las tareas que la mujer debe cumplir en su lucha de liberación

"tiende a ocultar o ignorar el papel de las instancias de poder, que no sólo son las creadoras y beneficiarias de todas las formas de discriminación y de opresión, sino son también responsables de la creación y mantenimiento del sexismo.

"Si todas las mujeres constituyen una clase, entonces todos los hombres deben formar una contra-clase —la clase de los opresores—. ¿Qué conclusión se obtiene de esas premisas? ¿Que no hay hombres en la clase oprimida? ¿Y qué hacemos con los millones de trabajadores blancos oprimidos que, como los negros, chicanos y otras minorías oprimidas, son explotados por los capitalistas? ¿No tienen ellos una plaza central en la lucha por la revolución social? ¿En qué momento y bajo qué banderas esos oprimidos de todas las razas y de los dos sexos se reunirán para una acción común contra su enemigo común? Oponer las mujeres en tanto clase a los hombres no puede llevar sino a una diversión de la lucha de clases real."

¹⁹ "Les femmes: caste, classe ou sexe opprimé?", en *Partisans*, N.º 57, janvier-février 1971, París, Ed. Maspéro.

El MEMCH, un capítulo del militantismo femenino chileno

OLGA POBLETE

El Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena tiene el mérito de haber sido en nuestro país el primer movimiento femenino organizado militante, con permanencia y continuidad en el tiempo. Afirmarlo no implica en absoluto desconocer iniciativas anteriores o coetáneas. Por el contrario, el MEMCH siempre enfatizó la historia como proceso, en este caso la trayectoria de la lucha femenina por hacer valer sus derechos como ser social en igualdad de condiciones con el hombre, por obtener el justo reconocimiento a su participación en la vida de la comunidad, por reafirmar su condición de persona-mujer. Nada más ilustrativo de ello que la gran Exposición de las Actividades de la Mujer Chilena, realizada en Santiago a fines de diciembre de 1939 y primeros días de enero de 1940, en el bloque oriente de la actual Biblioteca Nacional, hasta hace poco sede del Museo Histórico. Con mucho material gráfico, estadísticas y reproducción de documentos, se remontó la historia de las chilenas hasta la Colonia, las luchas de la Independencia y su participación en ellas —silenciosa a veces, no tanto otras— y su lento emerger a lo largo de la vida Republicana. Fueron chispazos de aquel sector social que

vivía en la trastienda, pese a que poetas, novelistas y pintores se dedicaran con verdadera fruición a perfilar "la mujer", ponderar sus dotes naturales, su belleza. Ciertamente brillaron mujeres en salones de lujo y refinada cultura. Su legado es magnífico. Ellas fueron signos visibles de una masa ignorada de dueñas de casa, cuidadoras del hogar y la familia, de trabajadoras de los talleres, de campesinas, de compañeras valerosas de mineros del salitre y del carbón. Entre aquella élite, sin embargo, muchas audaces hicieron noticia, porque hicieron cosas. La chillaneja Cornelia Olivares, que en 1817 incitaba a los chilenos a luchar en el bando patriota para acabar con el coloniaje; la escritora Martina Barros, que tradujo "La esclavitud de la mujer" de J. Stuart Mills, publicándolo en el periódico *La Mujer*, fundado hacia 1877; las maestras Antonia Tarragó e Isabel Lebrun de Pinochet, que abrieron en Copiapó el primer Liceo de Niñas (1877), e impulsaron además la dictación del Decreto Amunátegui. En 1894 un diario publica la noticia de haberse fundado en Santiago la "Sociedad Emancipadora de la Mujer" y acompaña lista de su Directiva. Entonces uno empieza a percibir cómo la débil corriente primitiva ha crecido a lo largo de décadas. Nada es casual en la Historia. Por algo ocurren sucesos en Chillán en 1817 y por más de algo es que este par de maestras inician un colegio secundario femenino en Copiapó. Tampoco es por azar que encontramos a unas buscadoras de "emancipación" antes de finalizar el siglo pasado.

El MEMCH fue concebido para integrar mujeres de toda condición social, intelectual, ideológica. Atrajo tanto a abogadas, periodistas, médicos, maestras, artistas, escritoras, asistentes sociales, como a obreras, campesinas, dirigentes sindicales y a un buen número de esas valiosas y esforzadas mujeres que se autoenrolan en el rubro de dueñas de casa. Para todas, por igual, el MEMCH fue una gran escuela de civismo.

En el curso de los años treinta ya habían madurado por lo menos un par de generaciones herederas de aquella oleada de mujeres profesionales brotadas del histórico Decreto Amunátegui (1877), que les abrió las puertas de la Universidad de Chile. Hay que retener este hecho porque no sólo explica en parte el asunto del feminismo en Chile, sino también el liderato de éste en el movimiento femenino latinoamericano.

Las mujeres que decidieron fundar el MEMCH en 1935 pertenecían a un país que había vivido las primeras etapas de su industrialización, tenía ya a su haber las luchas de un proletariado emergente; había conocido la prosperidad y estaba cayendo al pozo de la "gran depresión" económica del año treinta; vivía intensamente los fermentos ideológicos desatados primero por la revolución rusa de 1917, luego por la primera guerra mundial y por los inicios del fascismo que arrastraría a la humanidad a la mayor catástrofe de su historia. Estas mujeres procedían de un caudal de experiencias acumuladas tanto en las luchas de los mineros del salitre y las primeras fábricas, en las Mancomunales, las Mutuales, los "sindicatos en resistencia", como en las acciones desmesuradas para su tiempo, de las universitarias de la FECH de los años veinte.

De ahí, sin duda, el tono firme, desafiante, que tienen los primeros escritos del MEMCH: sus Estatutos, sus peticiones a las autoridades, los conminatorios volantes producidos para las campañas contra la carestía de la vida, contra el cohecho, el analfabetismo, los conventillos. Digno de consignarse es su periódico *La Mujer Nueva*, que se publicó desde noviembre de 1935, bajo la dirección de Marta Vergara, y se editó mes a mes durante todo 1936. Fue para el MEMCH su tribuna, su espejo, su enseñanza.

El nexo común entre estas mujeres era su convicción democrática amplia, eminentemente política pero no partidista. Comprendo que cueste entender esta aparente contradicción si la manejamos dentro de la malla enajenante en

la cual hoy en Chile se debaten las ideas. Pero en los años treinta se percibía claramente la necesidad de construir la barrera más potente contra el conservantismo, las fuerzas reaccionarias y su insaciable voracidad de poder y riqueza. ¡Qué mejor ilustración que allá en España la República desangrándose!

Las mujeres que fundaron el MEMCH y las que acudieron al llamado, venían de la dictadura de Ibáñez y se encaminaban al Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda. Para hacer este trayecto hacia la libertad y la dignidad, era imperioso lograr la unidad de la diversidad y esto era factible si se entendía construir la democracia mediante la convergencia de todas las fuerzas y sectores sociales que creían y querían el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo. La emancipación de la mujer se concebía ligada al perfeccionamiento de la democracia, por tanto, inserta en las luchas populares.

A la distancia, sobre todo reflexionando en 1983, con diez años de gobierno militar a cuestas, no puede menos de asombrar la vital tenacidad de aquellas fundadoras. Nacida la Institución en 1935, ya en 1937 realiza su Primer Congreso Nacional; hasta él llegaron *memchistas* desde las provincias. En *La Mujer Nueva* se realizó un intenso trabajo preparatorio enteramente a tono con los propósitos enunciados en los Estatutos.

En 1940 se efectuó el Segundo Congreso Nacional, esta vez con delegadas de 42 Comités locales desde Arica a Valdivia, además de los de Santiago. Este Congreso dio gran atención a la organización y desarrollo del MEMCH. Recomendó a cada Comité programar el trabajo partiendo de las necesidades locales más sentidas por las mujeres: económicas, sociales, culturales. Sugirió crear Centros de Madres, de Niños; Secretarías artísticas, deportivas; Bibliotecas y Cursos de manualidades. El punto III del Temario, "Igualdad o protección para la mujer respecto del hombre en el trabajo", provocó el debate de un tema que por largo tiempo preocupó al movimiento femenino y que el MEMCH abordó con gran rigor, alertando respecto a las leyes protectoras y a los peligros que de ellas suelen derivar. Desde luego, el II Congreso abogó porque las llamadas leyes de protección se extendiesen por igual a toda la clase trabajadora sin excepciones. Llama la atención que en 1940 las Delegadas formularan resoluciones tales como fomentar el deporte femenino, crear hogares colectivos para mujeres solteras o viudas sin hijos, colonias para internar niños vagos y jardines infantiles. En los años siguientes renovó esta campaña en favor de la creación de guarderías de niños y jardines infantiles, valioso antecedente para lo que fuera más tarde la Ley respectiva (Ley N.º 17.301, 22-IV-1970).

El VII Tema del Congreso ilustra dos características relevantes de este movimiento femenino: su espíritu unitario y su visión internacionalista. En dicho Tema se formularon dos notables recomendaciones: buscar el entendimiento con otras entidades femeninas nacionales en base a un programa mínimo común y asumir la iniciativa de organizar un Congreso Latinoamericano por la Paz. Correspondió al Movimiento Internacional de Partidarios de la Paz realizarlo 12 años más tarde. Varias *memchistas* participaron en los trabajos de dicho Congreso (Montevideo, 1952).

Curioso anotar cómo el MEMCH nunca abandonó el concepto dinámico de la interrelación entre el acontecer nacional y el internacional. Por las páginas de *La Mujer Nueva* transcurre la vida del país, pero paralelamente a ella el curso de los sucesos mundiales. La guerra civil española, la solidaridad con sus huérfanos, coexisten con artículos sobre las cárceles de mujeres en Chile, o el análisis del control de la natalidad; se escribe sobre el voto político para las chilenas y se informa acerca del feminismo en otros países. La vida de nuevos Comités en Santiago y provincias es noticia tan importante como la

que reseña los logros en educación y salud en la Unión Soviética. Chile no era ni una isla, ni un eslabón perdido.

Todo cuanto fuera importante para avanzar en la difícil ruta hacia la democracia interesó vivamente a las *memchistas*: al reunirse en Santiago (1935) la Primera Conferencia Latinoamericana de Trabajadores, la Institución rinde homenaje a los Delegados; se crea la Comisión Interamericana de Mujeres y una maestra entonces becada en Estados Unidos, más tarde una de las "fundadoras", participa en las actividades que dieron origen a dicho organismo; el gobierno de Gabriel González Videla abre el campo de concentración de Pisagua y el MEMCH hace la denuncia ante la Comisión de los Derechos Humanos que preside en París la señora Eleanor Roosevelt; a tres días de promulgada la Ley que reconoció el voto político a la mujer, una gran feminista, fundadora del MEMCH, es privada de sus derechos en virtud de la Ley 8.987 de Defensa de la Democracia. Su reclamación ante el Director del Registro Electoral es divulgada en el país y el exterior. Una de las más importantes instituciones femeninas norteamericanas, la Federación de las Américas de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, hace suyo el caso a instancias del MEMCH y divulga internacionalmente el documento que señala el flagrante atropello.

En mayo de 1945, el MEMCH conmemoró sus primeros diez años publicando un folleto: en él se enumeran logros, campañas, participación en reuniones internacionales. Listado impactante y revelador de una época de luchas febriles enfrentadas con estudio, disciplina y profunda sensibilidad social.

¡Ah!, eran otras las condiciones, suelen decirnos a veces al comentar esa labor. Sí. Pero ésas también eran "nuestras condiciones", las que nos tocó

No fueron años fáciles. No fuimos una especie bienvenida para muchas mujeres y hombres influyentes. La prensa grande, la seria, estuvo siempre lista para atacarnos y ceder sus páginas hasta llegar a la injuria, para tergiversar iniciativas e interpretar actitudes antojadizamente. ¿Cómo admitir sin inquietud a mujeres que pretendían que la palabra emancipación circulara sin reparos? ¿Cómo no desconfiar de quienes hablaban con sin igual soltura sobre legalizar el aborto, difundir métodos anticonceptivos, estudiar una posible legislación sobre el divorcio?

Mirando retrospectivamente, me parecen envidiables aquellos años sin reposo ante la pugna y el ataque malévolo, porque eran otras tantas ocasiones de confrontación abierta, aun cuando fuesen tan desiguales las fuerzas. Si no nos acogía la prensa grande o las radios importantes, nos quedaba nuestra sede social, o un teatro de barrio o, por fin, la calle. *Memchistas* y simpatizantes estuvieron en las calles en movilizaciones por el voto político, contra la carestía de las subsistencias, por el Día Internacional de la Mujer*, contra la firma del Pacto Militar entre el gobierno de Chile y el de Estados Unidos, contra el envío de tropas chilenas "voluntarias" a la guerra de Corea, por las libertades públicas y por el término de las relegaciones. Muchas veces fueron dispersadas con violencia, otras, detenidas por "desorden callejero" o disueltas por la fuerza pública, no sin antes entregar su palabra, sea en voz alta o con sus impresos.

* El MEMCH fue la primera institución femenina que conmemoró el Día Internacional de la Mujer (1936). FECHIF lo auspició en 1944 con un Acto en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Organismos de mujeres, sindicales, profesionales, artistas, lo han seguido conmemorando hasta hoy. El 8 de marzo de 1978, las chilenas organizadas en los Departamentos Femeninos de la Coordinadora Nacional Sindical, rindieron homenaje al Día Internacional de la Mujer en el Teatro Caupolicán, con el primer gran acto público de masas efectuado en Chile desde el golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

Es posible que la campaña por obtener el voto político haya contribuido a catalizar fuerzas dispares e hiciera posible esa admirable y dinámica unidad que fue el MEMCH. La institución vivía al calor de las inquietudes de sus integrantes, de la conciencia de su compromiso no sólo con otras mujeres, sino con la sociedad. Si bien existía el programa general de actividades, éste quedaba abierto a cualquier iniciativa valiosa y enriquecedora.

Los años precedentes a la segunda guerra mundial nos echaron encima el peso de la ideología antihumanista y prepotente del fascismo. Abogadas, profesoras, escritoras, estudiaron, programaron y dictaron cursos seguidos de debates sobre la naturaleza y objetivos del fascismo y la defensa de la democracia y de la paz. Se estrecharon relaciones con organizaciones femeninas de Colombia, Argentina, Brasil, México, Cuba, Comisión Interamericana de Mujeres, Federación de las Américas de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, Comité del Mandato de los Pueblos, Federación Democrática Internacional de Mujeres.

Terminaban los años cuarenta. Había finalizado la guerra, pero comenzó el inquietante descalabro de la guerra fría, agudización de la tensión internacional, carrera armamentista, amenaza del arma atómica. Los factores mencionados no sólo aumentaron la relación con el exterior, sino que acentuaron notablemente el acercamiento y solidaridad del MEMCH con las mujeres de los estratos populares.

Memchistas que dirigían Comités locales y provinciales en las zonas del salitre y del carbón fueron relegadas tanto a Pisagua como a inhóspitos lugares australes. Protestas y ayuda fueron acciones simultáneas. Como miembro de la FECHIF —Federación Chilena de Instituciones Femeninas, nacida por resolución del Primer Congreso Nacional de Mujeres, Santiago 1944— el MEMCH requirió un pronunciamiento de ésta frente a tales sucesos. Los debates, aunque muy caldeados por posiciones partidistas, lograron, sin embargo, que triunfara en principio el acuerdo de ayudar a las mujeres y sus hijos desplazados de los campamentos de Lota y Coronel (1947).

Pisagua es un capítulo dramático en la historia política de nuestra República. 1948 y 1949 fueron años muy duros de represión de las libertades públicas y de atropellos a los derechos de las personas. El macarthismo había desatado en Estados Unidos su implacable "caza de brujas". América Latina, amarrada por su dependencia económica, se vio presa además en la red de compromisos político-militares que en nombre de la defensa hemisférica se acordaron en la Conferencia de Cancilleres en Río de Janeiro (1947).

Cuatro dirigentes del MEMCH del norte fueron relegadas a Pisagua. El MEMCH reclamó ante el Ministerio del Interior su libertad, la cual se obtuvo al finalizar 1948. Durante su relegación, crearon en Pisagua un MEMCH: enrolaron mujeres y niños —de éstos llegó a haber cerca de 140, entre uno y 17 años—, organizaron la recepción y distribución de las ayudas enviadas desde Santiago y provincias; crearon cursos de alfabetización y mantuvieron un Diario Mural con noticias, saludos, mensajes que llegaban en una correspondencia que, sorprendentemente, casi no se interrumpió. Cuando los relegados hicieron una huelga de hambre (noviembre 1948), estas mujeres atendieron a los hombres de más edad y a los enfermos.

Una vez más, como antes y ahora, el anticomunismo demostró su alta rentabilidad para la dictadura. La Ley de Defensa de la Democracia sirvió para muchas cosas y rigió a pleno rendimiento hasta su derogación, durante la segunda presidencia de Ibáñez.

Naturalmente, la conducta del MEMCH en esos años le acarreó muchas dificultades. Un ciclo de seis Foros sobre Educación, Salud, Trabajo, Previsión Social, Democracia y Defensa de la Paz, que se organizó para conmemorar el Día Internacional de la Mujer (semana del 8 al 15 de marzo de 1949),

fue suspendido por el Ministerio del Interior al iniciarse el tercero de ellos. Luego siguieron dificultades para arrendar local de sede; no fueron casuales las postergaciones arbitrarias en los empleos públicos y particulares; menudearon ataques insidiosos en prensa y radio; más de una vez documentación requerida para salir al extranjero fue indefinidamente tramitada o entregada fuera de plazo para asistir a alguna reunión por la paz o por reivindicaciones femeninas.

El MEMCH se atrajo mayor ojeriza de las autoridades de Gobierno y de sus partidarios, cuando se integró activamente al Comité que en 1951 llevó a cabo, tanto en Santiago como en ciudades de provincias, la campaña contra el Pacto Militar. Pese a los esfuerzos de la oposición y al repudio popular, el Congreso terminó por aprobarlo. No podía ocurrir de otro modo: el Pacto materializaba los acuerdos suscritos por el gobierno chileno en la Conferencia de Río, en 1947. Los argumentos que se manejaron en esa campaña, los documentos que produjo el MEMCH y están en sus archivos, han sido dolorosamente ratificados por los sucesos de la guerra de las Malvinas en 1982, más de 30 años después. El mito de la defensa hemisférica que ha costado y cuesta a los pueblos latinoamericanos una carga insufrible de gastos en armamentos y operaciones militares conjuntas, quedó ahora al desnudo con la intervención militar británica y el apoyo que ésta tuvo de los Estados Unidos en el conflicto del Atlántico Sur. Los hechos, desafortunadamente en el largo plazo, se encargaron de mostrar la razón que asiste a las fuerzas sociales y políticas para reivindicar lo que ellas estiman justo en sus luchas por las libertades y derechos. El MEMCH vivió aquellas experiencias y aún quedan sobrevivientes para contarlas.

Los compromisos contraídos por el MEMCH, tanto en su II Congreso Nacional, en 1940, como en el II Congreso Nacional de Mujeres, en septiembre de 1947, no fueron en modo alguno abandonados. Libró importantes campañas y cooperó en otras que incidían en los mismos asuntos centrales de su programa: dio activo apoyo junto a la Unión de Profesores de Chile, para la puesta en marcha del Plan de Experimentación en Educación Rural, en San Carlos; defendió los derechos de los menores que trabajaban en los relojes de control de microbuses (1948); editó el folleto sobre el Voto Político para la Mujer (1949); dictó cursillos y colaboró en la redacción del documento preparatorio para las elecciones municipales del 8 de abril de 1947, primer peldaño en la conquista de los derechos políticos; conmemoró con un gran acto en el Salón de Honor de la Universidad de Chile (26 junio 1947) el segundo aniversario de la firma de la Carta de San Francisco, que dio nacimiento a las Naciones Unidas; solidarizó con las viudas y familiares de los obreros del cobre que perecieron en la catástrofe de Sewell (1945); dio publicidad al análisis jurídico que efectuaron abogadas del MEMCH del turbio juicio "Clarisa Díaz con Braden Copper", elevando protesta y documento respectivo ante el Presidente de la Corte Suprema (julio 1947); dio pleno apoyo y trabajó junto a las mujeres que crearon en 1948 el Comité MEMCH de Providencia, dentro del cual nació una Cooperativa de Vivienda para unas 100 familias, iniciativa a la que siguió en 1951 la adquisición de los terrenos y los primeros trabajos de autoconstrucción, largo proceso en el cual el MEMCH contó con un entusiasta apoyo de la FECH, estudiantes de Derecho y de Arquitectura de la Universidad de Chile; promovió en Chile la Jornada Internacional por la Defensa de la Infancia, integró aquí el Comando Nacional y *memchistas* médicos, asistentes sociales y colaboradores elaboraron un estudio muy completo de la situación del niño chileno (1950); dos socias del MEMCH, que por otros motivos se encontraban entonces en Francia, representaron a la Institución en la Jornada Internacional Pro Defensa de la Infancia realizada en París (junio 1950); prosiguió la campaña Pro Guar-

derías Infantiles, ante organismos femeninos, sindicales, de maestros (1949-1950). Desde 1946 el MEMCH estaba en relación con el Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, Lake Success, Nueva York; al ocurrir en Santiago la Segunda Conferencia Regional Latinoamericana de Organizaciones no gubernamentales de las Naciones Unidas, el MEMCH participó con una delegación y una ponencia (septiembre 1949). Relacionado desde 1946 con la Federación de las Américas de la Liga Internacional Femenina Pro Paz y Libertad, de Estados Unidos, el MEMCH tomó parte en dos Conferencias Interamericanas de Mujeres (Guatemala, 21-27 agosto 1947 y México, 12-19 octubre 1951).

Siempre salta una pregunta cuando se habla del MEMCH: ¿Por qué no continuó existiendo? Creo que éste fue un movimiento femenino que vivió en y para su época. Este es un pensamiento compartido por quienes aún perduramos en la amistad y la reflexión. Respondió a intereses de las mujeres en un par de décadas muy importantes de nuestra historia. Satisfizo inquietudes y aspiraciones muy sentidas en esos años. Hizo un rico aporte al movimiento femenino chileno en cuanto a doctrina, organización y reafirmación de la personalidad de la mujer. Gobinda Villalobos, mujer de minero de la Oficina Salitrera de Rica Aventura, Grupo Toco, en el norte, dijo durante el II Congreso Nacional de Mujeres, Valparaíso, 1947: "la mujer recién comienza a vivir cuando se organiza". Rica, justa y sabia afirmación. Gobinda sentía plenamente el valor de compartir y de participar en el quehacer social. Lo había aprendido haciendo. Por eso lo afirmaba con tanta autenticidad. No en vano regímenes antipopulares aplican todas las medidas para aislar y cortar las vías de la comunicación y la libre participación. Pienso que el MEMCH multiplicó las ocasiones para que las mujeres que lo integraban se sintieran personas, reales protagonistas de sus vidas.

Y vuelve la pregunta: entonces, ¿por qué...? Los patrones con que nació y operó el MEMCH quedaron tal vez atrás, cayeron en desuso. Su amplitud y tolerante comprensión no calzaban quizá con el proceso de agudización de la conciencia política que llevó a los partidos políticos a requerir el urgente ingreso a ellos de la nueva clientela femenina. Los dirigentes, hombres al fin, no vieron en ellas sus iguales, sino eficaces colaboradoras. Pienso que a los partidos de izquierda les tocaba una tarea difícil en este asunto de asumir de igual a igual con la mujer las reponsabilidades y derechos en la acción política.

Fue más fácil abordar este punto para los partidos de derecha. Para muchas mujeres estos conservadores, tradicionalistas, personificaban el orden, la autoridad que resguarda la tranquilidad. Ellas, compenetradas del rol familiar, maternal, doméstico, veían ese orden y tranquilidad como la protección de su hogar y sus hijos. Afirmación reiterada en el ambiente, la escuela, las comunicaciones, la palabra oral y escrita. Pero hay un curioso detalle que ilumina la comprensión de la falacia que reside en todo esto. El MEMCH encontró siempre bastante resistencia entre las mujeres del Partido Conservador durante sus campañas por el voto político. Las "sufragistas" chilenas fueron miradas con no menos asco que las inglesas en su tiempo por sus congéneres de las clases acomodadas. Pero cuando llegaron las elecciones municipales de 1947, la derecha no vaciló en designar candidatas y las mujeres se apresuraron a ir a las urnas y votar por ellas. Hubo mayoría de regidoras de derecha. Y la historia se ha seguido repitiendo.

Los partidos de izquierda, tenían que educar a las mujeres para comprender que no existe contradicción entre postular los cambios sociales, económicos y políticos y garantizar el orden, la tranquilidad, la autoridad. Creo que esa educación política nunca se hizo. Debió haber comenzado incluso por los mismos hombres para modificar en ellos, pese a sus posiciones

políticas y filosóficas progresistas, los siglos y siglos de configurar su conciencia de varón, nacido para mandar en el hogar, la fábrica, el sindicato, la sociedad.

Los tiempos se tornaron difíciles. Las mujeres que militaban en los partidos de izquierda requerían otro tipo de institución femenina. Tenían tal vez razón en eso de apurar el paso e intensificar las confrontaciones. Pero ése ya no era el estilo de los tiempos en que nació el MEMCH y el de sus primeras etapas de vida.

También es posible que haya operado un factor interno de dispersión. La multiplicidad de frentes para la acción, capacidad organizativa y condiciones de liderazgo que tenían las *memchistas*, las llevaron a colaborar en muchas actividades. Ocurrió como la disgregación de una gran familia, cuyos frutos y semillas fueron a enriquecer otros surcos.

En carta del 31 de agosto de 1953, la Secretaria General del MEMCH señala que un nuevo movimiento femenino, Unión Chilena de Mujeres, realiza intentos para promover la integración de las mujeres y de sus organizaciones. A este nuevo proceso se incorporaron varias *memchistas*, algunas de ellas llegaron a ser incluso importantes dirigentes a nivel nacional. Comenzaba otra etapa.

Ojalá avancemos las mujeres y los hombres en esta educación para la vida ciudadana, de modo que cuando por fin se restauren en Chile las libertades públicas y se instale la democracia sin apellidos, no sean nuevamente las fuerzas retardarias las que ganen el poder usándolas. Este decenio de "guerra interna" y "seguridad nacional" deja grandes lecciones en las cuales es preciso profundizar. Como en otros tiempos de guerra, las mujeres han vuelto a demostrar cuánto valen y de cuánto son capaces. En dos guerras mundiales de este siglo, los frentes internos de la vida social y de la producción fueron mantenidos valerosa y eficazmente por legiones de mujeres que reemplazaron a los combatientes en las fábricas, empresas, servicios y funciones públicas, reforzando una retaguardia de valor incalculable. En estos diez años de Chile, pese a todas las restricciones y al castigo continuado e implacable que ha ejercido el régimen, las mujeres han sido los primeros grupos que conquistaron las calles y se transformaron en la voz pública que reclamó Libertad, Justicia, Trabajo, Paz. Las agrupaciones de Familiares de Detenidos-Desaparecidos y la de Ejecutados Políticos, dieron los primeros ejemplos. Los Departamentos Femeninos de la Coordinadora Nacional Sindical lanzaron las primeras conmemoraciones del Día Internacional de la Mujer, durante este período, y realizaron sucesivamente cuatro Encuentros Nacionales de la Mujer (1978-1981).

Con un valor y capacidad que ella misma ignoraba poseer, ha hecho frente en miles y miles de hogares a responsabilidades máximas para buscar al familiar detenido, desaparecido, procesado, mantener la familia, educar los hijos, ayudar a los vecinos, trabajar en las difíciles acciones de solidaridad. Estas experiencias son hitos existenciales de los cuales necesariamente tendrán que derivar nuevas actitudes y una apreciación diferente del o de los roles de la mujer en la vida chilena.

Conversando con Margaret Randall

NOEMI BAEZA

Margaret Randall, poetisa y escritora norteamericana, es un nombre familiar en Latinoamérica, particularmente entre las mujeres. Ha vivido entre nosotros más de veinte años, los tres últimos en Nicaragua, y ha publicado diversos libros sobre la mujer de su propio país y de los países latinoamericanos; algunos tienen ya fama de obras más o menos clásicas: *Las mujeres*, recopilación de testimonios de compatriotas suyas (hay edición en español, Siglo XXI, México, 1970); *El espíritu de un pueblo: las mujeres de Vietnam; No se puede hacer la revolución sin nosotras*, sobre las mujeres cubanas (Caracas, Ed. Ateneo, 1980); *Todas estamos despiertas* (México, Siglo XXI, Ed., 1980), testimonios de la mujer nicaragüense de hoy*; *Breaking Silences* ("Rompiendo los silencios"), antología bilingüe de 25 poetisas cubanas, publicado el año pasado.

En el instante de nuestro encuentro, termina una conversación telefónica que sostiene con Nueva York. Ella dice, con vehemencia: "¡Hay guerra, claro que sí!, pero a mí me parece mejor que vengan, vengan a presenciar aquí todo, la agresión, vengan para que regresen a América a contar la verdad, a contar quiénes son los responsables de lo que pasa". Corta y me dice que hablaba con uno de los actores de la película *Missing*, que quería saber cómo estaban exactamente las cosas en Nicaragua, porque todos los integrantes de la película están invitados por el gobierno nicaragüense para asistir a la "première" del film, y muchos no se han atrevido a asistir, por temor a "la guerra".

Nos cuenta que *Todas estamos despiertas* se originó —también— en una llamada telefónica, que recibió dos o tres meses después del triunfo de la revolución sandinista, de su amigo Ernesto Cardenal, que había sido designado ministro de Cultura. Cardenal la invitaba a viajar a Nicaragua a participar en las tareas de reconstrucción nacional. ¿Pero participar cómo?, inquirió ella. Escribiendo un libro sobre la mujer nicaragüense, le respondió Cardenal. Ella dijo que sí y partió a Nicaragua en octubre de 1979, y allí se quedó durante meses grabando entrevistas con mujeres: dirigentes o simples integrantes de la base, obreras, campesinas, profesionales, jóvenes y viejas, todas mujeres que de un modo u otro habían participado en la lucha revolucionaria.

Margaret estima que, por una serie de factores históricos propios del país y propios también del momento histórico en el que se produce la revolución, la mujer dio allí un enorme salto no sólo cuantitativo, sino cualitativo. Habla de "la calidad" de la participación femenina en la insurrección y recuerda, por ejemplo, el caso de la toma de la ciudad de León, la segunda ciudad de Nicaragua, operación que fue dirigida por una mujer, la comandante Dora María Téllez, cuya prefectura mayor se componía de siete personas, de las cuales cinco eran mujeres. Recuerda otro hecho, menos conocido: la retirada de Managua a Masaya, siete mil personas caminando en una noche, entre ellas centenares de mujeres dirigidas por una guerrillera, Mónica.

Una parte importante del papel jugado por la mujer en la revolución nicaragüense es el de las madres. Ellas tenían su ventana abierta a la lucha a

* Este libro fue comentado por Raquel Olea en *Araucaria* N.º 16, 1981, pp. 212-214.

través de sus hijos, que peleaban en la guerrilla, en la clandestinidad, o estaban en la cárcel, y la madre cumplía una labor de apoyo, buscando casas de seguridad, recolectando dinero o comida, visitando presos, organizando huelgas de hambre, etc. A partir de allí, muchas pasaron después a labores militantes más profundas. Todo esto tiene raíces propias, dice Margaret Randall, pero además hay factores que se dan a nivel internacional, que han repercutido en Nicaragua. "Fíjate —dice ella— que en la revolución cubana el problema no se presentaba así, de modo tan especial; en ese tiempo no había en el mundo un movimiento femenino verdadero y la participación de la mujer en el proceso revolucionario mismo era mucho menor comparado con Nicaragua, tanto en el número de mujeres participantes como en la calidad de la participación".

"Tú ves el problema todos los días en Nicaragua. Hace unos dos o tres días, ¿te diste cuenta?, el Frente Sandinista anunció una serie de cambios en la estructura de algunas regiones, incluida la región de Managua, que es la más importante, y la cantidad de mujeres que aparecen participando es impresionante, ¿no?"

Todas estamos despiertas ha tenido un éxito enorme en muchos países. En algunos es utilizado por grupos de estudio de organizaciones femeninas. En la República Dominicana, por ejemplo, se ha hecho una edición especial, muy bonita, donde, con fines didácticos, cada capítulo se presenta con una introducción especial, escrita expresamente para las mujeres dominicanas. En Canadá, en Québec, hicieron una obra de teatro basada en el libro, asimismo en Chicago. En Nueva York prepararon un libreto para la radio basado en la historia de Luisa Amanda Espinoza. Y en España dos argentinos, Claudina y Alberto Gambino, compusieron una serie de canciones basadas en los testimonios del libro y grabaron con ellas un disco de larga duración.

En septiembre de este año debe haber aparecido su último libro: un testimonio de la lucha de los cristianos en la Revolución nicaragüense. En la obra hay dos ejes temáticos principales: uno está centrado en la comunidad de Solentiname, que integran principalmente campesinos; y el otro se refiere a la comunidad de la Iglesia Santa María de los Angeles, que componen principalmente estudiantes, provenientes en su mayoría de la burguesía. Estudiaban en la Universidad Católica y abandonaron sus hogares burgueses para integrarse a la comunidad de la Iglesia, con jóvenes obreros, bajo la dirección del franciscano Uriel Molina. La Comunidad de Solentiname fue fundada, como se sabe, por el padre Ernesto Cardenal, actual ministro de Cultura del gobierno sandinista.

Le digo a Margaret que está abandonando el tema de la mujer, y me mira sorprendida. "No, no he dejado ese campo", me dice. "No estoy en él en un sentido diario, digamos, eso es verdad, pero eso se debe a que yo trabajo en Nicaragua y a que estamos en guerra. Mi aporte aquí, en estos momentos, tiene otro sentido. Yo creo que si mi libro tuvo alguna importancia, fue interesar a muchas mujeres, pero también a muchos hombres, en el problema centroamericano, en el problema de Nicaragua. O sea, conseguí que se interesaran en Nicaragua, y eso tiene suma importancia, porque ésta es una parte del planeta donde en estos momentos el imperialismo muestra sus contradicciones más agudas, donde muestra su agresión. Yo hago ahora cosas pequeñas, simples artículos, en el diario *Barricada*, por ejemplo, donde hablo de la penetración cultural y otros temas. Ahora me han dado una tarea de más envergadura, escribir en el *Nuevo Diario* cuestiones sobre la problemática de los escritores nicaragüenses, que en el tiempo de la insurrección tuvieron una participación muy activa, pero ahora como que no hallan cómo ubicarse, no en cuanto a su trabajo en el proceso revolucionario, en general, sino en cuanto a sus responsabilidades como escritores. Hemos iniciado una

serie de entrevistas semanales que se están publicando en "Ventana", el suplemento sabatino de *Nuestro Diario*. Ya he hecho cuatro, y tres han sido con mujeres. Por eso tengo la idea, pasados unos cuantos meses, cuando tenga bastantes entrevistas, de las que una quincena serán de mujeres, en publicar un libro, que será un libro sobre las escritoras nicaragüenses".

Hacia el final de nuestra conversación, surge el tema del "feminismo europeo" y le cuento de nuestras experiencias, en concreto en Holanda, donde el trabajo con los movimientos femeninos no es fácil, no obstante la solidaridad que nos brindan a las mujeres chilenas. Apoyamos a las que trabajan por la paz, contra la bomba de neutrones y el armamentismo atómico, pero tenemos algunas reticencias —cosa que es también recíproca— con los grupos feministas que ven la emancipación de la mujer como una guerra contra el hombre. Las sentimos muy "paternalistas", como si nos dijeran: "Ustedes, pobrecitas latinas, que sufren del machismo, aquí en Europa les vamos a enseñar a liberarse". Hemos tenido arduas discusiones con ellas, le explico a Margaret, porque siempre hemos estado luchando por la igualdad de derechos, pero ahora, en el caso concreto de Chile, lo que más nos interesa es derrocar a Pinochet, derrotar al fascismo, y luchar acá en Europa contra nuestros hombres nos parece una barbaridad. Margaret me dice: "Mira, yo siempre he creído que la lucha de las mujeres europeas es muy importante, y que las organizaciones de izquierda deben librar una batalla permanente por los derechos igualitarios de la mujer. Pero yo creo, también, que la mujer debe estar consciente que su verdadera libertad no es posible sin la emancipación, sin la libertad de su pueblo. Yo nunca he estado muy a favor de ciertos grupos tradicionales de izquierda que dicen que hay que luchar sólo por la paz y que no, que cómo vamos a meternos en esas historias de feminismo. ¿Por qué? El feminismo les da miedo, y sostienen que todas esas reivindicaciones vendrán después en forma natural. Pero no es así, ya somos grandes y nos damos cuenta de que no vendrán las soluciones 'en forma natural'. Pero, por otro lado, la lucha puramente feminista, que yo llamaría 'feminismo burgués', tampoco se enraiza en la realidad de nuestro tiempo, porque si bien es cierto que hay ganancias parciales, esos logros parciales que gana la mujer norteamericana o europea, que busca la libertad sexual, el aborto legalizado —u otras cosas, todas importantes, yo no digo que sean triviales— éstos son problemas aislados, cuya importancia se siente mayor en sociedades muy lejanas a las nuestras, porque en El Salvador, en otros países de América Latina, y también en Asia y en Africa, hay hambre, las mujeres siguen siendo miserablemente explotadas y reprimidas, y siguen perdiendo a sus hijos, a sus compañeros; ellas mismas pierden su vida. Yo creo que es absurdo, por un lado, el miedo que ha tenido la mujer de izquierda 'tradicional', por llamarla de alguna manera, de las feministas, y es también absurdo que las feministas tengan tanta ignorancia de lo que pasa en el resto del mundo. Lo cierto es que las luchas tienen que darse de acuerdo con la realidad de cada lugar. Nadie puede negar que hoy, por ejemplo, la prioridad en la lucha de las mujeres chilenas la tiene la resistencia contra la dictadura de Pinochet, el buscar a los desaparecidos, una serie de reivindicaciones, en fin, propias del momento que allí se vive. Si una mujer se pone hoy en Chile a luchar por una revolución sexual, sería un ser perdido, alguien que no tiene los pies bien puestos sobre la tierra. Sin perjuicio de que, a su vez, si una mujer de Kansas City lucha por la legalización del aborto, pueda ser una persona con los pies muy bien puestos sobre la tierra, según sea la realidad de Kansas. Ambos ejemplos tienen que ser combinados. Por lo demás, con la difusión que hoy tienen los medios de comunicación, y con la influencia que en ellos tenemos las mujeres, nuestra tarea es hacernos ver desde ambos lados, ser ampliamente solidarias con las luchas de nuestras hermanas, aunque estén al otro lado del mundo".

Le pregunto a Margaret si quiere agregar algo y me dice que sí. "Tú eres chilena, expresa, y vives en Holanda. Déjame decir una palabra sobre el destierro, sobre el exilio de la mujer latinoamericana, que me parece una cosa devastadora. La condición de exiliada produce desarraigo, depresiones, ese sentimiento de no ser de ninguna parte, sobre todo cuando la mujer es madre y ve a sus hijos creciendo en otra cultura, olvidando la propia. Pero yo creo también que la mujer en el exilio tiene un don especial, una posibilidad extraordinaria que va adquiriendo lentamente después de los primeros años de desubicación y de angustia: utilizar esa cualidad particular que tenemos las mujeres para captar lo mejor de los lugares donde nos toca vivir e incorporar esas nuevas tomas de conciencia, esos hallazgos, a nuestra propia lucha, a las luchas de nuestros pueblos..."

Hablemos de mujeres

EUGENIA NEVES

Vamos a ocupar unas pocas líneas para hablar de mujeres. No será esta vez para repetir los estereotipos consabidos. Queremos hablar hoy de mujeres, pero hablar seriamente, tal como lo están indicando algunas de las publicaciones aparecidas recientemente, y tal cual está apareciendo la producción intelectual y artística realizada por mujeres.

Un documental cinematográfico, un libro en francés y un trabajo de tesis universitaria han tomado como tema algunos de los aspectos que constituyen la vida de las mujeres latinoamericanas. Tres mujeres chilenas los han realizado: Valeria Sarmiento, cineasta, en Francia; Carmen Gloria Aguayo, dirigente política, en Francia, y Gladys Globorne, socióloga, en Suecia; tres mujeres chilenas en exilio que tratan el problema de las mujeres, *seriamente hablando*, desde sus propias especialidades y desde distintos puntos de vista.

1. Es Carmen Gloria Aguayo quien asume la tarea de contar la historia de un movimiento feminista y popular en Chile: el de los Centros de Madres. Una publicación francesa, *Des Chilliennes (Chilenas)*, editada por la editorial francesa Des Femmes en París, trae un prólogo de Ana Vásquez, escritora y sicóloga chilena también en el exilio en Francia, e integra además la noticia del encuentro que organizaron clandestinamente en Santiago las mujeres de la Coordinadora Nacional Sindical, junto a una serie de entrevistas dramáticas y reveladoras de mujeres chilenas que entregan el testimonio de sus vidas y de sus luchas, de su fuerza y de sus esperanzas.

Carmen Gloria Aguayo cuenta también su propia experiencia personal, entrelazada con el desarrollo mismo del movimiento popular de los Centros de Madres, que con el tiempo y la distancia aparece con toda la fuerza y la importancia con la que intervino y continúa sobreviviendo en el proceso económico-social chileno desde los años 1940 hasta 1973, y de su manifestación después del golpe de Estado, bajo la dictadura.

Es así como Carmen Gloria Aguayo cuenta su propia evolución desde la "señorita" que enseñaba el catecismo a las "mujercitas" de las poblaciones, luego su paso por la Falange Nacional y por la Democracia Cristiana, hasta llegar a la Unidad Popular como miembro del Mapu para ocupar cargos de representación, más tarde, en el gobierno de Salvador Allende.

La transformación que experimentan los Centros de Madres a través de todos estos años, muestran el desarrollo de una dinámica social que se fue gastando desde el interior de estos grupos de mujeres, dueñas de casas pobres de las poblaciones pobres en todas las ciudades del país, que nacen con un objeto proselitista de la iglesia.

Carmen Gloria Aguayo piensa que la evolución de estos centros de madres está unida a la evolución misma de la iglesia católica. Pero la descripción y la presentación del problema, tal como ella misma lo muestra en su libro, nos conduce a observar que la evolución de los Centros de Madres (hasta llegar a convertirse en un movimiento de envergadura integrado a los problemas y a las luchas sociales), señala la especificidad de una situación social. Este movimiento, desconocido en otros países, muestra a las mujeres de las poblaciones reunidas en una problemática que les era común y en una acción conjunta. Se ve aparecer del estudio que hace Carmen Gloria Aguayo, aunque ella no llega a precisarlo, cómo nació desde el interior de estas agrupaciones femeninas un hilo conductor que las llevó a desarrollarse como una fuerza y un movimiento específico, dentro del conjunto de fuerzas que expresaban el enfrentamiento interno y las contradicciones que se han producido en Chile en estos últimos años; y cómo esta dinámica no fue suficiente para hacer cambiar el peso de una ideología, que hace que las mujeres mismas sigan considerándose seres de segunda categoría, destinadas a la reproducción.

Ana Vásquez, en el prólogo, hace una introducción interesante de este fenómeno social chileno, y hace hincapié en otro aspecto importante: en el carácter de verdadero movimiento feminista de los centros de madres, que surgen sin que los partidos de izquierda —ni los militantes, tanto hombres como mujeres— tuvieran conciencia de su importancia, ni de la necesidad de desarrollar un movimiento específico de mujeres.

Podríamos decir con respecto a los Centros de Madres, que no hay nada más testarudo que los hechos. Y los hechos, como los señala muy sabiamente Carmen Gloria Aguayo, están indicando "que no basta una revolución social para cambiar las condiciones de vida de las mujeres, pero que también hay que tener en cuenta que ninguna revolución social puede hacerse exitosamente sin contar con el aporte de las mujeres".

2. Uno de los prejuicios dominantes con respecto a las mujeres es "su tendencia conservadora". Gladys Globorne se dedicó a observar de cerca y de lejos de esta "tendencia femenina" en un análisis sociológico que realizó en el Centro de Estudios Latinoamericanos en Upsala, en 1981: *Las mujeres y la elección de Allende: ¿conservadurismo hormonal o dominación ideológica?* No sólo los chilenos piensan que las mujeres son más conservadoras que los hombres. Gladys Globorne pasa revista a una extensa literatura "científica" que llega a estas conclusiones. Pero esta socióloga se propuso en su trabajo investigar más en profundidad el problema y analizó el comportamiento de las mujeres chilenas durante la elección presidencial en Chile en 1970. Ella señala que la mayoría de los otros investigadores que han abordado el tema, se limitan a observar el comportamiento de hombres y mujeres frente a las urnas, en circunstancia que el conservadurismo está ligado a las concepciones y al comportamiento en un campo más vasto de la vida social e individual. De este modo, llega a la conclusión que "mucho de lo que hasta ahora constituye la teoría sobre la práctica y el pensamiento político de las mujeres, debe ser relegado al dominio de la mitología", al mismo tiempo que observa que más que un problema de sexo, se trata que "las mujeres, al igual que los hombres, no constituyen un grupo homogéneo, en el sentido de su comportamiento, opiniones y actitudes, que varían en función de diversos factores, tales como edad, educación, clase social, etc., al menos en relación con algunos, si no

todos, de los aspectos que tradicionalmente se postulan como "indicadores" del conservadurismo".

3. Y es así como llegamos al documental de Valeria Sarmiento. Si es difícil reconocer, describir y tomar conciencia del problema de las mujeres dentro del mundo en que vivimos, muchísimo más difícil resulta hacer la experiencia que acaba de realizar esta joven y talentosa cineasta chilena. Con su cámara y su equipo de filmación llegó a Costa Rica, miró, conversó, entrevistó, comprendió y, finalmente, realizó un documental por encargo de la televisión alemana: *El hombre cuando es hombre*. Una hora completa en que el machismo de nuestros países latinoamericanos se descubre sin pudores ni contratiempos, con la certeza y la convicción que existe en nuestro mundo latinoamericano (que hace decir a un chófer de taxi con el más despampante de los orgullos que es un "buen semental", porque tiene repartidas mujeres e hijos a destajo). Aparece así la mujer dentro del mundo del machismo contemporáneo en toda su magnitud de humillación y de inconsciencia. Valeria Sarmiento tuvo que pasar ella misma la experiencia de la discriminación: nadie podía aceptar que ella fuese la realizadora. Rodeada de un equipo masculino que la protegió durante la filmación, ella se fue presentando como una de las ayudantes para no provocar la desconfianza a su alrededor. Posteriormente, cuando el documental fue proyectado durante dos días consecutivos en la televisión francesa, apareció una carta pública de protesta de la embajada de Costa Rica en Francia, en la que se habla de "campana difamatoria" y de que el documental entregaba "una imagen escandalosa de la mujer de Costa Rica", afirmando textualmente que la mujer de ese país es "religiosa, noble y trabajadora", para concluir al final calificando el film, textualmente, de "inmoral".

En el documental de Valeria Sarmiento aparece con toda su crudeza la condición femenina, en cuanto objeto de placer. No sólo es el hombre quien la considera así, sino que es ella misma la que aparece absolutamente convencida de su rol, ejerciendo su función sexual y reproductora, como única meta de su existencia. Es verdad que las imágenes nos cuentan estas relaciones de modo despiadado. Valeria Sarmiento no hace concesiones. Podría, quizá, haber dulcificado el impacto que nos remite a las viejas concepciones de dominación y dependencia que subsisten en estos tiempos tan modernos. Pero la contemplación y el apoyo en las excepciones no son medios para poner en evidencia un problema que toca tan hondo, no sólo al conjunto de una sociedad, sino que a la imagen más íntima y al comportamiento más profundo de los seres humanos de hoy. Porque, mirando las imágenes de los hombres y mujeres de este documental, podemos empezar a repensar lo que somos y lo que hacemos, para repensar la sociedad de desigualdad y de injusticia en la que vivimos.

Mujeres de fantasía

VALENTINA VEGA

En una sala de espera cae en mis manos una revista norteamericana de lujo: *Town & Country*, julio de 1983 (tres dólares el ejemplar). La abro en la sección "At Home" (pp. 139-145) y recibo la sorpresa de enterarme por primera vez del brillo social de la capital chilena: "Cómo viven ocho mujeres santiaguinas cosmopolitas". Nunca supe cómo vivía la oligarquía chilena. Tal vez siempre

vivieron así, pero ¿no tenían antes un sentimiento de vergüenza que en las actuales circunstancias políticas han perdido por completo?

Con asombro leo en qué consiste ser una mujer de sociedad en Chile: según la revista, estas mujeres han tenido que adaptarse al cambio después de las perturbaciones sociales de las últimas décadas. Algunas, nacidas en la riqueza, han tenido que trabajar por un salario. Otras inician programas sociales para ayudar a mujeres menos afortunadas a mejorar su nivel de vida, y otras, en fin, se han visto obligadas a compartir su altamente refinada herencia multicultural, enseñando apreciación musical y artística en lejanas comunidades rurales (sic), o sirviendo en asociaciones literarias y artísticas. Estas damas se preocupan por sus responsabilidades y tienen una genuina consciencia social, ya que piensan que las diferencias de fortuna tienen que ser salvadas por la iniciativa privada.

Las fotos a todo color, lujosamente impresas, muestran a estas elegantes mujeres en sus casas con alfombras persas, muebles de lujo y colecciones de arte. ¿Quiénes son y qué hacen estas damas "osadas, inventivas y exuberantes, detentoras de una tradición de hospitalidad sofisticada en uno de los más remotos rincones de la civilización occidental"? Voy leyendo: Mónica Bordeu, famosa por las fiestas que da en su casa adornada con tapices franceses, jades chinos y una colección de pianos y clavecines, declara que hay que viajar para estar al día, refinar el gusto y aprender a ser selectas, porque Chile es un país tan lejano. Patricia Vargas de Hurtado colecciona antiguos barómetros franceses, porcelanas orientales y cuadros chilenos y españoles, y hace esquí todos los fines de semana con sus hijas. María Teresa Pellegrini de Vial, colecciona cuadros chilenos contemporáneos y quiteños coloniales en su mansión de Santiago, cuando no está en su hacienda de caballos de carrera, su condominio en la cordillera, su casa en la playa, o viajando por Estados Unidos, Europa o los países árabes con su esposo. A Rosa Subercaseaux de Cousiño se la considera equivalente a la realeza con sus cinco décadas de reinado sobre la sociedad chilena en su Viña Macul. Maureen Blackburn de Barreda, periodista, se nos muestra con sus pinturas del Cuzco, sus ánforas griegas y tallados religiosos españoles del siglo XVI. María Teresa Elton, en su casa con pavos reales y pinturas italianas; en sus horas libres organizó con sus amigas un exitoso taller de bordadoras en Conchalí, cuyas obras se venden a altos precios en París, Madrid y New York. Por su lado, Mary Rose MacGil de Jarpa pule su estilo de equitación todas las mañanas en el exclusivo Club de Polo, al lado de su casa. Y, finalmente, Belinda Winslow de Moro, colecciona arte chileno contemporáneo.

Hemos entrado, en suma, en la vitrina cosmopolita, en el mercado mundano internacional, vistiendo las mejores galas, exhibiendo una lección bien aprendida.

Es, desde un ángulo nuevo, el fin del largo sueño, el mito, la soberbia tanto tiempo prolongada: nos creíamos superiores, más cultos, educados, sobrios, democráticos, políticamente maduros, incapaces de excesos "tropicales".

El despertar ha sido duro; tenemos un dictador que no tiene nada que envidiarle al más despótico y folklórico del muestrario continental (de antes y de ahora), y uniformados otrora "respetables" cuya corrupción sobrepasó hace rato las posibilidades mismas del chiste.

¿De qué extrañarnos, en estas condiciones, con estas mujeres de fantasía, que han agregado a su opulencia el exhibicionismo y la tontería?

Mujeres del campo

MERCEDES VALDIVIESO

Te voy a contar la historia de los abuelos, de las abuelas, la historia mía. Pero yo no tengo historia: mi historia no es tan importante, es más importante hacer ley para mujeres. Así habla Shiñurra Morales, mapuche, en su reducción de Cholchol.

Las mujeres del campo chileno salen del silencio, emergen al discurso escrito, a una historia que transitan en plena conciencia de vida y de muerte. Campo, siembra, luna, el ciclo de la naturaleza se repite en ellas y las muestra, las habla, las habita como las habita un lenguaje hasta ahora enmudecido.

Es en ése, su propio lenguaje, en el que cuatro investigadoras pertenecientes al Programa de Estudios y Capacitación de la Mujer Campesina e Indígena las han rescatado del silencio, por primera vez, para dejarlas en la estabilidad de un espacio que las cobije, el espacio de un libro.

Historias Testimoniales de Mujeres del Campo es un libro único y apasionante, trabajo de rescate que las investigadoras de la Academia de Humanismo Cristiano Ximena Valdés, Sonia Montecino, Kirai de León y Macarena Mack han emprendido para arrancar del silencio las palabras de una historia jamás oficializada. Arrancarla de un doble silencio: aquél impuesto por una sociedad que las margina y aquél derivado de ése y que es el impuesto por ellas sobre ellas mismas que se miran a través de la marginalidad y la subestimación del otro.

Las mujeres empiezan a hablar, temen hacerlo en un principio. Casi todas ellas tienen experiencias dolorosas y vergonzantes. Shiñurra Morales recuerda escenas de su niñez en la reducción indígena: *Entonces, ahí sacaron película. Les dijeron a las mujeres que peliaran, que siguieran peliando. Las dejaron vestidas hasta aquí, con el seno así afuera, toas despeinás. Sacaron película a las mujeres peliando. ¿Sabes para qué? "Para ganar más plata", decía mi padre.*

Pero el temor fue cambiando a confianza y las investigadoras fueron asistiendo a un proceso nuevo: *La realidad que las mujeres nos contaban modelaba prejuicios, nos dolía una voz que devolvía a nuestra propia condición la necesidad de quebrar el silencio, de romper cadenas.* Dialéctica de investigación y, a la vez, de aprendizaje. *Mundo de mujeres que se desplegaba como un mosaico. El registro personal se hilvanaba para configurar un cuerpo: el libro de los testimonios de las mujeres del campo, sutura de las voces que en conjunto nos restituirían una memoria colectiva.* Frases de la presentación del trabajo.

Este no es el libro a la manera de los historiadores oficiales: no podría serlo. Es el libro que va quitándose ropas de festividades patrias para hablarse con acentos despojadores, con acentos de humildad que se inician en las alturas del norte allá en Toconce: *Yo soy la mayor de las hijas de la señora Gerónima, hasta la voz acompañada que destila mar en la insularidad de Chiloé: Mi isla donde nací se llama Cahuash, es una isla de huilliches.*

Testimonios de lo vivido, vidas que van espesándose y creciendo en la carencia y casi siempre en el abandono. Pero ninguna de las mujeres que habla se queja fuerte o cae en la autocompasión. Asumen su existencia y la durabilidad de lo transitorio que las vive, asumen la brevedad de la esperanza y la vastedad de la incertidumbre. Dadoras de vida: *Yo tenía 18 años, recién mi mamá tuvo a la Carmen y cuando la tuvo, al otro año tuve yo y teníamos guagua las dos,* refiere María Berna, de Toconce. *Me casé en el 50 de 16 años, tuve 14*

hijos y ll están vivos, es Lila Astorga de la zona central cercana a Melipilla. *Ahora somos ocho: nosotros dos, los tres niños míos y tres cabros de él*, explica Prudencia Martínez de las zonas forestales. Dadoras de vida, relegadas, abandonadas, subestimadas por darla. La existencia transcurre para estas mujeres entre el nacer y un morir siempre presente, la transitoriedad de su historia es la marca que mejor reconocen.

El libro va armándose en el torrente de un lenguaje que lo navega y lo vertebraba. En las voces de las mujeres del campo va apareciendo un Chile que se expresa sin grandes gestos, que no cuenta gestas heroicas, que dibuja un paisaje estructurado en la necesidad, paisaje y naturaleza que no se proyectan hacia afuera, hacia la aventura del hombre que sale, que abandona, que se pierde por un caminito de árboles o sobre las piedras del desierto, sino que alimenta la interioridad de la vivienda apenas o de la choza.

Los testimonios se entregan sin retórica, con frases apenas subrayadas por las investigadoras, llamadas de atención para enfatizar ciertos párrafos y acentuar ciertos parecidos, rasgos comunes a todas las mujeres de ese Chile íntimo y doliente pero abierto también a la esperanza.

Aparece también la historia del país que oyeron era suyo. Al referir eso la hebra se tensa, se desdibuja y se resigna a medias hasta reproducir la voz de Shiñurra Morales que pide justicia porque: *Ser mapuche aparte es cosa que no me ha gustado. Si es conseguir pa' las mujeres, tiene que ser pa' todas las mujeres. Porque ser mujer huínca y mujer mapuche: sufrimos igual las dos.*

El tejido —el texto— se anuda al final cuando bogan los nativos de Chiloé que, *respetaban mucho los pájaros. Adoraban el mar, adoraban los árboles y no salían a trabajar sin besar la tierra. Besaban la tierra porque la tierra era la vida de ellos.* Y Rosario Huaicha, chilota, se nos muestra: *...llegando a un lugar que le llaman Peuque —con la hija esa que después se perdió y otro niño en brazos— sola, sin nadie. Yo no estaba casada, fui mamá soltera...;* y explica lo que es: *Tener los hijos en los brazos; andar y trabajar, hacer lo que hace el hombre y la mujer en los trabajos brutos, en cualquier trabajo que sea.*

Ser mamá soltera no disminuye a la mujer del campo en ninguna de sus latitudes. A veces se menciona al padre tan de paso como el breve paso que éste hace por las tierras de la mujer que de él engendrará un hijo. Se lo recuerda sin odio ni pesar, es otro transeúnte que pasa por la vida con sus aflicciones a cuestas. Y esa mujer se casa más tarde o se junta al compañero que le ofrezca mejor ayuda *pa' poder criar sus hijos*. Los remilgos de la virginidad no son asuntos que interesan a estos seres de la tierra.

Historias Testimoniales de las Mujeres del Campo no es sólo un libro apasionante, sino un libro de toma de conciencia y que crece en dos niveles: el de las narraciones que enseñan un mundo recién entrevisto, sumergido y desvalorizado hasta ahora y ese otro nivel en el que actúa un trabajo de amor y compromiso, trabajo que sus autoras apenas mencionan pero que madura a lo largo de páginas que caminan con ellas por el altiplano chileno, que entra en las chozas y en las rucas, que busca los bancos forestales y se embarca hacia el horizonte mágico de Chiloé. Labor que estas cuatro investigadoras han recopilado, tratando de no separar en la narración el viento, la lluvia, la explotación y, en consecuencia, la ira que produce la injusticia, la rigurosidad que exige un trabajo tan serio. Por todo eso, trabajo plenamente logrado.

Una mujer en la revolución

MARIA MONTANER

Libro admirable* nacido del relato hablado de Rigoberta, estimulado y recogido con discreción y rigor por Elizabeth Burgos y traducido al francés por Michèle Goldstein, en forma respetuosa y convincente, sin rigideces académicas ni simplificaciones vulgares.

Rigoberta nos relata los 23 años que lleva vividos. A través de su testimonio va contando el vivir de sí misma, de su familia, de su comunidad, de su grupo étnico: del Quiché, de los otros 22 grupos étnicos que constituyen la población guatemalteca, incluyendo a los "ladinos" —los mestizos.

Los diversos grupos sociales que cohabitan en Guatemala, dominados y dominantes, van surgiendo y Rigoberta va explicando detalladamente todo lo que conoce de su cultura, sus quehaceres cotidianos, sus luchas por sobrevivir los primeros, y por dominar brutalmente, los otros.

Al evocar su infancia —si es que la tuvo—, la pobreza de su familia y de su comunidad, va describiendo las humillaciones y maltratos que reciben los "indios" de parte de las autoridades locales, de los capataces de las fincas costeras, todos "ladinos" y aplicando órdenes de un "patrón invisible" y que rara vez se da a conocer. En la "finca", infierno en el que se cosecha el algodón, el azúcar y el café, dos de sus pequeños hermanos mueren de desnutrición, sin que su madre tenga cómo salvarlos, ni cómo enterrarlos, ni cómo reembolsar al capataz lo poco y nada que le debe por los remedios para los niños.

A los 13 años se emplea de doméstica en Ciudad-Guatemala, y como lo resume brevemente Rigoberta: "yo no era capaz de desobedecer. Y esos patrones abusaban de toda mi obediencia, abusaban de toda mi simplicidad", pero sí fue capaz de dejar esa familia y volver a su comunidad, justo en el momento en que su padre caía por primera vez a la cárcel.

A través del relato ha ido explicando cómo se vive en su comunidad, el respeto que todos tienen por todo ser vivo: humano, animal, vegetal, sus creencias y prácticas religiosas, la profundidad de los ritos que van marcando los momentos importantes de la vida: el nacimiento, la siembra, la pubertad, la cosecha, el matrimonio, la muerte. Entre tanto nos ha contado quiénes son sus padres: los "elegidos de la comunidad", y cómo de ese compromiso con su comunidad van surgiendo otros compromisos con otras comunidades campesinas, el C.U.C. (Comité de Unión Campesina), con los sindicatos de obreros y trabajadores, la FASGUA (Federación Autónoma Sindical de Guatemala), con sectores cristianos solidarios de los grupos populares y campesinos, con los que se van a la montaña: los guerrilleros.

La situación de los campesinos, y en particular en el Quiché, no deja de agravarse ni ellos de organizarse. Es así que en 1979 otro de los hermanos de Rigoberta, de 16 años, es secuestrado, torturado y, finalmente, quemado vivo

* *Moi, Rigoberta Menchú - Une Vie et une Voix, La Révolution au Guatemala*, Elizabeth Burgos, traducción del español al francés de Michèle Goldstein, Editions Gallimard, Collection Témoins, 325 pp., París, 1983. La edición en castellano apareció simultáneamente en La Habana, Cuba, publicada por Casa de las Américas, y en Madrid por Argos Vergara.

en Chajul junto a otros campesinos acusados de ser "comunistas", de esconder guerrilleros y de andar con la Biblia.

A los pocos meses, los dirigentes campesinos, y en su mayoría los del Quiché, deciden ocupar la Embajada de España, para denunciar ante la opinión pública mundial los vejámenes y atrocidades de que son víctimas los indios de Guatemala. Es allí donde muere quemado vivo su padre junto a unos 40 dirigentes más. El único sobreviviente será secuestrado del hospital y asesinado, eliminando así al único testigo de esa nueva matanza.

En abril del año siguiente secuestran a la madre de Rigoberta: es torturada, violada y sus verdugos y guardianes la dejan morir de sus heridas infectadas en medio de un bosque.

Todos estos sufrimientos y tantos más no debilitan a Rigoberta ni a sus compañeros; al contrario, "esto reforzó en mí aún más mi decisión por la lucha"... "Es a partir de los acontecimientos de la Embajada de España que los cristianos revolucionarios —agrupación en la que milita Rigoberta— decidieron formar una organización y darle el nombre de mi padre: Vicente Menchú". "... El no confundió nunca lo que es el cielo y la tierra. Y optó por luchar con el pueblo. Un pueblo que necesita, ayudándose de su fe, denunciar todos los secretos y los riesgos de la explotación. Luchó contra esto como un cristiano. Y esto se debe a la diferencia entre las iglesias que existen en Guatemala. Está la iglesia pobre, que está en pie de guerra. Y es así que escogimos la vía de la violencia justa, utilizando el saber popular ancestral para organizar la autodefensa e impedir que las comunidades campesinas indígenas sean exterminadas".

Esta breve presentación da cuenta de una de las pautas de lectura de este libro: la evolución política de Rigoberta, pero hay otras: antropológica, etnológica, histórica, sindical, agrícola, geográfica, sociológica, pedagógica..., y que revelan el profundo conocimiento que esta joven campesina tiene de la cultura de su pueblo, que ella misma considera como el elemento principal de la capacidad de resistencia de las comunidades campesinas guatemaltecas.

LA MUJER EN CHILE, ESTOS AÑOS

"Es impresionante el rol que las mujeres han jugado en estos años. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Recuerdo que una vez se impidió que yo fuera presidenta nacional de los textiles porque los hombres no aceptaban 'ser mandados' por una mujer. ¡Qué estupidez! Hoy las cosas van cambiando y, particularmente en estos años, ha habido una maduración tremenda de la mujer en Chile. El mismo sufrimiento, el no saber qué pasará con la libertad del esposo o del hijo, el no saber si tendrán que comer al día siguiente, las ha obligado a asumir un papel protagónico y a realizar tareas que desconocían. ¡Cómo han crecido!"

(Teresa Carvajal, ex-secretaria de organización de la Central Unica de Trabajadores, en revista *Hoy* N.º 325, 12-X-83).



Foto FERNANDO ORELLANA

LUIS BOCAZ

Mujeres en la plástica chilena

Espacio Latinoamericano, galería de artes plásticas creada en París en 1978, viene acentuando en su política de actividades el interés por las muestras colectivas. En la temporada de 1983 se destacó, por ejemplo, la bella e ingeniosa exposición que recibió el nombre de *Chaine* (Cadena). Se trataba, en efecto, de una cadena cuyo eslabón inicial fue un artista francés. Se le invitó a participar en la exposición con sus obras y a escoger a un artista latinoamericano. Debía, además, motivar su elección en un breve texto de presentación. A su vez, el latinoamericano enlazaba a un francés, escribía su presentación y así sucesivamente hasta que los muros claros del local de la calle Roi de Sicile se cubrieron con la obra de doce pintores significativos.

En la primera quincena de septiembre, el *Espacio* volvió a ofrecer a su público una doble serie de obras. En esta oportunidad, las líneas divisorias —aunque el adjetivo es poco feliz— no fueron nacionales, sino de lo que pudiera denominarse residencia geográfica dentro de una nacionalidad. Nada más que eso: residencia geográfica. El catálogo era explícito. Se trataba de 21 pintoras chilenas que viven y trabajan en Chile y de 14 artistas chilenas cuyo domicilio de labores temporal es París. Queda, entonces, más claro por qué la expresión línea divisoria debe ser propuesta con suma cautela. Cautela, puesto que después de un decenio de la pretendida dicotomía interior/exterior, provocada por el golpe de estado, ¿es posible discernir en el conjunto de obras,

en sus dos series, una evolución paralela o divergente? Según la pintora Antonia Ferreiro, que tuvo a su cargo la organización de la exposición, ése es un falso problema. "*Basta observar —dice— las obras llegadas de Chile. La pluralidad de líneas estéticas que siguen es la misma que inquieta a los artistas residentes en París*". Es decir, en términos de historia cultural, las condiciones de trabajo no habrían producido un esquema diferenciador pertinente. Sin embargo, podría sospecharse la existencia de matices. "*Quizá nuestros colegas del interior miren con más atención hacia Nueva York como polo de desarrollo estético*". Y posiblemente una intención testimonial más directa en las obras de quienes viven en Chile. "*Sí, pero no como un rasgo definitorio decisivo*".

Con esta exposición dedicada a artistas chilenas, el *Espacio* concentraba la atención, por primera vez, en un grupo de artistas de un país determinado. "*No es totalmente cierto. Lo novedoso en esta ocasión fue que se trataba de pintoras chilenas. Así, en femenino*". Sobre este punto de la novedad, más de alguien se preguntó el día de la inauguración acerca del objetivo que se perseguía al presentar una muestra de una producción plástica exclusivamente femenina. Sin el conocimiento del título de la exposición y sin el apoyo del catálogo, se escuchó comentar, el espectador que se enfrenta a las obras mismas no logra captar los síntomas de una "escritura femenina". Luego, esta finalidad de agrupar un conjunto de obras

exclusivamente de mujeres perdería gran parte de su razón de ser. "No era nuestro interés suscitar reflexiones acerca de la especificidad de un arte femenino, en lo que, dicho sea de paso, no creo. Por el contrario, si presentamos un conjunto de mujeres chilenas y, lo que es más importante, en el mes de septiembre, fue para recordar que en el golpe de estado que asesinó la democracia en Chile hubo, como lo demostró Michèle Mattelart, una importante preparación en femenino. Esa preparación la llevaron adelante las mujeres de la oligarquía". Se alude con esto seguramente a la marcha de las cacerolas vacías, a las campañas de firmas. "Sí, entre otras cosas. Por eso en este mes de septiembre, diez años después, hemos querido mostrar el reverso de la medalla —o del cuadro, en este caso—: Mujeres chilenas que luchan por el restablecimiento de la democracia con los medios de su arte". Pero, en

relación con los objetivos de la exposición, un crecido número de asistentes —mujeres y hombres u hombres y mujeres— manifiestan algunas dudas. No se explican, por ejemplo, por qué razón el logotipo de la invitación se centra en el signo de la cacerola. Argumentan que resulta extraño que una exposición de mujeres se ponga bajo la advocación del símbolo de la opresión de la mujer. "La cacerola es un útil importante para la vida humana como el cuchillo y la cuchara. Considerarla un símbolo de la opresión femenina es tan ridículo como acusar al refrigerador de tirano. Todo depende de la utilización que se le asigne. En estos meses la cacerola ha sido utilizada por vastos sectores, en Santiago, para acortar la vida de la dictadura. Es lo que pienso que representó el excelente grafista Héctor Cattolica en el logotipo que realizó para nuestra exposición".

La exposición —denominada *Chili femmes*— presentó obras de las siguientes artistas: Agna Aguadé, Ximena Armas, Gracia Barrios, Mónica Bunster, Irene Domínguez, M. Eugenia Bush, Ester Chacón, Antonia Ferreiro, Gaía Martinoya, Teresa Montiel, Josefina Santa Cruz, Vivian Scheihing, Clara Schneider, Teresa Vicuña; todas ellas residentes en Francia. La nómina de las que residen en Chile es la siguiente: Concepción Balmes, Verónica Barraza, Roser Bru, Delia del Carril, Luz Donoso, Virginia Errázuriz, Diamela Eltit, Nancy Gewold, Gilda Hernández, Virginia Huneeus, Patricia Israel, Lea Kliner, Beatriz Leyton, Chantal de Rementería, Lotty Rosenfeld, Marcela Serrano, Adriana Silva, María Luz Torres, Patricia Vargas, Cecilia Vernal y Luisa Waiser.

PALABRA DE PRIMA DONNA

Al reunirse con representantes de 120 centros de madres de Valdivia, Lucía Hiriart de Pinochet destacó la tranquilidad y la libertad existentes en el país. Dijo que... "tenemos libertad de elegir nuestro credo religioso, la educación de nuestros hijos y el sistema de salud más conveniente". También expresó que el Presidente y el gobierno están preocupados del bienestar de todos, por cuanto "no importa su condición, ni el lugar donde viven, los chilenos son todos iguales".

El precio de la traición y del poder

GILBERTO LINARES

Sensación y estupor. Ambos efectos causa el libro del norteamericano Seymour M. Hersh, *El Precio del Poder. Kissinger, Nixon y Chile*, publicado por Summit Books.

En los círculos políticos de Estados Unidos la obra desata una tempestad. Se suma a la tormenta inscrita en el ciclón *Missing*.

Para los chilenos —para nadie regularmente informado—, el tema no es sorprendente, porque no constituye un secreto la conspiración de la Casa Blanca contra Salvador Allende, a través de la CIA. Forma un capítulo mayor del drama chileno, a medias clandestino, a medias público. En estas páginas colmadas de información se ofrecen ángulos nuevos, una visión desde dentro. Saltan a la luz muchos datos que se mantuvieron en tinieblas. Por ejemplo, entre las opciones que barajó la Casa Blanca en los días que siguieron a la elección de Allende se discutió seriamente la proposición de asesinarlo. Uno de los funcionarios jóvenes que escucha esto, Charles E. Radford, un devoto mormón, que no bebe ni se droga, se siente choqueado cuando por primera vez en la vida se da cuenta que su gobierno está activamente involucrado en la planificación de muertes de líderes políticos extranjeros. Se prepararon para Nixon papeles opcionales en los días que siguieron al 4 de septiembre de 1970. Exploraban todos los caminos para dejar a Allende fuera de juego. Y el homicidio era una de las vías.

El largo fragmento de *El Precio del Poder*, publicado por la difundida revista norteamericana *The Atlantic Monthly*, pone de relieve el papel que en todo este plan siniestro desempeñó Agustín Edwards, nombrado por aquel tiempo Vicepresidente de Pepsi-Cola, cuyo Presidente, Donald M. Kendall, es básico financista de la conjuración, como una de las cabezas del llamado Grupo de los Negocios.

Durante el periodo de Frei, la CIA operaba en el país sobre todo para erosionar la izquierda. Según el Informe del Comité de Inteligencia del Senado, desde 1964 a 1969 montó en Chile por lo menos veinte operaciones.

Cuando Richard Nixon entra a la presidencia no muestra simpatías por Frei, porque éste era un hombre de Kennedy. Se produce un cortocircuito entre Nixon y Gabriel Valdés, entonces ministro de Relaciones de Frei, durante una reunión de embajadores latinoamericanos en la Casa Blanca en junio de 1969, porque Valdés plantea en su discurso la relación Norte-Sur en términos irritantes para Nixon. Al día siguiente, Kissinger le reprocha que ha hecho un discurso extraño. "Usted viene a hablar de América Latina, pero esto no es importante. Nada importante puede venir del Sur. La Historia nunca se ha producido en el Sur. Usted pierde su tiempo".

Kissinger se jactaba de no saber nada de América Latina. Llegó a la política después de servir en el cuerpo de Contrainteligencia del Ejército en

Alemania Occidental, una vez terminada la segunda guerra. Fue asignado a una unidad cuyas funciones incluían el reclutamiento de ex oficiales de inteligencia hitlerianos para operaciones antisoviéticas. Como oficial de reserva mantuvo sus lazos con la inteligencia militar después de entrar en Harvard en 1947. En 1950 se desempeñó en el Departamento de Defensa en temas relacionados con la utilización por la CIA de antiguos partidarios nazis. En 1952 fue nombrado consultor del Director del Departamento de Estrategia Psicológica, un brazo operativo del Consejo Nacional de Seguridad para operaciones psicológicas y paramilitares encubiertas.

Transcurrido algún tiempo, Kissinger encabeza el Comité de los Cuarenta, responsable de la aprobación de las operaciones secretas de la Agencia Central de Inteligencia. Chile estaba en la fama del blanco de este Comité. Una parte de los documentos de sus resoluciones llegaron al Senado en las investigaciones de 1975-76. Pero se sostiene que Kissinger ha guardado para sí minutas de las reuniones de los Cuarenta presumiblemente más detalladas. Con todo, en las que están disponibles aparece la acción a fondo de la CIA durante aquel período. Por ejemplo, en la reunión de los Cuarenta del 25 de marzo de 1970 se aprueba una partida de 135.000 dólares para la propaganda anti-Allende. En la del 27 de junio se agregan 300.000 dólares. Es allí donde Kissinger redondea una de sus frases célebres: "No veo por qué necesitamos pararnos y observar cómo un país se hace comunista debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo". En esa misma sesión del 27 de junio se autoriza un fondo nacional de medio millón de dólares para *contingencias*, incluso la compra de votos en el Congreso chileno.

Hasta el día de la elección la CIA predijo confiadamente una victoria holgada de Alessandri, sobre la base de encuestas realizadas por la organización de Agustín Edwards. La obra *El Precio del Poder* dice que éste se hizo más importante que nunca para la CIA en Chile y ésta recomendó que el dinero aprobado por el Comité de los Cuarenta llegara a Chile por su vía, confiándole, según se escribe textualmente, a su cuidado y discreción.

Miembros del Consejo de las Américas, incluyendo a Jay Parkinson, de la Anaconda, ofrecen medio millón de dólares para la campaña de Jorge Alessandri. Lo mismo la ITT y su presidente Harold Geneen.

A pesar del dinero de la ITT y de las encuestas de *El Mercurio*, Allende ganó las elecciones del 4 de septiembre. La reacción de Washington se describe como rabiosa. A las seis y media de la mañana del 5 de septiembre, un sábado, el grupo clave de la CIA se reúne para estudiar los resultados electorales. Habían empeñado su reputación en derrotar a Allende. Su victoria arruinaba sus bonos en la Casa Blanca y hería su orgullo.

Nixon y Kissinger estaban sobre ascuas. El Presidente culpaba al Departamento de Estado, a la burocracia. Su actitud fue predominantemente influida por la opinión de las corporaciones norteamericanas, que temían por sus negocios si Allende llegaba al poder.

Hubo incluso dentro de la CIA un memorándum de Inteligencia, resumido por el Comité del Senado, en el cual se decía que los Estados Unidos "no tienen intereses vitales comprometidos en Chile, la balanza militar mundial del poder no será significativamente alterada por un régimen de Allende, y la victoria de Allende en Chile no plantea nada que se parezca a una amenaza para la paz de la región".

Pero Nixon no quería escuchar nada que pudiera molestar a sus benefactores de las corporaciones. Kissinger decidió excitar aún más a su jefe. Le sopló que veía a Allende como un peligro más serio que Fidel Castro, porque Allende era un ejemplo vivo de la reforma social democrática en América Latina. ¡De ello podrían derivarse toda clase de cataclismos!

El 8 de septiembre, en una reunión del Comité de los Cuarenta, Kissinger

ordena preparar un informe "a sangre fría" con los pros y contras, los problemas, perspectivas y dificultades en la preparación de un golpe militar en Chile organizado con la asistencia norteamericana.

Se discutió lo que en los servicios de Inteligencia se llamó el gambito "Rube Goldberg", que consistía en que Alessandri anunciara que si era elegido el 24 de octubre por el Congreso chileno, renunciaría a la Presidencia, forzando a una nueva elección, en la cual podría presentarse como candidato Eduardo Frei. El gambito, como es sabido, fracasó.

Las Memorias de Kissinger confirman que el 14 de septiembre de 1970 el Presidente de la Pepsi-Cola, Kendall, tuvo un encuentro privado con su amigo Richard Nixon. Allí, el Presidente dio luz verde para la acción contra Chile. Conforme a las direcciones impartidas, a la mañana siguiente John Mitchell, de la CIA, y Kissinger sostuvieron el famoso desayuno político con Agustín Edwards. Horas más tarde Kissinger le pidió a Helms, Director de la CIA, que se encontrara con Edwards para ponerse de acuerdo, como aparece en sus Memorias, "en cualquiera cosa que pudiera necesitar". Helms reconoció posteriormente que Kendall estaba con Edwards cuando se encontraron en un hotel de Washington. Los dos apelaron apasionadamente a la ayuda de la CIA para bloquear a Allende. Temprano por la tarde, Nixon convocó a Helms, Mitchell y Kissinger a su oficina y, en esencia, le dio a Helms, o sea, a la CIA, un cheque en blanco para actuar contra Allende, sin informar a nadie, ni siquiera al embajador Korrry. Seymour Hersh se basa, al describir este itinerario, en documentos oficiales.

De la reunión con Nixon salió el proyecto que la CIA más tarde denominó "Las Dos Pistas". La Pista Uno incluía la propaganda anti-Allende y programas políticos aprobados por el Comité de los Cuarenta. La Pista Dos fue mantenida en secreto incluso para el Departamento de Estado, el Comité de los Cuarenta y el embajador Korrry. Su finalidad era no sólo empujar a los militares chilenos al golpe, sino asistílos directamente en dicho camino.

En la segunda mitad de octubre, la CIA ya había establecido contacto con una fracción militar, incluso con el grupo Viaux, considerado el más dispuesto a los pasos violentos. El otro grupo estaba encabezado por el general Camilo Valenzuela, comandante de la guarnición de Santiago e incluía también a oficiales de la Marina. El 13 de octubre la estación de la CIA en Santiago fue autorizada para entregar 20.000 dólares a Viaux y prometerle un seguro de 250.000 si dirigía un golpe. Estas sumas de dinero las manejaba el jefe de la CIA en Santiago, Wimert, sin necesidad de recibos.

En Washington se produce una entrevista de Nixon-Kissinger con Korrry. Cuando éste entra al despacho, el Presidente con el lenguaje más ordinario, repite la expresión *son-of-a-bitch*. Pensó que se refería a él, pero Nixon le aclaró que lo decía por Allende. Korrry, más tarde, con amargura, explicó el papel jugado por Kissinger. Su interés era no aparecer ante Nixon vinculado a un fracaso. Y quería echar toda la culpa al Departamento de Estado.

El 15 de octubre se efectúa en la Casa Blanca una nueva reunión sobre Chile, en la cual se autoriza cualquier acción para impedir la elección de Allende el 24 de octubre, teniendo por ejecutores a Viaux y Valenzuela. Al día siguiente, la dirección de la CIA cablegrafía a su estación en Santiago comunicándole las nuevas órdenes de la Casa Blanca: "Una firme y continuada política para actuar contra Allende a través de un golpe. Estamos dispuestos a seguir generando una máxima presión con este objeto utilizando todos los recursos apropiados". El 17 de octubre se le promete a Camilo Valenzuela la entrega de armas en apoyo al plan para raptar al general René Schneider, Comandante en Jefe del Ejército chileno y fuerte constitucionalista. La idea era que una vez realizada la operación, Frei renunciaría y uno de los ayudantes de Valenzuela quedaría a cargo de un gobierno militar

disolviendo el Congreso. Así, Allende no podría ser elegido. Sin la presencia de Schneider, se arguyó, las probabilidades de apoyo militar aumentarían significativamente. La consigna propagandística elaborada por la CIA era "Salvar a Chile del comunismo".

Cuando el 22 de octubre fracasa el rapto de Schneider, pero se le hiere de muerte, la consternación en la CIA y en la Casa Blanca fue indescriptible. Se emplea la palabra *pánico*.

Llegaron por esos días también a Santiago los llamados "falsos abandonados", agentes yanquis de origen latinoamericano, con la misión de matar a Allende. El jefe de la CIA en Santiago, Wimert, decía: "Era algo que todo el mundo siempre esperaba. Habría sido la solución ideal". Entre estos encargados de la operación estaba Robert F., un operativo de la CIA retirado en 1970, pero persuadido, después de apelar a su sentido de patriotismo, de que volviera para realizar una última misión. Permaneció dos semanas en Santiago. Hizo contacto con el grupo de Viaux y le entregó dinero.

El asesinato de Schneider, lejos de despejar la senda para un golpe contra Allende en los días previos a la elección, la hizo imposible. El Congreso lo eligió Presidente por una gran mayoría el 24 de octubre y entró a La Moneda el 3 de noviembre sin incidentes.

Nixon y Kissinger estaban furiosos.

Después del fracaso para impedir la elección de Allende, el próximo paso fue económico. El 9 de noviembre la Casa Blanca, en un documento secreto, declara que hará los más vigorosos esfuerzos para que otros gobiernos en América Latina entiendan plenamente que los Estados Unidos se oponen a la consolidación de un Estado comunista en Chile y hará lo posible porque otros adopten una postura similar. Es la guerra económica, política y diplomática. La guerra a muerte. Tanto es el celo de Kissinger para incrementarla que un funcionario del Departamento de Estado manifiesta que éste se había transformado en un funcionario del "Chilean Desk".

Tomaron contacto con Pinochet. Los esfuerzos de la CIA fueron coronados por el éxito el 11 de septiembre del 73. Son antecedentes que el dictador no incluirá seguramente en la obra que dice que prepara sobre "las corrientes nacionalistas". Todo esto lo dicen los propios norteamericanos.

Teatro chileno de la década reciente

OSVALDO OBREGON

El teatro chileno ha sido por mucho tiempo una expresión artística insuficientemente estudiada. Sin embargo, en el último medio siglo se ha dado un paso importante con las contribuciones de Mariano Latorre, Zlatko Brncić, Orlando Rodríguez, Domingo Piga, Julio Durán Cerda, Eugenio Pereira Salas y muchos otros. Entre las nuevas generaciones surgen otros nombres que muestran que el relevo está plenamente asegurado.

Prueba de ello es la aparición de *Teatro chileno de la crisis institucional: 1973-1980 (Antología crítica)*, que firman los críticos chilenos Hernán Vidal,

María de la Luz Hurtado y Carlos Ochsenius, edición conjunta de Minnesota Latin American Series, Universidad de Minnesota y el Centro de Investigación y Expresión Cultural y Artística (CENECA) de Santiago de Chile, impreso en 1982 (339 pp.).

Es necesario subrayar el hecho altamente significativo de que se trate de un esfuerzo conjugado de personas que viven en Estados Unidos y en Chile, respectivamente. María de la Luz Hurtado y Carlos Ochsenius están radicados en Santiago, donde colaboran activamente en las publicaciones de CENECA¹, en tanto que Hernán Vidal es profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Minnesota, con muchos años de permanencia en USA². Esto demuestra que no existe un hiato entre los que están en Chile y los que estamos fuera, tratándose de inquietudes comunes.

El libro que reseñamos constituye un texto de consulta indispensable para los exiliados que se interesan en el teatro y que siguen con interés el proceso cultural chileno, sobre todo tratándose de un período crítico de nuestra historia, el cual sólo hemos podido vivir desde fuera.

Es de imaginarse, entonces, la extrema atención que hemos prestado a la lectura de sus páginas, como una compensación por lo no vivido, con la emoción de encontrar tantos nombres familiares de teatristas que dan valerosamente la cara en el movimiento de resistencia al sistema autoritario, junto a otros nombres nuevos que han emergido después del 73, que participan en la misma lucha.

La publicación se presenta como una antología de seis obras representativas del período 1973-1980, precedida de dos extensos estudios que conjuntamente suman casi un tercio del volumen. La muestra se compone de *El último tren* (1978), de Gustavo Meza y el Teatro Imagen; *Cuántos años tiene un día* (1978), creación colectiva de ICTUS con textos de Sergio Vodanović, Delfina Guzmán, Claudio di Girólamo y Nissim Sharim; *Tres Marías y una Rosa* (1979), de David Benavente y el Taller de Investigación Teatral (TIT), presentadas bajo el rótulo "Teatro antinaturalista". Le siguen: *Lo crudo, lo cocido y lo podrido* (1978), de Marco Antonio de la Parra, y *Baño a baño* (1978), creación colectiva de Jorge Vega, Jorge Pardo y Guillermo de la Parra sobre ideas originales de Jorge Vega y Guillermo de la Parra, clasificadas de "Teatro antigrotesco", y, finalmente, *Una pena y un cariño* (1978), de José Manuel Salcedo y Jaime Vadell, presentada como "Teatro afirmativo".

Es evidente que la mera lectura de los textos antologados no puede substituirse a la vivencia del espectador que asiste a la representación en su contexto real, cargado de tensiones específicas y de significaciones sociológicas. Decir que el público como receptor modela de alguna manera el espectáculo, no es un simple lugar común. Lo modela más intensamente aún bajo un régimen opresivo en que el teatro, como todas las artes, recupera su potencial de portavoz de los sectores silenciados, aun cuando esté condicionado directa o indirectamente por la censura.

¹ Especialmente en la dirección y elaboración de la "Serie Testimonios: Maneras de hacer y pensar el teatro en Chile". Son autores, asimismo, del ensayo: "El discurso público de Pinochet (1973-1976)", publicado en LARSEN, Neil y otros: *The discourse of power. Culture, hegemony and the authoritarian state in Latin America*, Minneapolis, Institute for the study of ideologies and literature, 1983 (193 pp.). María de la Luz Hurtado es también coautora con Giselle Munizaga de *Testimonios del Teatro: 35 años de teatro en la Universidad Católica*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, 1980 (186 páginas).

² Es autor de numerosos ensayos sobre literatura hispanoamericana y chilena, entre los que destaca: *José Donoso: Surrealismo y rebelión de los instintos*, Girona, Ediciones Aubí, 1972 (245 pp.).

Por otra parte, las resonancias que estas mismas obras tienen ante un público chileno del exilio, cuando salen en gira, son diferentes, como ha sido el caso de *Tres Marias y una Rosa*.

A pesar de las limitaciones señaladas, la lectura de los textos que componen la muestra nos sugiere algunas observaciones generales. La única obra de autor individual es *Lo crudo, lo cocido y lo podrido*. Las demás han sido creadas en colaboración o colectivamente. Generalmente, se trata de un dramaturgo que trabaja con los actores de una compañía en la composición del texto-espectáculo. Este modo de creación colectiva representa una continuidad en relación a los años que precedieron el Golpe Militar y por muchas razones esta fórmula parece ajustarse bien a la estructura de los grupos independientes y a sus modalidades de trabajo.

Todas las obras plantean con diversos estilos la problemática del país y de manera implícita o explícita condenan el sistema imperante. Los personajes son representativos de las diferentes actitudes asumidas. Algunos encarnan los valores del "stablishment", otros se oponen a él y otros están alienados por el nuevo modelo de sociedad, pero logran tomar conciencia de la situación y luchan por resistir.

En la mayoría de ellas hay una alusión constante al pasado por parte de los personajes, como un intento de confrontar la situación actual con etapas anteriores de la historia chilena.

Todas las piezas han sido estrenadas por los grupos independientes, los cuales han respaldado la dramaturgia chilena y constituyen por la calidad de su trabajo lo más interesante del movimiento teatral, a juicio de los ensayistas citados.

El binomino Hurtado-Ochsenius titula su artículo: "Transformaciones del teatro chileno en la década del 70", en que se advierte de inmediato una nueva orientación metodológica en relación a los trabajos de sus predecesores. Un enfoque que se nutre de la teoría de la comunicación formulada por diversos autores.

El hecho teatral es analizado en su contexto global, tomando en cuenta "los espacios sociales condicionantes": el jurídico-político, el ideológico cultural y el económico.

Los autores consideran indispensable antes de entrar en el período anunciado, hacer un rápido recuento del teatro anterior, distinguiendo dos etapas: "El movimiento teatral universitario (1940-1968)" y "El teatro chileno durante los procesos de cambio hacia el socialismo (1968-1973)", para concluir que el teatro profesional y semi-profesional vinculado a las obras antologadas es el heredero directo del teatro universitario, donde fueron formados la mayoría de estos teatristas, y que "los antecedentes más directos de la opción ético-estética asumida por el movimiento teatral que nos preocupa se remonta a fines de la década del 60 y primeros años del 70" (p. 7).

La parte medular del trabajo se titula: "El teatro chileno bajo el autoritarismo: 1973-1980", período que es objeto de una segmentación en tres etapas "según el funcionamiento del régimen, que se corresponden con otras igualmente diferenciables al interior de la actividad cultural y teatral" (p. 16).

No es posible dar cuenta detallada en esta reseña del análisis riguroso practicado por los autores y de la convincente interpretación que nos entregan del período señalado, con un conocimiento cabal de los hechos y un sólido instrumento crítico. Retengamos sólo uno de los aspectos más relevantes. El desmantelamiento de las compañías universitarias subvencionadas, operado en los primeros años de la dictadura (teatros de la Universidad de Chile, de la Universidad Católica, de la Universidad Técnica y otros, pioneros de la renovación escénica iniciada en los años 40), determinó el éxodo de los mejores elementos hacia el teatro independiente, el cual se ha convertido en la

verdadera vanguardia del movimiento teatral profesional. Gustavo Meza, Jaime Vadell, Tennyson Ferrada, David Benavente, Raúl Osorio y muchos más, han pasado a integrar las filas de las compañías no subvencionadas, entre las cuales destacan: ICTUS, La Feria, el Taller de Investigación Teatral e Imagen.

Por otra parte, aunque cada grupo mantenga su especificidad y haya diferencias en cuanto a la función de cada cual frente a la contingencia política, todos se integran en una corriente común de resistencia al sistema, junto al Canto Nuevo, a los talleres culturales de las Universidades (ACU y ATC), a los escritores, a los artistas plásticos y a un gran número de organismos de base. Los homenajes a Pablo Neruda y Violeta Parra o las Jornadas por los derechos humanos han servido de aglutinantes a todos los que aspiran a un restablecimiento de la democracia.

Entre los dramaturgos que emergen después del 73, hay que mencionar también a Juan Radrigán, fundador del Grupo El Telón, invitado este año al Festival de Nancy, y que ha realizado una extensa gira por Francia y otros países europeos. Esto viene a confirmar la tendencia a la revalorización del dramaturgo como creador individual, a partir de 1980.

En suma, la impresión final que deja el estudio del dúo Hurtado-Ochsenius sobre el período 1973-1980 es que, pese a las trabas impuestas por el régimen y algunos "accidentes" como el incendio de la carpa del Teatro La Feria en 1977, la situación del teatro chileno, representado por las compañías citadas y los conjuntos aficionados universitarios y poblacionales, se muestra pujante con un respaldo importante de público. Obras como *Pedro, Juan y Diego* y *Tres Marías y una Rosa* han contado con más de 50.000 espectadores en Chile, en tanto que los estrenos del ITUCH y del TEUC en el pasado pocas veces sobrepasaban los 30.000, con excepción de *La Pérgola de las flores*, que es un caso único en los anales chilenos y, probablemente, latinoamericanos, con más de 500.000 asistentes³.

El artículo de Hernán Vidal: "Cultura Nacional y Teatro profesional reciente", se complementa con el anterior en muchos sentidos. Observador a la distancia del proceso cultural chileno, su enfoque se circunscribe a los textos de la muestra, es decir, a la faceta literaria del teatro, con fuerte insistencia en el contexto general en que ellos han sido producidos y situándolos en una perspectiva histórica.

Para analizar las piezas, Vidal se centra en el concepto de "Cultura Nacional", referencia constante de los teatristas "(...) como marco de valoración de su trabajo en circunstancias políticas adversas" (p. 55).

Señala las relaciones estrechas entre Estado y Cultura Nacional en el caso de América Latina y de Chile, en particular, desde la constitución del Estado Nación en los inicios del siglo XIX. Constata la quiebra de esta correlación a partir de 1973, en que el régimen militar liquida el consenso social en que descansaba la institucionalidad vigente.

Una de las premisas esenciales de H. Vidal es que "el proyecto central de los teatristas chilenos es el de contribuir a la rearticulación de la conciencia nacional dentro del ámbito de fragmentación del autoritarismo" (p. 62). La respuesta estética a la contingencia política sería el "realismo crítico", común a los diversos grupos. La segunda premisa es su concepción de la literatura como "representación analógica de la Cultura Nacional" (p. 95).

³ El teatro puramente comercial ha tenido, por su parte, algunos éxitos sorprendentes, que merecerían explicarse sociológicamente. *Cabaret bijou*, de la Compañía Tomás Vidiella, y *El violinista en el tejado*, producida por el empresario José Aravena en el Casino Las Vegas, superan los 120.000 espectadores. El segundo espectáculo corresponde al sistema denominado "teatro envasado".

El estudio examina con agudeza las obras de la muestra, estableciendo continuas relaciones y analogías entre ellas (temas, personajes, ideología, lenguaje, etc.), haciendo referencia también a los grupos que han participado en su creación, su orientación y modalidades de trabajo.

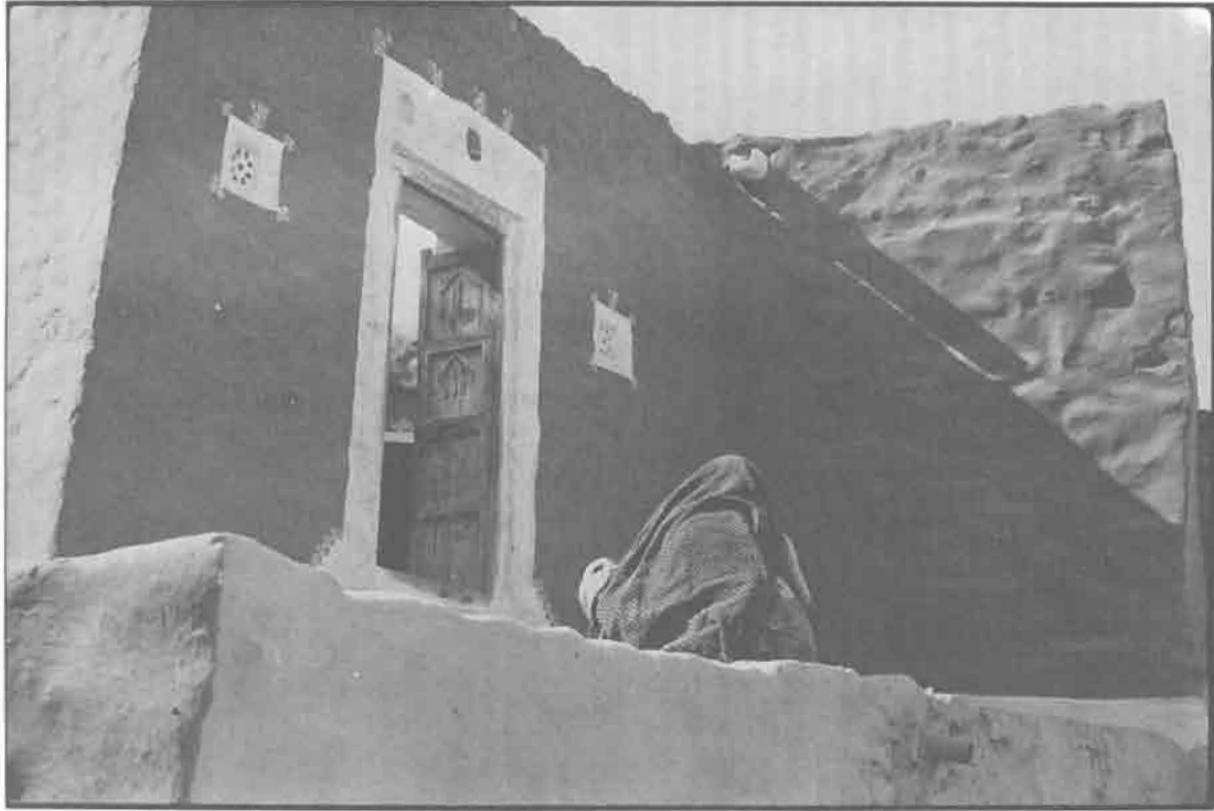
H. Vidal propone una ordenación de las obras antologadas en las tres categorías ya citadas al comienzo: Teatro antinaturalista, Teatro antigrotesco y Teatro afirmativo, y, por cierto, proporciona argumentos para justificarla. Tal vez sea algo prematuro clasificarlas sin la perspectiva suficiente. Por lo menos es un punto que se presta a la controversia. El autor es consciente de la relatividad de algunos juicios, al titular el último apartado de su ensayo: "Conclusiones inconcluyentes: riesgos de una crítica literaria ejercida desde «fuera»" (p. 94).

Su conclusión principal es que el denominador común de los teatristas chilenos aludidos es "la crítica humanista del poder autoritario" (p. 95), como respuesta coherente y orgánica a la política desintegradora de la cultura chilena emprendida por aquél.

No obstante algunos puntos discutibles, el ensayo de Hernán Vidal se singulariza por su rigor analítico y constituye un esfuerzo encomiable de comprensión de la literatura dramática posterior a 1973 y del proceso chileno en su conjunto, pese a que no ha podido seguir de cerca los hechos.

Terminada la lectura de este volumen antológico y crítico —que desde ahora consideramos imprescindible para el conocimiento del período 1973-1980 y que saludamos como una importante contribución— no podemos dejar de admirar los recursos que ha sabido encontrar el movimiento teatral independiente en la difícil coyuntura política que ha vivido el país. A pesar de la aniquilación de los teatros universitarios, de la represión, de la crisis económica, del exilio numeroso de teatristas y compañías⁴, el teatro chileno, heredero de la mejor tradición, sigue en pie, como uno de los pilares vigorosos de la resistencia cultural.

⁴ Habrá que hacer pronto un balance del teatro chileno en el exilio (Venezuela, Costa Rica, México, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, España y otros países), fenómeno que engloba también al teatro de América Latina. Así lo confirma el *Primer Encuentro de Teatro Latinoamericano en el Exilio*, realizado en Estocolmo del 16 al 23 de octubre de 1983, con el auspicio del Centro Sueco del Instituto Internacional del Teatro y el respaldo gubernamental.



JOSE MIGUEL VARAS

Grigulievich-Lavretski o La formación de un académico

El espectáculo de la vida lo divierte. Pareciera que lo contempla desde una cierta distancia, con una ironía mordiente (que a menudo vuelve contra sí mismo) y que se redujera, para él, a una interminable sucesión de anécdotas grotescas, jocosas o absurdas. Es la impresión que tal vez se han formado de Grigulievich algunos de los centenares (o miles) de latinoamericanos que lo han conocido, en algún país europeo o sudamericano, durante las pausas bienhechoras que alivian el paso solemne de los congresos internacionales, o en la tertulia hospitalaria de su departamento de la calle Kutuzov, de Moscú, que algún día tal vez se hundirá bajo el peso de los libros.

Impresión esencialmente engañosa. Este hombre soviético que pronto va a cumplir 70 años, más bien moreno, de cabeza grande y cuadrangular, ojos oscuros y pequeños y bigotillo cano, que bien podría pasar por un general de la Revolución Mexicana¹ o por un abogado colombiano,

une a su enciclopédico conocimiento de la picaresca política de América Latina, conocimientos mucho más serios y profundos de su historia y es considerado en los exigentes medios académicos de la Unión Soviética un especialista autorizado en la historia de los Papas, de la Inquisición y, en general, de la Iglesia católica, aparte de otros títulos. (Comentando algunas de sus obras, la revista *Problemas de Historia* de Moscú, en su N.º 6 de 1980, entrega la siguiente ficha: "J. Grigulievich, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS, Doctor en Ciencias Históricas, científico emérito de la Federación Rusa, jefe de sector del Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias, redactor jefe de la revista *Ciencias Sociales Contemporáneas* de la Academia de Ciencias.") Es, además, miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Caracas. El gobierno venezolano le otorgó la Orden Francisco de Miranda, y acumula otros honores de gobiernos e instituciones.

¹ En efecto, pasó en cierta ocasión por uno de ellos. Cuando el ex presidente de México, general Lázaro Cárdenas, llegaba por primera vez de visita a la Unión Soviética, en 1958, se encomendó a Grigulievich la tarea de acompañarlo, atenderlo y servirle de intérprete. Para cumplirlo mejor, nuestro amigo se trasladó a la ciudad donde hacía escala, antes de llegar a Moscú, el tren en que viajaba Cárdenas. Cumplió felizmente su plan, y realizó el tramo final del viaje conversando cordialmente con él. "Con la idea de ver que todo estuviera preparado —cuenta Grigulievich— al llegar a la estación, en Moscú,

bajé primero del tren sobre la alfombra roja que se había colocado. De inmediato una banda militar rompió a tocar el himno mexicano. Hice gestos para hacerlos detenerse, lo que hizo que la banda tocara gradualmente con menos y menos bríos hasta detenerse. Di media vuelta, subí de nuevo al tren y le dije a Cárdenas que bajara. Así lo hizo. Pero se produjo una pausa embarazosa, porque el director de la banda no estaba seguro de lo que debía hacer. De manera que bajé yo también y le hice señas enérgicamente de que tocaran, porque ahora sí estaba el invitado oficial. Y el himno resonó triunfalmente".

Al parecer, ningún otro autor soviético ha escrito tanto sobre América Latina. Lo ha hecho desde ángulos diferentes, con trabajos de diverso carácter. Sus biografías de latinoamericanos ilustres (Miranda, Bolívar, José Martí, Carlos Fonseca Amador, Juárez, Pancho Villa, Siqueiros, Sandino, Ché Guevara, Salvador Allende) están dirigidas al gran público, al lector masivo. El rigor de la investigación está oculto en estas obras por una engañosa facilidad, por un tono de buen narrador periodístico o novelesco, que nos contagia con su entusiasmo y su asombro ante las hazañas de sus héroes, que sabe mostrarnos al ser humano en los protagonistas de la historia, haciéndolos abandonar la rigidez estatuaría o declamatoria de mucha historiografía oficial. De un carácter diferente, más estrictamente científicos, son otros estudios suyos sobre temas como el futuro de la antropología social, los indios de América y su papel en la lucha de liberación nacional, o las finanzas del Vaticano.

José Grigulievich, conocido también bajo el nombre literario de Iosif (José en ruso) Lavretski, nació en 1913 en Vilnius, capital de Lituania.

—Sin embargo —le digo—, no me parece que tengas tipo de lituano. Los que he conocido son rubios, de apariencia y comportamiento... digamos, nórdico. En cambio, tú...

(El tuteo, con Grigulievich, brota naturalmente. El lo impone.)

—Sí —sonríe—, nací en Lituania, pero no soy lituano.

—Tampoco ruso, según entiendo. ¿Entonces?

—Es un poco complicado.

Hace un largo rodeo para llegar al tema. Mientras más largo, mejor, porque lo que cuenta es siempre interesante.

—Mis años de infancia y del comienzo de la adolescencia los pasé en Paniwieszis, hoy importante ciudad industrial que es conocida, entre otras cosas, por su excelente teatro. ¿La has oído nombrar alguna vez?

—¡Nunca!

—En aquellos años, digamos hacia 1925, era un pueblo de 15.000 habitantes. Allí nació mi padre. Sólo dos "centros" se destacaban entonces en Paniwieszis por su importancia. Uno era el Gimnasio Real, donde se im-

partía educación secundaria y se formaban también ingenieros y técnicos. El otro era la cárcel, el edificio más grande del pueblo. A los 12 años yo asistía al Liceo y estaba torturado ya por toda clase de inquietudes, por las clásicas preguntas sobre la organización de la sociedad: ¿por qué unos viven bien y otros viven mal?, ¿por qué hay ricos y pobres? Buscaba ansiosamente respuestas. Las encontré de golpe al leer el *Manifiesto Comunista* en preguntas y respuestas, elaborado así por Engels. Dejé de dudar. Naturalmente, el Partido Comunista era ilegal. En 1926 se había producido en Lituania el golpe fascista de Smetona, régimen que se mantuvo hasta 1940. La Revolución de Octubre, en la casa de al lado, como quien dice, era una presencia viva y activa en el país, en la vida política e ideológica, aunque resultara difícil obtener información sobre ella, conseguir libros o periódicos. Cuando iba a clases pasaba cada día junto a aquella cárcel imponente, por la que pasaron muchos conocidos míos. Un 1º de mayo vi pañuelos rojos que se agitaban por entre los barrotes de algunas ventanas del piso más alto. La represión era intensa, se prohibía dar noticias, pero la ciudad vivía preocupada de aquellos presos. Eran los comunistas. A los 13 años ingresé en una célula de la Juventud Comunista. Poco después conocí aquella cárcel por dentro. Nos tuvieron arrestados a varios estudiantes durante tres días, el 1º, el 2 y el 3 de mayo. Después nos dejaron en libertad, pero a mí me dieron lo que entonces se llamaba "billete de lobo".

—¿Un certificado de mala conducta?

—Algo así. Al recibir el "billete de lobo" yo entraba en una especie de lista negra: quedaba prohibido darme matrícula en cualquier liceo, escuela o establecimiento educacional de cualquier tipo del país. Para mi familia aquello era un desastre. Mi madre fue a hablar con el Inspector general del Liceo, a pedirle perdón, atribuyendo a inmadurez mis "extravíos" políticos. El inspector, que era un alemán, se expresó con absoluta claridad: "Si su hijo fuera un ladrón, lo perdonaría. Siendo un comunista, ¡no!". Terminado el debate. La situación era grave. Tal vez podría haberse resuelto con

dinero, ya que los colegios eran pagados. Pero no lo tenía mi familia. Yo había podido estudiar con una beca, que recibía por ser un alumno destacado.

—Eras muy estudioso, deduzco...

—Sobre todo un devorador de libros. En la biblioteca de Paniwiezis había quedado una gran existencia de libros sin clasificar, del período zarista. Me pidieron que los catalogara. Demoré cuatro años en catalogar unos 30.000 libros. Leí todos los que pude: Dickens, Shakespeare, Milton, qué sé yo...

—¿Pudiste, pese a todo, seguir estudiando?

—Sí. Tuvimos que trasladarnos a Vilnius, que estaba en ese entonces ocupada por los polacos, desde la guerra civil de 1920. Un viaje algo complicado. Con mi madre nos fuimos primero al campo, donde pasamos algún tiempo. Desde allí, y una vez que cambié de nombre...

—¿Cómo! ¿Cambiate de nombre?

—Sí. En vez del apellido paterno Grigulievichus, obtuve un documento con el apellido de mi madre, Lavretski. En esa forma pude viajar a Riga, capital de Letonia. De Riga seguí a Polonia y, finalmente, a Vilnius. La información policial no era entonces tan precisa como hoy. No había antecedentes sobre José Lavretski y pude ingresar sin dificultad a un liceo lituano de los jesuitas, donde había buenos profesores, algunos de ellos izquierdistas o, a lo menos, antifascistas. En Polonia imperaba entonces el régimen fascista de Pilsudski, que se empeñaba en la "polaquización" de Lituania. Mi liceo jesuita era, a decir verdad, un "micro-clima" político muy especial.

—¿Y cómo era, en general, la vida política en Vilnius?

—Clandestina, pero bullente. Vilnius era una gran ciudad, muy cosmopolita, donde había, además de lituanos y polacos, grandes colonias de rusos, bielorrusos, judíos y grupos de otras nacionalidades, con una multiplicidad de partidos políticos y gran inquietud intelectual, a pesar de las restricciones legales. Se hablaban muchos idiomas. Era además un centro cultural importante, con una vieja universidad, nacida en la Edad Media, poseedora de una fabulosa biblioteca suscrita a gran parte de la

prensa europea y que recibía, curiosamente, hasta revistas soviéticas.

—¿Frecuentabas esa biblioteca?

—Por supuesto. Allí pude leer los diarios de Moscú de los años 1917, 1918, 1919 y 1920. Los leí todos y creo que llegué a conocer en ese entonces los sucesos de la Revolución de Octubre mejor que otras personas. En Vilnius tomé contacto con el Movimiento Juvenil Comunista y me incorporé a él. Su dirigente más destacado, Jonas Karosas, compañero de curso en el liceo, se sentaba a mi lado, en el mismo banco.

—Si mal no recuerdo, íbamos a hablar de tu nacionalidad...

—A eso voy. Digamos, mejor, origen étnico. Mi familia proviene de los *caraitas*, un pueblo poco conocido y poco numeroso, que llegó al Báltico desde Crimea, donde convivía con otros grupos étnicos desde antes de la conquista tártara. Hablaban un idioma del grupo lingüístico llamado "tiurk". Su origen es un misterio total. Algunos los relacionan con las tribus *jazar*, igualmente misteriosas, que en el siglo VII adoptaron la vieja religión judía y que desaparecieron sin dejar rastros. En memorias de sabios árabes se habla de ellas. Tuvieron una ciudad capital aproximadamente donde hoy se encuentra Astrajan, en la desembocadura del Volga, pero fue sepultada por una gran inundación y de ella no quedó nada.

—Tal vez el diluvio universal... Todo eso parece un cuento de Borges. Pero, ¿se sabe cómo aquellos *caraitas* fueron a dar a Lituania?

—Sí. Cuando en el siglo xv Lituania era un condado poderoso, el conde Vitoutas "el Grande" incursionó a Crimea con sus tropas y trajo consigo 500 familias *caraitas*. Les dio tierras, a cambio de que sus varones más robustos formaran su guardia personal. Los *caraitas* nunca fueron muy numerosos. Tal vez hayan llegado a los 10.000. Tal vez por eso mismo no tuvieron nunca aspiraciones nacionales. No reivindicaron un Estado propio. Sobrevivían apegándose al poder y sirviéndolo con fidelidad y eficacia. Muchos eran funcionarios. Bajo el zarismo, podían llegar a ser oficiales y residir en la capital. A comienzos del siglo xx, algunos se hicieron revolucionarios e ingresaron al Partido Bolchevique. Uno de ellos,

Kabetski, fue secretario de Lenin. Y bien, ese es todo el misterio de mi origen...

Grigulievich sonríe y yo pienso que el misterio es más espeso que antes. Lo invito a regresar a su relato sobre sus años juveniles.

—Me imagino que tu participación en el Movimiento Juvenil Comunista no fue sin problemas...

—¡Cómo no! En 1930 caí preso junto con Karosas y otros. Vino el proceso de los comunistas lituanos, famoso en la historia política del país. Me acusaron de dirigir un grupo de la juventud. La condena final fue solamente a dos años de prisión. En ello influyó que yo tuviera 17 años de edad. Poco después me cambiaron la prisión por el destierro. Fui expulsado del país. Viajé a Francia. En París ingresé a la Escuela de Altos Estudios Políticos, que contribuyó a ampliar extraordinariamente mi visión del mundo. Levy-Strauss era uno de mis compañeros de curso. Escuché conferencias de Durkheim, de Paul Boncour, de Herriot. No interrumpí mi actividad política. La desarrollé en la célula de la Juventud Comunista francesa que existía en La Sorbonne. Era una célula gigante, con 100 militantes: unos cinco franceses y los restantes 95, africanos, vietnamitas, chinos, rusos, etc.

Conoció en aquel tiempo en París a muchos latinoamericanos. Le intrigó lo que contaban sobre sus países. Dictaduras feroces que por entonces caían unas tras otras en medio de grandes convulsiones populares. Luego la guerra del Chaco. No lo pensó mucho y se lanzó a viajar, por Sudamérica primero, luego por Centroamérica y México.

Es notorio que Grigulievich omite muchos hechos sobre este período. Se limita a decir que aprendió castellano con rapidez y que recorrió gran parte del continente.

En 1936, al estallar la guerra civil, fue a España. Hizo el viaje a Madrid desde Toulouse, en avión, llevando como compañero de viaje, entre otros, a André Malraux. En España fue recibido por José Díaz, secretario general del Partido Comunista español, y por Pasionaria. Conoció a Koltzov y a Illia Ehrenburg. Trabajó con Santiago Carrillo en la Junta de Defensa de Madrid. Le tocó estar en Barcelona durante el levantamiento anarquista.

Conoció a muchos personajes históricos españoles y de otras nacionalidades: Largo Caballero, Negrín, Palmiro Togliatti, Pablo de la Torriente, Nicolás Guillén, David Alfaro Siqueiros, Pablo Neruda.

—Te ha tocado vivir derrotas y victorias de los movimientos revolucionarios. Desde una perspectiva histórica y desde una perspectiva personal, basada en tu experiencia, ¿eres optimista o pesimista?

—Optimista, de manera incurable. Las derrotas no me infunden temor, desesperación, ni desorientación. ¡Cuántas he visto! Pero también he visto victorias. Pero, más que eso, más que una estadística de éxitos y fracasos, me hace optimista la observación de los cambios colosales ocurridos en el mundo. ¡Hay progreso! Es fabuloso el avance, en la escala del mundo, de las ideas del marxismo. Millones y millones de seres humanos comprenden hoy hasta qué punto el capitalismo es injusto y además incapaz de asegurar las condiciones básicas de una vida humana para los seres humanos. Las derrotas a menudo preparan las victorias. La de 1905 fue una derrota. El Ché Guevara murió derrotado y, sin embargo, es fantástica la vitalidad de su ejemplo. Sin su ejemplo maravilloso, creo que la victoria de Nicaragua no habría sido posible. El inspiró a esa hermosa generación revolucionaria.

—Tú has escrito no poco sobre Chile, sobre la experiencia revolucionaria chilena, sobre la intervención norteamericana, sobre Allende. ¿Cómo sintetizarías tu opinión sobre todo eso?

—Hay alguna gente simplista que pregunta: ¿Por qué los chilenos no luchan con las armas, por qué no sueltan tiros? Yo creo que no se puede pedir a los chilenos hacer más de lo que han hecho. La Revolución no puede caminar según los antojos de uno u otro, tiene sus propias leyes. El pueblo chileno dio un ejemplo sobresaliente y pienso que no somos capaces todavía de apreciar plenamente la grandeza de su Revolución. Hay quienes preguntan: ¿Por qué el Ché se fue a morir a Bolivia de manera irresponsable, etc.? Tal pregunta es una tontería. Yo no creo que el Ché tuviera razón en todo. Seguramente cometió errores. Cada movi-

miento revolucionario y cada revolucionario tiene sus fallas, sus debilidades. Pero hay que vivir inevitablemente las experiencias amargas, como las felices. La derrota de la revolución chilena quizá era históricamente inevitable. Y tiene sus aspectos no sólo negativos, sino también positivos. Tal vez la experiencia del régimen fascista fue una etapa indispensable, altamente educativa para aquellas capas medias que creyeron que Pinochet las salvaría. ¿No te parece?

—Es posible. Chile no había tenido nunca una dictadura tan feroz como ésta.

—Sí, los chilenos no vivieron antes semejante experiencia.

Pregunto a Grigulievich sobre sus trabajos acerca de la Iglesia católica y América Latina. (Una lista de sus libros publicados en castellano se incluye al final de esta entrevista.) Me cuenta que trabaja actualmente, por encargo de una editorial soviética, en dos gruesos volúmenes que contenen-

drán las biografías de 50 latinoamericanos ilustres, desde Tupac Amaru hasta Salvador Allende. En la serie figuran otros dos chilenos: Bernardo O'Higgins y Luis Emilio Recabarren.

—Me parece que tú eres un enamorado de América Latina. ¿Cuáles son las razones que te han atraído especialmente en nuestro continente?

—Cuando llegué por primera vez a América del Sur, hace casi medio siglo, sabía muy poco o nada de su historia, de su vida, de su gente y sus problemas. Desde el primer momento, me impresionaron tremendamente, aún más, me cautivaron, sus bellezas y riquezas naturales, la fantasía y la imaginación de sus habitantes, el culto de la caballería y de la valentía, el culto de la mujer y del amor, sus grandes figuras históricas, el dramatismo de su historia, sus grandes revoluciones, sus espléndidas culturas antiguas y sus logros artísticos y culturales contemporáneos no menores.

Lista de los principales trabajos de José Grigulievich-Lavretski sobre América Latina y la Iglesia católica, publicados en castellano en la Unión Soviética y en varios países latinoamericanos

1. *Pancho Villa*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1965, 204 páginas. (Otras ediciones de la misma obra: Editorial Quimantú, Santiago, 1973; Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1978.)

2. *La penetración ideológica de los Estados Unidos en los países de América Latina*, Academia de Ciencias de Cuba, Instituto de Historia, La Habana, 1968.

3. *Simón Bolívar*, Editorial Universitaria, Cochabamba (Bolivia), 1970, 140 páginas. (También Editorial Progreso, Moscú, 1982.)

4. *Los indios de América Latina y su papel en la lucha de liberación nacional*, Editorial Nauka, Moscú, 1974.

5. *Miranda, la vida ilustre del precursor de la Independencia de América Latina*, Editorial de la Contraloría, Caracas, 1974, 275 páginas.

6. *Ché Guevara*, Editorial Sudamérica, Bogotá, 1974, 415 páginas. (Otras ediciones: Editorial Progreso, Moscú, 1975 y 1980.)

7. *Salvador Allende*, Editorial Progreso, Moscú, 1978.

8. *El Presidente del pueblo*, Editorial Nueva Sociedad, México, 1974, 76 páginas.

9. *¿Cuál es el futuro de la antropología social?*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1978, 43 páginas.

10. *Francisco de Miranda y la lucha por la liberación de América Latina*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1978, 180 páginas.

11. *Historia de la Inquisición (siglos XIII-XX)*, Editorial Progreso, Moscú, 1980, 415 páginas.

12. *La Iglesia y la sociedad*, Editorial Ciencias Sociales Contemporáneas, Moscú, 1982, 220 páginas.

13. *La Iglesia católica y el proceso revolucionario en América Latina*, Editorial Progreso, Moscú, 1983.

14. *Ensayos Latinoamericanos*, Editorial Progreso, Moscú, 1983.

15. *El Papado. Siglo XX*, Editorial Progreso, Moscú, 1983.

OMAR LARA

Correo de la poesía

JULIO MONCADA

Lo vi una vez, arrastrando una nostalgia cansada. Se le entendía con dificultad y ahora achaco ese hecho, más que a la enfermedad que lo consumía sin piedad, al estupor de haber perdido, de un plumazo y no por su culpa,

la posibilidad de diálogo real con las cosas que amaba.

Los que no alcanzamos a ser sus amigos reunimos nuestro dolor desconcertado a la de aquellos que lo lloran sin rubor, en un mundo que nos está acostumbrando con demasiado celo a este ejercicio infecundo.

Monólogo del poeta anciano en el hospital

A Julio Moncada, exiliado en París.

Ahora
están pasando cosas raras.
Uno sale a la vida
y no hay nadie.
La secretaria está embarazada.
Un individuo recién llegado
nos vigila.
No es como antes.
Algo ocurre en los ascensores.
Estoy solo
y el teléfono no llama.
Nadie viene.
Los domingos no hay comida.
A veces
leo poesía
O miro el cielo.
En mi ventana
ya llegó la primavera.
A veces pienso que no existo
O que alguien me sueña.
¿Si eres tú, Carlos?
¿O tú, Luis? ¿O tú, Jorge?
Despierten
que me muero.
Están pasando cosas raras
Y no me creen.

Jorge Soza Egaña

París, mayo de 1982

JULIO ALEGRIA

Lo vi una vez, hace ya mucho. En-
trañable ser con su entrañable pareja,
Sara. Y otros entrañables, amables,

perdidos, encontrados, vueltos a
perder.

Habrà que decir: ¿eran otros tiem-
pos? Es como un juego. Hasta que
una noticia, que parecía equivocada,
nos anuncia un apagado *no va más*.

Ensor

*A Julio Alegría,
in memoriam.*

*Aunque al caer,
la última máscara
deje ver otra
igualmente falsa
deje ver otra
igualmente verdadera
quebrada y despintada.*

*Aunque al caer,
la última descubra
otra
heme aquí desarmada
ante tu ausencia.*

Patricia Jerez

Un lamento por tres ausencias

*En el orden del tiempo, Victor Franzani
fue el adelantado en besar la tierra, tierra,
el primero en entregarle sus cenizas,
para que ella nunca, nunca olvide
su sabor de naranja chilena,
muy dorada y abruptamente caída
en el espacio enrarecido
por el olor a espadas enmohecidas,
mortificador de su dolorido corazón de poeta.*

*Desde la distancia tan lejana lo siguió
Julio Moncada, mi amigo vegetal,
allá en París de Francia, en donde
se consumió como envejecido nenúfar
en una estrecha laguna de silencio,
igual a un transplantado, desesperado
de no volver a ver
el azul del cielo de su patria.*

*Y ahora en Venezuela, es Julio Alegría
quien también rindió tributo a su tierra generosa,
volcándolo de bruces su corazón enfermo de nostalgia,
en su húmeda oscuridad infinita,
lejos, lejos de su Chile querido, al que amaba
tanto como a su anciana madre
cuyas mejillas jamás volvería ya a besar.
Nunca más, como en el cuervo del poema
le sentenciaron los pájaros malditos,
los que aún graznan a ras de esta tierra sin ventura.*

*Adiós para siempre al coro de su casa familiar,
y a la risa que era fuegos hasta los techos.*

*Nunca más tampoco volveré a verlos,
ni a sentir sus palabras de repentino júbilo
por las menudas cosas de la vida.
Nunca más estrecharé sus manos colmadas de cálida amistad,
ni aspiraremos juntos el perfume
de adolescentes chirimoyas alicaídas en el vino crepuscular.*

*Desde ahora, tres latidos amargos y violentos
mantienen la vigilia aquí en mitad del pecho:*

¡Nunca más, nunca más, nunca más!

Hernán Cañas

Santiago, julio de 1983

"POESÍA DIARIA", DE TEMUCO

"Desde hacía tiempo nos venía acosando esta idea. Entre otros acosos". Dicen los directores de *Poesía Diaria*, Elicura Chihuailaf y Guido Eytel, en la presentación de su primer número. Construida con la melancólica pasión de Temuco, todavía está húmeda, esta revista cuidada, modesta, sobria, luminosa. En este número, poemas inéditos de Jorge Teillier, Carlos Germán Belli, Steven White, Esteba Navarro,

Miguel Gallardo, Tulio Mora, Fernando Alegría, Roda Betty Muñoz, Raúl Barrientos, Carlos Alberto Trujillo. Este último responde al cuestionario del P.D. Dice, en una respuesta: "Creo que el poeta debe ser un cronista de la realidad, lo que no significa que deba limitarse solamente a describir lo que sucede. Hay una crónica espiritual, sentimental, intuitiva. El poeta debe ser un testigo de su época. Y un ser un testigo de su época. Y un testigo participante, que no debe agachar nunca la cabeza.

Varia Intención

PLASTICA CHILENA EN EL SEPTIEMBRE EUROPEO

1. En la isla de Saint-Louis

En medio del Sena, la isla Saint-Louis es un lugar elegante. Los guías de las embarcaciones de turistas que la costean, señalan las casas de los políticos o de los artistas importantes que allí habitan. Algunas de sus suntuosas moradas guardan recuerdos que han pasado al dominio de la historia literaria. En el hotel de Lauzun, Baudelaire navegó hacia sus paraísos artificiales en compañía de Gautier. En ese barrio, un restaurant tradicional ha tenido la idea amable para el arte de habilitar una sala espaciosa de su piso superior para exposiciones. La línea de producción la asesora y organiza el pintor chileno Eduardo Berroeta. En septiembre se presentó allí una muestra colectiva en que maestros consagrados y pintores nuevos chilenos ejercen el formato reducido. Esta exhibición —*De Santiago a París*— permite sorprender muchos rasgos novedosos de la plástica nacional. Los que exhibieron: Agna Aguadé, Carlos Aresti, Ximena Armas, Jaime Azócar, José Balmes, Gracia Barrios, Eduardo Berroeta, Roser Bru, Juan Carlos Castillo, Ester Chacón, Concepción Balmes, Irene Domínguez, Gonzalo Díaz, Eugenio Dittborn, Ricardo Yrarrázabal, Nancy Gewold, Patricia Israel, José Martínez, Roberto Matta, Mario Murúa, Guillermo Núñez, Raúl Schneider, Vivian Scheinling, Raúl Sotelo, Ricardo Suñes, Pedro Uhart, Patricio Zamora y Enrique Zañartu.

2. Neruda en el corazón de Barcelona

El viajero hispano-americano que llega, por primera vez, a Barcelona, termina inevitablemente por encami-

nar sus pasos hacia aquella abra del puerto donde el agua del Mediterráneo mece una réplica de la Santa María, la nave capitana de Cristóbal Colón. Cualquiera sea el orden de fidelidad de la reproducción, para el americano —empleamos el término como nuestros padres— la madera salobre guarda la dulzura del reencuentro con las estampas de la niñez. Una iconografía de lejanos bancos escolares cobra vida en la cubierta. El aventurero genovés, mientras tanto, cruza apresurado los pueblos con su cortejo de indios y de papagayos en demanda de su apogeo final en la corte de la reina Isabel. El cubano Carpentier, formidable reconstructor de la memoria, frente a la ciudad, no pudo sino sucumbir a la tentación evocativa. En el romance que urdió entre la soberana y el marino embustero, la apoteosis amorosa del descubridor se recorta contra el fondo de su triunfo en la corte de Barcelona.

Historias de viajes, historias de horizontes que se abren más allá de las columnas de Hércules, historias de tierras que ocultan el oro y la plata con celo de doncella. "Antes de la peluca y la casaca / fueron los ríos, ríos arteriales", sentenció Neruda sumergiéndose en la génesis de nuestro subcontinente. No siempre a la ida los galeones transportaron el amor. Cartas y crónicas son transitadas, a menudo, por la violencia. Pero el retorno lentamente tejó un hilo, un cordón entre la desafortada geografía de la América y las blandas costas hispánicas. De las bodegas de signos del Gran Viaje es dable pensar que ni las aduanas del siglo XVI, ni las actuales, han registrado todas las consecuencias.

Barcelona es el Monumento al Primer Retorno para el viajero hispano-americano que tiende su mirada desde los parapetos de la antigua Europa. La bruma histórica no alcanza a ocultar el pasado inmediato. Nunca

podremos olvidar que después del regreso de múltiples flotas de galeones, un día aciago el ronroneo letal de los aviones de bombardeo rasgó el aire límpido y que "por las calles, la sangre de los niños corría simplemente como sangre de niños". Aquella mañana sentimos que nuestra madre nos había abandonado. Aprendimos una de nuestras lecciones más duras. La argamasa de luchas y contradicciones que une la pulida superficie de los monumentos históricos, los equilibrios trabajosamente conquistados que cristalizan los símbolos urbanos. Presentimos que las prestigiosas piedras no eran el término de una historia congelada, sino escalones por los que el ser humano asciende a tientas, entre la sangre y las lágrimas, hacia su plena realización. Cada herida en el cuerpo de España golpeó con su ráfaga de dolor en nuestro pecho. Y un día los vimos llegar desde Barcelona y otros puntos de la Península, los vimos llegar con los ojos dilatados por la tragedia y la esperanza. Eran miles que escapaban del infierno de la metralla, de la tierra desgarrada donde el mundo contemporáneo comenzaba el ensayo general de su soledad.

¿Qué fue de ellos en esas ciudades que los acogieron, ciudades bautizadas por lejanos antepasados? ¿Qué fue de esa Cataluña en el exilio de Chile? Hoy disponemos de luces para iluminar ese viaje cruel de desarraigo que terminó, sin embargo, en nuevas raíces y, como capítulo final, en un regreso a la ciudad Monumento al Primer Retorno. Hoy se reúnen los nombres de aquellos artistas que Pablo Neruda, loco enamorado de España, ayudó a diseminar con paternal desvelo por la amada geografía de su patria, de nuestra patria.

Es bueno recordar que pese a este regreso con un final de Ulises, no siempre la humanidad ha imitado la prudencia del héroe griego. Esta exposición organizada por la Municipalidad de Barcelona congrega también los nombres y las obras de aquellos artistas chilenos que, en 1973, encontraron refugio en la España cantada por Neruda. Otro retorno de los galeones; ahora, con la carga de sufrimiento de una patria americana perdida. Hoy todos los nombres de estos artistas se unen bajo la doble advocación de Cataluña y Neruda. Unión simbólica de nombres, no para derramar

lágrimas sobre un pasado, sino para preparar aquel amanecer en que los galeones depositen en los puertos de Chile su cargamento de arte y alegría.

(En la exposición, realizada en la "Capilla del Antiguo Hospital" del Ayuntamiento de Barcelona, participaron: Nemesio Antúnez, Roser Bru, José Balmes, Gracia Barrios, Eduardo Bonati, Sergio Castillo, Valentina Cruz, Ernesto Fontecilla, Juan García, Fernando Krahn, Ricardo Mesa, Angélica Quintana, Carlos Vásquez, Raúl Valdivieso, Iván Vial y Dolores Walker.)

LUIS BOCAZ

LA "ARDIENTE PACIENCIA" DE NERUDA Y SKARMETA

Ardiente paciencia es el último film de Antonio Skármeta, distinguida con el Primer Premio (compartido con una película brasileña) en el Quinto Festival del Film Ibérico y Latinoamericano, realizado recientemente en Biarritz, Francia. Escritor de trayectoria literaria harto conocida, Skármeta viene incursionando en el cine desde hace algún tiempo; guionista, en un comienzo, de films dirigidos por el alemán Peter Lilientahl, ha realizado con posterioridad algunas obras propias: *Permiso de residencia* (1979) y *Si viviéramos juntos* (1981). En esta nueva obra, preparada por cuenta de la televisión de la República Federal Alemana, el tema es: Pablo Neruda.

Digamos de inmediato que el haber trabajado con Parada le dio al realizador la oportunidad, probablemente irrepetible en cualquier otro proyecto cinematográfico similar, de recrear al poeta con tan milagrosa fidelidad en su corporeidad física, que el espectador termina por vivir plenamente la ilusión de que es el propio Neruda el que se está interpretando a sí mismo. Pero Roberto Parada no sólo se limita, por cierto, a explotar la exterioridad de este hecho, que notable y todo es puramente exterior y finalmente... casual. Actor, además, de personalidad fuerte —que halla sólidos sopor-tes en su poderosa voz y en el énfasis de su ademán—, existía el riesgo de que intentara devorar a Neruda y, por ejemplo, lo "recitara", como tantas veces en tantos años y con tanta dig-

nidad lo hiciera ya en cien escenarios diferentes. No hubo tal: Parada sorteó las trampas y ganó la apuesta, logrando de verdad vestir también la piel de las apariencias nerudianas interiores. La picardía, la ternura, la sabiduría en el vivir cotidiano del personaje en la obra, son de Neruda y no de Parada, lo que prueba cuán eficaces y meritorias son en el film la picardía, la ternura y la sabiduría del actor.

No es éste uno de los méritos menores de *Ardiente Paciencia*.

El Neruda de la película es, ciertamente, un Neruda particular, uno de los mil Nerudas posibles, y Skármeta eligió aquél que favorecía sus propósitos narrativos, permitiéndole mostrar al poeta amigo de su pueblo, capaz de cultivar con él una relación de afecto y de humor, sin grandilocuencias, fincada en las peripecias más o menos menudas de todos los días. El poeta es así —en relación con el cartero de la película, es decir, el pueblo chileno— un amigo y un compadre, o llegado el caso, hasta un padrino un poco alcahuete. En este nivel de la comunicación, son muchas las vías posibles para establecerla, y el poeta no esquivo ni siquiera la del baile popular, y es así como se le ve danzando al compás de un aire de Los Beatles. Los "nerudólogos" llamarán al escándalo, visto que Neruda, que se sepa, jamás intentó en vida el menor paso de baile; y sin embargo, la escena —una de las más sugerentes del film— es una de las que transmite con mayor fuerza la presencia auténtica (interior) del poeta.

El pueblo, es decir el cartero, es decir el actor Oscar Castro, suman comicidad y emoción y salvan con éxito las zancadillas de un populismo eventual. No hay nada aquí que recuerde las butoneras de un Juan Verdejo, del "roto chileno", arquetipo del ingenio popular para gusto de patronos más o menos paternalistas.

(¡Ojo con Oscar Castro y su aire cómico-patético! una suerte de Buster Keaton, sólo que chileno y parlanchín.)

Pero hay otros propósitos en Skármeta: mostrar al Neruda histórico, o mejor, inmerso en la historia chilena reciente. En rigor, la historia de sus cinco años finales, con sus hitos personales y sus hitos colectivos: Neruda simplemente poeta, en la paz de Isla Negra; Neruda candidato a la presi-

dencia; Allende candidato y Allende presidente; el Premio Nobel; el golpe de Estado. Sólo pinceladas simples, meras alusiones, a veces. Skármeta sabe soslayar la estridencia sin eludir cierta sustancia dramática esencial; sortea las trampas del estereotipo en los temas, de ciertos clichés visuales y auditivos (después de todo, una cumbia no tiene eventualmente menos signo popular que la marcha "Venceremos"), pero su Neruda y su Chile están tratados sin concesiones: la pequeña historia no oscurece a la Historia grande; Neruda semi-moribundo, hablando de "los hombres que vienen a mi casa trepando entre las rocas" es una de las secuencias cinematográficas que con más fuerza y patetismo transmite —entre las muchas mostradas en decenas de películas anteriores— la angustia de asistir al instante en que el fascismo se instala en el poder.

Hermoso homenaje éste que Antonio Skármeta rinde con su película a Neruda en el décimo aniversario de su muerte. (Del guión, digámoslo entre paréntesis, se hizo una obra teatral, distinguida también con un premio a quien dirigió la puesta en escena —Alejandro Quintana— en Berlín, República Democrática Alemana). Liviana, quizá, pero plena de una significación que no escapa al espectador, sobre todo al espectador joven (somos testigos cercanos) para el que es una oportunidad de descubrir o redescubrir al poeta nacional y de sentirlo cercano y propio.

Ardiente paciencia: la frase está sacada de un verso de Rimbaud que Neruda citó en su discurso de Estocolmo, cuando recibió el Premio Nobel de Literatura. Alude al carácter de la espera, que no debe confundirse con la entrega y que tampoco debe ser inerte.

SOL AYMARA

LAS GUITARRAS DE DAVALOS Y CHERUBITO

Para los chilenos y latinoamericanos atentos a la música, el dúo de guitarras formado por Miguel Ángel Cherubito (argentino) y Eulogio Dávalos (chileno) no es de ninguna manera

desconocido. Llevan años trabajando juntos, son un dúo de prestigio internacional, discípulos de Narciso Yepes, de quien recientemente han tomado la guitarra de diez cuerdas. En Chile eran conocidos por su labor de difusión y enseñanza, siempre preocupados de llegar al público más amplio de una manera poco convencional, labor paciente, tratándose de intérpretes de música "clásica". Establecidos en Cataluña desde hace casi una década, han seguido desarrollando allí la misma labor, y desde Barcelona proyectan su trabajo hacia el resto de Europa y el mundo. (No hace mucho hicieron una gira envidiable: tocaron sus propias tierras, es decir, las nuestras, olieron el aire, comieron sus mariscos y sus frutos, dieron conciertos en Argentina y Chile.)

Ahora acaban de editar una casette con el título "Dávalos & Cherubito, Dúo de Guitarras", que presenta en el lado A el "Concierto para dos guitarras y orquesta" de Gustavo Becerra, con la Orquesta Musici de Praga dirigida por el maestro Frantisek Vaynar. En el lado B contiene el adagio del "Concierto de Aranjuez" de Joaquín Rodrigo, "Tango del Compañero" de Miguel Ángel Cherubito y "Alfonsina y el Mar" de Ariel Ramírez.

El expresionismo de Becerra en este concierto (grabado en Praga en el invierno de 1980), parece estar alimentado de preguntas. Sin duda no decimos nada nuevo al señalar la importancia del paisaje en las obras de Ginastera o Villalobos, para nombrar a dos clásicos, o bien remontar a la música chilena de Urrutia Blondel y su Guitarrón del Diablo, o las obras de Pedro Humberto Allende, músico bien familiarizado con trillas y tonadas. El paisaje y las gentes de nuestra tierra es lo primero que nos salta al oído cuando escuchamos esta obra. Tal vez los auditores europeos consideren como particular las sonoridades que se extraen de trompetas, flautas, tambores, timbales y la caja de la guitarra como elemento de percusión. Para mí no hay misterio, allí estoy oyendo los ecos de trutucas, pifilas y kultrunes mapuches. Y si bien las guitarras mantienen más bien un diá-

logo balbuceante sin llegar a un desarrollo de línea melódica tradicionalmente reconocible, hacia el final creo reconocer casi una expresividad de charango en una guitarra como un repique acompañada de tambor-kultrún anunciador de un inesperado desenlace.

El Concierto se compone de tres movimientos: I Tempo de milonga, II Recitativo (lento) y III Finale. Es significativo que Becerra tome el tempo de milonga para la enunciación de una música que parece querer advertirnos algo, como poner en alerta al auditor. Las guitarras dialogan, balbucean, mientras las flautas y oboes mantienen una melodía que sigue siendo una pregunta. Luego las trompetas, y principalmente el platillo y el gong, se encargarán del resto, y el paisaje de base, aquél que domina toda la obra, como envolviéndola en un clima general, estará a cargo de las cuerdas con una obstinación de tonos bajos y trémolos que dan a toda la pieza el dramatismo de una América tal cual es hoy. Música actual, testigo de nuestra época.

Del lado B, el "Tango del Compañero" de Cherubito, puede inscribirse en el mismo clima de la obra de Becerra. También aquí el auditor se encuentra frente a algo que se sale un poco del esquema. No se trata de la evocación poética clásica de los actuales tangos de Edgardo Cantón grabados en París, ni de la evocación evolutiva de Mossalini o el romanticismo desesperado de la gran ciudad perdida de Piazzola. La música de Cherubito parece más la expresión de un Buenos Aires partido en dos.

Todos hemos canturreado alguna vez "Alfonsina y el Mar", de Ariel Ramírez y Félix Luna, y debe ser porque acaso entre la enorme cantidad de bellas zambas que les debemos a los argentinos, sea ésta una de las más evocadoras. No es sólo el drama de la poeta desaparecida en el mar por su propio paso. Es la evocación de esa dulzura tan nuestra capaz de engendrar ternura nacida del drama mismo. Pues bien, la feliz interpretación de Dávalos y Cherubito tiene esa misión: traernos a la cabeza y al murmullo este bello poema puesto en música.

Finalmente, la grabación contiene un merecido reconocimiento al maestro Joaquín Rodrigo. No puedo sino asombrarme de la intensidad de las

* N.º 0-1031, Hemisferio, Sonitec, S. A., Ed., Gomis 42, Barcelona. Puede adquirirse escribiendo a Eulogio Dávalos, Juan de Mena, 23, Barcelona-16, España.

guitarras en este desarrollo del Adagio del "Concierto de Aranjuez", que hacen perfectamente innecesaria la orquesta. La solución dada por ambos guitarristas no es sólo novedosa, sino sorprendente.

Miguel Angel Cherubito y Eulogio Dávalos, estos dos americanos del sur radicados en Cataluña, le devuelven al Adagio de Aranjuez la elegancia, la delicadeza y la dignidad que le son propias.

O.R.

UN PREMIO QUE RESUME ARQUITECTURA Y HUMANISMO*

Tengo el privilegio de saludar a Fernando Castillo a nombre de los que intentamos mantener vivo el mensaje de unidad de Víctor Díaz, de Bernardo Araya, de Weibel, de Sanhueza, Contreras Maluje, Vizcarra y muchos otros que nunca más estarán con nosotros.

Este Premio Nacional de Arquitectura ha provocado una explosión de alegría más allá de los límites del juicio de la especialización profesional.

No sólo porque el premiado decidió hace mucho tiempo romper los límites de su labor profesional, sino, sobre todo, porque desde hacía tiempo que concentraba nuestra atención al estar luchando con valentía en el terreno de nuestros propios miedos.

Comprometía así nuestra admiración y también nuestra esperanza.

El ha estado en la lucha de esos que tantas veces hemos querido premiar. De éstos a los que algunas veces hemos abrazado en reprimido silencio, de aquéllos que sólo han recibido los honores de galería, mientras desde el poder de la tiranía se institucionalizaba la distinción para la barbarie.

Bienvenido entonces este premio que refunde Arquitectura y Humanismo. Bienvenido, porque para todos esos chilenos que hemos visto desaparecer el Humanismo de todos los ámbitos de la nación, Fernando Castillo ha sido un luchador que nos ha ayudado a mantener las esperanzas.

* Texto del discurso pronunciado en el homenaje rendido a Fernando Castillo Velasco, con motivo del Premio Nacional de Arquitectura 1983.

Por eso no sólo lo celebran los que admiramos su arquitectura.

Lo hacen también los que querían homenajear al que ha luchado permanentemente contra la dictadura: desde la Comisión de Derechos Humanos, desde los Organismos Solidarios de la Iglesia, desde la prensa, desde los actos públicos, las reuniones y encuentros por la unidad y la lucha, sacrificando la salud y el descanso.

Porque aquí celebran sin duda los exiliados, aquí celebran los que volvieron..., los que no pueden volver pero lo harán..., aquí celebran los que han entendido que su regreso no es una dádiva generosa de los gobernantes, sino un derecho que se ha ido conquistando en la lucha de muchos.

Celebramos este premio también los arquitectos, los que vemos en Fernando Castillo un estímulo a nuestro gremio para la solidaridad, y que hoy se expresa con los obreros relegados, con el Presidente de los trabajadores de la Construcción torturado hace pocos días con corriente eléctrica, con los obreros estudiantes expulsados hace 10 días de la Escuela de Arquitectura, que los consideró desechables por emitir una declaración de protesta..., celebramos este premio los Arquitectos...

Cómo hubiésemos querido que fuese mentira lo que un día nos contaron... de que habría colegas que ya no estaban... *que habían desaparecido...*

Pero queremos imaginarlos celebrando este premio aquí, sentados y brindando con nosotros: a Ida Vera, arquitecto detenida por el gobierno y hasta la fecha desaparecida...; a Francisco Aedo, arquitecto que hoy tendría 73 años, detenido por el gobierno y hasta la fecha desaparecido...; a Alejandro Rodríguez, detenido por el gobierno y hasta la fecha desaparecido.

Gracias, Fernando Castillo, por permitirnos sentir tan repartido este premio, pero es que ha sido culpa de su generosa enseñanza de cómo repartir y compartir la propia vida.

Y de esa enseñanza, junto a las de otros maestros, a la de la propia y colectiva experiencia, es que no sólo saludamos su premio, sino que asumimos junto a muchos el compromiso de lucha por la liberación de Chile.

Por un nuevo gobierno, en nuestra Patria, por el derecho del pueblo a decidir directa y libremente su opción

política..., pero, por sobre todo, por un compromiso que estos tiempos debieran haber enseñado, el de ser capaces de construir una unidad con objetivos fundamentales comunes, donde las diferencias sean fricciones secundarias y no choques, donde comprometamos un futuro en la perspectiva histórica, sin necesidad de confundirnos, con la independencia que deseamos, pero con una meta objetiva que fuerce la buena forma de discrepar entre nosotros.

Que vuelva este país a retomar el curso desviado de su historia. Que vuelva la democracia... ¡ahora! No para reordenarle las finanzas a los empresarios del "boom", sino para construir un orden económico democráticamente debatido y que beneficie al país. No para que las Fuerzas Armadas vuelvan a sus cuarteles en la misión de guardianes del orden de los poderosos, mientras contemplan en apariencia no deliberante el devenir histórico..., sino para que se comprometan con un programa nacional de desarrollo como parte del pueblo chileno que son.

Veamos en este premio el inicio de los premios que vendrán con los vientos de protesta y liberación, sin triunfalismos.

Gracias, Fernando Castillo, por merecer este premio. Gracias por el mensaje de unidad.

PATRICIO HALES

BREVES

- Cuando se cierre el ciclo de la producción cultural del Chile del exilio (la fecha no está ya lejana), tendrá que citarse, en el campo de la edición de libros, la obra infatigable desarrollada por el poeta Omar Lara con su serie de "Literatura Americana Reunida", LAR. Inaugurada en 1981 con la novela de Antonio Skármeta *Soñé que la nieve ardía*, se acerca, con los títulos por aparecer en las próximas semanas, a la veintena de obras publicadas. Su serie de poesía comprende libros de Waldo Rojas, Patricia Jerez, Miguel Vicuña, Enrique Lihn (*La pieza oscura*, veinte años después), Adrián Santini, Josefina Attard; la colección "Estudios, tesis y monografías" ha publicado *Los "enganchados" en la*

era del salitre, de Pedro Bravo Elizondo, un erudito trabajo del poeta y crítico argentino Juan Octavio Prenz, y una recopilación de ensayos (Raúl Silva Cáceres, Grinor Rojo, Juan Epple, Ariel Dorfman y otros) dedicados a la narrativa de Skármeta (*Del cuerpo a las palabras*). La teoría filosófica y política está también presente, con *Del fetichismo de la mercancía al fetichismo del capital*, de Osvaldo Fernández, más *Ideología y crisis de ideología en el Chile contemporáneo*, de Ernesto Ottone. Finalmente, en la serie de "Testimonios", acaba de aparecer *Cantores que reflexionan*, una "historia personal" de la Nueva Canción Chilena escrita por Osvaldo Rodríguez, el conocido "gitano", colaborador de nuestra revista, como muchos otros de los autores de LAR, sin excluir, ciertamente, al propietario del sello.

- Una francesa, amiga incomparable del exilio latinoamericano en Europa (y amiga dilecta nuestra, también), falleció trágicamente en el mes de julio: Régine Mellac. Fue, en vida, una relacionadora pública de nuestra cultura, como traductora del español y del portugués, como presentadora de la canción latinoamericana. Periodista y documentalista, viajera infatigable, todos los músicos nuestros eran sus amigos y un poco sus familiares. *Araucaria* se asocia al homenaje que se le ha rendido recientemente en París.

- Siguen siendo legiones las revistas y periódicos que recibe nuestra redacción. De Chile nos llega el *Boletín de la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos de Chile*, que da cuenta de las labores de la asociación y cumple, en cada número, el deber de ir registrando los testimonios de aquellos crímenes que el pueblo chileno no debe olvidar.

- De enorme valor documental es también el *Boletín Mensual* que edita la Comisión Chilena de Derechos Humanos, que se ha asignado la tarea de dejar constancia escrita regular de todas las transgresiones y crímenes cometidos por el gobierno de Pinochet. La historia de este período tendrá que escribirse en el futuro con consulta obligada a este valiosísimo boletín.

- Otras publicaciones nos llegan también de Chile en forma regular, las re-

vistas *Mensaje y Análisis*, de tan serena conducta en estos años. *Análisis* resiste con valentía ejemplar la ofensiva gubernamental, y su director continúa escribiendo los editoriales desde la Cárcel Pública. En septiembre *Análisis* publicó tres suplementos especiales dedicados a Salvador Allende. Un material valiosísimo, una verdadera bomba en el Chile que Pinochet ha pretendido, en vano, de desarraigar de su pasado reciente. Allende es una de las grandes figuras de la historia chilena (y latinoamericana) y estos suplementos ayudan considerablemente a recordarlo.

• Nos sigue llegando también *La Bicicleta*, la revista juvenil, que apartándose de su preocupación dominante por la música popular, lanzó en septiembre diversos números especiales dedicados a Neruda. El material fue procesado y escrito por el escritor Alfonso Alcalde. Digamos, de paso, que las portadas reproducen una efigie de Neruda publicada originalmente en *Araucaria* N.º 3. No se indica la fuente, como tampoco lo han hecho innumerables otras publicaciones que también se han interesado por el mismo dibujo, reproduciéndolo. Nos duele la omisión, no por *Araucaria*, sino por el autor del grabado —por cierto, notable—, que falleció trágicamente en Francia en 1977: Rafael Vega Querat, artista y publicista de genio.

• En el nivel de producción artesanal de revistas, el género más tenaz sigue siendo el de la poesía: a *La gota pura*, que luce ya galas de pionera, se suman *Índice*, de Valdivia; *Fragua*, de San Fernando, y *Palabra escrita*. En todas, al fervor poético se suman el buen gusto y la amplitud del criterio de selección. Otras revistas: *La escalera*, de la Agrupación Estudiantil Cultural; *Gnomos*, también estudiantil; *La revuelta*, revista-cartel, combativa, espléndidamente diagramada, lo que la hace muy atractiva, a pesar de la modestia del papel; *Carreta única*, órgano de la Coordinadora Metropolitana de Presos Políticos. *Carreta única* quiere decir, en el lenguaje de las cárceles, uno, dos o más presos que se unen para preparar sus comidas en común.

• Relieve particular tiene una revista especializada, *Geographica*, breve (32 págs.), pero ambiciosa por la calidad y rigor de los materiales y prolija en la selección del material de las

ilustraciones gráficas. No es desaconsejable que en los números posteriores (estamos, por el momento, en el N.º 1) citen el origen de los artículos seleccionados; ayuda a la precisión y restituye el papel que juegan, aun si éste es involuntario, las publicaciones que aparecemos (aún sin aparecer) proveyendo algunos de los trabajos.

• Finalmente, nos llega en modestos folios mimeografiados y unidos con un único corchete, *La Lucy*, publicado por el Taller de Poesía Popular que auspicia la Vicaría Popular Obrera del Arzobispado de Santiago. El director del Taller, Alfonso Alcalde, prologa las hojas. No resistimos la tentación de citar las frases finales de este texto:

"Eramos chilenos con mil ojos y mil oídos atentos a todo cruzando muchos puentes y montañas y sudores. Eramos chilenos dueños absolutos de las estrellas, y de la posibilidad de ser hermanos, vecinos unidos por un solo incorruptible deber: la poesía. Entonces dijimos solemnemente que la poesía era el don más grande del hombre después de su vida. Era también una posibilidad: reconstituir como en el primer día de la creación el agua y el fuego y era también la poesía una mariposa, una tierna tristeza y un júbilo enorme como el mar cuando está furioso."

Hemos recibido también muchas revistas chilenas publicadas en el exilio. Pero esto será ya materia de nuestro próximo número.

• Motivo de regocijo son para *Araucaria* los estímulos, distinciones y premios que reciben en diversos países los chilenos de la diáspora. Mayor es la alegría, inevitablemente, cuando se trata de colaboradores nuestros. Es el caso de Raúl Barrientos, Juan Armando Epple y Ligeia Balladares, que aparecen seleccionados entre las Menciones acordadas en el último concurso del Premio Plural (México), en los géneros, respectivamente, de poesía, ensayo y cuento. *Pájaro loco al final del verano*, se llama la obra de Barrientos; *Literatura chicana y crítica literaria*, es el tema del trabajo de Epple, e *Idioma secreto*, el título del cuento de Ligeia. Participaron, en calidad de concursantes, 580 poetas, 471 cuentistas y 68 ensayistas.

Colaboradora nuestra es también —y muy notoria, por la constancia y calidad de sus contribuciones— Virginia Vidal, que ganó el Segundo Premio en el concurso de cuentos "Bolívar como Personaje en la literatura de ficción", organizado por el Ministerio venezolano de la Juventud, con motivo del bicentenario del Libertador. Su relato se llama *Simón y yo en el entretecho*.

■ Falta el cronista patriótico y acucioso (*Araucaria* hubiera querido encontrarlo) que haga el relato de lo que fueron los actos innumerables celebrados en más de cien ciudades del planeta este septiembre de los diez años del golpe fascista. Que hubiera relevado el calor y el detalle de las 300.000 personas que desfilaron en Madrid, que no eran los únicos españoles, porque también manifestaban en Barcelona, en Valencia, en Sevilla, Bilbao y en otras veinte ciudades de la península, incluyendo Lisboa, la capital portuguesa, que hubiera recapitulado los pronunciamientos de mil organismos, y hecho el recuento de lo que fueron las algaradas callejeras, las asambleas, las veladas culturales, los mítines realizados en Canadá, en Estados Unidos, Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Noruega, Francia, Alemania Federal, países socialistas, naciones africanas, en veinte ciudades italianas y en una docena de capitales de América Latina.

No todo lo que se hizo quedará puramente en el recuerdo o únicamente registrado en la letra impresa o en las imágenes. Habrá testimonios sólidos imperecederos. Las municipalidades de Massa y Carrara, en Italia, cedieron el mármol y los recursos necesarios para que se levante un monumento a Salvador Allende. La escultura estará a cargo de Ricardo Mesa y la dirección artística general del proyecto en manos de Nemesio Antúñez. Mientras llega la hora en que se podrá trasladarla a Chile, la escultura quedará instalada en la plaza del pueblo de Carrara.

Mientras tanto, en Francia, otro monumento con la efigie del presidente mártir acaba de instalarse en el parque Leonardo da Vinci de Châtenay-Malabry, en la región parisina. Su

autor, Karl-Jean Longuet —bisnieto de Carlos Marx—, lo terminó en 1981, año en que murió. En septiembre se rindió así un doble homenaje: al destacado escultor francés, que vivió décadas en el pueblo, y a aquél otro que, antes, dio ya su nombre ilustre a centenares de calles y plazas de las ciudades de Francia.

■ Todas las disciplinas artísticas figuran, como se sabe, entre las ocupaciones que llenan los días de la vida de los chilenos del exilio. Poco se habla, por ejemplo, de la danza, pero no son escasos los connacionales que la cultivan. Citemos, por ahora, dos casos ejemplares: el del conjunto *Nahuentú* ("grito o declaración de guerra" en mapuche), fundado por la Casa de Chile de México en 1979, integrado por 26 personas y que dirige Beatriz Torres; y el conjunto *Llaima*, fundado un poco antes, en 1976, en Francia, en la comuna de Colombes, en los alrededores de París. Lo integran siete personas bajo la dirección de Rayén Méndez. En el primer caso, cuatro años, según crónica de Luis Enrique Délano en el periódico *El Día*, de una fecunda labor en México y más allá de sus fronteras, en Nicaragua, por ejemplo. En el segundo, una trayectoria admirable, por la calidad y la constancia, sostenidas sin el menor subsidio económico de organismo alguno, y asociadas invariablemente a las tareas de la solidaridad con Chile.

■ Una tarea artística rara vez evocada: la edición de postales. Conocemos, al menos, dos ejemplos, ambos muy notables: el de Venezuela, donde se edita la serie denominada "Más de un millón de chilenos por el mundo", que ha recogido ilustraciones gráficas sobre conjuntos artísticos (Illapu, la Compañía de los Cuatro), sobre campañas políticas (solidaridad con Nicaragua), o de homenaje a grandes de la cultura (García Márquez, cuando recibió el Nobel). El otro caso es el del talentosísimo Guillermo Deisler, que edita infatigablemente en Bulgaria, exactamente en Plovdiv, el pueblo donde vive, sus postales-disparos, basadas en "collages" llenos de inspiración y combatividad.

Y suma y sigue, el trabajo cultural del Chile peregrino.

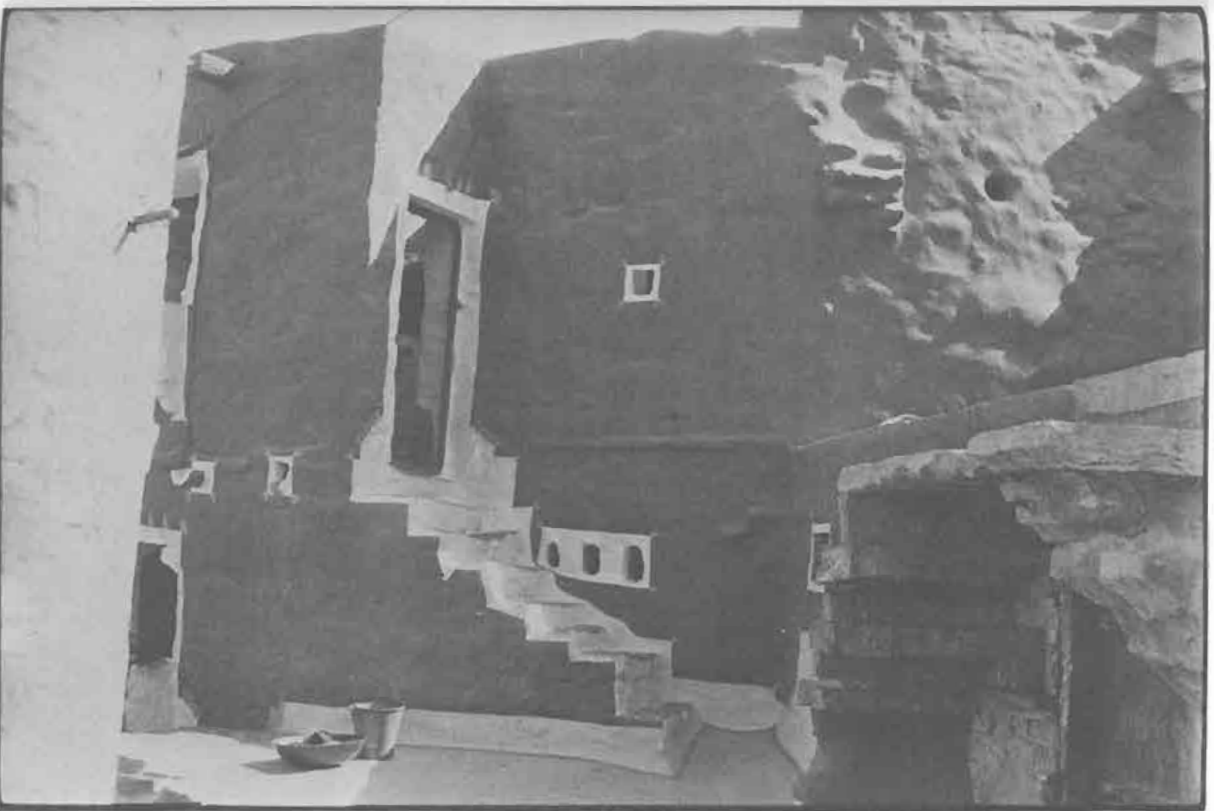


Foto ENRIQUE CERDA



Foto ALVARO YÁREZ

MEMORIAS

César Godoy Urrutia Prontuario de un agitador México, Universidad de Sinaloa, 1983.

Extraordinario orador y polemista, publicista agudo y erudito, que cultivaba un bello estilo castizo, lleno de sabor y color, ha ocupado en la vida política chilena un lugar harto más ancho que el correspondiente a su menudo físico de jinete. Sus memorias que terminamos de leer con "gusto a poco", son un fresco de palpitante animación que se extiende desde los años veinte hasta los días que corren.

En el prólogo, de Luis Enrique Délano, encontramos este excelente retrato del maestro y político, a quien sus adversarios de la derecha bautizaron rencorosamente "Capitán Veneno":

"Creo que fue en 1931, meses después de la caída de Ibáñez, cuando lo escuché hablar por primera vez, en un mitin de profesores en el viejo Teatro Septiembre, en la Alameda frente al cerro Santa Lucía. Me sorprendió ese hombre moreno y delgado, de cuyo esmirriado pecho surgía un vozarrón que estremecía.

"Eran tiempos anteriores al micrófono, de modo que los oradores tenían que gastar lo suyo para ser escuchados desde todos los ámbitos de las salas. César lo hacía. Las frases que iba formando, correctas y elocuentes, tenían por denominador común la severidad.

"Yo observaba el efecto que esa oratoria de batalla iba produciendo en el auditorio, profesores en su gran parte. La misma fiebre que a ellos me iba despertando la indignación, el deseo de gritar, de pelear contra las fuerzas que provocaban y mantenían la injusticia. Ya entonces me convencí de que César Godoy

Urrutia era uno de los agitadores más eficaces que la lucha chilena había producido."

Agrega Luis Enrique Délano que "esa energía y esa pasión no han desaparecido con el correr del tiempo y el avance implacable de la edad. Antes bien, se diría que la capacidad de indignarse frente a la injusticia —una de las mejores virtudes del hombre— se ha vuelto en él más fuerte y este libro es testigo de ello. A ratos, oyendo hablar a César, me acuerdo de Elías Lafertte cuando rechinaba los dientes de ira evocando cuadros de inhumanidad presenciados 50 años antes".

Esa pasión, en alguna medida ese estilo oratorio, están presentes en su libro, que acaso ahora pueda ingresar a Chile y ser leído por los chilenos, si realmente se hace efectivo el levantamiento de la restricción de la circulación de libros.

Hojeándolo, se siente la tentación de citar cada una de sus páginas. He aquí una breve muestra de las líneas iniciales, en que están presentes el gracejo y la elegancia de su estilo:

"Hijo de maestros rurales, nací en la aldea de Teno, próxima a Curicó (Chile), el 6 de septiembre de 1901, poco menos que entre los bancos de las escuelas.

"Aprendí a leer prematuramente sin haber sido alumno regular ni un niño precoz. ¿Cómo se explica? Apenas me sostenía sobre las piernas y ya andaba trajinando por las salas de clase, a veces jugando, a veces atendiendo. Así, un día cualquiera, salí leyendo y no he dejado de hacerlo jamás."

Fue maestro, como sus padres, y participó en la organización gremial del magisterio en sus comienzos, es decir, desde el año veinte. Participó en el Congreso de Unificación Socialista de 1933, que, al unificar a diversos grupos, dio nacimiento al Partido Socialista de Chile. En 1935, junto con Ricardo Latcham, fue elegido regidor de la Municipalidad de Santiago. Al producirse en 1939 una crisis en el socialismo, Godoy Urrutia, con cuatro

de los diputados de entonces y numerosos militantes de base, constituyeron el Partido Socialista de Trabajadores, que cinco años más tarde se incorporó al Partido Comunista.

Entre los capítulos más sabrosos está el que dedica a la vida parlamentaria chilena, con fuego graneado de anécdotas, que enlaza con reflexiones, buscando, como corresponde a un maestro, la enseñanza que dejan. El humor, a menudo a costa de sí mismo, está presente en cada página. No deja de ironizar con su aspecto físico y la legendaria fealdad que se le atribuye. Cuenta, por ejemplo, que en la campaña electoral de regidores en 1935, puso como condición que no se exhibiera su estampa en los carteles, lo que explica, dice, "que alcanzara buena votación en las mesas de mujeres". En el capítulo final, que es una despedida sin vestigios de melancolía, cita el famoso retrato de Erasmo de Rotterdam, de Aníbal Ponce y deja al juicio de los lectores que lo conocen el responder en qué medida se le parece. Citemos la cita:

"El físico, a decir verdad, no valía gran cosa. Aun más, apenas un poco su aspecto frágil y su tez amarilla, sus cuidados perpetuos y sus temores incesantes. Erasmo era, en efecto, de esos hombrecillos escasos, puro hueso y nervadura, friolentos, escurridizos e incómodos; de esos hombrecillos molestos que se quejan siempre del estómago o del hígado, que temen las corrientes de aire, los contactos impuros, las comidas sin la adecuada sazón; de esos hombrecillos, en fin, que todos los días amenazan con despedirse de este mundo, pero que viven 70 años enterrando a los amigos más robustos y consiguiendo siempre, de quienes lo rodean, los asientos más cómodos y los lugares más tibios."

Fin de la cita.

Bueno, en todo esto hay una dosis de coquetería. Las semejanzas con el retrato de Erasmo son más superficiales que de fondo. Ese retrato, sobre todo, no hace justicia a la imensa bondad de César Godoy Urrutia, a su generosidad, a su valor personal y a la decisión tantas veces manifestada de entregarlo todo, en cualquier momento, por la causa del pueblo.

Más auténticamente se retrata en el capítulo que titula "Prontuario de un agitador", donde describe el estado de intolerable angustia e inquietud en que pasó en Chile los dos primeros años después del golpe militar, sus visitas a las presas políticas recluidas en Pirque, su detención en un bus, cuando comentaba en voz alta lo que sucedía en Chile, luego su salida del país y la prohibición de retornar, que se mantuvo por ocho años.

Al pisar de nuevo tierra chilena, este combatiente de 82 años, de salud frágil, pronunció algunas palabras ante los periodistas y amigos que lo esperaban. Son, como siempre, las palabras justas, en contenido y forma: "Llego a mi amada tierra —dijo— con la esperanza de que muy pronto ella se transforme nuevamente en una democracia. Quisiera que en el futuro se pudieran resolver de manera humana los problemas del pueblo. Si he sufrido ha sido por la clase obrera con la que mi vida entera ha estado identificada. Siento una inmensa satisfacción de regresar a Chile y me reintegro a mi Patria esperando que pueda hacer uso de todos los derechos que me corresponden como ciudadano chileno".

Debieran leer su libro muchos chilenos y chilenas. Sus compañeros, por cierto; los trabajadores; los maestros. En especial, se diría, los jóvenes, los que eran niños a la fecha del golpe militar y que hoy están en la primera línea del formidable combate social en desarrollo en Chile, con ese mismo espíritu revolucionario ineludible de este grande y querido maestro de la política y de la vida.

JOSE MIGUEL VARAS

ENSAYO

Alexis Márquez Rodríguez

Lo barroco y lo real-maravilloso en la obra de Alejo Carpentier.

México, Siglo XXI, 1982,
587 páginas.

Para quienes se incorporan al ámbito de la cultura literaria en los años se-

senta, es decir, para las más jóvenes generaciones de lectores y críticos, podrá parecer extraño que en el decenio anterior todavía la obra de Alejo Carpentier no alcanzara plena difusión, más allá de los círculos intelectuales y progresistas de nuestras capitales. Con Carpentier ocurría entonces lo que con la mayoría de los autores hispanoamericanos, en un medio en que la recepción social dominante (y la enseñanza y la crítica) estaba orientada fundamentalmente hacia la literatura europea y norteamericana, sobre todo en lo que a narrativa se refiere. A comienzos del decenio de los sesenta, para decirlo de un modo esquemático, se generaliza, se masifica de algún modo en los latinoamericanos la preocupación por América Latina, lo que trae consigo una preocupación por nuestra literatura y por los valores que pudieran considerarse identificadores y constitutivos de una fisonomía propia y diferenciada. El impacto internacional que significa la Revolución Cubana y el cambio cualitativo que se produce en el proceso histórico por esos años, fertilizan las raíces de una nueva etapa cultural en el mundo latinoamericano; y lo que se ha llamado el "boom" de la narrativa no es sino la expresión a nivel de los "mass-media" de esta nueva etapa histórica.

Considerar estos antecedentes es lo que permite valorar mejor el hecho de que Alexis Márquez no sea un recién llegado al estudio de Carpentier y de la narrativa latinoamericana. Su primer trabajo sobre el novelista cubano se publica en 1953 y desde entonces ha venido ahondando en su estudio, tarea que cristaliza primero en su libro *La obra narrativa de Alejo Carpentier*, publicado en 1970, y que rinde frutos maduros en este amplio y prolijo examen de lo barroco y lo real-maravilloso.

Los nueve capítulos que organizan el estudio tienen una especie de ritmo trinitario: los tres primeros examinan la poética de lo real-maravilloso, los tres siguientes se abocan al problema del barroco, y los tres últimos abordan instancias temáticas como el tiempo, la libertad y la política.

(Abramos un breve paréntesis. Es ingrato advertir que el índice del libro registra sólo ocho capítulos, mezclan-

do confusamente en el desglose del octavo los apartados correspondientes a los dos últimos, saltándose incluso algunos subtítulos.)

El objetivo fundamental y el mérito más relevante del trabajo de Alexis Márquez es el de despejar y exponer sistemáticamente lo que en rigor de términos debiéramos denominar *la poética de Alejo Carpentier*. Un contrapunteo permanente y fecundo pone en relación orgánica los planteamientos discursivos (artículos, crónicas, ensayos, entrevistas, conferencias) con la práctica artística de la escritura de ficción, para ir develando el modo como se constituye un sistema poético cuyos ejes básicos son las categorías de lo real-maravilloso y el barroco hispanoamericano.

Esta imbricación entre la práctica reflexiva y la práctica artística nos muestra la coherencia integradora que fundamenta la tesis del capítulo final ("Ideología y militancia en la vida y en la obra de A.C."), en que se muestra la articulación entre la historia, la vida y la escritura en su proceso evolutivo hasta lograr su plena madurez artística.

En este proceso de puesta en relación de textos, rasgo metodológico inherente al verdadero trabajo crítico asumido como actividad de comprensión intelectual, Alexis Márquez va diseñando las líneas matrices de la poética de Carpentier.

Una de las tesis básicas que surgen de este diseño es la que lleva a replantear polémicamente los términos en que deben ser resueltas y deslindadas en Carpentier las categorías de lo real-maravilloso y del barroco, frecuentemente mezcladas, diluidas o confundidas por el amateurismo alevé de tanto profesor y crítico improvisado como padecemos. Obviando la densa argumentación y reduciéndolo sintéticamente, el planteamiento de Alexis Márquez sobre este aspecto tan esencial para una comprensión de la poética de Carpentier lo lleva a establecer que "antes que un procedimiento estético, lo real-maravilloso es más bien un modo de ser, una caracterización de cierto tipo de realidad" (p. 51), mientras que lo barroco sería "la forma y expresión de lo real-maravilloso" (p. 143), y como tal, "nuestro Barroco (...) es parte sustantiva (...) de lo real-maravilloso americano" (página 176).

No sería justo en la breve extensión de una reseña el pretender dar cuenta cabal de las casi 600 apretadas páginas de un trabajo rico en sugerencias, pleno de observaciones agudas y polémicas y que revela un estudio atento y cuidadoso de los textos, ajeno a la vaguedad especulativa y a la conclusión a priori y apresurada. Como muestra de este trabajo paciente y prolijo, podemos remitir al lector al Capítulo 5 ("La escritura barroca de Carpentier"), donde en 150 páginas se pasa cuidadosa revista al léxico, la sintaxis y el sistema de figuras poéticas en todo el *corpus* narrativo del autor estudiado.

Es indudable que la obra de Alexis Márquez establece un hito y un desafío en el terreno del estudio de la obra del escritor cubano. Por supuesto, nunca ningún estudio crítico podrá —ni puede pretender— agotar la potencialidad poética de una gran obra literaria; y no por razones de oscura metafísica irracionalista, sino sencillamente porque los fenómenos sociales y naturales son siempre más ricos que toda conceptualización que se haga de ellos. Pero trabajos como éste son una contribución al conocimiento y comprensión de un aspecto de la realidad cultural de nuestra América, y en tal sentido valen. Valen porque conocer y comprender nuestra literatura es un modo de contribuir a conocernos y comprendernos mejor a nosotros mismos.

NELSON OSORIO T.

HISTORIOGRAFIA

Michel Monteon

**Chile in the Nitrate Era
(The Evolution of Economic
Dependence, 1880-1930)**

The University of Wisconsin
Press, 1982.

Los editores presentan este libro como un "estudio de caso" detallado que debe incidir en los análisis eco-

nómicos de la evolución de la estructura política del Estado chileno. Afirman: "La comprensión de la era del nitrato con sus gobiernos inestables, economía exportadora y dependencia del capital extranjero, provee las bases para entender el gobierno de Allende, el golpe militar de 1973 y los desarrollos económicos y políticos en curso en Chile".

Nos parece que el plan de investigación contiene hipótesis interesantes. Propone una comprensión más dinámica, una historización de la dialéctica de las relaciones entre economía y política. Las discusiones —que hace el autor— de los análisis prevalecientes en la historiografía liberal o en trabajos de autores relacionados con el marxismo, resultan a veces sumarios. Pero las descripciones e hipótesis planteadas acerca de la capacidad de las clases (en especial el movimiento obrero), y sus representaciones ideo-políticas para conocer los efectos y las posibilidades resultantes de la evolución que los patrones de dependencia van generando, inciden eficazmente en los análisis actuales sobre la crisis política. La investigación de Monteon favorece una perspectiva en la cual la dinámica de la sociedad civil, las luchas dentro y por el Estado, se imponen como resultados históricos de acciones culturales y políticas que tienden a manifestar una "voluntad consciente" de intervenir y modificar el curso objetivo (estructura económico-social) de la dependencia. La crisis económica, por sí misma, no explica la crisis política. Y en tal sentido, el libro incita a una mayor historización acerca de la capacidad adquirida por el movimiento popular, para alterar y sustituir las formas actuales de equilibrio entre economía y política, entre dependencia y dominación clasista excluyente.

Este orden de preocupaciones cobra significación y, a la vez, perfila la necesidad de debates más profundos, cuando se analizan situaciones tales como las confrontaciones entre los sectores burgueses balmacedistas, su "nacionalismo", los grupos conservadores y los intereses y evolución reales de la política inglesa; las limitaciones ideológicas y desarrollo organizativo del movimiento obrero en las primeras décadas; las condiciones en que evoluciona el reformismo de Alessandri y, luego, las poli-

ticas de Ibáñez en un periodo de mutación de las bases económicas hacia la hegemonía del capital norteamericano, y el proceso que lleva al movimiento obrero (*The last Moves of the left*) a visualizar una política de alianzas y de acción sobre el Estado.

La exposición se ordena en siete capítulos: 1. Los orígenes de la dependencia económica. 2. La economía del nitrato y la guerra civil de 1891. 3. La era de los ingresos fáciles (*easy money*). 4. Retrato de la izquierda temprana. 5. Políticas nacionalistas y realidades económicas. 6. Conclusiones: el patrón de desarrollo dependiente.

Se destaca la utilización de fuentes inglesas y norteamericanas insuficientemente tratadas en las investigaciones chilenas. Resulta estimulante, y por demás pertinente, la inclusión en el libro de algunas fotografías creadoras del mundo del salitre.

MANUEL CASTRO

ANTOLOGÍA

Literatura chilena en Canadá (Chilean Literature in Canada)

Edición bilingüe inglés-español preparada por Naín Nómez.

Ediciones "Cordillera", 1982, Ottawa, Canadá.

Al voltear la última página de esta interesante muestra de poetas y narradores chilenos que viven en Canadá, no podemos dejar de pensar en la ya incalculable cantidad de literatura antifascista que se ha editado en el exilio. Cuántas antologías poéticas, cuántas ediciones individuales o colectivas, cuánta revista, cuánta publicación a mimeógrafo en los más diversos y apartados lugares del mundo... Llegará el día en que debamos recopilar, ordenar, estudiar y entregar a la consideración de la conciencia libre de Chile lo más representativo de este material. Y ese día —que esperamos próximo— junto con las sorpresas y

hallazgos que nos entregará una literatura que ha sabido sobrevivir y desarrollarse con pertinacia, pese a la persecución, al oscurantismo y al exilio, comprobaremos una vez más que la búsqueda de la belleza y la lucha por la expresión libre y por la dignidad son inseparables.

Desde la RDA no podemos dejar de pensar también en el exilio alemán, que hace 50 años, desde los más diversos lugares de Europa, la Unión Soviética, USA y América Latina, apelaba a la conciencia humana, denunciando la barbarie y las imposturas del fascismo. Entre 1933 y 1945, un centenar largo de escritores, entre los que destacan Bertolt Brecht, los hermanos Heinrich y Thomas Mann, Anna Seghers (recientemente fallecida), Ludwig Renn y Johannes Becher, desde el exilio, crean, luchan, denuncian y entregan un valioso aporte a la formación de una conciencia antifascista. A ellos se suma la gran mayoría de la intelectualidad mundial. Se iniciaba así una de las más significativas orientaciones de la literatura de nuestro siglo: la literatura antifascista.

Desde tal perspectiva, la actual promoción de escritores chilenos (los del interior y los del exilio) se enrola, quírase o no, en esta caudalosa corriente de la literatura antifascista.

Es importante destacar lo anterior, porque —paradójicamente— el grupo de escritores que reúne esta *Literatura Chilena en Canadá* está muy distante —salvo un caso y quizá el menos relevante— del tema político o del lenguaje panfletario, y aun de lo testimonial. El conjunto que seleccionó Naín Nómez, dentro de su variedad y pese a algunas individualidades incontestables, tiene más de una semejanza, una suerte de homogeneidad. Todos estos escritores —con la sola excepción de Ludwig Zeller— nacieron en la década del cuarenta y empezaron a escribir a fines de los sesenta. Es decir, el grupo tiene una relativa unidad generacional. Sin embargo, junto a estas condiciones temporales, creo que pesa más en la unidad del conjunto la condición de exiliados (voluntarios unos, involuntarios otros). Ambos, unidad generacional y exilio, determinan un cierto tono común, elegante, indirecto y "clandestino", para decir oblicuamente las cosas, manejando a veces la ironía, y evitando

siempre el tono mayor y el panfletarismo, rehuyendo la magnificación de la ira, la congoja o la desesperación. No se trata aquí solamente de esa especie de mesura muy propia especialmente de la narrativa chilena, sino de algo más: esa elusión de una mención más violenta o directa tiene —creemos— su trasfondo: la patria distante que duele, que "pena".

Porque el exilio, a menudo más sugerido que explicitado, está, sin embargo, latente en todo este libro. Lo está en el poeta Claudio Durán, que evocando casas que en otro tiempo habitara, descubre que "el exilio y la gramática tienen reglas que cumplir"; lo está en Jorge Etcheverry, quien ausculta sensitivamente "la voz de las multitudes tras los labios sellados"; lo está tras la poesía o anti-poesía de Erik Martínez, "con el cuerpo lleno de heridas". El exilio deambula igualmente en la poesía de Nafín Nómez que, "dueño de un país inexistente", mira hacia el sur, o en la rara, decantada sencillez expresiva de Gonzalo Millán, que en el vuelo de los gansos que forman una V, dubita entre "la inicial del vencido / o de una victoria aún lejana". Todavía más, en la poesía de Ludwig Zeller, siempre impregnada de noche y onirismo, sentimos también cómo pesan raíces, la infancia, un pez que cruza sus sueños.

Entre los narradores que incluye *Literatura Chilena en Canadá*, aparece aún más evidente el juego entre una realidad a la que se alude mediante sugerencias y la persistencia consciente y subconsciente del "duro oficio" del exilio.

A partir de un "quisiera estar allí, pero no puedo", reconstruye Juan Carlos García imaginativas, tiernas instancias de un hipotético retorno, y en otro cuento nos relata con tensión creciente el proceso de una inundación: sutiles símbolos, sin embargo, sugieren algo más, una catástrofe colectiva, un éxodo masivo, desaparecidos..., y aunque el protagonista no apareció, "lo buscamos y lo seguiremos buscando", termina el relato. En el cuento titulado "Qué dijo", Ramón Sepúlveda traza en una original fusión de planos temporales, la ambivalente situación del narrador, atraído indistintamente por dos mujeres, madre e hija. Sugiriendo más que diciendo, con cierto "pudor narrativo", se evita

toda connotación histórica directa; sin embargo, el golpe de estado, la persecución, la inestabilidad y el éxodo son los sedimentos que enriquecen la anécdota central. Similar habilidad de sugestión narrativa revela Jorge Etcheverry, quien en su cuento "Calle con Gaviotas" traza un cuadro sutil y ágil de la lucha antifascista clandestina. Evitando ostensiblemente el mensaje directo, lejos del triunfalismo fácil y también distante del pesimismo, este breve cuento muestra simplemente un instante descarnado de la lucha clandestina (el lector ignora, por ejemplo, si es el enlace planeado o un agente policial, quien, al término del cuento, coge del brazo al protagonista).

Finalmente, este libro incluye algunos fragmentos de la novela *El Pasajero del Aire*, del escritor Leandro Urbina. Es grato comprobar que de *Las Malas Juntas*, volumen de cuentos publicado en 1977, a esta novela todavía inédita, Urbina ha avanzado un tramo considerable en dominio técnico y en diversidad y elaboración temática. Nutrida de los problemas inherentes al exilio y, sobre todo, de las experiencias traumáticas del golpe militar y su embate obsesivo en la interioridad herida de la mayoría de los chilenos, *El Pasajero del Aire* es —a través de los fragmentos de esta selección— una lograda obra de ficción y también un lúcido intento de indagación en un amargo momento de nuestra historia.

Expresión del conflictivo desarrollo de una literatura en pugna con el fascismo, *Literatura Chilena en Canadá* es un buen aporte a la unidad y diversidad del quehacer literario de los chilenos en el exilio.

GUILLERMO QUIÑONES

POESIA

Carlos Hermosilla Alvarez
Valparaíso a sotavento
Valparaíso, 1981

Este poemario nos trae un viento fresco y salado del puerto, un viento marino cargado de recuerdos. Ante

todo, el recuerdo del recio maestro y grabador que ha unido de manera tan entrañable su vida y su arte a esa ciudad única en el mundo, romántica, disparatada, inolvidable, que siempre mira al norte desde lo alto de sus cerros.

A Hermosilla Alvarez lo conoce todo Chile por la bella caligrafía de sus grabados en madera o en linóleo, a menudo con paisajes del Valparaíso urbano, sus ascensores, sus ventanas en mil planos diversos, su indescrptible topografía; lo conoce por sus retratos de grandes chilenos, desde Gabriela Mistral hasta el doctor Lipschutz.

Este breve libro, editado en Valparaíso, ¡como corresponde!, es la revelación de un poeta refinado, empuñado en el cultivo de una poesía rimada de forma clásica y de sabor popular, cuyo tema esencial es, naturalmente, el Puerto.

Hermosilla Alvarez le dedica sonetos y romances y traza rápidos bocetos de "ciudadanos ilustres" que, si no nacieron en Pancho, lo adoptaron en uno u otro momento como lugar de residencia y capital del alma o del corazón. Los más logrados nos parecen sus romances, varios de los cuales revisten la forma de décimas encuartetadas, a la manera de la poesía popular tradicional, pero en versos octosílabos y no endecasílabos, como aquélla.

Para Carlos Hermosilla, Valparaíso es un barco, anclado en una tarde de bruma, que no pierde el anhelo de volver a navegar:

*Valparaíso espera siempre
con ojos esperanzados
la llegada de un capitán
de anchos galones dorados
que le haga levar las anclas
hacia un mar desorbitado.*

El poeta-grabador canta a su ciudad a todo pulmón. Sus romances traen penetrantes imágenes de los volantines, de los burritos, de los ascensores, de las muchachas, de los chiquillos, de la plaza Echaurren, del viento. Una poesía concreta, cristalina, que transmite el estremecimiento y el ritmo de la imagen viva que hizo vibrar al poeta, como en estos acezantes versos perrunos dedicados a los perros:

*En los ámbitos de Pancho
en la entraña de los cerros
los perros están ladrando
en orquestal entrevero,
con el cantar de los niños
están ladrando los perros
olfateando los surazos
desafiando todo viento,
están ladrado los perros
desconfiados del silencio.*

La parte final del libro está dedicada, lo dijimos, a los ciudadanos ilustres. Porteños de nacimiento o de adopción como Pablo Neruda, D'Hallmar, Arturo Gordon, Juan Francisco González, Pablo de Rokha, Camilo Mori, Carlos Pezoa Véliz, Joaquín Edwards Bello, Manuel Rojas, Juan Guzmán, Cruchaga y hasta Rubén Darío, que fue porteño y funcionario de Aduanas en su juventud. La lista es "pesada": contiene nombres considerables de la cultura chilena.

Particularmente emotiva resulta su evocación del viejo poeta comunista Zoilo Escobar, a quien conocimos con más de 90 años, tocando el acordeón y hasta bailando en un cerro porteño, y a quien sentimos hoy vivo, como una personificación mítica del propio Valparaíso. Aunque, después de todo, ¿por qué no podría serlo también Carlos Hermosilla Alvarez?

J. M. V.

Altenor Guerrero

Hondo Sur

Ediciones LAR, Madrid, 1983
(Colección Trilce de Poesía).

Este poeta socialista era, además, profesor y nació en la cuna de la Frontera (Pitrufquén, 1917). Publicó silenciosamente durante sus 66 años varios libros de buena calidad poética. Comenzó sus labores educativas en pueblos pequeños del sur de Chile, como Lastarria, Gorbea y otros. Allí se le veía siempre preocupado de la lectura, recitando versos y observando los pájaros, los árboles, los arroyuelos. En aquel tiempo tomó pensión en casa de la familia Brevis, y para poder aprovechar parte de la noche, leía bajo la luz débil que daba el único generador del pueblo, que estaba en

manos de un comerciante, apenas un par de horas; luego seguía leyendo o escribiendo con la claridad temblorosa de las velas. Dicen los que más le conocieron que fue un maestro responsable y dedicado. Como padre lo mismo, querido por su esposa e hijos. Cuando murió, llevaba la tragedia de haber perdido a su mujer hacia unos años. Como socialista, dejó un buen recuerdo en la militancia por su preocupación partidaria, por su ayuda desinteresada, por ser un combatiente que luchó siempre por el gremio de profesores y el de los escritores, pero especialmente por su pueblo.

Publicó un primer libro de poemas, *Heredad del hombre*, en 1950, y otro más, *Escritura de pájaros*, en 1959. Este último fue publicado antes que *Arte de pájaros* (1966), de Neruda, cuya inspiración también tiene su fundamento en los bosques del sur. Sus otros libros son *Cantos del Recodo*, 1964; *Fuego defendido*, 1970, y *Hondo Sur*, 1983. En lo que respecta a cuentos: *La Madera se quema*, 1955; *La mitad de la esperanza*, 1966, y *Una flauta para Lino*, 1971. En ensayo: *Teófilo Cid o la razón ardiente*, 1971. Admiraba a Antonio Machado, Jorge Guillén, los clásicos españoles; y entre los latinoamericanos: Martí, Rubén Darío, Vallejo y Neruda.

En su poesía está, por una parte, el talento propiamente del autor y, por otra, la circunstancia de estar condicionado por el medio sureño en el cual durante tantos años se desarrolló.

Pájaro en el viento / —volador exacto— / ¿sobre qué sostienes tu sustancia prima? / Eres trino y ala, / hueso y corazón. / Pero no eres eso: / eres más y menos. / Suma que sube / —dos en uno— / y resta que baja / —uno en dos—: / pájaro en el viento.

En *Hondo Sur*, además del sentido misterioso de la madera y de la lluvia, los recuerdos de infancia, la sabiduría de los ancianos, los ecos de la caída de las hojas o del rocío, están los "olores" como evocación. Desde el aroma de los puertos hasta los betunes y el "pan francés en la panadería del vasco". Poema ingenioso y muy logrado por conservar la unidad temática, el estilo, la armonía. Otro poema hermosísimo en estilo de crónica es "El Río de las anguilas", para recordar

sus comienzos de profesor en mi atrayente pueblo de Gorbea, a las orillas del Donguil:

El cacique Calfucura, verdadero rey del valle, / Hacía recoger frecuentemente sus favoritas / Y las saboreaba en sus ágapes panta-gruélcos, / Regadas con muday y licor añejo de cántaros.

Pero el libro tiene también una carga de tristeza que conlleva un mensaje social cuando se refiere a la patria sojuzgada por la actual dictadura.

Hondo Sur es su último libro publicado (dejó varios inéditos). En esta obra el hablante vuelve a reencontrarse con sus raíces sureñas:

Si el mundo no se reprodujera en una hoja / No recordaría mi tierra. Si el hombre / no fuera distinto en cada ser, no hablaría / De mí. Escucho el viento y es un viento / Que tiene un nombre en mi tierra y otro / En alguna tierra que no conozco.

El vate continúa con este juego de imágenes con hondura metafísica para decirnos que todo el mundo, naturaleza y hombre tratan de identificarse, pero cada ser es distinto:

Como una gota de agua no es / Igual a otra gota de agua. Hundo mis manos / En el tiempo y es un agua que me moja / Hasta convertir mis manos en su reflejo. / Pienso que soy yo pero ya no soy el mismo.

El tiempo, el "yo", la identidad y los elementos telúricos dan fuerza a este poema bello y reflexivo.

En *Hondo Sur* encontramos una poesía seria, responsable, que queda brotando en la fuente del tiempo. Altenor Guerrero es un poeta de oficio que tiene su lugar en la poesía chilena. Llegó a ocuparlo con un trabajo paciente y eficaz. No necesitó del escándalo para concitar el interés por su obra, no elevó volantines con su nombre o con sus versos para que le conocieran; simplemente, escribió como "un río hecho de pequeñas y grandes aguas", como lo hacen los auténticos poetas, en su soledad, cuidando la imagen y las palabras.

SERGIO MACIAS

LIBROS RECIBIDOS

- Juan Gelman, Alberto Szpunberg, Vicente Zito Lema, *Il nous reste la mémoire*. Poèmes argentins de l'exil présentés et traduits par Monique Blaquiére. La Découverte/Maspero, Paris, 1983.
- Rubén Bareiro Sagulier, *Estancias, errancias, querencias*. Alcándara Editor, Asunción (Paraguay), 1982 (Col. Poesía, N.º 10).
- José Cayuela, *La confesión de las brujas*. Ed. Pomaire, Barcelona, 1980.
- *Derechos inhumanos en Gran Bretaña*. Editorial Pomaire, Barcelona, 1981.
- Poli Délano, *Piano-bar de solitarios*. Editorial Katún, México, 1983 (Colección Prosa Contemporánea).
- Neil Larsen (ed.), *The Discourse of Power. Culture, Hegemony and the Authoritarian State*. Institute for the Study of Ideologies and Literature, Minneapolis, 1983.
- José Joaquín Brunner y otros, *Autoritarismo y alternativas populares en América Latina*. Ediciones Flacso, San José, Costa Rica, 1982.
- Oliver Gilberto de León (coord.), *Literaturas ibéricas y latinoamericanas contemporáneas*. Ophrys, Paris, 1981.
- O. Gilberto de León y R. Bareiro Sagulier, *Anthologie de la nouvelle hispano-américaine*. Belfond, Paris, 1982.
- Miguel Rojas Mix, *Erase una vez Jesús...* Edit. Lumen, Barcelona, 1982.
- Edgardo Mardones, *Caperucita desnudando al lobo*. Ed. LAR, Madrid, 1982.
- Juan Octavio Prenz, *El Cid y Krallévich Marko: una primera aproximación*. Ed. LAR, Madrid, 1983.
- Pedro Bravo Elizondo, *Los "enganchados" en la era del salitre*. Ed. LAR, Madrid, 1983.
- Chile since the Coup: Ten Years of Repression. An Americas Watch Report, New York, 1983.
- Luis Beltrán Prieto Figueroa, *En el bosque infinito de Neruda*. Ediciones Solidaridad, Caracas, 1982.
- María Méndez, *Los sin casa. Historia del campamento hermanos Allende*. Caracas, 1981.
- Sergio Martín, *Historias e historietas*. Impr. El Faro, Sydney, Australia, 1983.
- Nelly Davis Vallejos, *La forastera* (poemas). Presses Cooperatives de Montréal, 1983.
- Arturo Zúñiga, *Palabras para el olvido*. Santiago, 1982.
- Sergio Infante, *Retrato de época*. Nordam Comunidad, Estocolmo, Suecia, 1982.
- Cristián Cortés, *Habitar fronteras*. Neue Reihe Atelier 13, Fischerhude, República Federal Alemana, 1983 (ed. bilingüe).
- Carlos Geywitz, *El ojo privado de la ira*. Nordam Comunidad, Estocolmo, 1982.
- Victor M. Valenzuela, *Anti-United States Sentiment in Latin American Literature* (and other essays). Bethlehem, U.S.A., 1982.
- Carlos Hermosilla Alvarez, *Fotosonnetos*. Valparaíso, 1983.
- Ricardo H. Herrera, *Las marcas del éxtasis. Ensayo sobre la poesía de Humberto Díaz-Casanueva*. Ed. El Imaginero, Buenos Aires, 1983.
- Oswaldo Ulloa, *Oraciones y frases para Monseñor Alvear*. Edupo, Equipo de Educación Popular, Arzobispado de Santiago, Vicaría Zona Oeste. Santiago, 1983.
- Manuel Latorre, *Mi forma de protestar*. (No indica ni fecha ni lugar de edición).
- Virgilio Figueroa Fernández, *El teléfono* (drama). Valencia, Venezuela, 1981.
- Fernando Quilodrán, *Había una vez un pueblo*. (No indica fecha ni lugar de edición).
- Carlos Antonio Vergara, *Cuaderno de poesía*. Santiago, 1981.
- Diego Muñoz, *Las tres etapas de la lírica nerudiana*. Ed. Lastarria, Santiago, s/f.
- Camilo Maturana, *Yanacona de Cruz Espada*. (No indica lugar de edición).
- Manfred Engelbert, *Violeta Parra. Lieber aus Chile*. Zweisprachige Anthologie. Verlag Klaus Dieter Veruert, Frankfurt, R.F.A., s/f.
- Nain y Sebastián Nómez, *Escrito para un lugar de reunión*. Toronto, 1983 (edición bilingüe).
- MEMCH. *Antología. Para una historia del movimiento femenino en Chile*. Santiago, s/f. (Mimeogr.).
- Josefina Attard, *La cicatriz de arena*. Ed. LAR, Madrid, 1983 (Col. Trilce de Poesía).

Quilapayún

La Revolución y las estrellas

Emi-Pathé Marconi. 2c 070-72.562. París, 1982.

Después de una pausa disquera de dos años, apareció hacia fines de 1982 el último álbum de Quilapayún, *La Revolución y las estrellas*, que en mi opinión, forma una unidad estilística y estética con sus inmediatos antecesores, *Umbra* (septiembre 1979), *Alentours* (febrero 1980) y *Darle al otoño...* (octubre 1980). Rasgos característicos de esta fase son la utilización de textos más depurados, de mayor nivel poético y la búsqueda de expresiones musicales más elaboradas, con énfasis en las estructuras armónicas y rítmicas y en los timbres sonoros. Mientras que los instrumentos de viento utilizados por el grupo siguen siendo la quena y la zampoña, y sólo el bajo acústico ha sido incorporado a las cuerdas (y parcialmente el piano), el arsenal percusivo ha aumentado considerablemente. Además de los instrumentos de percusión tradicionales de la región andina y los afrocubanos, el Quila utiliza buena parte de los que forman la 'batucada' carioca más otros como timbales, platillos, cocos chinos, glockenspiel y hasta campanas tubulares.

Precisamente el rasgo musical más importante de *La Revolución...* está en el ritmo. Hay un tratamiento muy fino de él a lo largo del disco, que se expresa en trozos polirrítmicos, alternancia y superposición de células rítmicas racionales e irracionales, cambios frecuentes de metro, utilización selectiva y alternada de timbres de instrumentos percusivos y, por último, en la invención de nuevos ritmos o 'aires', rasgo distintivo del cosmopolitismo de la Nueva Canción Chilena. Este LP, a excepción del tema dedicado a Sandino, que nos traslada de inmediato a la Revolución Nicaragüense, es intemporal. "*Habría que decir que ya no estamos / cantando por las grandes alamedas...*", proclama el grupo en

el primer tema del disco. Esto lleva a una interrogante natural: ¿es que Quilapayún se ha despolitizado o los elementos políticos de su obra se expresan de una manera distinta que antaño? Creo que hay de lo uno y de lo otro, según se le considere. Quilapayún canta hoy mucho menos a la contingencia, al momento (en este disco no lo hace en absoluto, pues el propio tema "sandinista" tiene un sentido épico general), al mismo tiempo que aspira a tratar asuntos políticos más universales, más trascendentes, o temas francamente no políticos.

Este LP no es fácil de digerir de buenas a primeras; es lo que se llama un disco "pesado". Esto se debe, ante todo, a la presencia en el lado B de dos obras largas, "El Gavilán" de Violeta y otra de Juan Orrego Salas. Sin embargo, los elementos populares latinoamericanos son fácilmente observables, especialmente en el plano rítmico. Encontramos en el disco bailecito andino, ritmos mapuches, punto venezolano, tonada punteada, cueca, taquirari boliviano, aires afrocubanos y brasileiros, etc., junto a elementos rítmicos y armónicos menos comunes en la música del continente o bien pertenecientes a áreas eslavas o árabes o a la música "culta" occidental.

Los textos de las canciones son aportadas por Neruda, Alberti, Violeta, Desiderio Arenas y Eduardo Carrasco. La música por Orrego Salas, Violeta, Carrasco, Hugo Lagos y Rodolfo Parada. Los "arreglos" —parte destacada en el plano de la música popular—, Carrasco, Patricio Wang y el grupo (Wang se acaba de integrar como noveno miembro del Quila, lo que es una de las mejores cosas que pudieran ocurrirle al grupo). La llamativa carátula fue diseñada por los pintores mexicanos Luis Zárate y Saúl Kaminer.

"Luz Negra", que abre el lado A, es lo que pudiera denominarse una "declaración de principios" del Quila de los años 80. Es la toma de posición por un arte desapasionado, distanciado, reflexivo, pero siempre político. Musicalmente está formado por dos

secciones muy contrastantes; las estrofas, que avanzan lentamente en tiempo binario, y el estribillo, rápido, agresivo, con ritmos poco usuales en la música de nuestro continente. "Retrato de Sandino con sombrero" tiene un buen texto de Arenas y una música simple de Carrasco. Rítmicamente utiliza el punto venezolano y el bailecito andino (nuestro cachimbo). Hay un fino arreglo de Wang, donde se utilizan las quenenas de manera contrapuntística, "a lo Advís". "Trompe" es uno de los mejores temas del disco. El trompe o birimbao es un milenar instrumento (posiblemente de origen asiático) que utilizan los mapuches y muchas otras comunidades indígenas del continente. "Eclipse de sol" es un delicado tema que combina instrumentos y elementos musicales del son cubano (ritmo y el "montuno" o parte rápida del son) y del bossa-nova (delicada armonía disonante, etc.), dando lugar a una especie intermedia, "inclasificable". "Las Estrellas" termina el lado A. Es otro de los temas más importantes del LP, de carácter cósmico e impresionista. Las estrofas están construidas sobre un pie ternario, portando una melodía cuyo lirismo es realzado por las delicadas notas producidas por los armónicos de los instrumentos de cuerdas y el brillante sonido del glockenspiel. El estribillo utiliza otro ritmo mapuche, que permite una muy bien lograda polirritmia con las voces y el tiple. El clímax se alcanza con las campanas que anuncian los "caminos estelares".

El lado B contiene dos temas que no aportan mucho, musicalmente hablando, no obstante que están bien ejecutados, "Dispájarate" y "La primavera". "El gavilán" es tal vez la más

enigmática de las composiciones de Violeta. En mi opinión, desde el punto de vista de su música, es su creación cumbre. La dulzura de la voz de Isabel Parra ensambla muy bien con el vigor de las del Quila.

"Un canto para Bolívar", para voces e instrumentos populares, merece un comentario especial, porque Juan Orrego Salas, su autor, que dirige actualmente el Departamento de Música Latinoamericana de la Universidad de Indiana, es uno de los compositores y musicólogos chilenos más importantes del presente siglo. Esta obra está incorporada a su catálogo de obras como "Opus 78", cuestión que subrayamos, porque no es poco frecuente que un compositor proveniente de la así llamada "música culta", al crear obras para intérpretes de música popular, tienda a una simplificación excesiva, poco sincera, que a veces llega hasta la caricatura de la música tradicional. "Un canto para Bolívar", basada en un texto nerudiano, es una obra extremadamente compleja, si se la compara con la música popular y folklórica del continente; es un aporte de primer nivel, cuyo valor irá aumentando con el tiempo.

El disco deja planteada una interrogante musical: ¿seguirá el grupo la vía de "avanzar sin transar" o cuidará no alejarse de los cánones imperantes en el "gran público"? Tal vez haya una solución de compromiso. En todo caso, este LP confirma que el Quila sigue formando parte del puñado poco numeroso de artistas que abren senderos en la música popular latinoamericana.

ALFONSO PADILLA

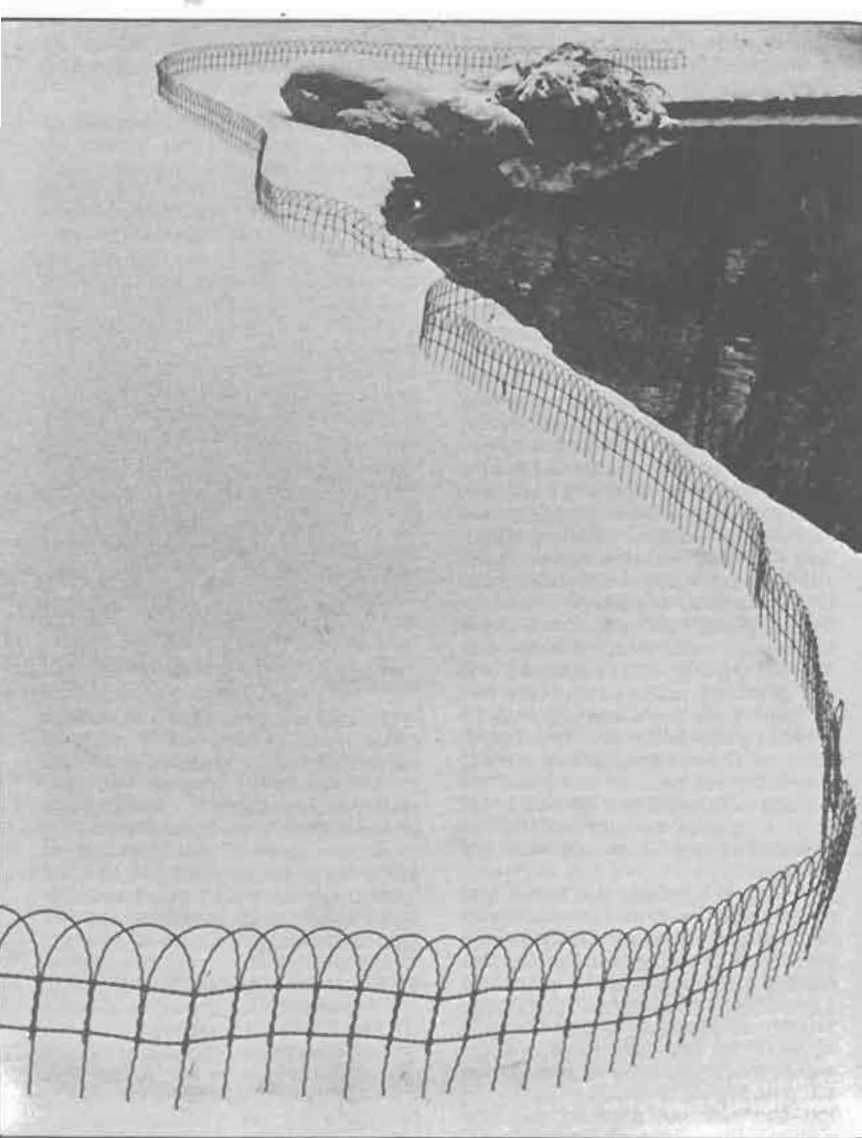


Foto LUIS PUELLE

los participantes en este número

LIGEIA BALLADARES es poetisa y periodista. Vive en México. MARIO BENEDETTI, autor de *Montevideanos*, *La brecha*, *Gracias por el fuego*, *El país de la cola de paja* y una docena de títulos más, es uno de los escritores uruguayos actuales más importantes. Vive en Madrid, en el exilio. MIRIAM BERGHOLZ vive en Nicaragua, donde trabaja en el frente de la salud. MANUEL CASTRO es profesor de Historia, exiliado en Amsterdam, Holanda. EUGENIA ECHEVERRÍA ha publicado *Las cosas por su nombre* y *Cambio de palabras*, libros de cuentos. Vive en México. EUGENIA HORVITZ es profesora de Historia y vive en París. SERGIO INSUNZA, jurista, fue ministro de Justicia del gobierno de la Unidad Popular. Vive en Berlín, R.D.A. JOAN JARA, bailarina, viuda del músico desaparecido, es inglesa y vive actualmente en Londres. ORLANDO JIMENO, poeta, vive en París. CARLOS H. LEON es sociólogo, comunicólogo y cineasta, vive en Quebec, Canadá. SERGIO MACIAS, poeta, autor de *La sangre en el bosque*, *El jardinero del viento* y otros libros, vive en Madrid. OSVALDO OBREGON es profesor de Literatura, especialista en historia del teatro latinoamericano; trabaja en la Universidad de Franche-Comté, en Francia; vive en Francia. NELSON OSORIO, profesor y crítico literario, trabaja en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas, Venezuela. CARLOS OSSANDON, profesor de Historia, vive y trabaja en Chile. ALFONSO PADILLA es musicólogo y reside en Helsinki, Finlandia. GUILLERMO QUIÑONES, poeta, crítico y profesor de Literatura, vive en R.D.A. OSVALDO RODRIGUEZ, músico y poeta, autor del *Diario del doble exilio*, vive en la R.F.A. GUY SANTIBÁÑEZ, fisiólogo, vive y trabaja en Berlín, R.D.A. SERGIO VILLEGAS vive también en la misma ciudad. Es periodista y escritor, autor de *El estadio*, *Historias de monos y brujos* y otros libros. De las autoras NOEMI BAEZA, MARIA MONTANER, OLGA POBLETE, EUGENIA NEVES, CECILIA SALINAS, MERCEDES VALDIVIESO y VALENTINA VEGA, se da noticia sucinta en la pág. 153.

El número recoge también, como es habitual, artículos de su director y miembros del comité de redacción, más los trabajos de JOSE MIGUEL VARAS y VIRGINIA VIDAL, periodistas y escritores que colaboran regularmente en *Araucaria*.

CONCURSO DE POESÍA "LA GOTA PURA"

Al cumplirse dos años de la aparición del primer número de la Revista de Poesía "La Gota Pura", y con el objeto de incentivar el desarrollo y difusión de la poesía joven chilena, se convoca al *Primer Concurso de Poesía Revista La Gota Pura*, en el que podrán participar todos los poetas jóvenes chilenos que cumplan con las bases que a continuación se detallan.

Al cumplirse dos años de la aparición del primer número de la Revista de Poesía "La Gota Pura", y con el objeto de incentivar el desarrollo y difusión de la poesía joven chilena, se convoca al **Primer Concurso de Poesía Revista "La Gota Pura"**, en el que podrán participar todos los poetas chilenos que cumplan con las bases que a continuación se detallan.

BASES DEL CONCURSO

1. Podrán participar en el concurso todos los poetas chilenos residentes en el país o en el extranjero, nacidos desde el año 1948 a la fecha.
2. El tema de los trabajos será libre y deberán tener la calidad de inéditos. La extensión máxima de cada trabajo no deberá exceder de los 200 versos. Los originales no seleccionados pasarán a formar parte del archivo de la revista para su eventual publicación posterior.
3. Los trabajos deberán presentarse en quintuplicado, firmados con seudónimo. Deberá incluirse en sobre aparte los datos personales del autor: nombre completo, edad y dirección postal.
4. El plazo de recepción de los trabajos vencerá impostergablemente el 15 de febrero de 1984.
5. Los trabajos deberán enviarse a: **Concurso de Poesía Revista "La Gota Pura"**. Casilla, 95 - Correo 14 - Santiago de Chile.
6. El concurso tendrá los siguientes premios:
 - 1.º Lugar: US\$ 100 (Valor en pesos al 30-9-83).
 - 2.º Lugar: US\$ 50 (Valor en pesos al 30-9-83).
 - 3.º Menciones Honrosas.

Además de los premios indicados, se publicará un número especial de la Revista "La Gota Pura" con los trabajos de los ganadores y parte o la totalidad de los trabajos que obtengan mención honrosa.

7. Los resultados del concurso se darán a conocer en la última semana del mes de marzo de 1984.
8. El jurado del concurso estará compuesto por los poetas: Jorge Teillier, Rolando Cárdenas, Floridor Pérez, Juan Cameron, Eduardo Llanos y Ramón Díaz Eterović.

Santiago, octubre de 1983



asociacion cultural latinoamericana

VIAJES A LATINOAMERICA

Los precios más baratos del mercado

SANTIAGO desde Bruselas: US\$ 893

BUENOS AIRES desde MADRID: US\$ 651

MONTEVIDEO desde Amsterdam: US\$ 817

Oferta Especial:

SANTIAGO - Europa - SANTIAGO: US\$ 990

108 otros destinos desde diferentes ciudades europeas.

Envíenos su teléfono y lo llamaremos

ASOCIACION CULTURAL LATINOAMERICANA

Cornelis van Sandelaan, 21

3894 KV Odijk - HOLANDA

Tel.: 03405-63761 - Telex: 47744 Aclat NL

Nota: Nuestras ofertas no son con vuelos charter

LITERATURA CHILENA

(creación y crítica)

P.O.BOX 3013,
HOLLYWOOD, CALIFORNIA, 90028

APARECE CUATRO VECES AL AÑO
DESDE ENERO DE 1981

- INVIERNO • Enero / Marzo
- PRIMAVERA • Abril / Junio
- VERANO • Julio / Septiembre
- OTOÑO • Octubre / Diciembre

Suscripciones
INDIVIDUALES
por 1982

1 año \$ 16
2 años \$ 28
3 años \$ 40

Suscripciones
a INSTITUCIONES
por 1982

1 año \$ 22
2 años \$ 40
3 años \$ 58

CHILE-AMERICA

Publicación periódica del Centro de Estudios
y Documentación Chile - América

Suscripción por 12 núms. (6 ej.): US. \$ 24

Suscripción por 6 núms. (3 ej.): US. \$ 12

Ejemplares dobles (fuera de Italia): US. \$ 6

Via di Torre Argentina 18/3 - 00186 ROMA - ITALIA

